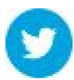
Christine Leunens

LOS MEJORES AÑOS *de* NUESTRA VIDA



Índice


You
Tube


Sinopsis

Nueva Zelanda, años ochenta. Ethan, un joven estudiante de cine, está perdidamente enamorado de su gran amiga Amber, una activista ambiental que tiene, aparentemente, una familia perfecta. Pero ella no le quiere de la misma manera. Su amor es para Stuart Reeds, un inversor británico encantador y refinado mayor que ella, y un contrincante implacable en la larga y sutil guerra que comienza entre su joven rival y él por el corazón de Amber. Con el tiempo todo se complica y ambos se verá acorralados y llegarán a cometer actos que nunca hubieran imaginado de devastadoras consecuencias para todos.

Magnífica y emocionante, esta novela es una exploración sobre el significado y la fuerza del primer amor, el amor que permanece imborrable en nuestra memoria y nos persigue mucho más allá del momento en que termina. El amor que nos hace creer que podría haber durado, si tan solo…

Los mejores años de nuestra vida

Christine Leunens

Traducción de Milo J. Krmpotić



Para mis hijos

El punto de retorno seguro

3 de enero de 1991

No había ventanillas por las que mirar. No había nubes blancas sobre un cielo azul con el mismo aspecto que la tierra helada que no tardaría en ser nuestro destino. No en aquel Hercules RNZAF LC-130, un vuelo militar. No había moqueta, ni almohadas, ni insonorización. Nosotros —es decir, los seis hombres del equipo de rodaje— estábamos sentados de cara a una fila de científicos y personal militar. Los asientos no eran más que una red de correas que nos protegían el culo de los tornillos, y yo no era el único a quien el estómago le obligaba a salir disparado hacia el «tarro de miel» situado en la popa. Cada vez que alguien vomitaba, se producía algo parecido a una reacción en cadena.

—Es mejor que ir caminando —oí que le decía un militar al tipo que estaba sentado a su lado.

—Pero ¡por poco! —fue la respuesta.

Una nueva turbulencia nos atrapó sin previo aviso y tampoco fue el mejor momento para que el piloto anunciara que habíamos alcanzado el PRS. A mi izquierda, Bertrand anunció a gritos que «PRS» significaba «Punto de Retorno Seguro». Una vez superado, bramó, si el clima se ponía chungo, tendríamos que aterrizar o estrellarnos en la Antártida, porque no dispondríamos de combustible suficiente para regresar. Con excitación infantil añadió que, si el aterrizaje en McMurdo era demasiado arriesgado, tendríamos que dirigirnos hacia el Polo Sur con la esperanza de encontrar una pista improvisada o de intentar un «aterrizaje a ciegas». Con aquel cabello pelirrojo que le caía sobre los hombros y que contenía con una gorra promocional de la cadena de restaurantes BeaverTails, aquella barba, a la que tampoco le habría ido mal que la domesticaran un poco, y su nariz, enrojecida tanto por el frío como por la bebida, Bertrand podría haber pasado por uno de los subcontratistas de Papá Noel antes que por el cineasta

avispado al que conocía desde hacía tanto tiempo. Fruto de una travesura de la naturaleza, cuando sonreía parecía más bien gruñir, impresión que sus cejas tupidas no hacían más que remarcar.

Pese al ruido de los motores de turbohélice, algunos de los hombres estaban echando una cabezada. No obstante, yo no podía dormir. Demasiados interrogantes. ¿Y si me pasaba algo antes de poder confesarme? Eso me llevó a pensar en el desastre del vuelo 901. Las visitas turísticas de ese tipo solían salir de —y regresar a— Nueva Zelanda el mismo día, sin llegar a aterrizar en la Antártida. «Vuelos circulares a ninguna parte», los llamaban.

Aterrizamos en la pista Hielo Azul y, nada más pisar la plataforma de acceso, la amplitud y la profundidad de aquel blanco sin interrupción me llevaron a tragar asombrado una bocanada de aire. Con ella experimenté lo que deben de sentir los recién nacidos al respirar por primera vez: el dolor me bajó hasta los pulmones e, igual que un neonato, recibí una palmada en la espalda que me permitió soltar un grito conmocionado. Tal y como sospechaba, había sido Bertrand. Tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para mantener una expresión impasible: se había puesto un sombrero peludo de mapache y la cola rayada del animal le colgaba a un lado. No me preguntéis cómo había pasado esa cosa muerta y polvorienta la aduana neozelandesa, aunque solo fuera para hacer un transbordo. Con aquella barba y cejas tupidas, y la cabeza medio embalsamada, me sentía como si me hubiera encontrado cara a cara con el yeti.

—Aquí no tienes nada que temer, Ethan. No hay osos polares, no hay lobos, no hay ALCES... —se burló de mí. Lo del alce era una vieja broma entre nosotros.

—Oh, pues yo creo que sí. —Cedí al impulso de tirar de la cola del mapache—. ¡Con eso sobre la cabeza pareces el eslabón perdido!

—Bueno, pero no lo toques. —Me dio un cachete en la mano.

No tardamos en hacer piña con los demás y Bertrand nos soltó una arenga sobre lo que nos esperaba allí.

—Cuidado con los puentes de nieve. No os dejéis engañar por ninguna superficie lisa, pues podría tener solo una pulgada de profundidad. Y, por debajo —soltó un silbido—, una caída de treinta metros. Así que, cuando diga «quietos», ¡os quedáis quietos!

—Y si nos quedamos quietos sin que lo digas, es que nos hemos congelado —bromeé, aunque los curtidos quebequeses que me

rodeaban no parecieron prestarme demasiada atención.

Bertrand acabó de pronunciar su discurso con calma:

—No nos marcharemos sin hacer justicia al guion de Ethan, aquí presente —me pasó el brazo por los hombros con fuerza—, y capturar el espíritu de este lugar. Y, cuando lo hagamos, me gustaría dedicar este documental a Aurélie, mi esposa, quien lleva treinta y cuatro años aguantándonos a mí y mi afición por los documentales. Así que no hagáis ninguna tontería que me obligue a dedicarle la película a alguno de vosotros en su lugar.

Bien, Bertrand y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Podría escribir páginas y páginas contando que tiene un corazón de oro y que siempre defiende a los más débiles, que sus carcajadas suenan con más fuerza que sus gritos, que siempre logra ver las cosas en su conjunto y que todo lo demás no le importa una mierda. Pero, hasta donde yo sé, aún no está muerto, así que no voy a pronunciar su panegírico.

Al poco nos metieron en el autobús lanzadera Iván el Terra, y nos asignaron las taquillas en la base Scott. Taquillas sin candado, debo añadir, porque al parecer a nadie se le ocurriría abrir la de otra persona. Después de una reunión informativa sobre la manera en que funcionaban las cosas —el generador, la protección contra incendios, la medicina, los orines, los desechos más pesados, la basura, adónde iba allí y adónde se iba después de allí (de vuelta a Christchurch) y ese tipo de cosas, de las que uno a menudo no querría enterarse— nos condujeron a la barraca quonset. A la hora de escoger las literas, supe por experiencia que era mejor estar encima de Bertrand que debajo, porque de otro modo tendría su colchón colgando justo sobre la cara. La primera comida fue un bufé caliente en el comedor, y Bertrand se la pasó charlando con el cocinero, intentando ponerse a buenas con él, sospecho, para averiguar qué partes de la despensa podría asaltar durante la madrugada.

Aquí por la noche apagan la calefacción y yo estoy en una de las salas comunes, en este momento a dos grados Celsius (y bajando), con algunas badanas por encima y el procesador de textos calentándome ligeramente el regazo. Hace rato que los demás se han ido a la cama; ya es de madrugada, pero no lo parece por culpa del sol de medianoche. Aunque este diario pretende ofrecer una idea de lo que vaya haciendo mientras esté en la Antártida, hay algo más, ya que esta

producción se me ocurrió durante una serie de noches de insomnio, a fin de no volverme loco y para poder venir hasta aquí en un periodo de autoexilio. En resumidas cuentas, necesitaba con desesperación este espacio, este lienzo en blanco, esta distancia, para ser capaz de confesar lo que necesito confesar, para asegurarme de que la verdad quede sobre el papel. Y, para ello, debo abrir el morral de piel que tengo a mi lado, en el suelo, lleno de mis viejas agendas, que abarcan como una década. Supongo que ahora sí que he superado de verdad el PRS.

NAMBASSA

27-29 DE ENERO DE 1979

Quien no haya estado allí no podrá entender nunca la magia de Nambassa, pero quien sí haya ido tampoco podrá describirla sin acabar convirtiendo en un simple felpudo lo que fue una alfombra voladora. En términos prácticos, Nambassa fue un festival de música, artesanías y estilos de vida alternativos que se celebró en una granja del Golden Valley y que recordó al festival de Woodstock por los miles y miles de personas que acudieron a él. Fue una celebración de la paz y el amor, el sueño hippie para todos. Lo que recuerdo de él no es más que la punta del iceberg. El gentío que levantó sus mecheros encendidos durante la actuación de la Little River Band, los grupos de versiones que se probaban con The Doors y Bob Dylan, una jungla de gente, los niños que corrían de aquí para allá bajo un sotobosque de extremidades, las mujeres que se refrescaban en duchas portátiles, sus cuerpos desnudos a la vista; una sensación de liberación, de caminar un par de centímetros por encima del suelo. Vale, no negaré que yo mismo le di algunas caladas a un porro y que es muy probable que el humo dulce que liberaban las multitudes contribuyera a esa sensación en forma de aromaterapia generalizada.

Había pensado en asistir con Olivia, mi novia en aquel momento, pero el plan no había salido del todo bien porque ella odiaba «mis conciertos y multitudes». Para Olivia, yo siempre estaba algo por debajo de una especie de ideal relacionado con Barry Manilow (lo que ofrece una pista acerca de sus gustos musicales). Allí, al aire libre, se vendía o intercambiaba todo lo que existía bajo el sol: masajes y reflexología donde hubiera espacio para poner una camilla; cholis, saris y pantalones bombachos en una parada; momos, samosas y naans en otra, un montón de Budas... De no haber sabido dónde estaba, de verdad que habría pensado antes en Goa que en Godzone. En mi segundo día allí, delante de una mesita con «anillos de humor» que

refulgían bajo el sol, me llamó la atención una rubia delgada y de aspecto frágil, con el cabello largo hasta el trasero. Creo que se debió a que parecía alterada, le temblaban las manos mientras observaba uno de los anillos. Iba vestida de manera peculiar, con unos pantalones de montar ajustados de color blanco y una camisa de vestir anticuada y también blanca, pero sucia y con manchas de hierba. Como si hubiera necesitado que alguien fuera testigo de aquel momento y ese alguien resultara ser yo, me dirigió una mirada y dijo:

—¿Sabes?, los cristales líquidos reaccionan a tu temperatura y presión. Cada color representa un estado de ánimo diferente. Es como entender un arcoíris, franja por franja.

Pensé que las cosas no debían de irle muy bien si necesitaba que un objeto «mágico» interpretara sus emociones.

Con una sonrisa burlona, se puso un anillo en el dedo y le preguntó al objeto:

—¿Cómo estoy hoy? ¿Asustada? ¿Enfadada?

—¿Confundida? —le sugerí, aunque lo más probable era que estuviera colocada.

Cuando se alejó, algo en ella me dejó sintiendo curiosidad y preocupación a la vez. La manera en que se había abrazado a sí misma mientras se desplazaba con una pequeña cojera entre una parada y otra..., parecía sola y vulnerable en medio de aquel océano de gente. Entonces atravesó la multitud en diagonal hasta salir a un prado, casi como si se hubiera quedado atrapada en una contracorriente, así que me puse a seguirla de cerca.

Llegó junto a dos caballos que parecían mustios en aquel recinto tan soleado y, por la manera en que les dio unas palmaditas en el hocico, tuve la sensación de que le reportaban algún tipo de apoyo emocional.

—Queréis que estas moscas tan molestas os dejen en paz, ¿verdad? —preguntó, y espantó la nube oscura con la mano mientras atraía ambas cabezas hacia sí con una ternura que estuvo a punto de hacer que deseara convertirme en un caballo.

—Ey, hola. Me llamo Ethan. —Me uní a ella—. ¿Estás bien?

De cerca me di cuenta de que probablemente se encontrara hacia el final de la adolescencia. Su belleza era natural, con unos ojos soñadores de color azul claro, las pestañas blanqueadas por el sol y la nariz que se le estaba quemando, la boca bonita en un gesto de mohín

y un aire sencillo, cercano a la naturaleza, casi escandinavo.

—Veamos… —Entornó los ojos bajo la luz del sol para ver la piedra de su anillo nuevo—. Hum, podría estar mejor.

Habría jurado que oí la palabra «ámbar» en el momento en que se disponía a enseñármelo.

Le eché un vistazo a la baratija.

—Está negra —dije sorprendido. Ella arrugó la nariz, también parecía perpleja—. No ámbar —añadí.

Ella se mostró de acuerdo y dijo:

—Amber, me llamo Amber.

Maldita sea, lo que quería era estrecharme la mano.

—¡Oh, lo siento! Pensé que te referías a que el cristal líquido estaba…, ya sabes, de color amarillento.

Nos reímos y nos quedamos allí parados un instante, sin saber qué decir ninguno de los dos. Probé con:

—Mmm, ¿has venido a caballo?

Ella bajó la mirada hacia su vestimenta de amazona y se encogió de hombros.

—Ya lo sé. Hay un trillón de personas y yo soy la rarita. Tengo un hermano mayor, que me ha traído hasta aquí y luego se ha largado con unos colegas. —Esto pareció recordarle el hecho y pasó a frotarse la sien en círculos pequeños—. Vinimos en el último momento, en busca de un poco de paz y refugio.

—¿Paz y refugio?

—¡Para que no lo mataran por hacer *piaffes* y *demivolts*! —Debí de quedarme pasmado, porque ella hizo como que cogía unas riendas invisibles—. Daniel hace doma clásica, mi padre cría caballos. Para papá, la doma clásica es tan mala como si un niño quisiera hacer ballet.

—¿Es posible que, por algún casual, nuestros padres sean familia? El mío piensa que solo las chicas pueden llevar el pelo largo.

Al oírlo se mordió el labio.

—Es porque el caballo se rompió la pata mientras seguía la rutina. Hubo que sacrificarlo.

Seguimos avanzando, con pasos lentos, hacia una zona menos atestada. La bahía acabó por abrirse ante nosotros con su color turquesa claro sobre el que flotaba una malla de luz; la brisa arrastró el aroma del océano hacia nosotros y nos instalamos allí. Durante el

resto del día, despiertos durante la noche y hasta bien entrado el día siguiente, compartí todo lo que tenía con ella: bollos de queso, bollos con pasas, cervezas de jengibre, la esterilla de campamento, el saco de dormir, que abrí al caer la noche para salvarnos de los mosquitos…, y ella compartió todo lo que tenía conmigo: una barra de bálsamo labial, su conocimiento de las constelaciones del zodiaco en lo alto y sus grandes ambiciones por proteger la vida marina, salvar animales y evitar que el mundo se consumiera. Al margen de un chapuzón matutino en ropa interior, lo único que hicimos fue hablar sin parar. Bueno, al principio la que habló sin parar fue ella, mientras que yo me dediqué a escucharla sin parar también.

—Los caballos son fuertes y robustos, pero un paso en falso y de repente están hechos de cristal —me dijo—. Un caballo como ese cuesta lo mismo que una casa, y papá ni siquiera logró salvarlo para que llevara una vida tranquila de semental, porque los huesos de las patas del caballo se astillan en muchísimos trozos, de verdad que son como de cristal, y no se habría curado nunca. El pobre animal habría sufrido muchísimo solo por seguir vivo. Y él adoraba a ese caballo. Cuando era un potrillo solía saltar mucho, como cuando haces palomitas, así que le puso el mote de Popcorn.

Me contó que su padre apuntó a Popcorn con el rifle, pero luego lo dejó en el suelo y comenzó a pasearse de aquí para allá, estrujándose la cabeza en busca de otra opción que, ay, no existía, y eso lo sabía incluso ella. Así que Amber recogió el rifle de su padre. Los relinchos agudos le habían provocado un horror tal que fue el estallido mismo lo que le indicó que había disparado el arma.

No creo que más tarde recordara ni la mitad de lo que me contó mientras seguía bajo los efectos del trauma, porque durante las semanas que siguieron saqué el tema una vez y la secuencia cambió de manera inexplicable. Esa vez, su padre le ordenó que entrara en la casa y fue él quien disparó al animal a bocajarro, de modo que la sangre salpicó a Daniel. ¿Pretendía que nadie se enterara, ni siquiera ella misma, de que había cometido un acto violento pero necesario? ¿O era aquella la versión que les había dado a «todos los demás», pero no la que estaba reservada para el hombre especial de su vida?

Las horas fueron pasando y, con el cambio de la luz, pude ver que la sal había formado tenues deltas en sus mejillas. Las olas golpeaban contra la orilla y la música sonaba a lo lejos, como un trueno remoto

cuando la tormenta ya ha pasado. La calma se cernió sobre nosotros, y sus ojos, del color azul claro de una piscina, me hicieron pensar en los juegos de luz que un día soleado suele dibujar en su parte más honda. Aquel era el momento. Podría haberla besado, debería haberla besado, sobre todo cuando me miró a los ojos y noté que deseaba que lo hiciera. Es complicado explicar por qué me contuve. Supongo que en aquel momento me pareció que ella estaba demasiado perdida y abrumada por las emociones. Además, por encima de todo no quería que más tarde se enterara de que yo aún estaba con otra persona y dejara de confiar en mí. Quise ser lo más decente posible y comenzar las cosas de la manera correcta.

ALBERTON

30 DE ENERO DE 1979

Por entonces, para efectuar el pago del billete los autobuses tenían «cajas de honestidad» y no puedo dejar de preguntarme si estas han dejado de existir por culpa de gente como yo, que, a veces, cuando no tenía la moneda necesaria, solía meter alguna cosa plana y circular, procedente de la caja de herramientas de mi padre, pensando que, de algún modo, lo que introducía allí equivalía al valor correcto del viaje. El viejo todoterreno de aspecto militar no estaba allí y eso significaba que los padres de Olivia ya se habían ido a trabajar. Digamos solo que no fue bien. Las rupturas son asuntos desagradables y desgarradores, como intentar arrancarte un chicle de la suela del zapato.

Durante las semanas que siguieron, llamé a Amber por teléfono tan a menudo como me fue posible sin llegar a pensar que me estaba pasando. Nuestra primera conversación fue absurda, porque estaba seguro de haber oído un relincho de caballo no muy lejos de donde estaba ella. «¿Eso ha sido un caballo? ¿Relinchando?», le pregunté, y me cuesta explicar por qué su respuesta —«¿Eso ha sido un coche? ¿Tocando la bocina?»— nos hizo reír de aquella manera. Quizá fuera solo la euforia por estar hablando de nuevo. Aquellas llamadas eran el punto álgido de mi día y, a veces, las cosas que me contaba hacían que pasara horas riéndome después de colgar el aparato. Por ejemplo, a la semana de volver de Nambassa me contó que aquella tarde había estado apilando madera cuando vio que dos testigos de Jehová se acercaban a su casa —reconoció al hombre y a la mujer de algunos meses atrás—, así que se escondió detrás de la pila, contenta de que no la hubieran visto..., hasta que ellos rodearon la madera y, mientras Amber permanecía agachada, el hombre levantó un leño y comenzó a citarle la Biblia: «¡No te ocultes a la presencia de Dios Nuestro Señor entre los árboles del jardín!». La semana siguiente la hice reír de la misma manera cuando le hablé de la tarea que tenía para el Instituto

Técnico de Auckland: filmar el mar en blanco y negro. Al ver el copión constaté que una grieta molesta bailaba sobre el plano, ¡y es que el viento había hecho que uno de mis pelos quedara encima del objetivo! Me pusieron un aprobado a duras penas, y eso que tuve que insistirle al encargado de la claqueta que había intentado sugerir de manera voluntaria que la textura de la realidad se puede desgarrar en cualquier momento, igual que nuestras frágiles vidas.

Teníamos un teléfono de pared debajo de la escalera, en nuestro modesto salón, pero, incluso con la tele puesta para las noticias de las seis, lo que más les interesaba a mis padres era cualquier información que pudieran reunir sobre mí y «la chica nueva». Escuchaban lo que le decía; a veces, tonterías relacionadas con nuestra compatibilidad, siendo yo Piscis y ella Acuario, pues había nacido solo tres días antes que yo. Bueno, tres años después, pero tres días antes, el 17 de febrero de 1961. Así que le faltaban pocas semanas para cumplir los dieciocho, que era lo que les interesaba a mis padres. En aquellos tiempos, en casa todos sabían a quién llamaba porque el código de larga distancia era superlargo para los lugares superpequeños como aquel en el que vivía ella, 07127, y, aunque el número de teléfono en sí tuviera solo cuatro dígitos, acababa en un doble uno, lo que le otorgaba un ritmo muy revelador. Victoria, mi hermana pequeña, sintió que era su deber pinchar aquellas llamadas, y las escuchaba furtivamente desde el otro teléfono, el de la cocina. Era como el escándalo del Watergate en mi propia casa, y mi madre la dejaba irse de rositas… ¡probablemente porque la muy soplona la informaba de todo!

Una vez le pregunté a Amber si Ben, que era mi mejor amigo, y yo podíamos ir a visitarla un domingo. Escoger a Ben como acompañante había sido una elección cuidadosa, porque este tenía un Suzuki Fronte de 1969 en un estado lo bastante bueno para hacer el viaje, pero no tan bueno como para hacerme quedar como un perdedor por no disponer de mis propias cuatro ruedas. Además, Ben tenía un hoyuelo que daba a su barbilla el aspecto de un culo de bebé prematuro, así que, a menos que Amber sintiera un exceso de instinto maternal, con él estaba a salvo en cuanto a atractivo físico. Sin embargo, Amber se disculpó, pues tenía que ir a una feria en Feilding con su padre para exhibir a unos «padrillos» (me enteré de que se trataba de trotones macho muy solicitados para que se aparearan con

las yeguas). El fin de semana siguiente dijo que lo sentía aún más, pero que era el septuagésimo aniversario de su abuela. Por mucho que disfrutara con mis llamadas, yo tenía la sensación de que no podía recibirlas, ya que nuestras conversaciones terminaban a menudo con un abrupto «¡Tengo que irme!» o «¡Hablamos luego!», para, a continuación, colgar el auricular con fuerza, como si su padre se hubiera acercado en aquel momento adonde ella estaba.

Algunas noches después me metí en una cabina de color rojo para buscar un poco de intimidad; Amber contestó al primer timbrazo, y le dije en mi ensoñación algo así como que solo deseaba oír su voz.

—No, jovencito —contestó esa voz—. Soy la madre de Amber.

El error me devolvió los pies al suelo de golpe.

—¡Oh, lo lamento! —tartamudeé—. U-usted debe de ser la señora… —En aquel momento me di cuenta de que no sabía el apellido de Amber. Para mí solo era Amber, tal y como, bueno, Cher era Cher.

—Deering —me ayudó la mujer.

—Señora Deering. Por favor, ejem, ¿podría hablar con Amber?

—Ha salido a llevarles agua a los caballos, pero debería volver en cualquier momento.

Durante los minutos siguientes, mi rollo de monedas se pareció a una bengala en el sentido de que se fue consumiendo con demasiada rapidez. La única persona que apareció de vez en cuando fue una vecina entrometida (donde Amber vivía había líneas compartidas), pero yo tenía la sensación de que, si renunciaba a la llamada, estaría colgándole el teléfono a su madre. Fui oyendo la caída regular y metálica de las monedas, y el momento glotón en que el teléfono de pago se las tragó todas. Cuando desapareció la última y, con ella, mis esperanzas, el teléfono se encargó de colgar por mí.

10 DE MARZO DE 1979

Llegué media hora antes por miedo a llegar media hora tarde, ya que uno nunca sabía si el tráfico de Auckland iba a ser fluido o funesto. Mi padre había tenido la bondad de prestarme la camioneta del trabajo, pero yo decidí aparcar a bastante distancia por el relámpago y la verdad a medias que la decoraban: «¡No hay encargo demasiado

grande ni demasiado pequeño!» (de hecho, algunos encargos eran demasiado grandes y peligrosos para que los realizara él solo, pero ninguno era demasiado pequeño para que no se molestara en aceptarlo). Tampoco es que me sintiera muy cómodo saliendo de un vehículo comercial con un llamativo traje nuevo. Parecía como si uno hubiera sido robado o el otro incautado por deudas.

Cuando Amber me mencionó el «acto benéfico» en el número 100 de Albert Road, no había dicho nada sobre que fuera a tener lugar en la casa Alberton, la mansión blanca de dos pisos con torres dignas de un gerifalte. Hasta entonces había asumido en todo momento que la siguiente vez que la viera sería en su propio terreno, en la granja de sus padres (¿se llamaba *granja* en el caso de los caballos trotones?). No sabía casi nada sobre la cría de caballos, pero me había imaginado con facilidad a Amber, el cabello recogido en dos largas trenzas, dando de comer heno o paja con la mano a un grupo de caballos (¿había alguna diferencia entre el heno y la paja?). Por supuesto, era consciente de que estaría fuera de mi elemento, pero tenía la sensación de que de algún modo seguíamos siendo iguales, como el ratón urbano y el ratón campestre. Entonces puse la vista en aquel lugar y, de repente, todo lo que me había contado Amber sobre caballos, que si «padrillos» y «yeguas» y «doma», me hizo pensar: «Está fuera de mi alcance». Intenté reprimir aquella idea. Al fin y al cabo, sabía que yo era un tipo simpático que iba a tratarla como a una dama; además, estaba trabajando duro para conseguir algo en la vida y, de todos modos, ¿a quién le importaban ese tipo de esnobismos?

Mis zapatos nuevos de charol no se adherían bien al suelo y, a medida que me acercaba al «recinto», al ver a la gente de punta en blanco que se dirigía al mismo sitio, comencé a sentirme fuera de lugar. Aunque apenas caía un sirimiri, ya habían abierto los paraguas, elegantes y con la forma de cebolla de las cúpulas rusas. Los únicos paraguas que poseía mi familia se volteaban como tulipanes con la primera ráfaga de viento. Subí unos escalones tan bajos que parecían piezas de dominó caídas, y me abrí paso entre un fuego cruzado de perfumes diferentes. Una vez dentro se pasaba lista, pero al revés: tú tenías que decir tu nombre para que lo tacharan del papel. La siguiente barrera la conformaban unas mujeres que le quitaban cosas a la gente, pero yo no llevaba nada que pudieran arrebatarme sin hacer que me sintiera como si me hubieran ganado en una partida de *strip*

poker. Todo ello mientras Amber me echaba un ojo por si tenía algún problema para entrar, pese a que estuve a punto de pasar a su lado sin reconocerla. Con el cabello recogido y las sandalias de plataforma, de repente mi metro ochenta no me pareció suficiente.

Me fulminó con la mirada, los brazos en jarras, fingiendo rabia.

—¿Pasan dos meses y ya no te acuerdas de mí? ¡Pues sí que dejé una impresión duradera!

—¿Qué narices le ha pasado a tu ojo? —le pregunté. El maquillaje, aunque de color azul oscuro, camuflaba solo en parte un moratón.

—¡Oh, claro, échale la culpa a eso! —Se dio una palmada en la frente y se rio—. Tenemos un corcel fogoso que no quiere convertirse en trotón y sigue poniéndose al medio galope. Ayer estábamos haciendo trabajo de cuerda y se puso frenético, comenzó a dar cabezazos y a meterse en mi círculo. —Entonces se mordió un padrastro—. Es un espíritu libre, eso es todo. Se llama Canción de cuna.

—¿Canción de cuna? —repetí incrédulo.

Ella se rio por lo bajo.

—En el mundo de los caballos tienes que cuidarte de los que llevan nombres como Canción de cuna, Serenidad o Merino.

—No sé si apostaría por un caballo cuyo nombre me recordara a un colchón.

—Te equivocarías al no hacerlo.

Su sonrisa se transformó, dispuesta a burlarse también de mí, y nos quedamos mirándonos a los ojos mientras una sensación sólida y constante fluía entre nosotros. Gracias a mi padre sabía algo sobre las corrientes eléctricas, y aquella era del tipo que él habría llamado «saludable».

—Veo que no has cambiado… —dijo, y, acto seguido, al reparar en mi traje, reprimió una carcajada— demasiado.

—No, pero tú sí. —La miré de arriba abajo, no exactamente de manera aprobatoria.

—Venga, vamos a por una bebida, me siento desnuda sin ella —dijo con un suspiro, y se dirigió hacia una pirámide de líquido espumoso ya servido, mientras que yo me agencié un bloody mary.

—*Nudofobia*. Así es como se llama el miedo a sentirse desnudo. Ben, de quien ya te he hablado, estudia esas mierdas en Psicología.

Todos los miedos imaginables, incluso los más disparatados, tienen un nombre.

—Mi mayor miedo es caerme. Sueño que me caigo por una escalera sin barandilla, sin nada a lo que sujetarse, y me despierto de una sacudida. No me da miedo caerme de un caballo, eso me pasa constantemente. Pero la sola idea de caerme del ala de un avión o de un mástil me provoca un ataque de pánico.

—El vértigo no es nada fuera de lo común. Si quieres algo raro, existe el miedo a las barbas; no es broma. Quizá se deba a que la barba puede hacer que el hombre tenga aspecto de animal. *Pogonofobia*, se llama.

—¿Y tú? —Entornó los ojos mientras hacía chocar su vaso contra el mío—. Dime, ¿qué es lo que más temes?

Había algo más allá de sus palabras, algo que intentaba alcanzar en mi interior mientras nuestras miradas se encontraban.

En aquel momento, un hombre alto (¿de metro ochenta y ocho?) y elegante, que supuse que sería el padre de Amber, se nos acercó. Para mi consternación, llevaba barba, ¡cómo no! Era canosa y estaba bien recortada, pero seguía siendo una barba: ¡a eso se le llama meter la pata! Él me miró con más curiosidad que otra cosa y, acto seguido, dejó que su brazo se posara sigiloso sobre los hombros desnudos de Amber de una manera que pareció indicar posesión o propiedad, pero hubo algo en aquel movimiento, en la lentitud e intencionalidad del contacto, que no acabó de ser normal, y entonces comprendí que el hombre no era su padre, sino alguien lo bastante viejo como para ser su padre, quizá incluso su abuelo. Mientras tanto, aunque lo más posible es que transcurrieran apenas unos pocos segundos, mi rostro debió de expresar una conmoción mal reprimida, porque en una de las comisuras de la boca de Amber apareció un hoyuelo, como si lamentara que no hubiera aprobado su relación con aquel hombre, pero, bueno, tampoco iba a escondérmelo. ¿Por qué me había pedido que fuera? ¿Como testigo, para ver lo que se estaba haciendo a sí misma? ¿Como héroe, para que saltara a rescatarla? ¿O solo como amigo?

—Stuart, Ethan. Ethan, Stuart —dijo moviendo la mano entre el hombre y yo—. Ethan es escritor —añadió orgullosa.

—Solo una especie de escritor —la corregí—. Guiones de películas, y acabo de comenzar, aún estoy estudiando.

Stuart tomó mi mano entre las suyas con un gesto cálido y paternal, y acto seguido se volvió hacia Amber y le dijo con voz suave:

—Estoy preocupado. Tanya ya debería estar aquí. —Tenía un claro acento británico.

—¿Tu esposa? —pregunté.

Amber me lanzó una mirada para que me callara antes de decir con dulzura:

—Tanya es la hija de Stuart.

Le di un trago a mi bebida mientras intentaba descifrar la situación. Algo no concordaba; nuestra conexión, la manera en que hablábamos y nos reíamos al teléfono, y que en aquel momento estuviera con él, con ese «viejo muchacho» de internado pijo. Según un cálculo rápido, debía de haber nacido en algún momento del periodo de entreguerras. ¡Y no me refería a Corea y Vietnam, no, sino a la Primera y Segunda Guerras Mundiales!

Amber debía de saber con exactitud lo que estaba pensando, porque evitó mi mirada y de repente pareció débil y exhausta, como si estuviera sufriendo por algo que se guardaba para sí. Aquello bastó para ablandarme. ¿Tenía complejo de Electra? Para entonces era imposible seguir ignorando que se había producido un movimiento gravitatorio generalizado hacia las mesas, donde las servilletas de tela permanecían plegadas como colas de pavo real. No obstante, yo tenía el estómago revuelto por lo que acababa de suceder, así que fui inmune al aroma a carne con guarnición de tres verduras. Lo siguiente que supe fue que estaba atrapado en una cena formal, intentando seguir la charla de mis compañeros de mesa, con la boca reaccionando a los pies tonales con lo que esperaba que fueran los monosílabos de cortesía adecuados: *Sí. Bien. ¿No? Oh.* Debí de parecerles un verdadero haragán.

No podía pensar más que en las dos personas que estaban sentadas al otro extremo del comedor. De vez en cuando dejaba que mis ojos pasaran sobre ellas de manera casual, como si estuviera paseando la mirada a mi alrededor. En aquel momento no tenía ni idea de que Stuart fuese Stuart Reeds, de Inversiones Reeds & Anderson, una empresa cuyas vallas publicitarias había visto todo el mundo en Auckland: dos pazguatos con las corbatas mal combinadas (una de lunares frente a otra rayada, el equivalente en términos de moda de un encuentro entre King Kong y Godzilla) y un mensaje

acerca de la importancia de la colaboración. Solo lo descubrí cuando el maestro de ceremonias se puso en pie para agradecer a los donantes «nuevos para la causa» que hubieran demostrado una «generosidad abrumadora a fin de ayudar a proteger el medio ambiente» y señaló a Stuart, quien resultó ser un hombre modesto y tuvo que superar el trance lo mejor que pudo, probablemente porque había sido Amber la que lo había arrastrado hasta allí. Más tarde, hacia la mitad de la cena, una mujer anciana comenzó a pasearse entre las mesas sin saber dónde sentarse, hasta que Stuart le consiguió una silla e hizo que se sentara con ellos, lo cual me llevó a preguntarme si no me habría equivocado por completo. ¿Y si aquella era la esposa de Stuart?

Quizá no. Porque en los postres todo el mundo tuvo que ir a servirse al bufé, de oferta abundante, y cuando Amber y Stuart lo hicieron, vi que se daban la mano un instante a la espalda de él, como si nadie debiera verlos. Por la manera en que Stuart le pasó un plato y le fue sirviendo cucharadas de lo que ella le indicaba, uno habría podido pensar que Amber era demasiado pequeña para hacerlo por sí sola. De vuelta, con un trozo de gelatina tambaleante y un pedazo de tarta pavlova deslizándose por el plato, ella vio que la miraba y me saludó agitando los dedos de la mano. Si hubiera estado secando la condensación de un parabrisas, habría limpiado el espacio necesario para un ojo. Me obligué a devolverle la sonrisa y bajé la mirada hacia la ternera, las zanahorias, los guisantes y el mazacote de puré de patatas, y la hermosa naturaleza muerta que dibujaban en mi plato. No tenía demasiadas ganas de comerme nada de eso.

The Gluepot

Mediados de marzo de 1979

Después del asunto del Alberton, me pasé varios días y noches dándole vueltas a Stuart en la cabeza, esforzándome todo lo posible por verlo a través de los ojos enamorados de Amber. Su glamour, autoridad, dinero, generosidad y modestia absoluta. Un viejales alto, sin duda, y yo no era tan inmune como me había creído siempre al síndrome del viejales alto. Tampoco tenía mal aspecto para su edad. De la cabeza a los pies, todo en él era un alarde de gusto refinado pero sutil, el caballero de la *jet set* que conocía la tienda libre de impuestos adecuada en todas las paradas y escalas del mundo. El perfil agradable y aerodinámico de sus zapatos, el destello casi imperceptible de su reloj de pulsera, la cintura ajustada de su chaqueta de traje..., todo sumaba a la hora de conferirle un toque señorial que debía de venir acompañado de unas facturas bastante elevadas. Para ser sincero, esa cintura ajustada debía de haber requerido de cierto esfuerzo por su parte. No la de la chaqueta, me refiero a la de verdad: limitar la ingesta de comida y de alcohol, aburrirse en la cinta de correr con regularidad..., y supongo que también hacer pesas, una fuerza de voluntad de calibre alto, teniendo en cuenta que podría permitirse meter en el carrito de la compra todo lo que le apeteciera.

Ofrecía una primera impresión benévola, caritativa, con todas esas cualidades que yo había tenido que encontrar en las sopas de letras de la escuela católica. Su cara también tenía un punto anticuado, era como la del rey mago de mayor edad en una Biblia ilustrada para niños: por lo general, era el que llevaba el plato de oro. Los ojos juntos, de color azul grisáceo, bajo unas cejas canosas y pensativas; los pómulos altos, los labios solemnes y gruesos, la nariz prominente, con un ligero destello de los orificios nasales... Todo ello parecía indicar que era muy consciente del mundo que lo rodeaba y, sin embargo, menos consciente de sí mismo; o simplemente era algo

que no le preocupaba mucho. Y, aunque tenía un moreno moderado, como el de una persona que pasa tiempo al aire libre, sus dientes seguían siendo de un blanco poco natural, así que eso también debía de ser fruto de una labor odontológica que se podía comprar con dinero.

La cuestión era que, si Amber me hubiera dado calabazas por alguien de mi edad, habría sido duro, pero con el tiempo habría logrado digerirlo. No obstante, que prefiriera a un anciano por encima de mí… Desde la perspectiva de mis veintiún años, incluso un hombre de la edad de mi padre (que, en comparación con Stuart, solo tenía cuarenta y siete) era un carcamal. Así que imagina cómo hacía que me sintiera aquella persona a unos pocos bastones de distancia de la jubilación. En serio, ¿dónde se imaginaba Amber que estaría con él en un plazo de diez años? ¿Pasándoselo como nunca en una residencia de ancianos? ¿Caminando por un campo de golf con él y sus viejos amigotes calzados con los típicos zapatos moteados con solapas de flecos?

Esa línea de razonamiento solía culminar en fantasías grotescas en las que los tres nos encontrábamos para hacer unos largos en una piscina pública (y era fácil saber quién acababa respectivamente en los carriles rápido, medio y lento). Un vistazo a mis bíceps y pectorales, hinchados en el momento de quitarme la camiseta, la llevarían a parpadear varias veces mientras recuperaba poco a poco la cordura, aunque en realidad tampoco es que yo fuera un armario. Como no lo había intentado con ella cuando prácticamente me lo suplicó, decidí que podía intentarlo entonces. Bueno, en un primer momento, el «intento» consistió en poco más que introducir el dedo en el dial y reunir las agallas necesarias para hacerlo girar.

—¿Hola? —Su voz sonó débil.

—¿Amber? —Estaba seguro de que esa vez era ella, y no su madre.

—¡Ethan! —Su alivio fue evidente, como si hubiera temido que no volviera a llamarla nunca, después de haberme marchado aquella noche de sábado sin despedirme mientras ellos se movían al son de la música disco. Stuart era una verdadera víctima de las clases de baile en sociedad, que no funcionaban en un contexto de discoteca; parecía fuera de lugar y anacrónico, sosteniendo a Amber con demasiada fuerza, como si temiera dejarla caer al estirarle demasiado la espalda,

con lo que las rajas del vestido se le abrirían demasiado y su pelo, al liberarse, pasaría a barrer el suelo... Estuve a punto de acercarme a decirle que le quitara las manos de encima durante ese éxito con las voces de pito de los hermanos Gibb, que a mí me sonaban más bien a hermanas Gibb. ¡*More Than a Woman,* mis cojones! ¡Apenas más que una colegiala!

—Pobre, espero que no te aburrieras la otra noche.

—No, bueno, estuvo bien —mentí con descaro.

—Espero que te gustara Stuart...

—Mmm, está bien, por lo que vi, sin conocerlo mucho ni nada parecido... —Y añadí con toda la naturalidad posible—: ¿Cómo os conocisteis?

—A través de Tanya. Stuart tiene tres hijos adultos, los dos mayores están en el Reino Unido, y Fiona, que está casada con un chico de oro del banco Barings, tiene una niña pequeña y otro que está en camino y llegará pronto.

—¡Así que es abuelo! —la ataqué, pero ella reaccionó con un exaltado «¡Ya lo sé!», como si le pareciera imposible.

—Charlie es el mediano, acaba de empezar a trabajar en un bufete jurídico de alto nivel. Y luego está Tanya, que tiene mi edad. Nos hicimos muy amigas cuando ella perdió a su madre. ¿Sabías que Stuart es viudo?

—Hum, no, no lo sabía. —Así que no era tan malo como pensaba —. Lamento oír eso. ¿Cuándo... sucedió?

—Hace casi un año. Iba conduciendo a algún sitio y en el otro coche había cuatro tipos borrachos. El conductor también murió.

—¿La..., la conociste?

—Tanya y Stuart me han hablado tanto de ella que es como si la hubiera conocido —contestó con verdadera emoción—. También he pasado mucho rato mirando sus fotos. Ya sabes, se pueden averiguar muchas cosas sobre una persona solo con sus fotos, por la manera en que hablan sus ojos. A veces Tanya me invita a dormir a su casa. Todas las fotos de ella siguen en su sitio.

Me la imaginé bajándose con cuidado de la cama de invitados en la habitación infantil de Tanya, pasando junto a unas pocas muñecas de mirada dulce y perdida en la nada, recorriendo el pasillo de puntillas y metiéndose en la cama extragrande de Stuart para pegarse a su cuerpo cálido y de vello gris. La decoración náutica, el

cubrecama, las cortinas, todo de colores azul marino y blanco inmaculado..., el suelo de madera pulida, con tablones muy anchos, como los de la cubierta de un barco. Quizá tres nudos de cuerda enmarcados, atravesando en diagonal una de las paredes, cuyo nombre y propósito solo él conocería, como probablemente le sucedía con todos los nudos de la vida.

La voz de Amber adoptó un tono más ligero.

—Lo gracioso es que Tanya conoció a Danny antes que a mí, por los concursos de doma.

—¿Danny?

—¡Mi hermano, tontín! Tanya piensa que Danny es gay, pero es lo que les pasa a todas las chicas, ¿no?, cuando un chico no se enamora con locura de ellas...

¿Me estaba lanzando una indirecta? No era posible que hubiera pensado que yo era... homosexual.

—Tengo algo importante que contarte. —De repente se puso seria—. Confío en ti lo suficiente para..., para saber que no lo juzgarás.

Prácticamente contuve el aliento.

—Mi hermano es..., es gay..., de verdad. Por eso las cosas se fueron a la mierda en casa. Verás, papá es una persona muy básica, cría caballos; para él, los machos se aparean con las hembras. Dice que así funcionan las cosas en la naturaleza para acabar produciendo la vida. Los resultados hablan por sí mismos. Piensa que el caballo solo tiene cuatro pasos por naturaleza, así que hacer que uno «se ponga a hacer cabriolas y bailar por ahí» es sintomático de todo lo que hay de «anormal, amoral e ilegal» en Danny. —Dicho eso, se sonó la nariz al lado del teléfono, mientras yo intentaba asimilar toda aquella información—. No es que mamá esté encantada tampoco, pero Danny sigue siendo su hijo querido, eso no cambiará nunca. Y respecto a mí..., yo quiero a mi hermano, es mi hermano, lo acepto tal y como es, ¿sabes? Pero solo con que diga que no puede evitar ser de la manera que es, papá va y le pega un puñetazo a la pared y se pone a decir a grito pelado: «¡Maldita sea, si puede adiestrar a un caballo para que actúe contra su naturaleza, él también puede entrenarse y comportarse tal y como la maldita naturaleza quería!». A veces tan solo tengo ganas de largarme de aquí.

—No son solo tus padres. Los míos me habrían exorcizado o desheredado si fuera gay. Pero, solo para que conste, en caso de que te

lo estés preguntando, no lo soy. —Siguió un silencio tenso, y volví a centrar el tema de la conversación en ella—. ¿Cuándo..., cuándo comenzaron las cosas entre Stuart y tú a...? —No acabé de encontrar las palabras.

—Hum, ostras, es difícil de decir. Hace cuatro semanas salimos en el Santa Kathrina, la barca que bautizó con el nombre de su esposa. —Amber hizo una pausa, como si estuviera reviviendo la escena en su cabeza—. Le tocaba a Tanya estar al timón cuando nos golpeó una ola que había surgido de la nada. Stuart me ayudó a mantener el equilibrio y no me soltó. Me miró a los ojos, los suyos estaban húmedos, y entonces lo supe. Ay, sí, lo supe.

—¿Qué piensa Tanya de todo esto? —pregunté con la esperanza de que aquella chica a la que ni tan siquiera conocía estuviera amenazándolos con hacer algo drástico.

—Al principio fue un poco embarazoso —contestó ella moderando su entusiasmo—. Tanya era la que no había dejado de decirme que su padre parecía tenerme cariño y entonces, sin ningún motivo, se volvió muy fría conmigo. Pero ahora estamos igual que antes, nos hemos prometido juntando los meñiques que no volveremos a dejar que esto se interponga entre nosotras.

—¿Los demás hijos de Stuart lo saben? —Sin duda la hermana y el hermano mayores tendrían algo que objetar a aquel escándalo.

—Stuart ha sido com-ple-ta-men-te sincero con ellos. Él nunca haría nada a espaldas de nadie, no es su estilo. Oh, no es que les haya pedido permiso. Soy una chica mayor, no necesitamos que nadie nos dé su permiso para vivir tal y como nos parezca. —Había en sus palabras una cualidad de recitado, como si estuviera repitiendo algo de memoria—. Con Charlie no fue bien —admitió con un tono de voz más suave—. Me saca siete años y dijo que me consideraría demasiado joven incluso para él. Sin saber nada sobre mí. Cuando se enteró, Fiona perdió los estribos. Supongo que, con la muerte de su madre, esto llevará tiempo, pero Stuart confía en que acabarán cambiando de opinión.

—¿Y tus padres? ¿Les parece bien que salgas con un hombre de su edad?

—Oh, Stuart es mayor que ellos. Mamá solo tiene cuarenta y tres, y el bueno de papá, cincuenta y dos. ¡Y Stuart cumplirá los cincuenta y ocho dentro de poco! ¿Te lo puedes creer? Aunque, como mi padre

hace un trabajo físico muy duro, si lo conocieras le pondrías a cada uno la edad del otro.

En aquel momento comencé a preguntarle por la inteligencia de estar con un sexagenario, uno de los términos de la psicología del desarrollo de Ben. Técnicamente, Stuart seguía siendo un quincuagenario, pero le quedaban solo dos años en esa categoría, así que la redondeé. Fuera como fuese, seguía siendo más adecuado que Stuart recurriera a la madre de Amber que a ella; incluso a su abuela —no me resistí a añadir como golpe de efecto—. Hubiera seguido cantándole cuatro frescas, pero oí el susurro familiar de las llaves y mi madre entró a toda prisa, sin aliento porque iba cargada con una bolsa de la compra, lo cual significaba que toda una provisión de ellas me esperaba en el maletero del coche. Lo siguiente que supe fue que estaba estampando latas de maíz dulce, de maíz cremoso, de maíz en grano entero y de mazorquitas contra los estantes de la despensa. Debía de haber alguna oferta especial de Wattie's, lo que la había inspirado a rellenar nuestras reservas «en caso de terremoto», que siempre nos acabábamos comiendo a final de mes (no por culpa de alguna catástrofe natural, sino por necesidad financiera).

¿Cómo podía un hombre sentirse atraído por la amiga de su propia hija? ¿No era algo muy enfermizo? Por lo que me había contado Amber, ¡Stuart habría comenzado a demostrar un interés poco saludable en ella medio año después de la muerte de su esposa! «No es su estilo.» ¡Ja! ¿Y qué hay de liarse con la amiga de su hija, ya para comenzar? Poco a poco me iba enfadando también con Amber. ¿Qué intentaba demostrarse a sí misma? ¿Que era muy lista y madura? Lo que le interesaba a Stuart era su cuerpo, su aspecto, su juventud... ¿Cómo podía no darse cuenta?

Me obligué a tratar los huevos con más suavidad mientras los colocaba en los huecos circulares de la puerta de la nevera, que siempre había considerado una especie de corredor de la muerte. Entonces fui a sentarme en el retrete, solo a sentarme, con la tapa bajada, sin hacer nada. Igual que los huevos en el corredor de la muerte. Era el único lugar en nuestra morada de noventa metros cuadrados donde podía estar en paz y tranquilidad, por más que estos ratos estuvieran condenados a no durar demasiado.

Me pasé los siguientes minutos, no sé cuántos, con la vista clavada en el póster que estaba enganchado sobre la puerta

imprimada, aún por pintar. «La ciudad de las velas.» ¿Cuál de esos yates de lujo sería el de Stuart? ¿El que tenía un puente de vuelo? ¿O el que tenía unas barras elevadas en la parte de atrás? ¿Qué eran? ¿Antenas? ¿Barras de arrastre? El Santa Kathrina, «que bautizó con el nombre de su esposa», donde Stuart la había salvado de una ola y la había mirado a los ojos con tanta intensidad que ella lo supo. El puerto de Westhaven, nada más que un aparcamiento pretencioso de barcos, diría yo. Si al menos tuviera voz en ese asunto. Pero, si le contaba a Amber todo lo que pensaba de verdad —que debería olvidarse por completo del planeta y comenzar a aprender cosas sobre los cuidados a la tercera edad y la gerontología, o la RCP y la resucitación para poder salvarle la vida a Stuart algún día—, iba a perder todas mis opciones con ella, y sería imposible que volviera a caerle bien, y mucho menos que me amara. No era probable que la relación con Stuart fuera a durar demasiado: era un capricho, no amor. Se debía a la necesidad de ella de sentirse como una adulta y a la de él de sentirse joven de nuevo después de la muerte de su esposa. Las grietas no tardarían demasiado en aparecer. Ella querría hacer cosas propias de gente joven (bailar como loca, hablar sin parar sobre cualquier pequeño detalle) y él querría hacer cosas propias de gente mayor (no bailar como loco, no hablar sin parar sobre cualquier pequeño detalle). Súmesele la tensión derivada del hecho de que dos de los tres hijos adultos de él no la habían aceptado. Sí. Les di un mes, semana arriba, semana abajo.

Comenzó a dormírseme el culo por haber pasado tanto rato sentado, así que me puse en pie para mirarme en el espejo, donde el limpiacristales mal aclarado había dejado un borrón en forma de interrogante. Ben se había quejado una vez de que las chicas fueran detrás de mí y no de él, supuestamente porque yo no estaba demasiado mal, con esa «mata alborotada de pelo moreno, esos ojos azules y soñadores, y esa tez tan blanca», que me conferían un aspecto «artístico» y «poético». ¿Qué había querido decir con eso? ¿Que yo era un «niño bonito», como Mick Jagger en sus comienzos, o algún otro tipo igual de lozano? Tiré de la goma de la coleta y por accidente me arranqué algunos pelos con ella. Si intentaba que mi mandíbula pareciera más grande, me convertía en un cromañón; si mis hombros hubieran sido más cuadrados, habrían parecido poco naturales. No tenía secretaria, ni vallas publicitarias dedicadas a mí y a mi próspero

negocio. No podía presumir de barco. No era alguien «grande».

Tenía que hablar con Ben, así que quedamos en el parque Myers, donde sus libros y él habían ocupado un banco marcado con las iniciales de distintas parejas de amantes.

—Yo te diré lo que ve en él. Un yate. Él deja que lo utilice cuando quiera con sus amigas —me quejé—. A todas les va el tema verde.

—¿La envidia? —Ben cerró el libro de texto, pues era evidente que la conversación se estaba volviendo interesante para él.

—No, el tema verde, ya sabes..., lo de salvar la tierra, salvar las ballenas, abrazar árboles, todo eso.

—Muy generoso por parte de Stuart —dijo mientras asentía con la cabeza, entendiendo poco a poco.

Percibí su admiración hacia Stuart..., y ya era bastante malo que Amber lo tuviera en un pedestal.

—¡Como si le importara una mierda el medio ambiente!

—¿Cómo sabes que no es así? —Me miró frunciendo el ceño.

—¿A cuántos hombres de su edad y que trabajen en el mundo financiero has visto en Nambassa? Solo intenta impresionarla, haciendo ver que le importa.

De todos modos, no tenía sentido hablar con Ben, que no comprendía a la gente.

ABRIL Y MAYO DE 1979

Comencé a tener la sensación de que la vida era poco más que una larga sala de espera. Una espera que aquel trimestre en el Instituto Técnico de Auckland solo volvió más difícil. Durante aquellos meses me concentré de manera obsesiva en la negrura y la claridad, mientras aprendíamos que, manipulada de la forma adecuada, la iluminación podía arrojar bastante luz sobre la personalidad de una persona; lo único que hacía falta era colocar los reflectores del Balcar en el ángulo adecuado y un ligero velo de sobreexposición. Del mismo modo, algunas sombras severas, como una visible podredumbre y aflicción del corazón, podían lograr que la persona más inofensiva se volviera vil. Un profesor demostró en clase que la luz y las sombras habían tenido consecuencias reales durante el primer debate presidencial

televisado en Estados Unidos, diecinueve años antes, y nos advirtió de su influencia en el subconsciente. Y, aun así, me descubrí haciendo ese tipo de cosas en mi mente, de manera consciente, en relación con Amber y Stuart: a ella la bañaba en un aura de luz blanca y pura para convertirla en un ángel, mientras que a él lo atacaba con oscuridades malévolas hasta convertirlo en una especie de monstruo. Durante aquellas horas oscuras, de grano grueso e insomnio, Stuart recorría todo el ciclo de su vida nocturna, de baboso a pervertido y de pervertido a anciano sanguijuela que intentaba rejuvenecer consumiendo sangre joven.

La luz y las sombras debieron de jugarme una mala pasada, porque la siguiente vez que vi a Stuart me sorprendió descubrir que ni por asomo era tan malo como la imagen que había revelado en el cuarto oscuro de mi cabeza. Por supuesto, no era ningún jovencito (ya lo creo que no), pero tampoco se encontraba exactamente en plena tercera edad, ni tenía una joroba ávida, ni los dedos largos y retorcidos por la codicia. Cierto era que sus dientes eran demasiado blancos para alguien de su edad, pero no es que se tratara de la dentadura fluorescente de vampiro que te quedaba debajo de una bola de espejos de discoteca cuando cometías el error de sonreír. De hecho, al verlo de nuevo en la vida cotidiana me acabé haciendo a la idea de lo humano que era en realidad.

Durante aquellas mismas horas de chifladura, había llegado a pensar en Amber como una quinceañera de las que se chupan el pulgar y se retuercen el pelo, con lo que el interés romántico de Stuart por ella parecía más bien un tabú. De nuevo, mis ojos se apresuraron a corregirme. Por muy sesgada que fuera mi visión, no podía negar de buena fe que estaba más cerca de ser una mujer que una niñita que pataleaba en el aire para que el columpio se elevara un poco más. Aunque a veces se comportara de manera tonta conmigo, por ley ya estaba en edad de consentimiento. Era una adulta en toda regla. Y, aunque aún pudiera existir una objeción moral, desde luego que ya no había ninguna objeción legal. Esa avalancha de realidad me golpeó en The Gluepot, que se encontraba a un tiro de piedra de mi casa de Ponsonby. Había escogido esa taberna no solo por su proximidad, sino porque esperaba que en ella ocurrieran algunas cosas. Cosa número 1: música rock en directo, humo de cigarrillos, gente vestida de cuero negro engullendo jarras de cerveza..., entonces se abre la puerta y

entra Stuart vestido de traje, maletín en mano, y se hace un silencio de muerte, como cuando un extraño entra en un salón del Oeste. Cosa número 2: el obstáculo real. La edad para votar podía haberse rebajado hasta los dieciocho años, pero no sucedía lo mismo con la edad para tomar alcohol, que seguía estando en los veinte, así que esperaba restregarles por la cara lo inapropiados que eran el uno para el otro. Maligno y mezquino, lo sé, pero, como reza el viejo dicho, «todo vale en el amor y en la guerra».

Realidad número 1: la puerta se abrió y cerró sin parar mientras esperaba e intentaba hacer durar la cerveza (para que no pareciera que había estado esperando mucho rato, como uno de esos tipos solitarios). Realidad número 2: con casi media hora de retraso, los tortolitos llegaron cogidos del brazo, riéndose del hecho de que ella hubiera podido entrar sin problema, ¡porque los empleados habían asumido que era la hija de Stuart! (Los padres podían acceder con sus hijos siempre y cuando estos no consumieran ninguna bebida de las que se beben de verdad.) Realidad número 3: Stuart iba vestido de manera informal (pensaba que no tendría nada más que una legión de trajes en bolsas de tintorería, el equivalente del mundo financiero a los guerreros de terracota), aunque aún pude reclamar una pequeña victoria. Quizá Stuart estuviera estupendo en traje, pero la ropa común y corriente no le pegaba (sí, los rockeros tenemos nuestros esnobismos). Primero, la tela tejana debía ir en la mitad inferior del cuerpo, no en la superior, considerando que llevaba una camisa vaquera con los botones abrochados hasta arriba (le restamos un punto). Luego, sus pantalones eran de un color ridículo, como el de la mostaza de Dijon (le restamos otro punto). Y lo peor de todo: ¡mocasines! (Algo inaceptable en el reino de lo guay, por mucho que estuvieran tan desgastados que pudieran pasar por zapatillas de casa.) De no conocerlo, habría creído que era un policía de paisano. Pero, puesto que sí lo conocía, pensé que en realidad había algo de presunción en el hecho de que, siendo tan rico, estuviera dispuesto a vestirse tan mal.

—¡Me alegro de verte! —medio gritó por encima del ruido, y me cogió del hombro con fuerza (¿dónde demonios estaba el maletín que debía llevar en la mano?). Su sonrisa era amigable y contagiosa, y las arrugas que le provocaba en la cara lo volvían más encantador que viejo.

—Perdón por llegar tarde. —Amber me miró con los ojos muy abiertos—. Me ha preparado la cena y…

—Y ha tardado un rato en comérsela —acabó Stuart la frase por ella mientras cogía dos cervezas rubias y un refresco de frambuesa de la barra.

—Bueno, ¿y qué habéis cenado? —pregunté al tomar asiento. Stuart y yo nos encontramos, incómodos, con que habíamos quedado el uno delante del otro con la mesa de por medio.

—Oh, unos tentáculos, nada más —contestó ella—. Sí señor, tentáculos. Cubiertos de ventositas.

Eso hizo que Stuart se riera afablemente.

—Una exquisitez, con un chorrito de aceite de oliva, ajo bien picado… La próxima vez te dejaré probar los pequeñines, con las patas bien desplegadas. Te prometo que son un bocado de felicidad —dijo antes de besarle las yemas de los cinco dedos de la mano.

—Luego me ha hecho probar una ostra. ¿Has probado las ostras, Ethan?

No quería que Stuart pensara que era pobre e inculto, así que me dispuse a contar una mentirijilla cuando Amber, como si ya supiera que no las había probado, se apresuró a interrumpirme:

—¡Es como cuando toses en invierno y tienes que tragártelo!

Me encogí de dolor mientras Stuart cruzaba los brazos, le dirigía un amago de sonrisa digno de la esfinge y contestaba:

—El mismísimo mar en forma de bocado.

—Entonces me he enterado de que la pobre ostra estaba viva. ¡Viva! —Amber tragó saliva con dificultad—. Ha hecho que engullera una criatura viva y sintiente. Entera. Eso ha sido antes de que me diera unas bolitas minúsculas de color gris, parecidas a perdigones. Cuando las he aplastado contra el paladar con la lengua…, me han recordado a las cucharadas de aceite de hígado de bacalao que mi madre solía obligarme a tomar por las mañanas antes de ir a la escuela.

—Caviar —la corrigió Stuart, visiblemente entretenido—. No estoy haciendo nada más que educarla en todas las experiencias culinarias que no había tenido hasta ahora.

—Bueno, la conclusión es que me he tragado un banco entero de peces de un solo bocado. —Amber me dio un golpecito en el hombro para que la mirara—. ¿No ves nada diferente en mí, Ethan?

Saltaba a la vista que su vestido, de algún tipo de tela gruesa, estaba hecho a mano, igual que el chal, flácido y asimétrico, pero me mordí la lengua.

—Estás mirando a una vegetariana. Con efecto inmediato. Ahora soy oficialmente vegetariana. Mira, dame un poco de eso, que necesito aclarar la mente. —Intentó robarme un trago de cerveza, pero yo la aparté de su alcance.

—Lo siento, pero para probar esto te faltan dos años, pequeña —dije mirando a Stuart de reojo para ver cómo reaccionaba.

Con un movimiento veloz, Amber se levantó de la silla y logró hacerse con la jarra, sus manos alrededor de las mías, para llevarla hasta sus labios y pegarle un buen trago. Mientras ella hacía eso, Stuart irradió una especie de orgullo; era extraño, no parecía importarle que Amber hiciera el tonto conmigo tal como podría haberlo hecho con su propio hermano. Al parecer, confiaba en sí mismo como persona, en los sentimientos de ella hacia él, y me di cuenta de que me consideraba un rival de riesgo bajo o, peor aún, de riesgo cero. Si sospechaba que yo sentía algo por Amber, con toda probabilidad pensaba que no era más que un enamoramiento adolescente, un amor juvenil que no valía la pena tomarse en serio. Tampoco parecía molestarle que ella viniera a verme, como si comprendiera que necesitaba la compañía de alguien de su misma edad y estuviera dispuesto a sacrificar su propio tiempo por ese propósito, tal y como un padre lleva a su hijo a la casa de un compañero de clase para que juegue durante unas horas. Bien, si Amber hubiera estado saliendo conmigo y ella hubiera actuado igual en relación con él, los dos habríamos mantenido una larga charla al respecto. Yo no habría sido capaz de soportar que tonteara con nadie y eso me llevó a preguntarme si no sería uno de los motivos por los que prefería a un viejo antes que a mí... ¿Su paciencia? ¿Su tolerancia?

La sombra

Después de aquella noche, no hubo Amber sin su Stuart. Siempre llegaban en pareja, ella y él, como una sombra oscura pegada a mi ángel blanco, arrastrado a todas partes, cada vez que ella iba a algún sitio. A veces me preguntaba qué debía de haberle dicho Amber sobre mí, cómo «me había explicado», tanto a mí, como el que fuera «solo un amigo». ¿Le había contado que yo era un escritor que luchaba por abrirse camino, que era un pobre estudiante de cine o que era como un hermano para ella? ¿O quizá que padecía una extraña enfermedad y solo me quedaba un año de vida? Porque, por alguna razón, yo parecía caerle bien de verdad a Stuart, y este me trató, al menos al principio, como su protegido. Esa suposición según la cual éramos el líder de la manada y un simple perro callejero me irritaba de verdad, y con sinceridad no pensaba asumir el triste rol del segundón, tal y como tampoco pensaba rodar sobre mí mismo y hacerme el muerto en cuanto Stuart chasqueara los dedos.

Más de una vez, Stuart pagó por mí y tuve que ponerme firme en serio para que dejara de hacerlo. La verdad es que no lo hacía para presumir o para menoscabarme, ni para intentar comprarme y que a cambio dejara a Amber tranquila. No. Tan solo actuaba como si él fuera quien debía pagar; era algo generacional, pero de todas maneras no existía ninguna posibilidad que pudiera impedir que yo pusiera el dinero sobre la mesa para pagar mi comida, o que pidiera las bebidas cuando llegaba mi turno. De ese modo podía mantener la cabeza alta y, después de todo, esperaba que Amber me tuviera en mejor consideración por ello. No obstante, lo único que obtenía cada vez era una mirada que decía que ella entendía lo que yo intentaba hacer, pero hubiera preferido que me ahorrara los billetes pequeños, equivalentes a una pajarera de palomas colipavas, acantisitas verdosos y mieleros tuis, pero nunca con un valor lo bastante grande, a diferencia de los de Stuart, como para pillar una paloma torcaz o un calamón takahe. Por entonces no se podía pagar como hoy en día, con

un pequeño rectángulo de plástico o yendo a un cajero. Si quería dinero, tenía que ir al banco o a la oficina de correos con algo genuino en la mano. Contaba y recontaba en la cabeza. No quería quedarme tieso, pero a la vez no quería avergonzarme a mí mismo sacando un pobre y miserable billete de diez en algún local elegante con ellos dos. Y si por casualidad la cajera cerraba antes de que fuera mi turno, era como caer por el tobogán más largo del juego de Serpientes y Escaleras, lo que me eliminaba directamente de la partida.

Preocupada por mi salud económica, Amber nos arrastró dos veces a Stuart y a mí a algún restaurante barato, donde el espacio para los codos per cápita era mínimo, donde cada mesa tenía su propia botella aceitosa de salsa y la gente no se avergonzaba de comer como si tuviera hambre. Debo decir que Stuart hizo un verdadero esfuerzo en aquellos escenarios tan básicos. Sí, eran establecimientos en los que tenías que pagar ANTES de comer, por si se te olvidaba hacerlo al final o simplemente te largabas, en plan «me he olvidado de pagar». Stuart sujetaba el bocadillo de beicon entre las yemas de los dedos casi como si este fuera a morderle a él, de modo que la salsa marrón rezumaba por la parte de abajo y caía con un chof sobre la mesa. Unos palillos inmensos ensartaban los bocadillos, pero en el mundo del que provenía no existía la posibilidad de que se produjera un derrumbamiento. Sin duda, aquella ñoñería podría haber jugado a mi favor. Pero que estuviera tan bien vestido y fuera tan educado, y que se esforzara todo lo posible por adaptarse hicieron que me saliera el tiro por la culata. Para comenzar, eso le confería una imagen de persona benévola y gentil, que nos decía en tono tranquilizador que «todo esto es divertido y novedoso, ¡y la manera que tenéis los jóvenes de aferraros a la comida para que no se os escape!». Temí que un esfuerzo similar por mi parte para adaptarme a los suntuosos protocolos de sus cenas pudiera no tener el mismo efecto entrañable sobre Amber, y que el papeo grasiento y demasiado salado fuera a dejarla desganada y sedienta para el resto del día, algo en cierto modo simbólico del estilo de vida que tendría a mi lado. Incluso las gaviotas que volaban en círculos por encima del mástil del yate de Stuart en mar abierto se encontraban a un mundo de distancia de las aves apagadas y urbanas que iba a conocer conmigo cuando nos sentáramos en el muelle a observar el ir y venir de los barcos de lujo. Sería el percentil equivocado de gaviotas.

Sin embargo, Stuart se cansó con rapidez de la novedad y la atracción de la experiencia de vivir como un pobre. Nuestra última comida de bajo presupuesto tuvo lugar en un restaurante lleno de humo cuyos clientes se pasarían el resto del día oliendo a fritura de cebolla. Supongo que ese fue el motivo por el que Stuart sugirió que pidiéramos «un poco de todo, en forma de tapas» y saliéramos «a comer al puerto». Yo no había oído hablar nunca de las tapas, pero le seguí el juego como si supiera de qué se trataba, aunque la sonrisa persistente de Amber vino a sugerir que era consciente de mi farol. Al salir al Princes Wharf, Stuart pareció menos molesto que incómodo. No había más lugar para sentarse que los tablones de madera, así que comenzó a pasearse de aquí para allá, evitando los vestigios de comidas ajenas, como por ejemplo un corazón de manzana que se esforzó por rodear, aunque luego se lo pensó mejor y lo cogió por el tallo y fue a tirarlo a una papelera con gesto desdeñoso. En cuanto a Amber y a mí, éramos jóvenes y no nos importaban demasiado las desventajas de lo colectivo, así que nos dejamos caer sobre el primer lugar que encontramos. No estábamos solos, ni mucho menos. A nuestro alrededor había algunas oficinistas con las faldas recogidas para pillar más sol, y también sus pares masculinos, que se habían arremangado los pantalones y ofrecían un muestrario no precisamente encantador de calcetines y vello corporal.

Lo de las tapas significó básicamente que tuvimos que esforzarnos por dividir a partes iguales las patatas fritas y las aceitunas rellenas; Amber se quedó con el tofu frito y Stuart y yo compartimos las albóndigas y los mejillones. De tanto en tanto, Stuart se ponía en cuclillas junto a nosotros para servirse algo, que a continuación comía mientras se paseaba al lado del agua. Mientras tanto, aprovechando el momento al máximo, Amber se tumbó y se subió también la falda. Con los ojos cerrados para protegerse del sol, nos explicó con auténtica pasión que los potrillos —tanto machos como hembras— crecían de una manera muy extravagante. Primero, la grupa se desarrollaba más que la cruz, dijo, pero unas semanas más tarde la cruz se elevaba por encima de la grupa, y la situación se iba repitiendo así, en un balancín chiflado, hasta que alcanzaban la madurez y las cosas se equilibraban en su forma última y elegante. Mientras hablaba iba inclinando la mano de un lado al otro y mi mirada se desplazaba por la curva de su muñeca y la elegancia

lánguida de su mano, por la textura suave de sus piernas desnudas. Era como si hubiéramos regresado al lugar en que nos habíamos despedido la primera vez, cuando estábamos solos ella y yo, y no ella, él y yo. En ese momento me di cuenta de que Stuart había acabado por sentarse a unos metros de distancia, en los escalones que bajaban hacia el chapoteo del agua.

Creo que para entonces él ya había captado por completo mis sentimientos hacia Amber, lo que tenía lugar en mi cabeza y en mi corazón, porque, después de que le ofreciera el contenedor de los mejillones fritos con una indirecta muy directa —«¡Te irían bien unos mejillones más para echar músculo!»—, lo vi observarme con esos ojos suyos de color azul grisáceo, inteligentes e inquisitivos. Acto seguido hizo como que tenía trabajo que hacer y se puso a mirar con expresión aburrida un documento que había sacado del maletín. Cuando Amber hacía un esfuerzo por incluirlo en la conversación, lo único que recibía a cambio era una evasiva en forma de «hmm». Había una gaviota molesta que se negaba a largarse pese a que él había intentado ahuyentarla varias veces. En un momento, el ave, atraída probablemente por el color verde fluorescente de la concha del mejillón que Stuart tenía en la mano, se atrevió a dar otro paso al frente. Y él se lo lanzó mientras le espetaba:

—¡Ten! ¡Tu golosina como premio! ¡Si es que tanto la deseas! —La voz le tembló con esas últimas palabras.

El estallido hizo que Amber se incorporara, confundida, antes de volver la mirada hacia él y apretar la mandíbula al encontrarse con su expresión pétrea. Fue como ver su faceta endurecida e intransigente, la que sin duda le había dado tanto éxito en los negocios, una cara que, por lo general, no habría mostrado. Yo sabía perfectamente que las palabras de Stuart iban dirigidas a mí, y no pude creer que me hubiera atacado de manera tan abierta. Bueno, abierta no, pero sí evidente tanto para el ojo como para el oído. Y quizá tampoco se lo creyeran ellos, porque volvieron la cabeza cada uno hacia un lado y se quedaron mirando el espumar festivo del agua mientras yo no dejaba de acribillarlo a él con los ojos. Los minutos siguientes fueron muy pesados, sobre todo cuando las gaviotas comenzaron a abalanzarse una y otra vez entre chillidos sobre el resto de nuestras tapas, que habían quedado indefensas en los cartones, sin que ni él, ni ella ni yo hiciéramos nada para evitarlo.

Después de aquel episodio estuve un tiempo sin verlos y, para ser sincero, debatí conmigo mismo si debía volver a hacerlo, pues me estaba cansando ya de ser el tercero en discordia. Los días transcurrieron como una hemorragia y Amber seguía sin llamarme, pues seguramente pensaba lo mismo. Esa vez tenía que llamarme ella; yo no pensaba hacerlo, aunque a veces me quedaba mirando con todas mis fuerzas el teléfono beis, del mismo color exacto que un maldito audífono, invitándolo a cobrar vida. Incluso su tono de indiferencia representaba un insulto cuando a veces levantaba de golpe el auricular para comprobar si el estúpido aparato seguía funcionando o no.

Casi un mes más tarde vi algo que sobresalía del buzón. No había sobre, ni sello ni ninguna otra formalidad del proceso propio de Correos; era solo una hoja arrancada de una libreta en espiral, del tipo que los profesores nunca aceptaban en los deberes por culpa de su borde rasgado (tanto decir que no hay que juzgar un libro por su cubierta para luego juzgar una página por su aspecto y no por su contenido). Al principio asumí que sería para Vicky, de una de sus amigas de cabello tan escaso como su inteligencia, o quizá incluso de un chico, así que le eché una ojeadita. Para mi sorpresa, aquella carta de letra pequeña, pulcra y tímida estaba dirigida a mí. Era de Amber. Me puse en su lugar e imaginé lo que debía de ser ver por primera vez dónde vivíamos mi familia y yo. Se trataba de una villa colonial muy bien construida, con las mejores artesanías y toda la pesca; por desgracia, eso había sido en 1902 y, desde hacía mucho tiempo, la casa tenía como único atractivo su carácter desvencijado. A mediados de los sesenta había necesitado lo que las agencias inmobiliarias denominan «amor y cuidados», pero después había seguido deteriorándose hasta llegar a un punto que cualquier persona (menos un agente inmobiliario) habría definido como «un mal estado lamentable». En aquel momento la dividieron en vertical y alquilaron las dos mitades. Mis padres se «dejaban el culo», tal y como solía decir mi padre, para mantener nuestra mitad decente y correcta, pero a veces unos zapatos nuevos o el dentista se habían interpuesto en el camino de un nuevo felpudo o una capa de pintura.

Luego estaba el señor Pitts, el inquilino del Otro Lado, como lo llamaba mi madre. Desde que lo conocemos, el señor Pitts ha tenido la

carrocería sin ruedas de un Morris Oxford oxidándose en el patio delantero que compartimos; está en su mitad, pero ¿quién podría saber la diferencia? Era un proyecto de restauración en el que la naturaleza le estaba ganando la partida, al convertir el coche en un invernadero con una buena cosecha de hierbajos altos. El señor Pitts tampoco había querido separarse de una pequeña pila de neumáticos usados, que tenía el valor de llamar su «granja de lombrices» con total seriedad a la cara de mi madre. Desde pequeño, yo tenía la sospecha de que a veces, cuando se le atascaba el retrete, el hombre recurría a aquella estructura alternativa en mitad de la noche, porque de verdad que aquel olor tenía que ser resultado de algo mucho más grande y mucho peor que un montón de lombrices. De repente tuve la sensación de que el barrio entero era como la zona pobre del Monopoly, situado en algún punto entre el primer interrogante de «Suerte» y la bombilla desnuda de la compañía eléctrica, que nunca había conseguido el dinero suficiente como para salvar a nadie y que de algún modo parecía un símbolo dedicado con claridad a mi padre.

> Hola, Ethan, me he pasado pero no había nadie en casa. ¿Podemos vernos el lunes 4 de junio a las 19:00, en el ManNan de la calle K? Con amor,
>
> Amber

Había olvidado anotar el número del lugar, y la calle K, por corto que fuera su nombre, era en realidad una calle muy larga.

4 DE JUNIO DE 1979

Era el primer lunes de junio, el cumpleaños de la reina. Bueno, en realidad no, dicen que el cumpleaños de la reina es otro día. Pero Canadá lo celebra en mayo; Australia, una semana después que nosotros, y así por toda la Commonwealth, como si el Sombrerero Loco nos tuviera celebrando también los «no cumpleaños» de la monarca. En realidad, no es que Amber estuviera celebrando algo, sucedía solo que se trataba de un buen día porque era festivo para la mayoría de la gente. Llegué tarde de manera bastante intencionada; encontré el ManNan, con su doble puerta de cristal cubierta de fotos de especialidades coreanas, y entré dejando atrás unas campanillas de

viento. Dentro me recibió una vaharada de aire caliente, con aroma a jengibre, ajo y gambas; las luces tenues y una multitud de comensales. Entonces los vi, a Amber y a Stuart, sentados en la alargada y algo suntuosa suma de algunas mesas. Para mi decepción, había un montón de gente sentada con ellos.

Al verme, Amber se levantó de golpe y, cogiéndose a la mesa para mantener el equilibrio, cantó con alegría desproporcionada:

—¡Ethaaan! ¡Esperaba que pudieras venir!

A continuación se abalanzó hacia delante y se colgó de mi cuello, me dijo «gracias» de una manera que me dejó con la sensación de que o bien yo estaba ganando terreno o bien ella estaba entonada. Pero, puesto que Stuart la observaba, hubo un momento en que percibí con claridad que se retiraba y pasaba a un modo más sobrio y reservado, antes de presentarme a algunos «amigos activistas». Hasta donde yo sabía, podría haber estado recitando el maldito alfabeto, que yo habría seguido asintiendo con la cabeza sin registrar ni un solo nombre o rostro. Lo único que podía pensar era que me amaba, lo había notado desde la primera vez que nos vimos. Así que, por el amor de Dios, ¿por qué seguía con él? La gira por la mesa acabó en Stuart; nos miramos a los ojos y nos estrechamos la mano, ahora que parecía tomarme más en serio como rival. A continuación, las chicas del otro extremo de la mesa me hicieron sitio.

—Amber nos ha contado que estudias cine… —dijo la chica número 1.

—¿Quieres beber algo? —preguntó la chica número 2 mientras dirigía una mirada furtiva a las chicas números 1 y 3.

Y entonces lo entendí: habían planeado emparejarme. ¿De quién había sido la idea? ¿De Amber? ¿De Stuart? ¿Habrían diseñado el plan los dos juntos? Es que podía oír a Stuart diciendo que «ya va siendo hora de que el pobre Ethan encuentre a una señorita». ¡Piedad! Quizá debería señalar aquí que las chicas a las que había congregado Amber eran guapas de cara y estaban perfectamente bien de cuerpo. De hecho, una de ellas era hermosa de verdad, aunque, cuando tienes una hermana, acabas sabiéndote todos los trucos que las llevan a ocupar el cuarto de baño durante horas. No quería ser exigente. Era solo que Amber había encontrado un punto débil en mi corazón y nadie más podía ocupar su lugar, igual que ninguna de las noventa y nueve piezas equivocadas del puzle puede introducirse en el espacio

destinado a la pieza adecuada.

—Acabo de comenzar un corto documental —dije en voz lo bastante alta como para que Amber me oyera—. Sobre Vietnam.

—¡Uau! ¿Te puedo tocar? —Risitas, algunas manos sobre mí.

Me di cuenta de que, al otro lado de la mesa, Stuart me estaba estudiando. Pasé a mirar a Amber, que tenía la cabeza gacha casi de manera sumisa, concentrada como estaba en meterse un grano de arroz en la boca con los palillos cruzándose torpemente. Debió de notar que la miraba (quizá ese era, para comenzar, el motivo por el que no dejaba de bajar la cabeza) y, para acortar mi interés por ella, puso los ojos bizcos y sacó la lengua, en cuya punta se encontraba, por cierto, el grano de arroz. Quizá tenía la esperanza de ahuyentarme, tal y como las gárgolas espantan a los malos espíritus, pero su personalidad chiflada e impredecible solo conseguía que creciera mi afecto hacia ella. En ese momento, Stuart le apretó la mano, enderezó la espalda y se quedó quieto un momento. Poco a poco se hizo el silencio, la atención de todos se volvió hacia él, y eso me dejó pensando que estaba a punto de anunciar su compromiso.

—Sí, es cierto. Sin Amber y su amor y apoyo inquebrantables jamás habría podido estar aquí esta noche. —Le dirigió una sonrisa devota, a lo que ella sonrió también y bajó la mirada con timidez. Pensé que estaba armándose de valor para decir algo sobre la muerte de su esposa, pero apenas dijo—: Han pasado veintiocho años... —Y se detuvo. Parecía no tener prisa por proseguir, se quedó mirando el palillero de acero inoxidable, del que extrajo uno, dos, hasta tres palillos—. Era un muchacho de veintinueve años. Un veinteañero como tú, Ethan. Había trabajado unos años en la industria textil de Nottingham, como supervisor, y había vuelto a la universidad en 1951 para estudiar Finanzas y ser contable (¿para el Gobierno, para una empresa? No lo sabía), pero, antes de poder darme cuenta, me encontré en Corea. Allí, la suma y la resta cobraron un significado completamente nuevo. Cuántos habíamos llegado al lugar y cuántos seguíamos con vida era algo que recalculabas en la cabeza cada hora, a veces cada minuto, al ver a tus compañeros tirados sobre el barro de las trincheras, con su última expresión congelada para siempre en el rostro.

»También tuve que lidiar con las fracciones. Las tres cuartas partes de un hombre. Sin un brazo. Ambas piernas arrancadas por una

explosión. Medio hombre. Intentad sumar tres cuartos de hombre con medio hombre y os prometo que nunca lograréis obtener a un hombre completo. Nadie escapaba como número entero. Todo el mundo, todos nosotros nos convertimos en fracciones de lo que habíamos sido, de nuestra propia generosidad y decencia, de nuestro espíritu o lo que sea que nos hace humanos. Nada volvió a tener sentido, nada volvió a sumar como debía. —Con unas pocas sacudidas erráticas de la mano que quizá fueran voluntarias o quizá no volcó todos los palillos sobre el mantel—. Nadie recordará Corea —murmuró Stuart—. La guerra olvidada de Gran Bretaña, su «guerra desconocida». La gente solo se acordará de Vietnam.

En aquel momento ya daba la sensación de que intentaba rehuir la mirada de todos los presentes, Amber incluida. No pude evitar darme cuenta de que se le habían humedecido los ojos, de que le temblaba la barbilla, y del control peligroso que Stuart tenía sobre ella. Estoy seguro de que todo el mundo era tan consciente como yo de su respiración pesada mientras alineaba los mondadientes uno al lado del otro, a lo ancho de la mesa. Algunos los dejaba intactos, mientras que otros los rompía sin separar sus partes, de modo que se quedaban allí, como figuritas de palo dobladas y agonizantes. La línea de bajas fue creciendo y, muy pronto, algunos palillos desdichados comenzaron a caer por el borde de la mesa sin que ninguno de nosotros se atreviera a hacer una broma.

—¿Cómo acabó aquello? —preguntó al fin una de las chicas, y, sin fijarse en cuál lo había dicho, manteniendo la misma vena semitrastornada, Stuart dobló otro palillo hasta dejarlo en posición fetal y lo añadió al resto de los camaradas caídos.

Para entonces, los demás no dejábamos de mirarnos los unos a los otros, incluso entre desconocidos.

—El viejo general MacArthur tenía ganas de tirar la bomba atómica, de treinta a cincuenta bombas atómicas, como un largo collar de perlas a través del cuello de Manchuria, en sus propias palabras, convencido de que era él, y no el presidente Truman, quien debía decidir lo que se utilizaba en el combate. Levantábamos la mirada hacia algún cúmulo en el cielo, pensando que ya habían lanzado el paquete, y algunos se c… —De repente, como si se hubiera hartado de la guerra de un segundo al otro (y de él mismo, que seguía hablando del asunto), levantó las manos en un gesto de rendición y fijó los ojos,

febriles, que no parpadeaban, en una chica a la que parecía haber escogido al azar—. ¿Al final? ¿Lo has preguntado tú, querida? —Su voz, igual que su apariencia, volvían a ser de una suavidad inquietante —. Al final, los dos bandos acordaron dejar la frontera donde estaba. Antes de que pudieras discernir un terrón de suelo de un órgano manchado, joder; antes de que las trincheras se convirtieran en fosas comunes apestosas por las que tenías que deambular, antes de extraer confesiones a aquellos hombres con cañas de bambú afiladas y calientes, antes de morirte poco a poco de hambre por recibir solo una bola de arroz al día, mientras los gusanos obtenían más de las heridas de los dos bandos… ¡Un infierno viviente, y ni siquiera habíamos ganado una pulgada simbólica de terreno! Volvimos al paralelo 38 con precisión milimétrica. —Entonces, con un solo movimiento del brazo, barrió hasta el último palillo, roto o no, y los tiró al suelo.

Tras un instante de silencio mortal, la joven, sentada a un movimiento de caballo de ajedrez de donde Stuart, lanzó un suspiro, como si quisiera que se la escuchara. Era una morena de cuerpo menudo, pálida, con cara de galleta, flequillo corto y grandes pendientes de aro.

—Por favor, papá… No aburramos a todo el mundo con tu guerra. No estamos en Inglaterra, ya no hay reclutamiento…, es otro mundo ahora.

En ese momento me di cuenta de que debía de ser la hija pequeña de Stuart, la Tanya con la que Amber celebraba fiestas de pijamas. Acto seguido, las conversaciones volvieron a comenzar en todas las direcciones, no tardó en haber un fuego cruzado de estas. La bomba atómica y la bomba de hidrógeno, las pruebas atmosféricas en los atolones, la Unión Soviética como enemigo real, Nueva Zelanda como lugar seguro, la ausencia de lugares seguros. Pero en aquel momento yo ya escuchaba a medias, pues estaba demasiado ocupado pensando en lo que Stuart nos había tirado encima. Hasta entonces había tenido la sensación de que la juventud era lo único que yo tenía a mi favor, el único aspecto en que lo superaba. Y de repente, de un plumazo, era como si su juventud hubiera recibido en público el estatus de peso pesado, y la mía, el de peso mosca o peso pluma, o el peso más mínimo entre los mínimos. ¡Bueno, eso sí sería difícil de superar! ¡La guerra, la tortura, la mutilación, el hambre! Mi documental sobre la guerra contra su guerra de verdad. Sentí que

acababa de sufrir una derrota capital. Con sinceridad, me iba a costar bastante competir contra él, y creo que Stuart era consciente de ello.

El continente de cristal

El documental que estamos realizando no ha comenzado con buen pie y su título, bastante ambicioso, de *El espíritu de la Antártida* está en entredicho, porque es como si el espíritu de la Antártida NO quisiera que lo capturaran. La película de 35 mm puede congelarse incluso cuando está protegida por la cámara; se vuelve quebradiza como un portaobjetos de microscopio y se parte por la mitad. El frío también hace que las baterías se queden sin energía, así que tenemos que turnarnos para guardarlas pegadas a la piel de nuestros vientres. Para producir sombras necesitamos amplias pantallas negras, pero, en cuanto Rémy las saca de las bolsas que las contienen, el viento sopla furioso contra ellas, como si allí las sombras no fueran bien recibidas, y el hombre acaba a veces peleándose con una en el suelo para poder controlarla de nuevo. Resulta irónico, porque hay sombras indeseadas que se cuelan de manera misteriosa en el plano, y es que el sol se mueve veloz y se lleva nuestras sombras consigo como si fueran hojas muertas. Los catabáticos pueden durar varios días, gimen en arrebatos, mientras las ventadas recorren el lugar como espectros, llenándome a veces de dudas.

—Miradlo por el lado bueno —ha predicado Bertrand hoy—. Aquí no hay nadie que nos impida filmar la fachada de su casa, no tenemos ningún problema con los permisos de las localizaciones ni de aparcamiento. —Y ha golpeado el trineo de perros de 1915 al que están amarradas nuestras cajas.

A Raoul, el cámara, le había tocado dirigir el trineo; las solapas de su *ushanka* eran como las orejas de un sabueso feliz, cuando por casualidad hemos dado con las huellas que dejamos ayer. A lado y lado, la nieve había recibido el impacto de un centenar de rocas de color negro. No se me ocurrió cuál podía ser su origen. Era casi como si algo los hubiera hecho enfadar, y no sé a quién se refiere ese «los»; como si alguna forma de justicia quisiera apedrearme desde lo alto. Ya en la base, un científico me ha dicho que debían de ser meteoritos y

hemos salido los dos a recogerlos. Confieso que me he guardado uno furtivamente después de descubrir que podría haber estado dando vueltas por el espacio exterior durante 4.600 millones de años. Metí esa pequeña belleza en el zurrón como recuerdo que llevarme a casa y colocar a modo de lápida en un punto concreto que tengo muy metido en la cabeza.

Split Apple Rock

La noche después del ManNan, y muchas de las noches que siguieron, me quedé tumbado en la cama mirando el techo, que podía distinguir gracias a la farola que había al otro lado de la única ventana de la habitación. Mis ojos podían permanecer fijos durante horas sobre el plafón rococó que había en su centro, sus complejas formas interrelacionadas, sin nada que hacer más que pensar. En ella. Durante esas horas de lóbrega penumbra, no podía tolerar la idea de que Amber y Stuart sin duda lo habrían hecho, y me provocaba náuseas imaginar las manos viejas de él sobre ella, tan repulsivas para mí como dos tarántulas que se arrastraran por su cuerpo para posarse sobre sus pechos.

A veces tenía la sensación de que acabaría volviéndome loco pensando en ellos, hasta que llegaban las primeras luces del amanecer y me salvaban de mis celos. Las noches de tormenta, cuando el viento aporreaba las ventanas con fuerza, mis pensamientos se volvían a veces asesinos, fantaseaba con acompañarlos en una salida con el Santa Kathrina. Él no necesitaría más que un empujón con mi hombro para perder el equilibrio sobre la cubierta resbaladiza y caer de lado en el gran azul, que lo engulliría para sacarlo de mi vista y de mi mente. También recurrí a las Alturas para pedirles que hicieran el trabajo sucio en mi nombre y recé para que Stuart cayera muerto de un ataque al corazón o un ictus o cualquier otra cosa que me permitiera librarme de él con rapidez. Básicamente, le pedía a Dios que fuera mi cómplice en aquel crimen y que, a la vez, me concediera algo así como una inmunidad diplomática.

En algún momento a mediados de junio de 1979

La última vez que salí con Amber y Stuart fue en una cita doble para ir al cine, y la chica que trajeron para mí era la amiga más antigua de

Amber; «más antigua» en el sentido de que había sido su compañera de juegos en la caja de arena y había sobrevivido con ella a los columpios de los parques infantiles. Cuando la vi por primera vez, mostrando su timidez al lado de Amber y compañía delante del cine, sentí que el cuerpo se me ponía rígido. No fue por ella en sí; lo que me pudo fue ver a Amber en unas circunstancias tan forzadas. Candice era delgada y carecía de caderas; tenía los ojos de marrón claro y los dientes prominentes, lo que le prestaba un aspecto dulce pero bobalicón. ¿Salir con ella? ¡Si podría haberme mordido a un metro de distancia! Supongo que, como estudiaba para ser enfermera, igual que Olivia, Amber había pensado que tenía algo en común con mi ex y, por tanto, según alguna regla de subconjuntos compartidos, CONMIGO («¿Estás estudiando para ser enfermera? Vaya, qué coincidencia, ¡su exnovia también!»).

La cosa comenzó con una serie de sonrisas forzadas y los cuatro pasamos a echarle un vistazo al póster de la única película que se proyectaba, y que yo había escogido estratégicamente: *Middle Age Spread*, un film sobre el adulterio que «hacía preguntas incómodas» del tipo: «¿Era inevitable, el hombre de mediana edad y la mujer joven?» y algo sobre los cuernos (había leído la crítica en el periódico). Sí, la esposa de Stuart estaba muerta, así que técnicamente él no la estaba engañando, pero la verdad era que, en cuanto la señora Reeds desapareció de la foto, él no había ido a por una mujer de su propia edad, ¿verdad? Si Amber encontró algún paralelismo, no soltó prenda. Stuart no pareció captarlo —¿por qué iba a hacerlo si no tenía ninguna crisis de la mediana edad de la que preocuparse?—. Y Candice tampoco puso objeciones a la película; era el tipo de chica que hubiera accedido a ver un documental sobre motocicletas y el comercio de sus partes. ¿Por qué nunca fui a por una chica pasiva como ella? Para pegarse un tiro.

Compré las entradas para Candice y para mí, y Stuart hizo lo propio con la suya y la de Amber, pero era demasiado pronto para entrar, así que para pasar el rato nos fuimos a dar un paseo por una plaza cercana, Candice y yo ligeramente por delante. Lo gracioso fue que, en cuanto comenzamos a hablar, ya no pudimos parar. Lo que Amber ignoraba era que estábamos hablando sobre ella, su infancia, sus problemas en la escuela, su vida cotidiana en casa. Escuché con atención lo que Candice decía y lo que no: sus vacilaciones, sus

pausas, sobre todo cuando le pregunté cómo era su padre. Quizá pensó que estaba siendo indiscreto, quizá simplemente había pillado ya que me interesaba más Amber que ella. De vez en cuando volvía la mirada, solo para ver que Stuart y Amber se habían retrasado algo más. ¿Estaban discutiendo? Lo digo porque daba toda la sensación de que Amber estaba enfurruñada.

Al final acabamos por cerrar el círculo y volver al punto de donde habíamos salido, y Candice y yo atravesamos con rapidez el vestíbulo para comprar palomitas de maíz. En la cola, ella me contó que una vez Amber olvidó llevar algo a clase para el saco secreto de Papá Noel. Desesperada, sacó un plátano de la fiambrera, le dibujó dos puntitos como ojos, dos puntitos como nariz y una gran barba espesa de color rojo intenso, la envolvió con papel de regalo y la enterró en lo más hondo del saco hinchado que había debajo del árbol. Algún pobre niño se llevó un plátano de Santa Claus encorvado por la vejez, cubierto de manchas de hígado, y ella tuvo suerte de que no la obligaran a decir quién lo había puesto allí. Por la manera en que me contó la historia, con una carcajada gangosa, Candice hizo que me tronchara de la risa; y, cuando miraba a hurtadillas a Amber, veía que ella estaba pendiente de nosotros, como si comenzara a llevar mal el hecho de que nosotros nos lleváramos bien.

Después de sentarnos delante de la pantalla intenté mirar a Amber a los ojos, pero era evidente que no estaba de humor y la vi morderse un padrastro. Luego, un par de minutos más tarde, cuando se apagaron las luces, el brazo de Stuart se deslizó como una culebra sobre sus hombros y ella pareció sentirse mejor, como si hubiera encontrado consuelo en él. Lo siguiente que supe fue que Candice se inclinaba hacia mí después de meterse una pastilla de menta en la boca, probablemente para causarme una buena impresión en términos de aliento, pese a que teníamos un cubo de palomitas con el que ponernos, así que ¿qué sentido tenía? Tampoco había que ponerse en pie y cantar a pleno pulmón el *God Save the Queen*, esos días habían quedado atrás, aunque recordaba haberlo hecho de pequeño. «Que Dios salve a Amber —pensé para mí mismo—. Y que Dios me salve a MÍ.»

Al día siguiente, Amber me llamó: «¿Qué te pareció Candice?» y «¿No es la chica más agradable que hayas conocido?», y yo me sentí entre la espada y la pared. No pude decir nada negativo porque, al fin

y al cabo, Candice era su amiga más antigua, pero tampoco pude decir muchas cosas positivas para que Amber no se hiciera una idea equivocada. ¡Y menos aún la propia Candice! Así que contesté algo así como que era una gran chica, pero que simplemente no era «mi tipo». Quizá me gustaban las mujeres con un poco más de carne. Nada personal.

—Dios. No me gustaría nada saber lo que dirías de mí —contraatacó ella—. Si alguien nos presentara de esa manera.

—¿Estás chiflada? Eres la chica más perfecta del mundo. Mujer, debería decir. No solo por fuera, sino por dentro también… —tartamudeé de manera irremediable.

—Candice va camino de ser enfermera, ¿sabes?

—Ser tú es una habilidad, un don. —No la estaba adulando, lo decía de verdad.

—Ethan, ¡no quiero ser una rubia cabeza hueca a la que algún hombre deje de lado al llegar a los cuarenta! Como en la película.

Maldición. Se suponía que la película tenía que quitarle las ganas de estar con Stuart, no conmigo. Pero lo que dijo me pareció interesante, más tarde, cuando diseccioné con gesto forense el significado de cada una de sus palabras. Stuart se encontraba ya muy por encima de la cuarentena, así que no podía referirse a él. A ver, su mensaje estaba relacionado con los tipos de mi edad. Por tanto, conmigo. También había dejado translucir que tenía una autoestima baja a extremos irracionales. ¿Acaso ignoraba lo despampanante, lo interesante que era? Cuando entraba en cualquier sitio, la gente volvía la cabeza para mirarla. También al salir. O cuando se ponía en pie. O cuando se sentaba. Allí. En todas partes. Aquella imagen de sí misma hecha añicos, ¿tendría algo que ver con su padre? ¿O con el hecho de que su hermano la ninguneara, tal y como yo hacía con Vicky, tal y como los hermanos hacen casi siempre? ¿Pensaba quizá que, al querer entrar en el mundo del cine, yo debía de ser un capullo que iba a cambiarla algún día como si fuera un coche viejo? Que hubiera escogido a Stuart sobre mí parecía tener algo que ver con todos aquellos miedos e inseguridades, con las personas con las que se sentía a salvo y con las que no.

30 DE JUNIO DE 1979

Justo antes de irme a la cama y, de hecho, pasar una buena noche, arranqué la página de junio, que había sido un mal mes para mí, del calendario de la pared. Adiós al monte Cook y a sus nada hospitalarias pendientes heladas. ¡Hola a Split Apple Rock, en la bahía de Tasmania! Una manzana partida por la mitad, bueno, esa imagen sí que resultaba prometedora. A saber lo que me iba a deparar julio...

1 DE JULIO

Aquel domingo me levanté temprano. Sintiéndome proactivo, fui con Ben a mirar algunos coches usados para mí. Lleno de una energía y unas esperanzas que no fueron más allá de la...

2 DE JULIO

Última hora de la mañana del lunes. Llegó en un sobre de color crema, de la mitad del tamaño de los normales, con el sello de un pez damisela que parecía demasiado grande para ese estanque. Iba dirigido a mí con una caligrafía tipo como de monje, aunque cuando vi el «Sr.» asumí que sería para mi padre y solo al fijarme bien vi que ponía «Ethan» y no «Anthony» antes del «Grieg». Rasgué el sobre de inmediato y su contenido me dejó sin aire. No sé cuánto tiempo estuve sosteniendo entre los dedos aquella sorpresa hecha tarjeta, cuyo texto decía algo florido del tipo: «Los señores Les Deering de Cambridge anuncian el compromiso de su hija, Amber Nicole Deering, con Stuart Henry Reeds, de Auckland, hijo de los señores Brian Reeds». Sé que decía, aquí con las palabras exactas: «La boda se celebrará este verano». Un año después del momento en que tan cerca estuve de besar a Amber bajo el sol, ¡ella iba a casarse con otro! Aquel sobre y aquella tarjeta de compromiso tan formales, aquella etiqueta tan pasada de moda... ¡eran demasiado viejos y obsoletos para alguien de su edad! No era de extrañar que la tarjeta y el sobre estuvieran cubiertos de arruguitas. ¿Es que no se daba cuenta ella misma de la ironía de aquella textura y de lo simbólica que resultaba? ¿De que se estaba casando con un abuelo?

Entonces vi que Amber había escrito algo a mano en el reverso de la tarjeta:

Querido Ethan:
No espero que comprendas por completo por qué me caso con Stuart, pero, por favor, acéptalo. La verdad es que no sé lo que haría sin ti; me has ayudado más de lo que crees. De no ser por ti, creo que ni siquiera estaría aquí.
Me importas un mundo.
Besos y abrazos,

Amber

Así que le importaba un mundo. ¿Significaba eso que me quería? Como a un hermano, ¿o un poquito más? Tuve la sensación de que se había dado el pistoletazo de salida y la carrera había comenzado. Tenía que moverme con rapidez y vencer a Stuart en los últimos cien metros, o kilómetros, que faltaban para llegar hasta el corazón de Amber. Pero ¿cómo?

3 DE JULIO Y EL RESTO DEL MES

... perdido el apetito, había perdido la noción de quién era y hacia dónde me dirigía, había tenido encontronazos con mi madre por no atarme las zapatillas o dejar abierta la tapa del váter. El mismo sonido de arañazos cuando la aguja tocaba el mismo disco de vinilo negro, el mismo estallido del *Highway to Hell* de AC/DC atronando como el demonio desde unos altavoces inadecuados. Una vez, en el momento en que más deprimido me sentía, acepté un panfleto de un grupo de Hare Krishnas que daba vueltas por la calle Queen. Con sus túnicas de color azafrán y sus cabezas rapadas, costaba decir si eran hombres o mujeres, y tampoco es que estuviera de humor para jugar al veo veo en busca de tetas. Por un instante llegué a preguntarme si valía la pena probar con el celibato y el vegetarianismo, aunque solo fuera por salvarme de una vida que seguía patas arriba. Al mes le quedaban aún veintidós días y yo ya tenía ganas de cambiar de página y pasar a los lodazales humeantes de Rotorua.

Me imaginaba que debían de haber anunciado la gran noticia durante una fiesta privada a la que no me invitaron. Que Stuart se habría puesto en pie después de hacer tintín en la copa de champán con un cuchillo o una cuchara o lo que se use para hacer tintinear las copas de champán. A continuación, con su estilo discreto, micrófono en mano para hacerse oír, lo habría hecho oficial: «Os he invitado a

todos esta noche para compartir con vosotros una noticia muy especial. Amber y yo... (pausa emotiva) nos vamos a casar». A continuación, habría extendido el brazo hacia Amber, quien, bajo la neblina del encaprichamiento, se habría dirigido hacia él y, a la vista de todos, lo habría besado en la boca durante quince segundos vomitivos, entre un estallido de «oooh» y «aaah» que debió de ser tan sonoro y eufórico como un orgasmo fingido. Sin duda todo el mundo debió de pensar: «¡Puaj! ¡Qué asco! ¡Esto es enfermizo! ¿Cómo puede ella hacer eso? ¡Si podría ser su nieta!». A menos que estuvieran demasiado cegados por los millones de dólares que caerían como una lluvia de confeti sobre su cabeza a la tierna edad de dieciocho años.

Y eso me escocía también, toda la parte del dinero y la seguridad, y consideré seriamente la posibilidad de abandonar la politécnica y conseguir un trabajo a tiempo completo que me llevara a parecer un hombre a ojos de Amber. Pero el problema era que, a fin de ganar el dinero necesario para disponer de los medios que ella necesitaba, tendría que trabajar tantas horas que no me quedaría tiempo para estar con ella, y lo de lavar platos cada día y cada noche de la semana no era ningún truco mágico. La cabina del barco de Stuart sin duda le ofrecería más comodidades que cualquier apartamento que yo pudiera alquilar para los dos en Auckland, y lo más probable era que contara incluso con un televisor en color, mientras que en casa solo teníamos uno en blanco y negro, con una percha de alambre para potenciar la antena rota. Además, yo tampoco quería pasarme el resto de mi vida dependiendo de la cesta de las ofertas, o conduciendo uno de esos coches Appalachian cuyas puertas no hacían juego con el resto del vehículo.

Me estrujé el cerebro en busca de soluciones. Lo único que tenía que hacer era inventar algo superútil y ¡bingo!, se acabarían mis problemas económicos. Encaucé el proceso creativo con un poco de hierba y se me ocurrió la idea del «traje flotante», que se inflaría con helio para que los soldados se mantuvieran a un centímetro vital y salvador por encima de las minas. Luego, puesto que ya existía la moda de la roca mascota, ¿por qué no crear un guijarro mascota, seguido de un grano de arena mascota? (Siguiendo la lógica de que hay gente a la que le gustan los perros grandes y gente a la que le gustan los perros pequeños, y a algunas personas les gustan los perros muy pequeños.) El problema era que no tenía ni idea de cómo

transformar las ideas que se me ocurrían con la cabeza sobre la almohada en una industria de muchos millones de dólares. ¿Cómo se patentaba un guijarro? ¿Y un grano de arena? Incluso me puse a leer algunas de las tarjetas de la sección de humor de Woolworths y supe que podía hacerlo mejor que aquellos patéticos intentos por provocar la carcajada; ahí también se podía ganar pasta. Pero, una vez más, ¿cómo podía lograr que me contratara Hallmark?

Algunos días pensaba: «No puedo dejar que se haga esto a sí misma». Y otros días pensaba: «¡Cuando se arrepienta de haberse destrozado la vida, más vale que no me venga llorando!». Pese a que eso era exactamente lo que esperaba que hiciera. Entonces llegó una época en la que dejé de pensar en mí o en mi propia felicidad, y solo existió la conciencia de que Amber estaba cometiendo el peor error de su vida al intentar largarse de casa, probarse algo a sí misma, encontrar una salida; ¿qué sabía yo, sino quizá decirle al mundo que se podía ir a la mierda? Igual que un retoño al que algún día la maceta se le iba a quedar pequeña, estaba seguro de que con Stuart le pasaría lo mismo y, cuando eso sucediera, digamos que pasados diez años, la diferencia de edad la deprimiría de verdad. «Buenos día, mi amor, te he traído el desayuno a la cama» (porque para entonces él estaría postrado allí, así que ¿adónde se lo iba a llevar?). El desayuno, compuesto sobre todo por pastillas para sus veintiuna dolencias, y sin olvidarse de coger los pañales, no para un hijo que él le hubiera dado, sino para su frágil próstata. Talla XL (= diez litros).

Este sería un buen momento para señalar que no pensaba ni por un momento que Amber pudiera estar detrás del dinero de Stuart en sí, o que fuera a esperar el día en que él la espichara para poder cobrar; conociéndola, en cualquier caso se gastaría más dinero en sus «grandes causas» que en sí misma. Cualquiera, incluido yo, se daba cuenta de que estaba loca por el cuidado personal y la elegancia de Stuart, de que estaba enamorada de su impresionante estatus vital. Rico como Creso, o como Larnach en su apogeo, y, sin embargo, humilde como un cordero, Stuart tenía mucho a su favor. Era el tipo de persona a la que dedicaban películas. En Berlín, no en Hollywood. Su mero estilo se bastaba para que a Amber los ojos le hicieran chiribitas. Ella debía de verlo como una oportunidad para huir, una escapatoria emocional, pero en algún momento del camino acabaría dirigiéndose de frente contra una pared de ladrillo, por mucho que lo

hiciera en el asiento del copiloto de un Rolls- Royce antiguo con neumáticos de banda blanca.

The Stables

2 de agosto de 1979

Era media mañana y yo iba camino de la consulta del médico para que me pusiera, con bastante retraso, un refuerzo de la antitetánica. No para impedir que un clavo oxidado se me llevara por delante, sino para evitarme el trismo más cercano de tener que cerrar la boca cuando mi madre se quejaba sin descanso de que estaba corriendo riesgos con mi salud. Fuera lloviznaba, también hacía viento, y yo avanzaba con rapidez para poder quitarme de encima el pinchazo. No tardé en dejar atrás el Friendly Little Dairy, donde de pequeño solía pedir un lazo de regaliz, un caramelo duro y un pez de chocolate para hacer como que había pescado al pececillo antes de tragármelo todo: anzuelo, sedal y plomada. A continuación, después de pasar junto a la frutería Ron the Pom, me quedé atascado detrás de una pareja de ancianos cuyas gabardinas beis a juego parecían dar fe de los muchísimos años que habían pasado juntos. Tenían un aspecto distinguido, como el de un profesor jubilado y su esposa de varias décadas. Por viejo que fuera, el hombre se esforzaba por sostener el miniparaguas, que se volteaba como un murciélago rabioso, sobre la cabeza de ella. Solo sobre la cabeza de ella, debería añadir. La suya propia no parecía importarle demasiado. No puedo explicar con exactitud el porqué, pero la escena me conmovió profundamente; la forma en que se aferraba al mango de hueso mientras el viento intentaba arrebatárselo a su mano vieja y arrugada: lo cogía con tanta fuerza que se le marcaban los nudillos y los tendones, lo que le confería un aspecto absolutamente esquelético, como si ni la muerte misma pudiera impedirle que amara y quisiera proteger a su esposa.

Nunca recibí el refuerzo esa mañana: había demasiados pacientes en la consulta, la espera era demasiado larga, aunque quizá solo fuera lo que asumí antes de dar media vuelta. Lo siguiente que recuerdo es que estaba parado al lado del Prince Gloria de mi madre, después de

enterarme por Vicky de que se había ido a una fiesta de fiambreras en casa de una vecina (que unas mujeres adultas pudieran celebrar una fiesta dedicada a algo tan aburrido como unos contenedores de plástico era algo que no me entraba en la cabeza). Me dije que ya le explicaría más tarde que lo necesitaba, pero entonces vi el adhesivo de color violeta como un morado sobre el parabrisas y se me cayó el alma a los pies. Las crisis del petróleo se estaban cobrando su peaje y el Gobierno había aprobado una ley para que la gente NO usara el coche un día de la semana; el día en concreto era decisión propia, pero siempre tenía que ser el mismo, y de ahí los diferentes adhesivos: lunes (verde), martes (rojo), miércoles (amarillo), jueves (violeta), etcétera (sucedía un poco como con las bragas de Vicky). Me fastidiaba que la gente como Stuart pudiera solventar el tema de los adhesivos al tener más de un coche. De modo que, el día en que no podía conducir una de sus máquinas resplandecientes, tan solo tenía que coger otra. O el Rolls-Royce, un coche que solía estar reservado para los paseos dominicales (y no por culpa de ningún adhesivo). Pero, para nosotros, la gente de clase trabajadora que solo tenía un coche (además de la furgoneta de trabajo de mi padre), ¡aquello era un reverendo grano en el culo! Y, para añadir sal a la herida, aquella semana mi madre no lo había usado algunos de los días en que sí estaba permitido.

Al tratarse de un viaje de dos horas (quizá más, ya que el plan también había reducido la velocidad en carretera a un ritmo de abuela: ochenta kilómetros por hora), tenía que afrontar la posibilidad de que me multaran por el camino, o de que me pusieran una multa tras otra y acabara, quizá, con toda una colección de ellas. De paso habían restringido los horarios de apertura de las gasolineras, y no necesité siquiera hacer girar la llave y encender el motor para saber que la aguja se desmayaría de manera permanente hacia la izquierda; el coche funcionaba casi siempre solo en reserva, entre chorritos del surtidor que me producían la sensación de estar dándole apenas algo de jarabe para la tos a su garganta enrojecida. Le di una patada a una rueda, frustrado. Vamos, ¡es que era ridículo, joder! ¿A qué esperaban que se dedicara alguien de mi edad durante todo el día? ¿A alguna afición idiota, como la de arrancar el forro de los tapones de las botellas de cerveza y pegarlos a la pared de mi dormitorio, como una colección de condones sin usar? ¡Quienes habían aprobado esa ley

tenían que ser unos carcamales que no sabían nada sobre las rebeldías del amor!

Lo siguiente que supe fue que se estaba acabando la mañana y yo me encontraba en una zona rural llamada Fencourt, un lugar bastante encantador justo a las afueras de Cambridge, girando hacia la izquierda en la señal de THE STABLES; a continuación, avancé por el camino de acceso, largo y polvoriento, dejé atrás a unos caballos que pastaban y que levantaron la cabeza para mirarme, también a unas gallinas que cacareaban mientras corrían de aquí para allá y a un border collie que se desgañitaba ladrando, y llegué ante una villa blanca y bien cuidada en mitad de ninguna parte. Y allí estaba yo, delante de la puerta de Amber, hecha de duramen de rimu y que carecía de timbre y campanilla y mirilla y cualquier otra cosa que facilitara mínimamente su uso. Solo había una herradura colgada del travesaño. Un felpudo con una margarita falsa. Un par de botas altas de goma. Llamé, rogando a la Providencia para que no me abriera la señora Deering. Y, por supuesto, fue ella quien lo hizo. Lo extraño fue que la señora Deering era clavada a Amber, solo que con veinte años más a cuestas. Que no se me malinterprete, seguía siendo una mujer atractiva ya en la cuarentena. El mismo color azul piscina en los ojos, la misma nariz recta, la misma sonrisa que se refrenaba en las comisuras, como si su sentido del humor llevara un cierre de seguridad incorporado; por supuesto, el tiempo había dibujado algunas comas en su ceño y paréntesis alrededor de su boca, y había añadido algo de relleno a sus caderas.

En un primer momento se dedicó a asimilar mi cara con un disgusto evidente, como si yo pudiera ser un vendedor o quizá un misionero.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó con un tono que decía: «Tengo cosas que hacer».

—Buenos días, señora Deering. —Regresé a la vida de golpe—. Soy Ethan Grieg. El que está llamando siempre por teléfono... ¿Podría hablar un minuto con Amber, por favor?

Cuando la señora Deering se dio cuenta de que había hecho todo aquel trayecto para ver a su hija, la expresión de su rostro reveló que me compadecía. Acto seguido dijo en un tono más amable:

—Ethan. Pues sí. Hola. Sígueme.

Se secó las manos en el vestido de lana cruda, que parecía

haberse cosido directamente en el lomo de la oveja, y se quitó unas zapatillas de pelo para calzarse unas botas de agua. A continuación, con un andar pesado y masculino, me hizo rodear la casa.

—Están aquí fuera —dijo sin entusiasmo.

¿«Están»? No podía tratarse de Stuart, que debía de encontrarse en las oficinas de CBD, haciendo lo que se hiciera con esos diagramas económicos que subían y bajaban como electrocardiogramas y que, con toda probabilidad, provocaban que el corazón de la gente viviera esa misma montaña rusa. Allí fuera el olor a caballo era más intenso, pero no desagradable, y es que de hecho había un buen número de caballos que asomaban la cabeza en sus establos alrededor de un claro de cemento, sobre el que había un montículo de paja que humeaba. ¿Era el estiércol recién recogido, que reaccionaba al frío otoñal, o los efectos del compost? Me sentí algo perdido y me volví hacia la señora Deering, pero la mujer se alejaba ya, aunque me dirigió una vaga mirada final. De camino se agachó para recoger una flor silvestre, con la que azotó el aire, y que acabó tirando a lo lejos con demasiada fuerza. Parpadeé varias veces sin dejar de mirarla, preguntándome qué diantres había sido todo aquello.

De momento solo veía a un hombre de unos cincuenta años y de aspecto gruñón, supuse que un peón de la granja. Tenía una mata de pelo puntiagudo y canoso, rosácea en las mejillas, y, aunque era más bien bajo, tenía la constitución sólida de un saco de boxeo (el tipo de saco de boxeo con el que te harías daño al golpearlo, sin llegar a alterarlo). Quizá aquella mala impresión se debía a la manera en que sostenía la horca, con una mano debajo de la zona de los pinchos, como si quisiera estrangular a alguien. Debía de haberme visto, porque tenía que pasar a mi lado, pero su atención estaba centrada única y solamente en lo que tenía entre manos. Devolvió la horca con un golpe seco a una zona semicerrada en la que había un montón de trastos de piel y de metal colgando de ganchos en la pared. Dobló una manta gruesa con unos pocos golpes decididos del antebrazo y se encaminó hacia algún otro lugar.

—Buenos días, señor. —Di varias zancadas para interceptarlo y le ofrecí la mano con gesto franco.

No obstante, en lugar de estrechármela, dobló su propia mano hacia dentro para ofrecerme el reverso de la muñeca. ¿Qué se suponía que debía hacer yo? ¿Pegar el bulto de mi articulación al bulto de la

suya?

—La señora Deering me ha dicho que Amber, su hija, está por aquí fuera —comencé a decir, y su expresión siguió tan vacía que pasé a hablar con mayor lentitud—. Am-ber. ¿La co-no-ce?

—Digo yo que sí, porque soy su padre —contestó con sencillez y pragmatismo, como si estuviera cansado de esa circunstancia.

¿Cómo podría haberlo sabido? No había nada de él en ella, ni en su cara, ni en su cuerpo, ni en ningún otro lado..., y menos mal, pensé.

—Ha salido por ahí. —Hizo girar el brazo unos cuarenta y cinco grados mientras cerraba un ojo, como si quisiera disparar un rifle en esa dirección—. Está haciendo el tonto en el prado.

Estuve a punto de preguntarle dónde con exactitud, ya que *prado* me sonaba a algo intrínsecamente grande, como un montón de terreno que tendría que cubrir a pie, pero no quise quedar como un zoquete. Avancé con pesadez por la hierba empapada, entre los charcos, dejando atrás algunos «hitos» de estiércol de caballo que indicaban que me encontraba en el sendero correcto, pero aún tuve que recorrer un buen trecho antes de ver a un tipo teñido de rubio ataviado con un sombrero de copa y un frac como de novio. Estaba montado sobre un caballo de color gris moteado y alto, y tiraba de los hilos, como quien dice, para hacer que este se desplazara de manera refinada y coreografiada; un caballo en torno a los novecientos kilos de peso, de musculatura prominente, con la crin recogida en trenzas africanas como Bo Derek en *10*, esa película romántica tan cursi.

Por su parecido con Amber —era como si llevara puesta una máscara con la cara de ella—, supe que tenía que tratarse de Daniel. Él mantuvo su postura alta y orgullosa, me saludó con un asentimiento de cabeza generoso, o quizá debería decir que era generoso a la hora de mostrar su propia belleza.

—¡Eh, Amber! ¡Creo que tienes visita! —gritó mientras me evaluaba minuciosamente con la mirada.

Ella estaba solo a unos cincuenta metros de distancia, tomando notas sobre una tablilla sujetapapeles sobre la actuación del caballo o quizá de su hermano.

—Bonito caballo tienes ahí —le dije.

Él comenzó a sonreír, pero se tocó el labio con expresión de dolor: parecía que se lo habían partido hacía poco.

—Ay, mierda —murmuró.

—¡Ethie! —Amber se acercó corriendo en toda su simplicidad: un mono arremangado por las rodillas, una camisa a cuadros a la que le faltaban algunos botones. Al verla en su hábitat natural, fui más consciente que nunca de que deseaba despertarme a su lado cada día durante el resto de mi vida—. ¡Eh! ¿Qué haces aquí?

Era entonces o nunca.

—Tengo que hablar contigo.

—¿De qué?

La cogí del brazo para apartarla de su hermano, pero noté que se tensaba y era difícil contestarle con él galopando sin moverse de sitio a nuestro lado, como un guardia montado privado.

—¡Estoy bien, Danny! —Amber golpeó la grupa del caballo con la tablilla y él salió disparado como un jinete mientras lanzaba una carcajada.

—¿Acabo de conocer a Canción de cuna? —pregunté.

—¿Canción de cuna? —Ella arrugó la nariz, confundida.

—El diablillo fogoso que no quiere que lo domen.

—¡Ah! ¡Ya lo pillo! —Echó la cabeza hacia atrás y se rio con alegría—. No, ese es Ónix. Danny le estaba limpiando los cascos y, por la manera en que reaccionó, cualquiera diría que le hizo cosquillas. Tuvo suerte de que no le sacara un diente, porque el pobre labio se curará. Tienes que comprender que los caballos son idiosincráticos y sensibles, y que están un poco locos. Como nosotros. Por eso los queremos tanto.

Yo asentí con la cabeza mirando el suelo.

—He venido a hablar contigo. De Stuart.

La mera mención de su nombre la llevó a emitir un gemido.

—Mira, ya he tenido que aguantar un montón de mierda por parte de mis padres. Y de mi hermano. Espero que ahora no sea tu turno.

—Las mujeres viven más. Acabarás siendo una viuda y eso es una certeza casi matemática. Tus hijos no podrán contar con un padre por mucho tiempo.

¿Por qué demonios estaba hablando de hijos? ¿De dónde había salido eso? Uf, aquello no empezaba bien.

—Así que me estás diciendo que, para mantener una relación satisfactoria, Stuart y yo deberíamos morirnos a la vez.

—No, eso no es lo que te estoy diciendo...

—¿Tienes una bola de cristal para ver el futuro? Hasta donde tú sabes, yo podría ser la primera en morir o en pillar alguna enfermedad.

Me di cuenta de que no iba a conseguir que se despertara haciendo chasquear los dedos tres veces, sobre todo porque parecía haber practicado ya algunos de los puntos de aquel debate.

—No necesito ninguna bola de cristal. Si tan solo quisieras ver lo que tienes delante de los ojos... Se llama realidad. Hay motivos por los que los jóvenes salen con otros jóvenes, y no con personas de la generación anterior, o de la generación anterior a la generación anterior. Tiene sentido que tu padre no sea más joven que tú, y que la gente no tenga críos de mayor edad que ellos.

Se retorció el cabello durante un momento, absorta en sus pensamientos.

—Conozco a Stuart y sé que no pasaremos cien años juntos, pero, en un año con él, siento que ya he vivido como cinco. El tiempo es lo que uno hace con él. Para mí, que le quede menos, lo vuelve más valioso.

—No es solo la edad por la edad, sino todo lo que la acompaña.

—¿Como qué? —preguntó encogiéndose de hombros.

—Las cosas más básicas y cotidianas. Lo que las parejas suelen tener en común por estar de pie bajo la misma flecha que dice «Usted está aquí» en la cronología del mundo. Compara tu música y la suya. Lo más probable es que acabes disfrutando en el Naval & Family.

Me refería a un antro sofocante donde un puñado de veteranos de guerra seguían bailando al son de las viejas buenas melodías de los viejos malos tiempos mientras sus nietos, aburridos, comprobaban hasta dónde podían llegar derrapando sobre los calcetines.

—Eso es... patético. ¿Crees que la gente se junta y crea lazos duraderos solo porque les guste la misma canción? —Negó con la cabeza con desdén.

Para demostrar mi argumento me puse a dar saltitos y bailar a su alrededor parodiando a uno de los ídolos de mi madre, Gene Kelly; comencé a silbar y a continuación a cantar el viejo clásico de oro del *Singin' in the Rain*. Lo imité con voz ronca, esperando con todas mis fuerzas que su hermano no me viera y fuera a decirle algo a su padre. Al principio, Amber se mantuvo impávida, quizá para expresar lo pueril de mi comportamiento, pero entonces, mientras la presión se

iba acumulando sobre mí, giré alrededor de un retoño y obtuve una risita corta de su parte; tenté a la suerte e hice chocar los talones en el aire, lo que la llevó a taparse la boca y reírse contra la mano a su pesar. Por desgracia, era solo cuestión de tiempo que el efecto se desvaneciera, y mi reverencia (sujetándome la parte baja de la espalda, como si fuera un anciano que no pudiera enderezarla) hizo que ella se quedara allí parada con los brazos cruzados y negando con la cabeza. Si en aquel momento le hubiera hablado de mi amor, en vez de volver a burlarme de Stuart, quizá le hubiera abierto los ojos.

—Stuart tiene un corazón más juvenil y una mente más abierta que muchos de los jóvenes que conozco, y, digas lo que digas, además es muy atractivo. Es gentil, maravilloso y dulce pese a que ha pasado por algunos momentos terriblemente duros en la vida. Él me ama y yo lo amo. Es más, soy feliz. —La miré con expresión escéptica y ella se encogió de hombros—. Feliz del todo.

—Si tú lo dices... Pero ¿no deberías pensar antes, no sé, en algo como los estudios, el entrenamiento, lo que sea?

—Hay maneras prácticas de cambiar la forma en que funciona el mundo. Baste decir que me va más la acción, y es por eso por lo que he estado trabajando como voluntaria para Greenpeace cada vez que voy a Auckland. Ahora, cuando Stuart me deje su barco, podré hacer más, y para que lo sepas, lo uso con fines más importantes que el de broncearme.

Parecía preocupada por algo. Se alejó unos pasos hasta llegar a un tocón, la cara cubierta a medias por el cabello, y se sentó en él con pesadez. Entonces, antes de poder darme cuenta, le pregunté medio en broma:

—¿Por qué no te casas conmigo en su lugar?

Ella rechazó la idea con una carcajada y apartó la vista.

—Tú y yo discutiríamos... mucho.

—¿Y qué? Tú eres la persona con la que quiero discutir. Y reírme. Ninguna pelea podría llevarme a que te quisiera menos.

Mis palabras parecieron emocionarla.

—Voy a serte sincera. Me importas. Sí, vale, voy a decirlo: te adoro, Ethie, de verdad. Me haces reír hasta las lágrimas, haces que todo sea más alegre y, sin tirar por ese camino, siempre estaremos superunidos. Igual que mi hermano y yo.

—Dame un año, máximo dos, el tiempo necesario para

licenciarme y conseguir un trabajo.

Lo descartó con un gesto de la mano.

—No quiero amarte de esa manera.

—Pero ¿me amas? ¿«De esa manera»?

—Tanto si sí como si no, me quiere, no me quiere, no tiene sentido arrancarle todos los pétalos a la margarita. Mis padres se amaron en su momento. La vida desgasta a la gente, nadie sabe cómo va a cambiar con el tiempo.

—¿Y por eso te casas con alguien demasiado viejo como para cambiar? —No se dignó a contestar, pero su expresión altanera vino a decir eso—. ¿Cómo puedes ser tan cínica? ¿Estar tan..., no sé, desencantada? —le pregunté.

—No lo sabes todo acerca de mí... La gente saca cosas diferentes de cada uno. Stuart resalta en mí lo que necesito, lo que quiero que resalte. Lo que no debe salir... permanece bajo llave. —Dicho eso se puso en pie, como si lo más inteligente fuera dejarlo ahí.

La manera en que no quiso hablar más hizo que me preguntara si no la habrían maltratado alguna vez. No quise presionarla, pero aquello era demasiado importante para mí, no podía dejarlo estar, así que la seguí y le dije:

—No necesito ser viejo para comprenderlo. No importan los problemas o los asuntos con los que tengas que lidiar, no importa lo que haya sucedido.

En aquel momento vi a Danny y el caballo, en lo alto de una loma, a lo lejos. Nos estaba vigilando —sobre todo a mí, mis movimientos— y me irritó que pareciera dispuesto a lanzarse a la carga para venir a rescatar a su hermana si era necesario. Que me diera un respiro, yo no era ningún bruto.

Era consciente de que tenía que decir algo, aunque fuera sobre el tiempo, para romper aquel silencio tan pesado. No tardamos en acercarnos a su padre, que sostenía un hacha por encima de la cabeza y tenía la cara de un color rojo intenso por el esfuerzo. Después de dedicarme un leve asentimiento de cabeza, la estrelló contra un leño y lo partió en dos con brutalidad. Supuse que era la única despedida que iba a obtener. Era posible que ni siquiera se tratara de una despedida, sino de una forma de expresar su alivio por mi marcha, como si yo fuera un reportero metomentodo que hubiera estado husmeando donde no debía.

Para llegar adonde había dejado el coche de mi madre, con las ruedas delanteras vueltas por completo hacia un lado, no tuve más opción que pasar junto a la señora Deering, que estaba en cuclillas en un pequeño huerto de verduras cercano e inevitable, casi como si se hubiera plantado allí de forma voluntaria. La mujer levantó la vista y, al captar mi desencanto, torció la expresión.

—¿Has encontrado a Amber? —Se protegió los ojos con una mano; el guante de jardín estaba tan gastado que dejaba al descubierto las yemas de algunos dedos.

—Sí —le contesté, y acto seguido, por alguna razón, me sentí lo bastante cómodo como para añadir—: y no.

Creo que entendió a lo que me refería, y siguió quitando las malas hierbas para poder pensar en ello.

—¿Has visto a Daniel?

—Sí, cualquiera diría que se ha llevado una buena paliza.

Aquello pareció desconcertarla, durante un segundo el miedo se adueñó de ella.

—Siempre le digo que gire la cara cuando cabalga, por si el caballo echa la cabeza hacia atrás, para que no le pase eso.

Aturullada, se puso a arrancar todos los tréboles a los que podía echar la mano encima. Yo estaba confundido: ¿me había dado una versión diferente de los hechos o es que quizá hablaba de otra cosa?

—En fin, al menos lo has intentado —dijo como un minuto más tarde—. Amber tiene sus razones, y estas no siempre son evidentes para los demás. —Respiró hondo y exhaló.

Cuando volvió a levantar la mirada hacia mí, esa vez con un gesto más afable, vi que tenía una mancha de tierra en la mejilla. Tardé un poco en darme cuenta de que me estaba ofreciendo un manojo de zanahorias, cuyas raíces colgaban sucias.

Lo puse sobre el salpicadero y en nada salí de allí dando marcha atrás, feliz de la vida por no tener que mirar al frente y ver a nadie observando mi salida, en caso de que alguien se hubiera quedado a mirar.

Judges Bay

Después de aquello, la única señal de vida que me dio Amber fue una postal desde la bahía de las Islas, o quizá fuera la bahía de Plenty, tanto da. Fue un esfuerzo conjunto: «Esperamos que estés bien, con la primavera a la vuelta de la esquina y la llegada de días más cálidos...». Si de verdad me amaba, debería haber esperado encontrarme al borde del suicidio, y la prueba fue que en la postal no había «amor», solo «besos y abrazos». Y, entonces, el demoledor: «Amber & Stuart». Un maldito «&», como un clip retorcido que los unía con una modernidad que no acababa de funcionar. No con ellos. Sonny & Cher. John & Yoko. Mick & Jerry. Sí. ¿Amber & Stuart? No. Luego, nada. El teléfono que nunca sonaba. Para mí. El buzón vacío, más allá de las facturas aleatorias de la casa y el correo basura. Ah, no es que estuviéramos enfadados el uno con el otro y hubiéramos dejado de hablarnos ni nada parecido. Era como si ella me mantuviese alejado por mi propio bien, para que pudiera pasar el síndrome de abstinencia, pasar página y salvar nuestra amistad, o al menos así lo veía yo desde su perspectiva. Aunque también podría haber sido su manera de amortiguar cualquier vergüenza que yo hubiera podido sentir. ¡Me habría dado de patadas por no haber mantenido la boca cerrada! ¿Por qué, por qué no había seguido con mi discreción? No sé quién fue el derrotista al que se le ocurrió aquello de «Ojos que no ven, corazón que no siente», pero no debió de experimentar el amor de verdad. La cosa era más bien: «Ojos que no ven, cabeza que se pierde».

Tuve que esperar hasta finales de septiembre o principios de octubre para superar la vergüenza y el dolor entumecido, y hacer una llamada de cortesía, solo para ver qué tal les iba. Con ello tuve la sensación de estar aceptando unos nuevos términos y condiciones que, por supuesto, jamás podrían verbalizarse. Era sin duda una degradación respecto a lo que había esperado, pero supuse que ser «solo amigos» era mejor que nada, y sin duda era mejor que no volver a verla nunca más. Irónicamente, esa frontera entre el amor amigable

y fraternal que ella había marcado era lo que nos permitía acercarnos todo lo posible sin miedo a llegar a atravesarla de verdad. De hecho, gracias a esa demarcación tan clara, no tardamos mucho en pasar de ser «solo amigos» a «amigos muy íntimos», y todo lo que podíamos hacer para demostrar que el otro nos importaba hasta ese extremo lo hacíamos sin pensárnoslo dos veces.

De cuando en cuando salía a comprarle algo que necesitaba después de uno de sus viajes de autocar entre Cambridge y Auckland, algo de lo que no quería que Stuart se enterara porque de otro modo habría acabado con el romanticismo. Un par de medias nuevas porque las suyas tenían una carrera. O esmalte de uñas transparente, cuando la carrera estaba en la planta del pie y no se veía. Una vez incluso compresas, de las de flujo abundante, puesto que estaba en esos días del mes. ¡Eso sí que se me hizo bola a la hora de pagar! Me sentía como un contrabandista cuando ella me daba el dinero mientras yo le pasaba los bienes por debajo de la mesa de un café. A veces la acompañaba cuando salía a comprar cosas que no quería que él viera, al menos hasta que no las llevara puestas. Su papel consistía en probarse un montón de prendas, y el mío, en ser tan franco como su hermano a la hora de decirle lo que pensaba de ellas. Y lo que pensaba la mayor parte de las veces era «No es tu estilo». Sin embargo, esas palabras solo lograban que entornara los ojos ante su reflejo en el espejo y, a continuación, apretando los dientes con tozudez, comprara la prenda de todos modos, como si estuviera empeñada en quemar los puentes que quedaban a su espalda.

Una vez me llevó a una tienda de trajes de novia y al verla salir con aquellos largos vestidos blancos me quedé sin habla durante un par de segundos, pero siempre acabé encontrándoles algún fallo. Un día no pude resistirme a mencionar los michelines que le iban a salir si seguía yendo a «tantos restaurantes buenos con él». Fue cruel, lo sé, porque, incluso envuelta en papel film, metálico o higiénico, ella habría estado despampanante y yo la habría hecho mía en un santiamén. Pero la verdad era que Amber ni necesitaba ni quería oír eso. Y creo que el hecho de que a veces fuera duro con ella en aquellos momentos le iba bien; era como si aceptara mis pequeños desaires verbales a modo de precio que tenía que pagar para seguir siendo amigos y a la vez mantenerme en mi sitio.

Llegó un momento en que confiaba tanto en mí, como si yo fuera

una especie de eunuco, que ni se le ocurría esconderse con mayor prudencia en los probadores. Recuerdo la primera vez que entreví sus pechos, pequeños pero bonitos, a través de una abertura diminuta en la cortina. No es que me estuviera provocando, era solo que para entonces confiaba tanto en mí como en su propio hermano. Y su ingenuidad y su fe en mí a veces llevaban a que me sintiera mal conmigo mismo, cuando por la noche le daba gusto al manubrio imaginándomela desnuda de cintura para arriba en el vestidor, y acto seguido bajándose las bragas hasta los tobillos y dejando a la vista una tira alargada, o un triángulo pulcro, o una mata esponjada de vello púbico (¿rubio?, ¿moreno?: eso también cambiaba de una noche a la siguiente), antes de abrir la cortina mucho más para dejarme pasar con una sonrisa pícara. Luego era una tortura, porque me sentía sucio y pecaminoso. Lo cierto era que yo la respetaba. De verdad que sí.

Ella también estaba dispuesta a esforzarse por mí, o quizá debería decir que hacía grandes esfuerzos. Por aquel entonces yo tenía un trabajo de estudiante en el que repartía anuncios de actos cuyos niveles de ruido podrían haber molestado a más de un troglodita, y, cuando se enteró, Amber quiso sumarse. Y allí íbamos los dos, en lados opuestos de la misma calle, y ella corría para meter su porción de anuncios en los buzones pares antes de que yo pudiera hacer lo propio en los impares. Acabábamos encorvados, jadeando y resoplando, partiéndonos de la risa, sobre todo cuando ella lograba ganarme gracias a los buzones «consecutivos» (por ejemplo, del 112A al 112G), ¡que siempre parecían quedar en su lado! Pero nunca aceptaba parte de mi salario, decía que para ella era un «ejercicio gratis», y con una sonrisa burlona añadía que le servía para librarse «de esos michelines que comentaste». Ay, se le daba tan bien hacer que yo me sintiera mal...

Durante las vacaciones de mitad de semestre me ayudó a montar unas bicicletas de tres marchas en el patio trasero de casa y, ¡caramba!, con qué rapidez encontraba el chisme que debía encajar en cada chisme mientras yo me quedaba rascándome la cabeza. Hacías una carrera para acabar de montar una de las bicis y la victoria era suya. Como era habitual, Amber me ayudaba con la mitad del trabajo y dejaba que me quedara con toda la paga. Insistía en que era yo quien necesitaba el dinero, en que se alegraba de poder ayudar a que me quedara más tiempo libre para los estudios. Unos estudios, insistía

una y otra vez, que algún día me permitirían hacer lo que de verdad deseaba.

El más hilarante de mis empleos raros fue cuando tuve que hacer ventas telefónicas desde casa. Me ponía al teléfono y le contaba a alguien que las fogatas abiertas eran más peligrosas que los quemadores de leña independientes que vendía, y ella cogía nuestro fuelle para el fuego y se paseaba haciendo como que intentaba apagar un incendio furioso en cada rincón de la habitación con sonoras ráfagas de aire. Mi expresión ya había medio cedido a la risa, pero, cuando lograba mantener la voz seria, ella usaba el fuelle para hacer zafios «pffffs» de aire cerca de mis posaderas, como si salieran de mí, hasta que yo comenzaba a carcajearme y la persona pensaba que aquella era una llamada de broma y me colgaba el teléfono. Cuando me lamentaba por la «pérdida de una venta segura», Amber me cogía el auricular con una sonrisa confiada y, en efecto, al cabo de unas pocas llamadas se había asegurado mi exigua comisión.

16 DE NOVIEMBRE DE 1979

Llegó la invitación oficial para la boda. Sí. Iba a hacerlo. Iba a casarse con él de verdad. Un Capricornio, signo de tierra, que trabajaba en el mundo de las finanzas; lo más carca entre lo carca. Saqué la tarjeta fina y elegante del sobre fino y elegante, y esa vez un tarjetón salió con ella.

> *El único motivo por el que no te he pedido que seas mi madrina de boda o mi dama de honor es que he pensado que no te gustaría que te llamaran «dama», y «padrino de boda» o «caballero de honor» sonaba a chifladura. Pero eres mi mejor amigo… Por favor, ven y alégrate por mí.*
>
> ¡Te quiero con todo mi corazón!
>
> *Amber*

Si de verdad me quería con todo su corazón, ¿por qué, por qué, por qué se casaba con él? No quería ser mal perdedor, de verdad que deseaba actuar con elegancia e ir. Sin embargo, no conseguía sentirme

feliz por ella al no estar convencido de que ella misma fuera a ser feliz, ni a corto ni a largo plazo. Se iba a celebrar en menos de un mes, el 8 de diciembre de 1979, cuando no se habría cumplido ni siquiera un año desde nuestro primer encuentro. ¡Ay!

Unas dos semanas más tarde, estaba en mi habitación una noche haciendo girar el dial de una estación de AM a otra, puesto que no me encontraba de humor para alegrías prenavideñas, cuando oí unas palabras que me detuvieron en seco: algo sobre que se había perdido el contacto con el vuelo 901 de Air New Zealand que había salido para la Antártida. El vuelo de regreso a Auckland se había retrasado e informaban de que no habían tenido contacto por radio con él desde el mediodía. A la mañana siguiente ya decían que «el viento arrastraba los restos en el lugar del accidente», que «el avión se había estrellado contra el monte Erebus» y que «al parecer no había supervivientes». Doscientas cincuenta y siete personas muertas. Eso me sacudió la depresión autocompasiva, vaya que sí. Me sentí como si me hubieran volcado un cubo de agua helada sobre la cabeza. Al lado de esas otras personas, ¿cuáles eran mis sentimientos? De acuerdo, Amber no era mía, desde luego, pero al menos seguía viva. Y aún tenía a mi familia, ¿verdad? Incluso me pareció de repente que la mocosa de mi hermana no era tan mala y me mostré especialmente agradable con ella durante los días siguientes.

Al final, la boda fue un asunto simple y directo. Se casaron en la capilla de San Esteban de la bahía de Judges, en Parnell. Una iglesia bonita, recogidita y blanca, con una fachada de listones también blancos y un campanario elegante y pequeño. Que daba a unas tumbas antiguas y tranquilas. A un hermoso jardín de rosas y a un terreno bien cuidado. Con una campana que emitía un sonido agradable. Todo muy dulce y evocador. Él y ella, la pareja ideal, recién salidos de un pastel de boda de tres pisos, siempre y cuando no te acercaras lo suficiente como para notar que fallaba algo. Con las dos familias, y un pequeño grupo de amigos y gente cargada de buenos deseos.

Ah, yo no fui, por cierto. Me enteré de esos detalles solo porque más de un año después, mientras cruzaba la nueva plaza Aotea, me encontré con Candice, la amiga de toda la vida de Amber, y, en el curso de la cháchara, ella me contó que Amber parecía un ángel que hubiera descendido a la Tierra, que se había puesto un vestido blanco y sencillo que le llegaba por los tobillos, con una tiara de margaritas

en el cabello, y que se había quitado los tacones blancos para pasearse descalza; que la gente hizo pompas de jabón en vez de tirar arroz..., y así hasta que todo aquello comenzó a parecerme un mundo jovial e imaginario. Muchos años más tarde, me llevaron a esa misma iglesia en unas circunstancias de lo más extrañas y, tal como pasa con el humo de los cigarrillos ajenos, me impregné sin querer de más aspectos de aquella jornada.

Mi intención había sido ir, eso sí. De hecho estuve cerca del lugar, al menos a ratos, mientras daba vueltas empecinado a Parnell, intentando encontrar aparcamiento en aquella ajetreada mañana de sábado. Iba a ir, de verdad, pero el temor fue creciendo en mí a medida que el reloj se acercaba al ta-tín ta-tín..., tontín tontín... Siempre se dice que, cuando fallece alguien cercano a ti, tienes que ver a esa persona muerta para asumirlo de verdad. Quizá aquel fuera mi error. Porque, en el último minuto, no encontré los arrestos para ir y hacerme eso a mí mismo. Así que seguí conduciendo hasta la bahía que había más allá, acercándome todo lo posible al agua sin dejar que las ruedas se hundieran demasiado en la franja de arena húmeda. Me repantigué en el asiento del conductor, con las gafas de aviador puestas, del tipo ese que servía para mirar a la realidad a la cara. Y de esa manera esperé a que pasara la hora siguiente, como si se hubiera tratado de una ejecución.

A MEDIO MUNDO DE DISTANCIA

Después de cumplir con los requisitos del título no me quedé a esperar la graduación, pues sentía que tenía que marcharme. En casa, todo me irritaba. Mi madre. Mi padre. Vicky. La placa con los diez mandamientos del vestíbulo, que terminaba con «No codiciarás la morada de tu vecino, ni a la esposa de tu vecino». Vale, vale, pero ¿era Stuart mi vecino, teniendo en cuenta que vivía en Mount Eden, un frondoso barrio residencial donde los troncos de los árboles eran tan anchos que no podías abrazarlos y las casas tenían nombre? La cita plastificada de la primera epístola a los Corintios 13:4-7 sobre la nevera: «El amor es paciente, es servicial…» y aquella lista de pseudodefiniciones que a mí me sonaba más propia del aniversario de una boda de diamante, por sus sentimientos establecidos y hormonas de alguien de la edad de Stuart. Y es que el amor joven, el que yo sentía, era impaciente, inextinguible, celoso, un volcán en activo, ardiente y líquido, que se extendía hasta el interior más profundo del ser. Incluso el «Jesús te ama» de punto de cruz enmarcado del salón parecía incidir en que solo él me quería, ella no, y cuando a uno le han roto el corazón, lamento decir que el amor de Jesús no representa NINGÚN consuelo.

Tuve que adaptar mi currículum a diferentes sectores de una manera de la que Darwin se hubiera sentido orgulloso. En efecto, si un mismo posible empleador hubiera visto solo las diferentes versiones de mi carta de presentación, me habría enfrentado a un momento en plan *Star Trek*, «Teletranspórtame, Scotty» («Soy un gran entusiasta del arte», «Soy un gran entusiasta de los jóvenes con problemas y la comunidad», «Soy un gran entusiasta del agua pura»). Al final me dieron la oportunidad de irme a Francia y ser el segundo ayudante de Jean-Claude Lebournier, un director de cine francés. Bueno, no de cine como tal, no había realizado ninguna película y tampoco cortos, solo anuncios televisivos con presupuestos descomunales y equipos y maquinaria completos (cámaras de 35 mm y grúas para exteriores, sin

tener que apañárselas con carritos de la compra). Nos habían permitido postularnos a todos los licenciados y, entre quienes lo hicimos, yo quedé en segundo lugar (algo que, ay, parecía estar convirtiéndose en una dinámica vital). Entonces, la primera opción decidió que los anuncios servían para conferir glamour a todo lo que fallaba en la sociedad y se largó a Australia para rodar un documental sobre los aborígenes.

El 23 de diciembre aterricé en Charles de Gaulle, me subí al RER y, después de que un transbordo en Châtelet me hiciera caminar más por los pasillos que si hubiera salido de la estación para ir a pie desde allí, me bajé en Saint-Lazare. Con una mochila del ejército a la espalda y un mapa de París abierto delante de la cara, bien podría haber llevado encima un cartel que rezara TURISTA. A lo largo del bulevar Haussmann, las luces navideñas caían como copos de nieve sobre los compradores de última hora con el orden mecánico de una ventisca domesticada sobre un rápido resfriado de consumismo. En la plaza de la Madeleine, las columnas corintias me llevaron a pensar que La Madeleine era un antiguo templo romano, cuando en realidad se trataba de una iglesia católica construida en tiempos napoleónicos. Quién lo hubiera dicho. El edificio tenía un frontón con María Magdalena medio desnuda y de rodillas, pero a mí me dio la sensación de que los arcángeles Miguel y Gabriel estaban mucho más desnudos y nadie parecía juzgarlos por ello. No pude evitar imaginarme a Amber de esa guisa, delante de Stuart y de mí, al final de nuestra vida, cuando nos reuniéramos ahí arriba, pidiéndonos perdón a los dos por haberse casado con él en vez de conmigo, la persona a la que amaba de verdad.

Allí donde miraba, los escaparates estaban decorados para impresionar: baratijas doradas en abundancia, guirnaldas lo bastante grandes como para que un tigre pudiera saltar por el medio, lluvias torrenciales de espumillón plateado que lo iluminaban todo. Me llamó la atención una cabeza de caballo como de gremio comercial y me encogí de dolor al comprender que la carnicería que había debajo ¡se especializaba en carne de caballo! Me pregunté qué habría hecho Amber en caso de estar conmigo. Los concesionarios de coches de los Campos Elíseos eran espectacularmente ostentosos, tenían la cantidad suficiente de cinta de terciopelo para convertir los modelos nuevos en regalos ya envueltos que solo podrían permitirse los ricos como cierta

persona en quien no quería pensar. Noté el indeseado pellizco de los celos y me puse a caminar más rápido.

A continuación dejé los brillos y el bullicio a la espalda al llegar a la plaza de l'Étoile, donde se elevaba el Arco del Triunfo, inmenso e imponente. Aquello le dio un respiro a mis ojos, y me quedé contemplando la llama junto a la tumba del soldado desconocido de la Primera Guerra Mundial, un homenaje a todos quienes habían muerto por *la Patrie.* La habían encendido en 1923 y no se había apagado desde entonces, ni siquiera durante la ocupación alemana de París en la Segunda Guerra Mundial. Sí, me sentía identificado con aquella llama que no se apagaba nunca. Al fin encontré la avenida Hoche, una calle con una hilera de árboles en el distrito VIII, y a continuación un edificio de piedra caliza cuyas ventanas tenían travesaños como cruces blancas y alargadas. La portera, una mujer de mediana edad, con moño y los dientes manchados de nicotina, me sonrió como si le hubiera hecho gracia algo relacionado con mi intento de hablar francés. Madame Clautier, recuerdo que se llamaba.

—*Suivez-moi, Monsieur.* —Me condujo hasta un ascensor diminuto y tiró de la reja de tijera hacia un lado. Apenas había espacio para dos personas y el habitáculo parecía más adecuado para bajar a una mina —. *Par ici.*

Madame Clautier hizo girar la llave con fuerza y me invitó a entrar; añadió algún comentario más al verme tan perplejo. Era una sola habitación, pero tenía la magnificencia de un zoo. Una bombilla desnuda colgaba de un techo bastante alto con un cable tan largo que había algo suicida en él. Fijado a una de las cuatro paredes había un calentador eléctrico del tamaño de una tostadora, que probablemente podría calentar el mismo espacio que ocupaba si uno se situaba justo encima de él. Había una ventana alta, pero me di cuenta de que, una vez abierta, la barra de hierro de mala muerte que había al nivel de las pantorrillas no sería suficiente para evitar que cayera al vacío en caso de resbalar estando borracho.

Bien, yo había cambiado el verano del hemisferio sur por el invierno francés e, incluso con el calentador a toda potencia, podía verme el aliento (sin necesidad de un cigarrillo). Me pasé un buen rato parado delante de aquella ventana enorme, asimilando la vasta vista de los tejados y antenas de París. No de la torre Eiffel, porque la ventana estaba encarada hacia el lado equivocado. Poco a poco, el

cielo en segundo plano comenzó a volverse de un color naranja rosado y las palomas se pusieron a arrullar y sacudir las alas en los tejados mientras se preparaban para pasar la noche. Eso y el cielo agonizante me pillaron desprevenido, me vino a la mente alguien en quien no quería pensar. Supe que tenía que salir e ir a alguna parte, así que, después de un baño digno de Houdini en la bañera más diminuta del mundo, me fui a ver cómo reavivaban la llama eterna, algo que sucedía cada tarde al son de un solitario tambor militar, con media docena de banderas francesas en alto y una banda de veteranos encorvados bajo la consciencia del tiempo que había transcurrido, de los camaradas que habían perdido y de la manera en que iban menguando en número.

Tenía un desfase horario importante, me pasé el día siguiente durmiendo y me desperté en la negrura de la mitad de la noche. Cuando la oscuridad se levantó al fin, era Navidad. La ciudad seguía bastante llena de vida y me colé en Notre-Dame con un grupo de turistas japoneses..., solo para darme cuenta, como un idiota y a la vez que ellos, de que se trataba de una iglesia católica en activo, y estaban en plena misa de Navidad. A mi madre no le habría gustado ver que me escabullía en silencio. El Barrio Latino era un laberinto de viejas calles estrechas, y en un cruce me llamó la atención un quiosco de periódicos: es decir, la cola de kilómetro y medio de gente que esperaba en el frío. Al acercarme recibí la regañina de una mujer que pensó que intentaba colarme (que te riñan en otro idioma, me di cuenta, duele menos), cuando en realidad solo quería leer los titulares: *«L'invasion soviétique en Afghanistan»*. Vaya, no me lo podía creer, maldita sea: ¿en Nochebuena? ¡A eso se le llamaba desearle paz y alegría al resto del mundo! Claro que en la Unión Soviética no estaba permitido creer en Dios, así que era probable que Papá Noel tampoco apareciera en el menú.

La Nochevieja de 1979 llegó y se fue. A continuación, como la mayor parte de las personas del planeta Tierra, incluidas las de París, me vi arrojado al interminable ciclo giratorio del *«métro, boulot, dodo»* («metro, trabajo, sueño»). El Studio JLC resultó estar cerca de la estación de Stalingrad. Para llegar hasta allí, el metro se elevaba por el viaducto para tomar velocidad junto a los tejados; a veces, yo iba hasta la terminal y volvía solo para ver el canal Saint Martin y el Sacré-Cœur, que tenía pinta de parecerse al tipo de pastel de boda que

esos dos habrían disfrutado. Pese a su nombre soviético, Stalingrad se encontraba más cerca de África, con la multitud que iba de aquí para allá en un derroche de color y el corte holgado de las prendas que cubrían su andar despreocupado. Era un lugar animado, bullicioso, pero en los ojos de algunos hombres a veces veía la realidad del cemento desnudo que se cernía sobre sus sueños.

A continuación abandonaba aquel continente dentro de un distrito y subía al estudio: un ático cuyo techo vertiginoso estaba hecho de cristal, con lo que había la misma luminosidad dentro que fuera, y, para potenciarla aún más, todo estaba pintado de blanco. Como una pieza alta e importante de ajedrez, Jean-Claude Lebournier, *Le Réalisateur*, se deslizaba por el lugar vestido completamente de negro; era el equivalente a un uniforme de trabajo en el mundo de las artes y lo situaba en la izquierda caviar. Solo diré que, cuando Jean-Claude hablaba de sí mismo, era como si estuviera a la altura de Miguel Ángel, de Rafael o de Klimt. Las olas de sonidos esotéricos de Jean-Michel Jarre nos bañaban sin descanso, y acto seguido debía hacerse una calma mortal cuando J-C gritaba «¡Silencio!» [SI-LONS] a través de un megáfono que resultaba innecesario en aquel espacio cerrado. ¿Mi papel en todo aquello? Bueno, cuando el humo no parecía lo bastante espeso en el momento en que gritaba «¡Acción!» [AK-SION], tenía que salir al «mundo real» en busca de un poco de harina blanca y esparcirla con un ventilador de tambor mientras Jean-Claude me maldecía desde arriba y desde abajo.

—*Putain! Merde!*

Debo decir que no es que París me ofreciera la pintoresca vida de boina y *baguette* que se mostraba en *Un americano en París,* película que mi madre adoraba, y los niños franceses tampoco me rodeaban por la calle y se ponían a cantarme como habían hecho con Gene Kelly. Los únicos críos que me acorralaron una vez, cerca de Les Halles, fueron los pequeños de un clan gitano de mendigos, y puedes tener la seguridad de que me aferré a la billetera. En el metro, junto a los grandes almacenes y a los edificios gubernamentales, había policías o gendarmes que patrullaban con ametralladoras sujetas al pecho, a veces también había soldados vestidos de caqui con las ametralladoras listas (supongo que semilistas, pero a uno le daba la sensación de que estaban lo suficientemente listas). Teniendo en cuenta que la policía neozelandesa iba desarmada, a veces tenía que

preguntarme si no estaría pasando algo de lo que yo debía enterarme. Le pedían la documentación a la gente al azar; bueno, no era «al azar» del todo, porque solían detener con mayor asiduidad a la gente que tenía la piel más oscura que, pongamos, a los japoneses que llevaban maletín. Entonces, a finales de enero estalló una bomba en la embajada siria, en el distrito XVI, un barrio burgués y casi aburrido. Hubo ocho heridos, entre ellos una mujer embarazada, y un fallecido. Más tarde, durante mi estancia allí, pusieron otra bomba en una sinagoga de la calle Copernic y hubo más muertos, muchos más heridos.

Así que imagina cómo me sentí al recibir uno de los «aerogramas» de mi madre (una sola hoja de miserable papel fino que, de manera más miserable incluso, se doblaba sobre sí misma para conformar su propio sobre, y que yo tenía que rasgar para completar su transformación dentada en una «carta» de nuevo), en el que me recordaba que debía lavarme las manos antes de comer para no pillar la gripe (cuando debería haber estado más preocupada porque no pillara una ETS en Pigalle) y que era importante que mantuviera el pasaporte a salvo debajo del colchón (cuando debía llevarlo conmigo por si era *contrôlé*, y además seguía durmiendo sobre mi esterilla de camping). Junto a la firma había un «Con amor, papá», pero algo me dijo que él no se había molestado siquiera en leer lo que había escrito mi madre.

Unas semanas después, uno de los aerogramas de mi madre se trajo como polizón una nota de Amber, corta y dulce, en la que expresaba el «sentido agradecimiento» de ambos; Amber se la había mandado a ella porque no supo a qué otro lugar podía hacerlo. A ver, al no ir a la boda, me quedé atascado con el regalo que les había comprado: un jarrón de cristal para que ella me dedicara un pensamiento cada vez que Stuart le regalara flores. Tenía miedo de que se rompiera si lo mandaba por correo, pero también tenía miedo de que algo en mi interior se quebrara si iba a casa de Stuart, que había pasado a ser la casa de ambos, para entregárselo en persona. Avancemos con rapidez hasta la noche antes de salir para Francia, cuando Ben y yo subimos sigilosamente por su camino de acceso y lo dejamos delante de la puerta. Nos habíamos tomado unas cervezas en el QF para decir *sayonara* a cualquier esperanza romántica que quedara en mí, y él me ayudó a escribir algo en la tarjeta. Estuvimos a

punto de caernos de las banquetas riéndonos de las posibilidades. Desearles «prosperidad» parecía redundante y «una larga vida juntos», ridículo. Al final acabó siendo un comentario ingenioso y cursi para desearles «felicidad».

Bien, aquel fin de semana (en Francia, me refiero) escribí una larga carta para contestar a Amber. Tenía un montón de cosas que contar y nadie con quien hablar, y de todos modos a veces me descubría hablándole en la cabeza, a mi pesar. Así que volqué sobre el papel lo que pensaba sobre algunos de los pensadores y escritores, artistas y escultores franceses; que si la belleza de su arte y arquitectura, que si la diferencia de clases estaba más marcada allí que en Nueva Zelanda, que si sonreían menos, y con ello quise decir que lo hacían menos a menudo, pero también con menos amplitud. O quizá yo no resultara tan gracioso en francés, ja, ja. Escribí hasta bien entrada la noche, repitiendo alguna página cuando hacía un churro irremediable con mi caligrafía. Básicamente quería demostrarle que las cosas habían seguido adelante para mí, rollo ver lugares nuevos y conocer a gente nueva, pero también que no me había olvidado de ella y que seguía considerándola mi amiga —solo una amiga—, tal y como dejé claro con mi «Querida amiga por correspondencia» y «Tu viejo amigo, Ethan» y «P. D.: Saluda a Stuart de mi parte».

Acto seguido, para intentar superarla, pues estaba *foutu*, tuve un par de citas. La primera fue con una mujer mayor que yo (¿de treinta y tantos?) que vivía en un apartamento majestuoso tres pisos por debajo del mío y que se ponía un montón de abrigos de piel (no a la vez, sino uno diferente cada día, y al menos dos de ellos eran de visón). Se llamaba Odile, y solo cuando mencionó a *«mon mari»* se me ocurrió que el tipo de mediana edad, *baraqué*, con un gran sobretodo y un puro enorme que contaminaba toda la escalera era su marido, y me apresuré a poner fin al tema.

Luego hubo una modelo, de cabello rubio cobrizo y pecosa, que mantenía un lucrativo monopolio sobre ese look en el mundo de las revistas impresas. La habían traído de Nueva York, y cuando se enteró de que yo era de Nueva Zelanda, comenzó a seguirme por todo el estudio contándome sus planes para después. *Después*, en el mundo del modelaje, significaba «cuando sea demasiado vieja para seguir haciendo de modelo», y *vieja* significaba dos años después de salir del instituto, tanto si te graduabas como si lo abandonabas. «Holly», decía

su tarjeta al lado de sus medidas de reloj de arena y su talla grande de zapatos (a la gente ya no le iban los pies pequeños a lo Cenicienta, lo único que importaba en aquella época era la cara y el cuerpo). Después del rodaje salimos a comer un bocado («un bocado» es todo lo que comen las modelos). Dijimos que mantendríamos el contacto, pero por algún motivo nos faltó el impulso para establecer una relación de larga distancia.

Una vez, mientras rodábamos el anuncio de un helado que se derretía a una velocidad de locos —los Balcar se pueden calentar tanto como las lámparas de bronceado—, Jean-Claude me dijo que fuera a preparar un puré de patatas, ya que nadie notaría la diferencia cuando lo cubriéramos con sirope de chocolate (nadie salvo la modelo de Berlín Occidental que tendría que comérselo con una sonrisa, quiero decir). Todo tenía que ser de un blanco inmaculado: la mesa, el cuenco, el fondo. Esa misma noche soñé que estaba en el barco igualmente inmaculado de Stuart. Yo llevaba su gorra blanca de capitán y me zambullía detrás de Amber en el mar abierto para unirnos los dos en un beso salado hasta que ella de repente se echaba hacia atrás y lanzaba un grito ahogado: yo me había tirado sin antes enganchar una escalera al lateral de la embarcación. Por el amor de Dios, ¿cómo íbamos a subir de nuevo? ¿Y qué demonios intentó decirme aquel sueño? ¿Que ella estaba mejor habiéndose casado con Stuart? ¿O era simbólico en términos económicos? En plan: conmigo, literalmente, no volvería «a subir de nuevo» a aquel nivel de vida. Leer los libros de Freud y Jung que tenía Ben sobre el significado de los sueños no había sido una buena idea. A ver, en serio… A veces, saltar de un barco sin pensar en la manera de subir a él de nuevo podía estar relacionado con el miedo a saltar de un barco sin pensar en la manera de subir a él de nuevo.

Algo así como un mes más tarde, una carta de Amber aterrizó en mi buzón, y a mí, aunque no quería que fuera así, se me disparó el pulso. Era un sobre de grosor inconfundible, como si contuviera muchas páginas dobladas. ¿Habría roto con Stuart por casualidad? Tenía doce maravillosas páginas, pero no había nada en él que me invitara a albergar esperanzas. Amber comenzaba contándome que había pasado diez días en casa de sus padres porque Danny se había fugado después de enfrentarse una vez más a su padre, pero este se las estaba arreglando bien y ella había vuelto a casa (con Stuart,

básicamente). Se había pasado semanas sin conocer el paradero de su hermano y con un miedo atroz a que pudiera hacer alguna estupidez. Cuando él se presentó ante su puerta con aspecto de indigente y, sollozando entre sus brazos, le dijo que no había querido «arruinarte la fiesta, ahora que tu vida es tan feliz», ella sintió «que se me rompía el corazón en pedazos» y planeó «conseguirle su propia casa, en algún sitio, y poner su vida en orden». Me contó que Daniel había tenido buenas posibilidades de participar en la prueba completa de equitación, así que la decisión de boicotear a Moscú había representado otro golpe para él. Se burló diciendo que «tu Francia» (¿desde cuándo me pertenecía?) iba a acudir a los Juegos Olímpicos, y que sus amigas y ella estaban usando el barco de Stuart para armar un escándalo por las pruebas nucleares francesas en el Pacífico, mientras que yo estaba allí, disfrutando de todos los *«Ooh la la!»*. Entonces, como contraste entre su activismo y mi hedonismo, me proporcionó una Polaroid en la que aparecía realizando un «desfile de mutantes», con el cabello como si se le hubiera caído por culpa de la «radiación» (vi que se lo había remetido debajo de un gorro de natación de color beis, lo que le daba aspecto de Caracono, y supongo que esa era la idea). Y uno de sus ojos se había derretido gracias a algún truco con cera. Era simplemente demasiado horrible como para conservarla.

Me dijo también que había pensado en mí mientras le enseñaban a preparar platos de la cocina francesa, que el primer *soufflé* se le había caído, pero que la *quiche* y la *mousse* de chocolate no le habían quedado demasiado mal para ser una principiante. Para sustentar esa afirmación, una flecha me dirigía hacia tres manchas otoñales debajo de un «¡Rasca y huele!». Tuve que reírme, aunque me abstuve de rascar y oler. Stuart estaba bien, tenía muchísimo trabajo, pero sacaba tiempo para ella los fines de semana y le estaba enseñando a jugar al tenis; ella disparaba pelotas velludas de color amarillo contra el cielo y, el día anterior (respecto al matasellos de quince días atrás), él había actualizado su sistema de navegación para poder salir tranquilos tan lejos como quisieran. No decía nada más sobre Stuart, pero la carta acababa con él. Vaya mierda.

Durante los meses siguientes fui recibiendo más noticias, aunque con cartas cada vez más apresuradas y cortas, y con lapsos más largos entre una y la siguiente. En la última mencionaba que Danny, por entonces en Londres, pasaba también tiempo en Newmarket, Suffolk,

es decir, el meollo del mundo de los caballos, con un jinete, y contaba que Stuart se estaba excediendo (su socio tenía planeado jubilarse y eso no hacía más que añadirle trabajo). Algo de que había dejado el tenis en suspenso, que Stuart no estaba en las mejores condiciones, que necesitaba hacerse algunas pruebas, pero nada que no se pudiera solucionar con un poco de sol. Tuve la corazonada de que ella era el motivo por el que el pobre anciano estaba así de cansado. Luego no llegó nada más y eso fue todo.

El límite de la existencia

Llevamos días confinados, el viento aúlla sin descanso y está nevando tanto que tengo que preguntarme si no acabaremos enterrados, si no se borrará hasta el último rastro de nosotros. En serio, jugar a los dardos solo puede entretener a un grupo de hombres durante un tiempo determinado (y no parece entretener en absoluto a las escasísimas mujeres que hay aquí). Si las cosas continúan así, será solo cuestión de tiempo que acabemos tirándonos los dardos los unos a los otros. Incluso cuando hace buen tiempo, la sensación de aislamiento de la Antártida no se parece a nada que yo haya conocido. Al ver el brillo espectacular de Venus en el cielo azul sin estrellas, en vez de en su contexto normal de noche oscura, me da la sensación de que se trata de nuestro propio sol, que de algún modo se ha alejado mucho más, o de que soy yo quien lo ha hecho y ahora lo estoy observando desde algún remoto planeta helado. A veces es como si estar aquí o en el límite exterior del sistema solar fuera lo mismo… Y, sin embargo, irónicamente, la distancia no hace más que despertar una sensación de cercanía hacia aquellos que más te importan: los vuelve más reales y tangibles en la cabeza, mientras que todo lo demás se desvanece.

Onehunga

5 de diciembre de 1980

Nada más pisar el aeropuerto de Auckland tuve la sensación de que volvía a estar en territorio Amber, pero ¿desde cuándo se había convertido Auckland en su terreno y no el mío? Antes incluso de aparecer en la zona de llegadas y ver a mi madre esperándome con los brazos abiertos, todo regresó a mí con fuerza, como si no me hubiera marchado nunca. De camino a casa, mi madre tuvo que hacer algunos recados y, como «regalo especial», se detuvo en el Farmers de la calle Hobson, sobre el que se cernía un Papá Noel gigante, como era costumbre durante aquella época del año; con sus dieciocho metros, multiplicaba mi altura adulta por diez. De pequeño solía sentirme intimidado por él, me imaginaba que me cogería en su puño, igual que King Kong, si no había sido bueno. Era más que embarazoso volver a estar allí a mi edad. Sobre todo porque, de hecho, estaba reparando en cosas de las que nunca me había dado cuenta, como que Papá Noel guiñaba un ojo o tenía el cinturón fuera de sitio mientras hacía señas con el dedo a los transeúntes para que se acercaran. Con los ojos de un adulto, decidí que sería motivo suficiente para cambiar de acera incluso si tuviera un tamaño normal. Le comenté esa impresión a mi madre, pensando que me reñiría por mi mente calenturienta, pero para mi sorpresa se rio.

Al principio fueron muchas las cosas de Auckland que me recordaban a Amber: el paisaje urbano, el paisaje rural alrededor del paisaje urbano, el paisaje marino alrededor del paisaje rural alrededor del paisaje urbano… Todos los lugares a los que habíamos ido, o a los que yo había planeado llevarla alguna vez. Creo que la recaída a mi pesar se debió a los aromas. Un olorcillo a pachulí me devolvió contra mi voluntad al verano de 1979, a la euforia atemporal que sucedió a nuestro primer encuentro, tal y como me pasaba a veces con el olor que llegaba del mar al litoral ondulado. Aquellas Navidades con mi

familia, Amber fue como la invitada a la que nadie más que yo pudo ver. Con mi hermana sentada debajo del árbol, sacando de su envoltorio un nuevo vestido veraniego, Amber aparecía de la nada para mostrarme cómo le quedaría a ella. O allí la tenía, rechazando la corbata de trucha que me había regalado mi madre. Y digo de trucha en singular porque no es que tuviera un motivo de truchas diminutas atravesándola a nado, sino que el lote completo era una señora pesca: la cabeza taciturna de la parte inferior se extendía hasta el momento del eureka; es decir, que tenía una trucha colgando del cuello. «¡Gracias, mamá!» No pude dejar de preguntarme si Amber habría sido feliz con una familia como la mía si no hubiera conocido a Stuart. En realidad, cuando mi padre comenzó a partirse con sus propios chistes —«Le he comprado a mi esposa una pierna de madera por Navidad. Pero no es el regalo principal, solo es para tener algo con lo que rellenar el calcetín de la chimenea»— me sentí aliviado de que ella no estuviera por allí cerca.

Nochevieja de 1980

Pasé la Nochevieja con Ben y con otro amigo, Kahu, que habían alquilado juntos una antigua casa social cuyo salón podría convertirse sin problema en una tercera habitación. Ben había ido a por el doctorado, algo que le llevaría siglos, y Kahu trabajaba en la Westfield Freezing Works, cerca del puerto de Manukau. Irme a vivir con ellos no fue una decisión consciente, sino «inconsciente», en el sentido de que, puesto que bebíamos juntos, aquel era el mejor lugar para caer redondo…, y poco a poco se fue convirtiendo en una costumbre. De vez en cuando pasaba por casa a recoger algo de ropa limpia, pero no me quedaba a dormir allí si podía evitarlo porque mi vieja habitación se parecía demasiado a un museo dedicado a mi niñez, con el trofeo de fútbol al mejor jugador del partido que me dieron en primero, las insignias de explorador, la colección de *Los Cinco* y demás reliquias de las que mi madre se había convertido en conservadora.

Compartir piso tiene sus cosas buenas; como la libertad de hacer y de no hacer muchas cosas, pero también tenía sus desventajas: como que la ducha estuviera siempre obstruida por un pringue de color negro; los restos de vello púbico pegados a las pastillas de jabón, que

colgaban de cuerdas, o el hecho de que, cuando tres estómagos caían sobre una sola nevera, nada duraba demasiado. Aún recuerdo el hambre que pasaba por la noche, ya que el pan que comprábamos no era suficiente; siendo el más barato entre los panes baratos, se componía en un ochenta por ciento de aire, y tenía agujeros tan grandes que podías respirar a través de una rebanada, o incluso de dos o tres. Lo sabíamos a ciencia cierta porque una vez, estando borrachos, lo habíamos probado y habíamos sobrevivido para contarlo. Por entonces, los supermercados solo abrían hasta tarde los viernes por la noche, cuando salía a comprar la parte más marginal de la sociedad; supongo que eran gente como nosotros, y que los demás clientes con toda probabilidad nos consideraban igual de chungos.

Parecía una vida loca y decadente; Ben, Kahu y yo nos lo pasábamos bomba cada vez que encontrábamos un momento e íbamos a comprar un número suficiente de cajas de cerveza para que la presión de los neumáticos del coche bajara cien gramos por centímetro cuadrado. A veces, nuestros cerebros quedaban tan embriagados que hacíamos cosas de una estupidez suprema. Como cuando nos quedamos sin gas en la bombona y pusimos la olla con agua en la chimenea. Tardó una hora entera en comenzar a hervir, y luego otra para que comenzara a parecer que los espaguetis estaban listos (tocándolos con un tenedor, debería especificar). Recuerdo que Kahu sostuvo el colador por debajo con una mano sobre el fregadero mientras con la otra vaciaba la olla. Y de ella salió un mazacote de pasta viscosa, y el agua hirviendo pasó por los agujeros del fondo del colador y cayó directamente sobre su mano. Jolines. ¡Eso sí que fue una idiotez! Y fue más idiota incluso que lo metiéramos en el cacharro de Ben (el mismo de 1979, pero agrégale dos años) y que, en el estado en el que nos encontrábamos (donde la chispa de un mechero podría haber convertido nuestro aliento en un lanzallamas), mientras Kahu se desgañitaba a gritos en el asiento trasero, lo lleváramos a Urgencias a Dios sabe qué velocidad y hora (nosotros desde luego no lo supimos). Lo trataron por quemaduras de segundo grado y perdió el uso de la mano durante tres semanas. Cuando pudo regresar al matadero, su compañero de trabajo Tamati, un gigantón que era como un hermano para él, había sido enviado de vuelta a Samoa, igual que su primo durante las redadas nocturnas de dos años antes. Kahu decía que, cuando estaba demasiado hecho polvo como para colgar otra res

cuarteada de uno de los ganchos, Tamati esperaba a que el supervisor mirara para otro lado y se la levantaba él, prácticamente con dos dedos (los únicos que le quedaban, pues eran varios los que había perdido con el paso de los años usando la sierra para huesos).

A veces, mientras yacíamos medio derrotados, no nos podíamos creer la velocidad a la que podía llegar a dar vueltas un colchón, hasta que alguno de los tres se despertaba en el charco diluido de su última comida, un desperdicio de comida a mayor escala que cualquier otro que hubiera conocido en casa, donde no comerse la corteza del pan era pecado. Pero en aquel periodo de nuestra vida no teníamos padres a los que enfrentarnos, solo estaba un lechero llamado Bill, un buen samaritano bastante en forma para sus cuarenta y tantos que llevaba un delantal por encima de los pantalones cortos. Siempre nos olvidábamos de dejar las botellas fuera y Bill no dejaba de llamar a la puerta hasta que alguien la abría y se enfrentaba al brillo agresivo del sol. Había algo saludable en Bill que ejercía un contraste negativo con nuestros rostros sin afeitar, las botellas vacías de cerveza y los castillos de cartón que apuntaban en todos los sentidos de la brújula, las moscas que se pegaban un festín con las latas de las que habíamos comido directamente, aquella verdadera vergüenza en plan «dónde iremos a parar». El caso es que Bill no veía con buenos ojos que unos jovenzuelos como nosotros se apalancaran de esa manera y creo que ese fue el motivo por el que se empeñaba en llevar hasta nosotros la bondad natural de su leche.

Durante todo ese tiempo intenté mantener a Amber apartada de mis pensamientos, aunque a veces ella seguía allí, en algún rincón superior y difuso de mi existencia espacial, como una diosa a cuya salud bebía sin pensar demasiado en lo que le estaba haciendo a la mía. Sin duda, tener tanto tiempo entre las manos se estaba convirtiendo en un problema, y es que el trabajo en Auckland no era tan regular como en París. Sí, claro que teníamos anuncios televisivos, pero ni por asomo en la misma cantidad y no todo el mundo me escogía como ayudante. Una vez estaba conduciendo por Parnell, camino de presentar un guion que tenía un uno por ciento de probabilidades de ser aceptado por la productora, cuando vi a una chica delgada de cabello rubio y largo que caminaba junto a la carretera. Me maldije a mí mismo por quedarme mirándola para ver si era ella, y de todos modos no lo era. En otra ocasión, una motocicleta

me adelantó en la autopista. Una chica iba de paquete detrás de un tipo bastante grande, y su cabello rubio y largo se escapaba por debajo del casco, flotaba al viento a su espalda. Unos vaqueros cortados y unas chancletas a cien kilómetros por hora. Iba demasiado rápido para saber si se trataba de Amber, pero el tipo me pareció demasiado mafioso como para que existiera esa probabilidad y... ¿por qué debía importarme en cualquier caso?

Deseaba olvidarla, por mucho que una parte de mí la echara de menos, nuestra amistad, nuestras charlas. Aun así, ninguna parte de mí podía soportar la idea de ir hasta su casa y ver a los dos tortolitos juntos. La mera idea hacía que algo en lo más profundo de mis entrañas se contrajera. Cuando estaba bajo de ánimo, la frustración no hacía más que crecer. Cuanto más pensaba que ella me estaba vedada, peores cosas le deseaba a Stuart, como si él solo fuera el culpable de todo lo que me iba mal en la vida. En aquellos momentos pensaba que, si me hubiera hecho el favor de estrellarse con el coche o sufrir un ictus o algo y morirse, todos mis problemas se habrían solucionado. O si se hubieran dado prisa en divorciarse. Y entre esas dos opciones oscilaba la cosa. Defunción. Divorcio. Defunción. Divorcio.

Un día en que me encontré por casualidad a una calle de distancia, llevado por la curiosidad giré por Wynyard Road con la idea de pasar por delante de su casa, solo para ver si esta seguía en pie. La última (y única) vez que había estado allí fue con Ben, la noche antes de viajar a Francia. Seguía allí. Con la misma verja señorial. Los mismos árboles maduros. La misma construcción contemporánea, las mismas enredaderas en flor. Solo había algo nuevo. Un traje de neopreno que habían dejado para que se secara colgado de una floritura de hierro forjado, una de las varias que se proyectaban desde el bloque de estuco que protegía los escalones de la entrada. Supe al instante que era de Amber; largo, estrecho, con pequeños bultos femeninos en los lugares correctos. Y, tirado sobre el césped, secándose también, un kayak para una sola persona. ¿Estaba saliendo al mar ella sola? ¿Lo hacía para pensar? Bueno, en realidad, su situación no era mi problema. ¡Tenía cosas más importantes en las que pensar! Miré al frente y pisé el acelerador, más que satisfecho de largarme de allí.

No creo que durante aquellas semanas mis compañeros de piso se dieran cuenta de lo atormentado y vacío que estaba; por algún motivo,

los rechazos laborales despertaban en mí todos los demás rechazos personales y las dudas sobre mí mismo. La cuestión era que no podía sincerarme con Kahu acerca de lo que me pasaba porque alguien como él no lo hubiera comprendido. Habría decidido que yo estaba tocado del ala por pensar dos veces en algo que no estaba en mi mano cambiar. Y Ben habría pensado lo mismo, pero, eso sí, a continuación se lo habría pasado pipa intentando desmenuzar mi cerebro. Lo hacía con todos aquellos que le abrían las puertas en un momento de debilidad. Arrojaba tanta luz sobre el consciente, el subconsciente e incluso el preconsciente que, al final, lo único que te quedaba era una vergonzosa consciencia de ti mismo.

16 DE ABRIL DE 1981

La vi al fin —los vi, debería decir— saliendo juntos del Museo Memorial de Guerra de Auckland. Primero la vi a ella, al levantar la mirada desde debajo del plinto cubierto de hierba, consciente de que no había lugar a error. Me dejó sin aliento, su figura esbelta en un vestido holgado de color blanco, que modelaba sus piernas al hincharse hacia atrás con el viento, y el largo cabello rubio moviéndose de aquí para allá sobre su cara. Entonces, las zapatillas blancas de gran tamaño rompieron con aquel efecto, y de todos modos ya había visto a Stuart. Durante un instante o dos no pude creer lo que me mostraban los ojos. No podía tratarse de él, ¿verdad? ¿En una silla de ruedas?

Se produjo un cambio instantáneo en mí, como si hubiera subido dos o tres marchas en ese mismo plazo de segundos, y sin pensármelo dos veces corrí pendiente arriba y le di a Amber un abrazo largo y fuerte. Ella olía ligeramente a sudor. Acto seguido, llevado por una oleada de buenos sentimientos, me agaché con la misma espontaneidad para darle a Stuart un abrazo de oso, lo que resultó complicado porque tenía la espalda pegada al respaldo. Al volverme hacia ella me di cuenta de que tenía sueño en los ojos y quizá no se había duchado. Parecía incómoda, como si no supiera cómo comunicar las malas noticias a un extraño.

—Hoy, Stuart podría habérselas arreglado sin la silla, pero se cansa menos, ya sabes, cuando la usa —dijo juntando los hombros y

poniendo buena cara.

—Esta mañana era como si mis articulaciones estuvieran hechas de octágonos y círculos atornillados entre sí; eso es lo que te hace la AR. —Stuart lo demostró haciendo rotar las muñecas, lo que solo le valió una mirada de Amber que dejaba a las claras que hubiera preferido que no lo dijera.

Pienso que debí de quedarme mirándolo con cierta conmoción, porque ella soltó una risita a la defensiva.

—No es tan terrible como dice —comentó, y se apresuró a cambiar de tema para alabar que hubiera vuelto de Francia para ver a mi familia por Semana Santa. Mis padres debían de estar encantados. Me dio demasiada vergüenza admitir que había regresado hacía tres meses, pero que no me había molestado en ponerme en contacto con ella.

—¿Vas camino del museo? —preguntó Stuart mientras Amber comenzaba a cambiar la dirección hacia la que él estaba encarado.

—Sí. —Intenté sonreír.

—La exposición de *Las cicatrices del corazón* —dijo girando el cuello—. No te la pierdas.

—Estaremos por aquí el Domingo y el Lunes de Pascua. No nos vamos a ningún sitio. Pásate por casa si tienes tiempo. La verdad es que nos encantaría verte. —Su sonrisa parecía nerviosa, y a continuación sus ojos se volvieron tormentosos mientras comenzaba a empujar a Stuart.

No se habían alejado demasiado cuando él volvió la cabeza, aunque no lo suficiente como para verme, y gritó:

—¡No son las dos ruedas con las que había soñado siempre! ¡Ten cuidado con lo que deseas en la vida, Ethan!

Lo cierto era que había acudido al museo para entregar en mano una solicitud de empleo a media jornada para ayudar con sus colecciones de fotos, haciendo frente a la realidad de que no había hecho gran cosa desde mi regreso, solo dos documentales con una cámara de Super-8. Bueno, es probable que decir eso resultara un poco exagerado: uno había sido un vídeo sobre niños que pintaban con los dedos para la Facultad de Magisterio de la Universidad de Dunedin, y el otro, una demostración para una compañía maderera de Northland que tendría un público potencial de treinta personas si llegaban a proyectarla durante algún acto de la Cámara de Comercio. Después

tenía planeado hacer la ronda por todos los pisos —Primera Guerra Mundial, Segunda Guerra Mundial, artefactos maoríes— por si me concedían una entrevista, así que no había mentido del todo.

De vuelta a casa, me dirigí con rapidez a la biblioteca pública. No tardé demasiado en encontrar la *Enciclopedia médica ilustrada* y pasé el dedo por el índice con toda la velocidad posible para abrirla por la página correcta. AR. Allí estaba. Artritis reumatoide. «Una enfermedad crónica degenerativa.» ¿Qué significaba eso de *degenerativa*? Seguí leyendo y una sensación repugnante se apoderó de mí. Se trataba de un «trastorno autoinmunitario», lo cual básicamente quería decir que Stuart se estaba atacando a sí mismo, que su propio sistema inmunitario se había vuelto de repente y sin motivo contra él. Decía que el trastorno «conduce» (no «podría conducir», la elección de palabras no dejaba lugar a la incertidumbre) a una «deformidad e inmovilidad dolorosas». Y, aunque «afecta sobre todo a las articulaciones, el hueso y el cartílago», también puede provocar «un nivel bajo de glóbulos rojos e inflamación alrededor de los pulmones y el corazón». Acababa diciendo que «los síntomas se presentan de manera gradual a lo largo de algunas semanas, a menudo meses». A eso debía de referirse Amber cuando me había dicho que Stuart no se encontraba bien y que necesitaba algunas pruebas. Entonces sus cartas dejaron de llegar de manera abrupta; ¿quizá fue después de que le diagnosticaran? Por supuesto, yo no disponía de poderes sobrenaturales y, pese a que le había deseado lo peor, a veces de todo corazón, era imposible que le hubiera provocado aquello. Aun así, mi formación católica no me permitió olvidar que, cuando imaginas algo, básicamente lo has llevado a cabo en tu corazón. Y ese tipo de sentimientos de culpa no desaparecen con facilidad.

«¡Maldita sea!» Cerré el volumen con fuerza, sobre todo para dejar de ver aquellas fotografías clínicas de un pie con los dedos tan torcidos que casi intercambiaban su posición, de una mano igual de deforme, de una columna vertebral en tan malas condiciones que daba la sensación de que al paciente le hubieran encajado bajo la piel, aquí y allá, varias conchas de ostras. Decidí allí mismo que iría a verlos por Pascua y preguntaría en qué podía ayudarlos. No solo lo preguntaría, sino que diría con gesto solemne: «Decidme qué puedo hacer». Les demostraría que era una persona decente y cariñosa, que pensaba apoyarlos durante aquel proceso. En cuanto a mis sentimientos hacia

Amber… Era como si me acabara de dar una ducha de agua helada. Era imposible que volviera a pensar en ella de aquella manera. Oh, seguía importándome, no me malinterpretes, pero en aquel momento todo se basaba en ofrecer mis cuidados, solo eso, y de repente esos cuidados apuntaban por igual a los dos.

Lunes de Pascua de 1981

Por algún motivo había asumido que sería una tarde tranquila en su casa, los tres solos; que los entretendría con las anécdotas de mi experiencia francesa, alegrando las cosas como solo puede hacer una tercera persona. Pero al llegar me sorprendió ver que en el interior tenía lugar una especie de fiesta, con diversas charlas, risas y también un tema de jazz, en el que un saxofón escupía notas largas sobre el chisporroteo final. No era exactamente la miseria y desolación que había anticipado. La puerta permanecía entreabierta gracias a una aleta de buceo que le habían encajado por debajo: supe que no podía ser cosa más que de Amber. Apreté el timbre plano y cromado, y me quedé a la espera, preguntándome si debía cogerme las manos al frente o a la espalda, teniendo en cuenta que en ellas sostenía un ramo de lirios de Pascua y no quería parecer un pretendiente. Pero el timbrazo se perdió entre los sonidos del jazz y entré por mi cuenta; dejé que mi oído me guiara por los peldaños flotantes con la esperanza de que no tuvieran un rottweiler cuyo hocico pudiera guiarlo hasta mí. El último peldaño se extendía en forma de descansillo que daba a un salón con ventanales que multiplicaban mi altura y mi anchura (en caso de que me pusieran en horizontal, digo), y tan limpios e impecables que transmitían la sensación de que había una vista abierta de la ciudad, el puerto y demás.

Mi segunda impresión, tras la de la casi ausencia de paredes, fue de desnudez. Cosa en realidad sorprendente, sobre todo en alguien tan rico. No había mesa de café, ni mesa esquinera, ni mesa de ningún tipo; tampoco estantes ni televisor. Ni siquiera una sola lámpara, pues la iluminación procedía de los objetos con forma de disco de hockey de aire que había en el techo. ¿Se había librado Stuart hasta el último detalle de todo lo relacionado con su primer matrimonio? Esa aridez se veía remarcada por una única escultura en mármol negro de gran

tamaño, la sombra oscura y morbosa de una presencia, casi como si su primera esposa hubiera dejado atrás su esencia, su tragedia, algo no muy diferente a las sombras eternas que quedaron chamuscadas en las aceras de Hiroshima y Nagasaki, y que la lluvia no podrá limpiar nunca. Al menos había sitios en los que sentarse, un juego de asientos de diseño con los brazos hipertróficos. Stuart tenía uno a modo de trono, y tres personas se dirigían a él como cortesanos ante el rey: Tanya, su hija, a la que reconocí del restaurante coreano, un tipo alto y una mujer que no le iba a zaga: ambos superaban el metro ochenta.

—¡Ethan, amigo mío, entra! ¡Me alegro de verte! —Stuart me llamó y, aunque permaneció sentado, me estrechó la mano como si de verdad se alegrara de que estuviera allí—. ¿Te acuerdas de Tanya, mi hermosa niña?

Ella sonrió con unos hoyuelos profundos y me cogió las flores.

—Y estos son Fiona, mi hija mayor, y Charlie, mi hijo, que han venido desde Londres.

—¡Hola!

—¡Hola!

Nos estrechamos la mano; la mía hizo todo el esfuerzo mientras que las suyas se dejaron llevar como los pies de detrás en una bicicleta tándem. Asumí que Fiona sería la madre del enano tímido y del bebé que se arrastraba por el suelo con una diadema repipi.

No había señal de Amber; mientras la buscaba, me llamó la atención un nicho que protegía una columna de piedras en equilibrio; sobre ella, un retrato de la antigua señora Reeds, sonriendo con patas de gallo y un brillo en la mirada que hizo que me sintiera mal por la manera en que habían acabado las cosas para ella. En aquel momento pasaban tantas ideas por mi cabeza que, cuando Amber entró a la carrera, estuve a punto de soltar un «hostia puta» en voz alta. Llevaba el pelo recogido en un moño grande como una hogaza redonda y, con la bandeja de plata en la mano, de un burgués de no creer, era como si hubiera renegado de lo que era antes y estuviera viviendo según algún pretencioso ideal inglés. En cierto modo me recordó a Vicky cuando estaba en la edad del dígito único, que se ponía los zapatos de tacón de mi madre y se exhibía por casa con los tobillos de goma. Para ser sincero, a Amber nada le iba grande; el traje con falda de colores pastel le quedaba perfecto, era solo que me parecía erróneo y nada ético que pretendiera ser otra persona en un contexto ajeno al reino de

la fantasía. Sin embargo, no había ido hasta allí para mostrarme crítico o sentencioso; aquello se me había ocurrido de forma instintiva, a mi pesar. Creo que a ojos de cualquiera había allí algo muy fuera de lugar respecto al orden natural de las cosas, y es que había testimoniado que dos de sus «hijastros» le sacaban una cabeza y parecían doblarla en edad.

Nada más verme, Amber sonrió, dejó la bandeja y se sacó un huevo moteado del bolsillo de la falda. Me di cuenta de que tenía los dedos manchados de tinta de colores: melocotón, amarillo y azul.

—No es un huevo Fabergé, sino hecho en casa.

Lo hice girar poco a poco en la mano, admirándolo.

—Es demasiado bonito. De ninguna manera pienso comérmelo.

—No te culpo —dijo ella con una risita—. Por dentro no es más que un huevo duro de los de toda la vida. Pero es imposible saberlo..., lo miras y casi podrías pensar que un ave exótica va a romper la cáscara para salir volando con sus alas largas y hermosas.

Fiona y Charles se acercaron a nosotros, y cuando Amber se puso a contarles que su hermano también se había instalado en Londres, pero que entrenaba de manera habitual en Newmarket, la oí decir con claridad «a campo traviesa». No tardé en alegrarme de no haber soltado el comentario estúpido que me había venido a la cabeza: «Ignoraba que Danny corriera a campo traviesa». Porque, al escuchar un poco más, capté que era el caballo, y no él, quien lo hacía, y que su padre había pasado a llevar la granja de sementales él solo. Entonces se apresuró a añadir:

—Claro que papá está muy en forma para su edad.

Y:

—Papá no para desde el amanecer hasta la puesta de sol.

Y:

—Además, es una oportunidad fabulosa para Daniel.

¿Por qué se esforzaba en intentar ganárselos? Era una batalla perdida, nada de lo que pudiera decirles iba a acabar con el desdén que claramente sentían hacia su padre y su vida rural, la granja de sementales llena de barro, su hermano vanidoso y advenedizo, y todo lo que tuviera que ver con ella. Incluso yo me daba cuenta. Quizá fuera más sencillo verlo desde fuera.

Poco después, el marido de Fiona —un interventor general, no hará falta que diga más— se acercó a Amber y le susurró algo que la

llevó a salir corriendo de la habitación, y a mí, a querer restregarle la ciruela envuelta en beicon por las gafas de culo de botella. Ella tardó un buen rato en regresar, y lo hizo con un biberón en la mano, echándose con aspecto aturullado unas gotas de leche sobre el interior de la muñeca. En aquel momento me di cuenta de que no solo era una madrastra, sino una abuelastra. ¡Qué pasada! Pero la «abuela» carecía de experiencia práctica y, en un primer momento, la tetina no funcionó, y acto seguido pasó a funcionar demasiado bien, y la rociada larga y fina de leche dibujó una línea blanca por el suelo y por encima de las punteras de los zapatos negros de cuero calado del señor interventor general, lo que la pilló tan por sorpresa que instintivamente me miró y se mordió el labio. Ni él ni nadie más lo vio, solo nosotros dos, y ella intentó combatir la necesidad de reírse, la combatió con ganas, pero fue inútil porque no hay manera de contener la risa de verdad, aquella que es tan buena que en realidad parece que estés sollozando, con lágrimas y espasmos y demás.

Por algún motivo, eso hizo que Fiona me dirigiera a mí una mirada gélida y que prácticamente le arrancara el biberón de las manos a Amber para comprobar la temperatura en su propia piel. Pero incluso una hora más tarde seguía lanzándonos miraditas, a Amber y a mí, como si le estuvieran pasando por la cabeza un montón de sospechas. La veía preguntándose si Amber y yo habríamos sido pareja. O, peor todavía, si lo éramos aún y no nos lo estaríamos montando a espaldas de todos mientras conspirábamos para quedarnos con el dinero de Stuart y poder pegarnos la vida padre cuando llegara su difícil final.

EL PARTIDO

FINALES DE ABRIL DE 1981

«Mon pays n'est pas un pays, c'est l'hiver...» es un verso del poeta canadiense Gilles Vigneault, y significa «Mi país no es un país, es el invierno». Cómo iba yo a saber que no tardaría en comprender el verdadero significado de aquellas palabras, al dejar el hemisferio sur para tomar parte en un documental sobre la naturaleza de las partes más septentrionales de Quebec. Allí conocí a Bertrand, hace diez años, y también a Rémy y a Raoul. Aún recuerdo a Bertrand esperándome en el aeropuerto de Quebec, con aquella barba poblada que parecía un estropajo metálico de los que se usan para limpiar la barbacoa, su nariz de auténtico borrachín, las cejas feroces y tupidas, y una boina de lana coronada por un ridículo pompón de color rojo. Tenía en las manos una claqueta con mi nombre escrito en tiza y mi primer instinto fue el de continuar caminando, tal y como haría si me cruzara con un psicópata en el bosque. Las cosas se volvieron más preocupantes cuando abrió la boca. ¿Lo habían desafiado sus compañeros de clase a que pegara la lengua a un mástil congelado? Nunca había oído el francés canadiense y no se me había ocurrido que todos los *québécois* fueran a hablar con aquella lentitud y nasalidad. Además, para empeorar la situación, iba soltando palabras arcaicas como *carro* (sí, *carro* por «vehículo a motor del siglo XX»). Por suerte había dos todoterrenos esperándonos en el aparcamiento de corta estancia y los hombres que había en su interior tenían un aspecto más normal. Hubo que apartar estuches duros y latas de película para hacerme sitio, y a continuación nos pusimos en marcha para recorrer algunas de las carreteras más largas y solitarias que yo hubiera visto. Entre estas había «carreteras de hielo» y «puentes de hielo», largos senderos translúcidos que se habían despejado en cuerpos de agua helada por lo demás cubiertos de nieve y que parecían la estela prolongada de algún barco fantasma, indeleble e inquietante.

El quinto día de rodaje lo pasamos en el Gran Norte, en medio de un bosque de árboles de hoja perenne que, para ser más exactos, deberían haberse denominado árboles de nieve perenne, pues estaban cubiertos de escarcha y de hielo, sin dejar a la vista un solo punto. En aquel lugar bello y remoto esperábamos conteniendo el aliento a que alguna criatura peluda pasara corriendo por allí (habíamos espolvoreado algunas migas blancas a modo de incentivo). Por cierto, que lo de contener el aliento tenía menos que ver con aquel suspense insoportable que con el maldito frío, que hacía que te doliera respirar. La cámara apuntaba hacia una zona de nieve virgen que la densa población de árboles parecía haber protegido de las marcas que dejan los hombres. El problema era que no se nos acercaba nada, ni siquiera una hoja de arce muerta que hiciera cabriolas llevada por el viento para darnos una breve falsa esperanza.

En algún momento, con carámbanos colgando de la nariz, estábamos discutiendo la posibilidad de cambiar de localización cuando reparamos en una respiración laboriosa a nuestra izquierda, fuera de nuestra vista, junto con un esfuerzo torpe y ruidoso por avanzar entre la nieve, que en algunos lugares llegaba hasta la altura de las caderas. Era irritante pensar que algún esquiador campo a traviesa estuviera a punto de arruinar el lugar donde queríamos rodar. Pero, para nuestra sorpresa colectiva, cuando el intruso irrumpió en el claro ¡resultó ser un alce! Un alce grande y de color marrón, con una cornamenta inmensa, pelaje ralo y barba poco cuidada, las caderas y los hombros marcados por unos huesos contundentes que asomaban penosamente entre su piel. La desesperación de su mirada era muy humana, no la olvidaré nunca, como si hubiera sido consciente de que la muerte lo estaba alcanzando en aquel mundo blanco y estéril, y de que para sobrevivir tendría que llegar antes que ella allí donde la primavera era mejor.

Bien, pese a que Bertrand nos había advertido que debíamos estar preparados para filmar pasara lo que pasase, aquella criatura grandiosa nos cogió tan desprevenidos que la dejamos que pasara trotando con su paso flojo e inarticulado antes de que cualquiera de nosotros pudiera reaccionar. Lo único que hubiera quedado en película era un plano torpe de sus huesudos cuartos traseros, así que, para que volviera la cabeza, más majestuosa, Raoul se apresuró a hacer una bola de nieve y la estrelló contra su flanco. A continuación

pasó algo realmente de locos. Sin mirar a nadie en particular (aún), el animal pateó la nieve con la pezuña y cargó contra nosotros al azar, tambaleándose como si no pudiera con el peso de sus propios cuernos.

Entre divertidos y alarmados, nos fuimos apartando de su camino para escondernos en las faldas de los árboles tal y como los niños se esconden entre las faldas de sus madres cuando sus padres van a por ellos. Pero, Dios sabe el motivo, Bertrand no hizo lo mismo, sino que mantuvo la posición como si siguiera teniendo el control «del plató» y, con voz de autoridad asumida, gritó:

—*Eh! Du calme! Mais ça suffit!*

Pero Bertrand no era ningún san Francisco de Asís, capaz de hablar con los animales, y su negativa a acobardarse debió de irritar mucho al animal. Lo último que vi permanece en mi memoria en este orden propio de una tira cómica: a) la mirada de «ay, mierda» que puso Bertrand al ver que el alce gigante se dirigía directo hacia él; b) la «carga» que lo tiró al suelo, tieso y a la vez blando como un abeto recién talado; c) el bailecito vengativo que hizo el alce encima de Bertrand, como si quisiera apagar un fuego, aplastando su cuerpo fofo bajo las patas (¿bajo las pezuñas?), mientras él lanzaba chillidos estridentes y femeninos.

—¡Eh! ¡Para! —Me acerqué corriendo, sacudiendo furiosamente los brazos por encima de la cabeza—. ¡Ra! ¡Ra!

Eso hizo que el alce levantara la cabeza elongada y me estudiara con los ojos entornados, aburridos e indiferentes, mientras yo comenzaba a pensar que me iba a matar allí mismo, en ese preciso instante. Y, en efecto, el alce cargó contra mí, pero por fortuna se detuvo antes de tiempo, como si quisiera hacerme saber quién era el jefe en aquellos pagos; con el rabillo del ojo vi que Bertrand aprovechaba la distracción para escapar avanzando sobre los codos, arrastrando las piernas como si estuviera medio paralizado. Acto seguido nos pusimos a tirarle todo lo que encontramos: hielo, puñados de nieve, estuches de película (que hicieron un ruido del demonio al golpear contra su flanco, tan demacrado que se le podían contar las costillas como si fuera un cadáver)... Con la cabeza alta, el alce se alejó brincando al fin.

He contado esta historia tantas veces durante los últimos diez años que el exceso de uso se ha cobrado un peaje sobre el recuerdo mismo; es como si, para resistirse a su deterioro, mi cerebro hubiera

tenido que renovarlo, reformularlo y realimentarlo con el paso del tiempo. Así que perdóname si a estas alturas el alce se ha hinchado y tiene el tamaño de un caballo de tiro belga y sus cuernos han alcanzado las proporciones épicas de un árbol de Matusalén. Bertrand, que se limitó a gritar sin palabras, lleva mucho tiempo levantando el puño hacia el cielo y haciendo un trato con Dios para que lo salve. Su costilla rota y moratones la mar de manejables se han actualizado en forma de una infinidad de fracturas que lo dejaron al borde de la parálisis, pero, igual que en las películas norteamericanas, al final pudo ponerse en pie de manera milagrosa y sigue bien en la actualidad. Quizá por ese motivo, el recuerdo ha adoptado una cualidad surrealista, hasta el extremo de que puedo casi preguntarme si aquel incidente tuvo lugar de verdad. Pero sucedió, y creó un vínculo entre nosotros, entre Bertrand y yo; sólido, real e indudable, como si fuéramos hermanos de armas.

Aquella noche, en la cabaña de troncos no hablamos más que de nuestro encuentro cercano con el alce, nos jaleamos como héroes, reviviendo cada instante a través de reconstrucciones del drama que había tenido lugar transformado en astracanada. Entonces, Bertrand y yo nos servimos un poco más de *glögg* en las tazas y nos aventuramos a salir. Él cojeaba y yo le ofrecí mi brazo para que mantuviera el equilibrio, aunque el orgullo le impidió utilizarlo (me refiero al orgullo que sentía por su cojera, que lucía como una Cruz Victoria). Después de un rato tomó un sorbo del vino caliente y especiado, se secó la barba con la mano y comenzó a hablar sobre el lugar en el que tendríamos que escondernos la noche siguiente para estar cerca de los lobos, lo que nos llevó a comentar que se emparejan de por vida y, antes de poder darme cuenta, acabé confesándome con él sobre Amber, cosa que no había hecho nunca con Ben y Kahu, mis mejores amigos en casa. Allí fuera, en medio de la nada enorme y blanca, sentí que podía hacerlo. Le expliqué mis sentimientos como si yo la conociera mejor que nadie, como si, antes de perderla ante Stuart, los dos hubiéramos sido uña y carne, destinados a estar el uno con el otro. Él lo comprendió a la perfección. Bertrand era el tipo de persona que creía en el amor verdadero, se había casado con su novia del instituto, y pensó que lo que le contaba tenía todo el sentido. Bertrand puede parecer corto de entendederas por fuera, pero por dentro no encontrarás un corazón y una mente más nobles.

De vuelta en Auckland, durante los meses siguientes visité varias veces a Stuart y Amber, por lo general para tomar el té o una cena ligera. A veces confundía una cosa con la otra y me presentaba a la hora equivocada, pero eso nunca pareció molestarlos. Si la salud de Stuart estaba empeorando, no lo parecía, y tampoco es que yo pudiera reconocerlo. Él nunca se quejaba de nada y yo me daba cuenta de que apreciaba mis visitas y había pasado a considerarme algo así como un amigo de la familia. A menudo me dedicaba alguna palabra amable, de ánimo o me aconsejaba sobre la manera de seguir avanzando en el mundo del cine, puesto que yo no les escondía que a veces seguía encontrándome con dificultades. No siempre sabía de lo que hablaba, pero tenía buena voluntad y hasta yo era consciente de ello.

A finales de julio, el estado de Stuart empeoró de manera inesperada y tuvo que pasar una semana ingresado en el hospital Mercy, un centro privado de lujo que estaba en Epsom. Por lo que Amber me explicó con muchas prisas debidas a la angustia, mientras esquivaba los carritos de comida cargados con una sopa de color verde claro que pasaban traqueteando a su lado, se había librado por los pelos. Unos diez días antes, Stuart había tenido unos dolores fuertes en el pecho y, sabiendo que la AR multiplicaba por dos sus probabilidades de sufrir un fallo cardiaco respecto al ciudadano medio, había ido a ver a su médico de cabecera. Pero, puesto que las señales del fallo cardiaco son las mismas que las de la AR —dificultades para respirar, un cansancio mortal, incapacidad para tumbarse, algo sobre que se hinchan los tobillos—, el médico le recetó antiinflamatorios, que es la peor opción posible para un corazón estresado. Según el cardiólogo, si Amber no hubiera estado allí cuando Stuart sufrió el infarto, no lo habría contado.

Luego, en algún momento de agosto, no mucho después de que Stuart regresara del hospital, me pasé una noche sobre las ocho y media para ver si necesitaban algo. Solo había una luz tenue en una de las ventanas superiores (era difícil señalar el piso, porque se trataba de una de esas casas contemporáneas con niveles separados, entrepisos y demás espacios secretos, pero baste decir que estaba muy cerca de la parte más alta). Una ventana de dormitorio, sin duda. Al levantar la mirada no tuve ningún problema en imaginarme a Amber acurrucada contra él, con los pies fríos recogidos bajo sus piernas, la cabeza descansando sobre su pecho, escuchando de cerca los latidos

de su corazón. Y me pregunté por lo que debía de sentir ella al amar a una persona así, cuyo cuerpo se iba deteriorando de manera constante, cuyo corazón podía quedarse en silencio en cualquier momento. Y entonces la luz se apagó. A aquella hora tan temprana, como si nada. Todo se quedó inmóvil y a oscuras, y yo retrocedí sobre mis pasos con la sensación de que, sin desearlo, había transgredido un momento íntimo.

PRINCIPIOS DE SEPTIEMBRE DE 1981

No era un partido de rugby cualquiera. Era el partido del que hablaba todo el mundo, el que dividía a familias y amigos y colegas, el que hacía que la gente se pusiera rabiosa en casa y en el trabajo. Era un tema que había que evitar a toda costa, como la religión, solo que nadie lo evitaba. En mi propia familia no estábamos exentos de rompernos los tímpanos los unos a los otros con aquel tema, mi padre y yo por un lado, mi madre y Vicky por el otro, un desencuentro tipo Zax-al-norte y Zax-al-sur en el que nos negábamos a ceder un solo centímetro. Para que te hagas una idea de la profundidad del malestar, Malcolm Fraser, el primer ministro australiano, ¡no permitió que el avión de los Springboks recargara combustible en su país camino de Nueva Zelanda! Digamos que aquí había algunas personas que no querían que jugáramos contra Sudáfrica si los All Blacks tenían que ser «completamente blancos» para cumplir con las leyes del *apartheid*, mientras que otros deseaban expresar su indignación haciéndolos picadillo, y esa era la postura que teníamos mi padre y yo. Queríamos ver que aplastaban sus mentes estrechas; sus rostros ensangrentados, embarrados y derrotados (es curioso, me considero un pacifista, pero los racistas sacan al bruto que llevo dentro).

La manera en que llegaron a mis manos unas entradas gratuitas fue la siguiente. Mi padre no había vacilado a la hora de comprar cuatro, pero eso puso a mi madre y a Vicky como locas. Entonces él dijo que le habían estropeado la diversión y que ya no quería ir. Nada comparable a lo que sucedió con familias como la de Ben, que dejaron de hablarse durante años, pero bueno. Además, tenía dos entradas de más; la primera, del amigo de un amigo, porque el amigo del amigo no iba a ir y quería dársela a su amigo (que era mi amigo también),

pero entonces el amigo del amigo comenzó a pensar que era repugnante que su amigo (que era mío también) la aceptara y fuera. Así que, en realidad, no la recibí del «amigo de un amigo», sino más bien del «examigo de un amigo». Y el amigo, por su parte, que a su vez ya no era amigo (mío sí, pero no de su examigo), cambió de idea y acabó dándome las dos entradas. Y yo se las di a Kahu, quien a mis espaldas se las cambió a unos compañeros de trabajo por unos vales gratuitos para ver *Mad Max 2*. ¡Gracias, colega! A la luz de toda aquella agitación, me sorprendió la facilidad con la que Amber accedió a venir conmigo. Ni siquiera tuve que ofrecerle una elaborada explicación filosófica sobre mis motivos para ir a ver el partido. No obstante, sí consideró que quizá sería «demasiada excitación para Stuart», así que dijo que lo dejaría con «la enfermera». Fue la primera noticia que yo tenía de una enfermera.

12 DE SEPTIEMBRE DE 1981

Por supuesto, era consciente de la probabilidad de que hubiera jaleo en Eden Park, algunas botellas rotas y, en la periferia de todo, maldiciones e insultos a muchos decibelios, pero con sinceridad no pensé que pudiera pasar nada peor. Al fin y al cabo, era el último partido, por el amor de Dios, y se suponía que la seguridad sería más férrea que nunca. Además, pensaba que ver a nuestro equipo enseñar a Sudáfrica lo que pensaba de ellos y de su racismo apestoso hablaría alto y claro sobre nuestros sentimientos.

Bien, el hecho de que Amber se hubiera pasado tanto tiempo recluida con un inválido debía de haberle pasado factura, ¡porque se puso verdaderamente como loca! En el momento en que llegamos al estadio se alineó con el sector duro de quienes protestaban y, sin la menor reserva, ¡comenzó a lanzar PIEDRAS y a dedicar QUE OS JODAN a la POLICÍA! Y entonces lo comprendí: eso era lo que había tenido en la cabeza desde el momento en que le pedí que me acompañara.

No fue una imagen agradable, hubo gente que recibió de lo lindo: golpes en las sienes, en la coronilla, en el hueso de la ceja, la sangre que corría por sus rostros dibujando deltas de color rojo. Bien, de ninguna manera iba yo a dejar que Amber saliera herida, ella era mi

responsabilidad en aquel momento. Pero intentar mantenerla a salvo detrás de mi cuerpo fue otra historia y no tardé en probar el sabor de una porra policial. Solo puedo decir algo al respecto: dolió. Entonces, en el calor del momento la perdí de vista, y eso me molestó mucho. La verdad, era inútil intentar llegar a alguna parte en el interior de aquella multitud tan enfadada y compacta. Imagínate a los manifestantes a un lado y los antidisturbios al otro, y yo en medio, recibiendo empujones hacia delante y hacia atrás en una melé colosal, para que luego se sumaran nuevas hordas de gente con la intención de hacer retroceder a la policía (que retroceder, retrocedió). ¡Aquello se estaba convirtiendo en una maldita guerra civil! Tardé mucho rato en abrirme paso a empujones para salir de la muchedumbre y entrar en el estadio, preocupado por la situación de Amber, pero decidiendo que mejor me quedaba quieto para que ella supiera dónde encontrarme.

Entonces, en mitad de todo aquello, un Cessna pasó volando bajo y lanzó bombas de harina, lo que llenó todo de humo mucho mejor que si hubieran usado humo de verdad (igual que en el estudio de París). También lanzaron bengalas sin importar lo que estuviera pasando abajo en el campo, fuera un placaje, un saque de banda o una patada bajo presión. Más tarde, otra bomba de harina cayó del cielo y noqueó a un pilar de los All Blacks. ¡Mierda! ¡Esa sí que no la vio venir! El césped parecía cubierto de nieve, una nieve que había caído con suavidad en algunos sitios y que había dejado gruesas manchas blancas en otros. Y el hecho de que los rostros de los jugadores se enharinaran también comenzó a expresar, de manera involuntaria pero tanto daba, una tremenda burla hacia la glorificación de la blancura por parte de los sudafricanos. Dentro de todo aquel lío hubo una penalización en el tiempo de descuento, pero la falta que la había motivado me pareció bastante menor en comparación con las que había visto al entrar en el estadio. Recuerdo que pensé que sería un milagro que no mataran a nadie antes del pitido final, y no me refería a los silbatos de los agentes. El resultado definitivo de 25-22 quedó grabado en mi cerebro, pero no hubiera podido ofrecer detalles sobre quién había bloqueado qué y quién había anotado cuándo y cómo. Lo importante, para mí, era que habíamos ganado.

Después de que todo se acabara y la muchedumbre comenzara a dispersarse, me estaba abriendo paso por el caos de la avenida Cricket cuando por fin vi a Amber en la acera, con un ojo tan hinchado y

morado que no era más que una rendija. Para empeorar las cosas, dos agentes la escoltaban, contra su feroz voluntad, hacia una furgoneta de policía aparcada a varios pasos de distancia, voluntarios o no.

—¡Eh! —grité al llegar a su altura—. Es mi esposa. Yo me ocupo de ella.

Los dos se detuvieron y me miraron con escepticismo, como si fuera un extraño que intentaba sacar de un aprieto a una delincuente que resultaba ser del sexo opuesto, rubia y hermosa.

—Miren, está herida, necesita un médico —intenté argumentar pese a que la masa calle arriba les gritaba «cerdos» y les arrojaba botellas con una puntería en la que no cabía confiar.

Los dos policías intercambiaron una mirada y fueron a por alguien más a quien pudieran echarle la mano encima, momento en el que esperé que ella cayera entre mis brazos como si yo fuera el héroe que acababa de rescatarla del patíbulo. Pero debí de haberme perdido algo, porque en vez de eso recibí una bofetada, rápida e inesperada, en toda la mejilla izquierda.

—¡NO soy tu esposa! NO lo soy, ¿lo pillas? Soy y seré siempre la esposa de Stuart Henry Reeds. —Parecía verdaderamente herida, como si yo hubiera cruzado una línea sagrada.

—Solo te estaba salvando, joder. —Me llevé la mano a la mejilla, acalorado por la bofetada, pero sobre todo porque me hubiera puesto de manera tan franca en mi lugar.

—¡No necesito que me salves! ¡No es la primera vez que me pegan! ¡Puedo soportarlo! —No había visto nunca la expresión salvaje de sus ojos y, para ser sincero, me asusté.

—Lo siento. De verdad, solo intentaba ayudar. ¿Qué te ha pasado? Dios...

—¡Ha sido una humillación increíble! —Volcó su rabia sobre mí, cerrando los puños.

—¿Una humillación? ¡Creo que ir a la cárcel sería más humillante!

—No si significa que he defendido aquello en lo que creo. ¡Por mí que me encierren, joder!

Y seguimos discutiendo de aquella manera, en medio de la calle, sin que nos importara un pimiento que nos oyeran, con la ironía de que parecíamos amantes de verdad. A continuación, insultados y enfadados, nos separamos. Por supuesto, eso fue lo que dijimos a un

nivel superficial, porque la cuestión de verdad, es decir, nuestras emociones, corría a una profundidad mayor y los dos lo sabíamos a la perfección. Ella había calado lo que había detrás de mi heroico «Es mi esposa» y eso la había ofendido gravemente. Creo que se ofendió tanto por Stuart, que estaba en casa muriéndose, como por sí misma y por el tipo de mujer que ella pensaba que yo pensaba que era, como si fuera a considerar por un instante la posibilidad de que me siguiera el juego en algo así. Supongo que verla herida había hecho que mis sentimientos se volvieran un poco demasiado obvios.

Después de aquello no volví a verla durante mucho tiempo. Tampoco la llamé, y ella no me llamó a mí. Bueno, en realidad…, la llamé solo una vez, una semana más tarde. Era algo que había aprendido de Ben, la manera de llamar gratis desde cualquier teléfono público del país. Le restabas el número que quisieras al dial comenzando desde diez y a continuación golpeabas la horquilla ese número de veces. El cero se podía discar con normalidad, teniendo en cuenta que los diales giratorios iban hacia atrás, con lo que el nueve representaba la distancia más corta. Supuestamente, a alguien del Gobierno le había salido la compra al por mayor bastante barata gracias a ese fallo. El «golpeteo telefónico» funcionaba casi siempre si acertabas con la matemática del asunto. Gracias a ese método hice sonar el teléfono de Amber y Stuart. Y sonó durante bastante rato, hasta que lo cogió una mujer inglesa a la que no conocía. Sospecho que con toda probabilidad se trataría de la enfermera que ella había mencionado, pero en aquel momento pensé que me había equivocado de número y colgué, decidiendo simplemente que estaba escrito que aquello no tenía que ser.

Bellevue

Pospartido, 1982

No puedo ser más preciso con la fecha porque en aquel momento no tomaba muchas notas, pero fue sin duda por entonces cuando el tipo con el que Vicky llevaba como un año saliendo en serio le propuso matrimonio. Era un ruso ortodoxo no practicante que no tenía problema en convertirse al catolicismo para poder quitarse a mi madre de encima y tirarse a mi hermana en paz. Nik contaba con los favores de mi padre por haberse tomado la LEA (lectura, escritura y aritmética) menos en serio que el RCR (rugby, canotaje y remo) y, en cuanto profesor de educación física y entrenador de cualquier cosa donde una pelota botara, rodara o golpeara, recibió su bendición para convertir a mi pobre hermana en Vicky Zimnyakov; en mi opinión, todo un trabalenguas. También durante aquella época, al haber dejado atrás a mis compañeros de piso, sentí que había llegado la hora de pasar página. Las escuelas deberían tener diagramas del género Compañero de Piso en las paredes de la clase y no del reino animal y todas esas formas con las que los niños no tendrán que tratar nunca en la vida real, para que estén mejor preparados de cara al futuro. Otra sugerencia para el Ministerio de Educación. Hay que revisitar los procesos vitales de los seres vivos —movimiento, respiración, reacción ante los estímulos, desarrollo, reproducción, excreción y alimentación— en lo referente al género Compañero de Piso, ya que mi experiencia demuestra que esa subespecie no comparte con nosotros el número cuatro.

Como regla general, los hombres sanos de nuestra edad tienden a estar salidos como conejos, y a veces eso había provocado verdaderos problemas en términos de intimidad e higiene. Digamos que la gota que colmó el vaso llegó cuando Kahu comenzó a traerse a una chica a casa y a montárselo en la ducha, la única ducha que había, durante cerca de una hora. Se suponía que el agua debía dividirse entre tres

(no la factura del agua, que en aquel momento no se medía; hablo de la reserva limitada de agua caliente). Así que uno pensaría que había cerrado el grifo en algún momento... Cuando me metía después de que salieran ellos, me preguntaba si podría pillar el sida al inspirar sus posteriores efluvios vaporosos. Por entonces, nadie sabía gran cosa sobre el sida, que era una enfermedad nueva y rara que había salido de la nada y que había dado pie a abundantes rumores: «La CIA patrocinó a unos científicos para que la crearan porque Ronald Reagan quería librar al mundo de homosexuales y drogotas», «Si lo puedes pillar por una jeringuilla, también puedes pillarlo a través de los mosquitos».

Pensé que probablemente había llegado el momento adecuado para comprarme mi propio apartamento, aunque solo fuera una habitación lo bastante grande como para que cupiera en ella una cama, y sin duda eso podría permitírmelo. En vez de tirar el dinero por la ventana pagando el alquiler, pagaría una hipoteca poco a poco y, pongamos que unos años más tarde, me podría comprar algo más grande. Así que el siguiente lunes por la mañana entré en el banco a las diez en punto y salí de allí unos cinco minutos más tarde. No necesité más, no para que me dieran el crédito, sino para que no me lo dieran. Para hacer la solicitud (y estamos hablando de solicitar, de conseguir una solicitud que rellenar en letra mayúscula), ¡debería haber tenido una cuenta de ahorro durante tres años! Y tampoco es que la hipoteca estuviera exenta de intereses ni nada parecido, sino que era como un préstamo al enorme interés del ¡dieciocho por ciento! En cualquier caso, me olvidé de esa idea y alquilé un pequeño apartamento en la bahía de Herne, en una de esas construcciones de los ochenta sobre las que se quejaba la gente porque proyectaban su fría sombra sobre todo, y que luego troceaban en la mayor cantidad de apartamentos posible. Pues vaya con el culto al metro cuadrado. Pero vivir en los Apartamentos Bellevue tenía una gran ventaja: una vez dentro, no tenías que ver el edificio. Cosa que no podían decir los ocupantes de las Villas Marinas, que podían disponer de sus propios embarcaderos, pero que tenían que soportar nuestra verruga titánica y maldecir por siempre a quien hubiera firmado su permiso de obra.

Me deshice de mi ropa vieja. Me deshice de los muebles y de otras cosas (que el género Compañero de Piso había destrozado de todos modos). Me deshice de las cintas viejas, que el viejo radiocasete

se había comido demasiadas veces, cansado de volver a meter metros de cinta rebobinando con el dedo y empalmarla con las habilidades motoras de un neurocirujano. Me deshice del cabello largo. Me hice el corte indicado para diferenciarme de los oficinistas del mundo, aunque no fuera demasiado clásico. Cada día, una gota de gomina era el truco que lo remataba. Después de echarme un vistazo rápido al pasar por delante de un escaparate, descubrí que me gustaba fardar de mi nuevo yo. Claro que no debía usar más el verbo *fardar* para que no me adjudicaran para siempre el sello de «setentero».

El 3 de marzo de 1982, según mi agenda de trabajo, llevé a cabo mi «primer trabajo real como cineasta» al dirigir un anuncio televisivo para una marca de jabón de lavar. No fue uno de esos en los que unas amas de casa se quejan de una mancha de chocolate que no desaparece, para acto seguido cantar y admirar extasiadas el brillo del calcetín blanco, del que ha desaparecido la mancha. No, se trató de una visión romántica y sincera de una tarea semanal, con sábanas floreadas que ondeaban al viento mientras una madre joven las descolgaba de las cuerdas y su hermoso hijo de cinco años le ofrecía el puñado de lirios que acababa de recoger («Piensa en los lirios de Van Gogh», había sido el referente de la agencia publicitaria). Admito que consideré la idea de pedirle a Amber que interpretara a la madre para arreglar las cosas entre nosotros, pero entonces lo pensé mejor, plenamente consciente de que ella me calaría por completo.

16 DE FEBRERO DE 1983

Durante el año anterior había tenido algunas novias, pero las cosas no habían funcionado por un motivo u otro (el novio anterior de Scarlet regresó, Maia se fue a vivir al extranjero, Abby quería demasiadas cosas demasiado rápido). Llevaba solo algunas semanas, quedándome despierto por las noches para escribir el guion de un documental sobre la fauna salvaje de la isla sur que debía presentar el viernes siguiente. A las once de la mañana aún estaba sin afeitar, con unos pantalones de estar por casa y una camiseta vieja y holgada, cuando llamaron a la puerta. Pensé que la agencia de alquiler había mandado al fin a un fontanero, así que no estaba en absoluto preparado para abrirle la puerta a Amber. Vaya. Ella también había cambiado. Se había cortado

el cabello largo marca de la casa a la altura de los hombros y, aunque en ningún caso se podía decir que lo llevara corto, sí parecía corto para tratarse de ella. También estaba más musculada, bajo aquel traje con falda y sin mangas.

—Hola... —Sonrió nerviosa.

—Hola.

Miró con ansiedad por encima de mi hombro, como si quisiera ver si había alguien más en casa, y entonces me preguntó:

—¿Puedo hablar contigo?

—Hum, claro. —Logré sonar despreocupado pese a que se me había disparado el corazón, y más aún cuando me puse de lado y ella me rozó de manera flagrante al pasar.

Amber paseó la mirada por el apartamento con curiosidad, lo alabó, no era demasiado jaleo para un hombre solo, los muebles retro eran guais, ¿dónde los había conseguido?

—De segunda mano en La Tienda de Papá..., no de mi padre, es el nombre del lugar, en la calle Queen.

—Oh. —Se rio—. Llamé a tu antiguo número para ver cómo te iba. —Con cuidado, rodeó las páginas del *storyboard* que yo había desplegado por el suelo—. El tipo que contestó me dio tu dirección nueva.

—Habrá sido Ben. O Kahu.

—Me pidió que te dijera que aún le debes cien pavos.

—Kahu. Ponte cómoda. —Hice un gesto hacia el sofá de dos plazas.

Ella se sentó en el medio, sin dejarme espacio a un lado o al otro; se quitó las zapatillas, de gamuza de color marrón, menos intenso que el del bronceado de sus piernas. Vi que se había hecho un corte en la pantorrilla al depilarse (eran los tiempos de la maquinilla de una sola hoja) y que llevaba una tirita en el dedo meñique del pie.

—Parece que has estado yendo al gimnasio...

—No..., ¿por qué?

—Estás más fuerte. Que antes, quiero decir. No fuerte, ya sabes, en plan culturista, solo más fuerte. —Me di cuenta de que estaba metiendo la pata.

—Es de empujar a Stuart por todos lados, cuesta arriba, cuesta abajo... Solo meter y sacar su silla de ruedas del coche es como un minientrenamiento.

Arrastré una silla de cocina y me senté no demasiado lejos de ella, pero tampoco demasiado cerca.

—¿Cómo te va?

—¿Con sinceridad? La vida no podría ser más mierdosa. —Se rio, arrepentida, y se mordió el cabello—. La hija de Stuart me trata como si yo fuera una cuidadora que no está haciendo bien su trabajo. Entonces ¿por qué no echa una mano? ¡También es su padre!

—¿También es su padre? —Hice una mueca.

—Quiero decir que no es solo mi marido —clarificó ella con expresión avergonzada—. Se porta conmigo como una verdadera zorra, y a él ya no le quedan fuerzas para decir nada. Y no quiere estropear las cosas, para lo poco que la ve. Lo entiendo, pero aun así...

Se quedó con la mirada fija en el suelo durante unos instantes, sacudiendo una pierna por la agitación.

—Echo de menos a mi hermano. Echo de menos cuando tú y yo nos lo pasábamos bien. Antes.

Guardé silencio, a la espera de que continuara, sin saber bien adónde conduciría todo aquello.

—¿Te acuerdas del día que nos conocimos? Yo iba con una ropa de montar que estaba hecha un asco. —Cruzó los brazos con fuerza contra el pecho, se recostó y se mordió el labio durante un instante prolongado—. Nunca te conté lo que pasó en realidad cuando Popcorn se rompió la pata. Yo lo vi todo. Danny estaba haciendo que alargara el trote, nada más, y Popcorn tropezó. Podría haberle pasado a cualquiera. —Tragó saliva con dificultad—. Papá llegó a la carga con el rifle, a gritos. «¡Eres un maldito inútil! ¡Te dije que los caballos no están hechos para bailar de esa manera! ¡Puto marica de mierda!» Y Danny estalló: «¡Puedes pegarle al caballo para que haga lo que tú quieras, pero a mí no! Adelante, acaba conmigo..., pero ¡no dejaré que acabes con lo que soy!». Grité para que pararan, los dos, pero papá tiró el rifle al suelo y dijo: «¡Si puedes adiestrar a un caballo de setecientos kilos para que actúe contra su naturaleza, tú también puedes aprender a comportarte tal y como la maldita naturaleza quiere! ¡Y, si no lo haces tú, ya me encargaré yo!». Y comenzó a darle puñetazos.

»Yo no podía soportarlo, los gritos del caballo, el sonido de los golpes de papá, que estaba matando a Danny. Por eso le disparé al pobre caballo: un tiro y todo se quedó paralizado. Papá, cargando el

puño. Danny, con la cara ensangrentada y los ojos desorbitados. A continuación, como en cámara lenta, apunté el arma contra papá... —Me dirigió una mirada cargada de intensidad—. No..., no pensaba fallar. Quería dispararle. A mi propio padre. —Se detuvo un instante y se secó la nariz con el antebrazo—. Fue la única vez que lo he visto llorar. Luego se fue al granero.

»No hubo ningún caballo llamado Canción de cuna, como te dije una vez, un animal indomable que me dejó tal y como me presenté en Alberton, con un moratón que ninguna sombra de ojos podría tapar. Una vez, papá dejó una abolladura en la pared después de estrellarme la cabeza contra ella. Cuando mamá intentó detenerlo, la lanzó contra la pared opuesta. Pero lo que nos hacía a mamá y a mí no era nada comparado con lo que le hacía a Danny, y Danny nunca se resistió.

Yo debía de tener la mandíbula desencajada por la sorpresa.

—¿Stuart lo sabe? —Fue lo primero que se me ocurrió preguntar, me pareció importante saberlo.

—Una versión maquillada. Solo Danny lo sabe, y mamá. No es algo que se pueda ir largando por ahí. Si no se lo cuento a nadie, tiene menos fuerza. Y, si no me lo cuento a mí misma, desaparece. La mayor parte del tiempo.

—¿Es por eso por lo que... te casaste con Stuart? ¿Para escapar? —le pregunté en voz baja.

—Me siento sucia en presencia de personas con familias normales. Stuart estaba torturado, había perdido a su esposa, conocía el dolor. Supongo que necesitaba una figura paterna... Sé que es difícil de entender. —Sus cejas se unieron formando una arruga profunda.

—No tienes motivos para sentirte sucia. Dios mío, Amber, tú no hiciste nada malo.

—Una puede ser consciente de algo y sentir otra cosa diferente. —Apartó la mirada de mí—. Ver sufrir a Stuart, que todo le cueste cada vez más, comer, ir al baño... No puedo soportarlo ni un minuto más. —Inclinó la cabeza y comenzó a sollozar contra la palma abierta de la mano.

Dios, me costó mucho no abrazarla, pero pensé que era lo mejor, por si se hacía una idea equivocada. En su lugar, le pasé una caja de pañuelos, ella cogió uno y luego otro mientras me contaba, a veces con detalles muy gráficos, que la salud de Stuart estaba decayendo en todos los frentes.

—Lamento mucho volcar todo esto contigo...

—No lo sientas. Por favor. Para eso están los amigos.

Recuerdo que más tarde bajé las escaleras detrás de ella, manteniendo algunos escalones de distancia, siguiendo la estela intensa de su champú herbal, mirando su pequeña espalda y preguntándome cómo podía alguien haberle levantado la mano. Una vez fuera, ella me miró con la cara hinchada y abrió la boca para decir «adiós» o «hasta luego» o la manera en que fuera a formularlo, pero, llevada por la fuerza de alguna emoción, o quizá por una reserva hacia esa emoción, se quedó así, con la boca abierta, incapaz de hablar. Entonces la cerró y eso fue todo, se volvió de golpe y se fue sin verbalizar lo que fuera que había estado a punto de decir.

Las cigarras, cuyo canto ruidoso se proyectaba a lo lejos, habían prestado vida a las mimosas; era como si estuvieran celebrando con su locura colectiva aquel día de verano antes de que llegara a su fin. Olí la salmuera en el aire y percibí la amplitud de su alcance como un anhelo insatisfecho. A lo lejos oí el tintineo hueco de la campana de un barco pesquero y la excitación de las gaviotas ante su probable captura. Era el momento de vivir, de vivir como si no hubiera un mañana, solo un presente que debía asir para que no se convirtiera de repente en un ayer, un demasiado tarde, un si tan solo... Y, sin embargo, ella se estaba alejando, la distancia que nos separaba crecía con cada paso que daba. Amber estaba a veinte pasos de mí, o a veinte metros, o a veinte kilómetros, cuando dio media vuelta y medio anduvo, medio corrió hacia mí, hasta llegar junto a mí, y casi con rudeza tomó mis mejillas entre sus manos y me besó en la boca. Fue como si estuviera admitiendo al fin que, pese a todo lo que se había interpuesto entre nosotros, ella también me había amado siempre.

Pero entonces, al cabo de tres segundos o así, tampoco es que los estuviera contando, ella interrumpió el beso. Pareció conmocionada por lo que había hecho y se tapó la boca con ambas manos.

—Esto no acaba de pasar. —Parecía haberse quedado sin aliento.

—No, esto... no... acaba de pa...sar —repetí intentando recuperar la razón.

—Haremos como que no ha pasado, ¿vale?

Lo siguiente que supe fue que se alejaba de nuevo, como en la

«Toma 2» de algún rodaje. No se volvió antes de meterse en un Toyota pequeño y económico, que probablemente le costaría menos aparcar en la ciudad que aquel en el que llevaba la silla de ruedas de Stuart. Acto seguido, al marcharse, miró en mi dirección y me dirigió un saludo nervioso con la mano. A mí, el beso me pareció la excepción, el único episodio en que ella había caído en un momento de debilidad.

Finales del verano y otoño de 1983

Pero me equivoqué. El beso fue como una sola chispa que, llevada por el viento, prendió y se transformó en un incendio y provocó la destrucción de la vida que había albergado aquel bosque. Eso sí, no sucedió de inmediato; al principio nos encontrábamos en el centro para tomar un café en algún sitio, a veces para comer, y luego nos íbamos a dar un paseo por cualquier lugar. Y resultó que la segunda vez fui yo quien dio el paso y la besó a ella. Estábamos junto a los edificios del ferri, habíamos bajado por la escalera hasta los peldaños inferiores y más llenos de moluscos, cuando una ola nos sorprendió con su zumbido. Mientras el agua se arremolinaba a nuestro alrededor, llevaba el frío a nuestras zapatillas y tiraba de las perneras de nuestros vaqueros, la besé en la boca misma, igual que ella a mí, y, aunque no acabó de responder al beso, tampoco opuso resistencia. Después no me sentí del todo bien, y a juzgar por su expresión, Amber tampoco; al fin y al cabo, era ella la que tenía que volver a casa y dar la cara ante Stuart. Una vez también la cogí de la mano en la pizzería Floriana, mientras intentábamos decidir qué ingredientes queríamos añadir a la pizza bajo la decoración aromática de las numerosas salchichas que se secaban como estalactitas colgadas del techo. Y en otra ocasión, mientras caminábamos por una exposición, nos pasamos el brazo por la espalda el uno al otro y experimentamos por un momento lo que sentiríamos al estar juntos con normalidad, igual que el resto de la gente. En cierto modo fue irónico que la galería se llamara Artistas Secretos, porque teníamos la sensación de estar allí como «amantes secretos».

A continuación, como era inevitable a nuestra edad, seguimos avanzando. Yo era el instigador, mis besos vagabundeaban por sus mejillas, sus cejas, su cuello, bajaban hacia sus pechos hasta que ella

me detenía. Nos besábamos en los pequeños pasadizos entre edificios y tiendas, y yo me quedaba mirándola con fijeza a los ojos, igual que ella a mí, convencido de que notaría lo mucho que la deseaba. Aquel deseo insatisfecho nos conducía prácticamente a las lágrimas, y, sin embargo, nos contuvimos durante mucho tiempo.

Aún recuerdo la primera vez en mi apartamento, el rato larguísimo que pasamos mirándonos a los ojos para, a continuación, sin apartar la vista, corrernos juntos. Nos quedamos de aquella manera durante muchísimo rato, sin movernos, repitiendo que nos queríamos para tranquilizarnos el uno al otro. «Te quiero, te quiero...» Y, antes de que yo pudiera darme cuenta, ella se puso a llorar como un bebé. Era como si, por culpa de algún error, aquello a lo que estábamos destinados se hubiera pospuesto hasta aquel momento. Era un amor intenso, que salía directamente de nuestro corazón. Más tarde, Amber se aferró a mí como si no quisiera soltarme nunca más.

A veces nos quedábamos tumbados, desnudos, mirándonos a los ojos, y yo le tocaba la mejilla, y ella enrollaba un mechón de mi pelo en uno de sus dedos. Solo para respirarnos el uno al otro, al parecer no necesitábamos más. Aquello era amor. Por supuesto, los momentos siempre llegaban a su fin, ya que Stuart seguía allí. Y yo ya no me atrevía a preguntarle por él. En las escasas ocasiones en que lo hice, Amber me aseguró que Stuart no sospechaba nada, que ella lo cuidaba tan bien como siempre, incluso con más cariño. Lo cual me aliviaba en la misma medida en que representaba una fuente de dolor. A veces, cuando tenía que irse a casa, la culpa podía abrumarla; sin embargo, ver su deterioro hacía que le resultara más urgente vivir, ya que aún tenía la oportunidad de hacerlo. El humor variaba de un día al siguiente. Ay, intentamos romper más de una vez, pero nunca logramos permanecer separados más que unos pocos días. Tampoco hacíamos el amor cada vez que nos veíamos, pero, cuando lo hacíamos, Amber solía taparse la cara y llorar a gritos nada más acabar. O a veces se detenía justo antes, y se quedaba quieta durante mucho rato, ansiando morirse de esa manera, y yo también. Era vulnerable, emocional, volátil, pero en aquellos momentos tormentosos y tumultuosos me decía que me amaba como no había amado a ningún otro hombre.

Una vez estábamos tumbados juntos y ella me preguntó:

—¿De dónde crees que viene el amor?

—Yo diría que de aquí. —Me señalé el corazón.

Pero no era eso lo que me había preguntado.

—¿Sabes?, cuando una estrella explota y proyecta todos esos elementos que conforman la vida a través del cosmos, como la cabeza del diente de león al romperse y mandar sus semillas con el viento, de modo que comience la vida... Mi pregunta es ¿cuándo, en qué momento exacto surge el amor entre esos elementos? ¿El amor ya estaba allí, esperando en las profundidades del espacio durante millones de años para llegar hasta nosotros? En otras palabras, el amor... ¿formó parte siempre del plan del cosmos?

—Bueno... —Me puse a ahogarla con la almohada—. ¡Tú siempre has formado parte de mi plan! ¡Y seguiré amándote más allá de mi exigua existencia terrena, así que más vale que te vayas acostumbrando!

Algunas de las mejores carcajadas de mi vida se produjeron durante ese periodo. Una vez, en la piscina pública, Amber se lanzó contra la espalda de un completo desconocido y comenzó a hacerle cosquillas con fuerza en las axilas, y solo se dio cuenta de que no era yo cuando el hombre salió a la superficie a tomar aire. En otra ocasión, cuando volvía con unos curris para llevar, me metí en el coche y comencé a preguntarme dónde se habría metido ella y de dónde habían salido los niños extraños del asiento de atrás. Entonces la vi en un coche a algunos vehículos de distancia, un coche sorprendentemente idéntico al mío, golpeando el salpicadero y muriéndose de la risa. Incluso las cuestiones más inocuas eran divertidas con ella; algo tan estúpido como pasar la aspiradora, cuando me aspiraba las partes más ridículas del cuerpo. Amber tenía una manera especial de convertir el tedio en una locura, eso estaba claro.

Seguimos viéndonos de aquella manera sin que nada nos lo impidiera, y por lo general no intentamos comprenderlo. En esencia, nos limitábamos a aceptarlo, a aceptar las cosas tal y como eran. De noche costaba más, mi conciencia se sacudía por Stuart. Pero, pese a la sensación de culpa, la echaba de menos terriblemente y deseaba que estuviera allí conmigo. Me repetía a mí mismo que Stuart se había equivocado desde el principio al ir detrás de Amber, para mí era como si se hubiera interpuesto entre nosotros. Y, además, por edad, por ser el padre de Tanya y tal, aquello habría estado mal incluso si yo no

hubiera existido. Así que, en cierto sentido, era como si yo estuviera corrigiendo un error, pero a la vez nunca había querido hacerle daño, igual que ella. Y la comprendía de verdad, sabía que tenía que seguir allí por él, que debía acompañarlo hasta el final. Tal y como lo veíamos, aquello que Stuart ignoraba no podía hacerle daño, y ninguno de los dos pensaba contárselo de ninguna de las maneras. Así que nos fuimos hundiendo el uno en el otro cada vez más, profundizamos al máximo en nuestros respectivos seres, hasta que los dos comenzamos a experimentar lo que el otro sentía con la máxima intensidad, ella en mis brazos, yo en los suyos, hasta preguntarnos quién era quién..., ¿y quién lo sabía?

Pero no todo era pura dicha, créeme. Una vez, Amber me hizo daño sin querer con su anillo de diamantes mientras practicábamos sexo; me dio en toda la cara, nada grave, pero a la vez me dejó un rasguño lo bastante alargado como para que fuera visible. Después de aquello tuve que comenzar a quitarle los anillos de prometida y de casada antes de acostarnos, pero entonces me dolía (internamente) que, incluso después de desprenderse de ellos, los anillos siguieran presentes de algún modo: la señal blanca del anillo fantasma alrededor del dedo, que hacía juego con las señales blancas del bikini fantasma que rompía su bronceado en evocadoras figuras geométricas, y que también se había hecho estando con él. Era imposible tenerla entera para mí.

Una tarde de frío estábamos caminando junto al mar, deteniéndonos en medio del paseo para hablar, deteniéndonos en medio de la charla para seguir avanzando, hablando, deteniéndonos, caminando, deteniéndonos, como si le estuviera retorciendo el brazo en algún nivel emocional, intentando hacer que admitiera que desde el primer día Stuart había sido no un viejo error cualquiera, sino más bien «el mayor error de tu vida», mientras que ella quería identificar todos los aspectos positivos que podían haber surgido de su matrimonio. En retrospectiva, me doy cuenta de lo injusto que fui, pues en esencia intenté que dijera que los cuatro años previos de su vida habían sido una pérdida de tiempo. Pero me temo que el amor no es nunca lo que uno calificaría de justo, se esfuerza siempre por ser exclusivo y por eliminar de la ecuación a cualquier otra persona que haya podido ser importante en ese mismo sentido.

Como si hubiéramos querido poner nuestro amor a prueba, nos

dedicamos a desempolvar verdades el uno del otro, algunas triviales, otras capitales. Me llevó a admitir que había meado en duchas públicas cuando tenía ocho o nueve años, y que a veces seguía meando en el mar. Ella no lo había hecho nunca, aunque se vio obligada a contarme que se había hecho pis en la cama hasta cumplir los diez años. Cuando salió la verdad de que había probado las drogas, las drogas duras, me quedé anonadado. Se las había proporcionado su hermano, sulfato de morfina, ¡unos cristales blancos que les daban a los caballos contra el dolor! No me pude creer que le hubiera dado un material tan potente a su propia hermana pequeña; en mi mente, me pareció criminal.

Pero ella lo defendió a capa y espada.

—Danny es el mejor hermano que hubiera podido tener, me salvó muchísimas veces, no tienes ni idea. Solo después de las palizas de papá nos íbamos a veces a los establos a tomarla.

¡Uf! Eso me dejó pasmado. Hubo un tiempo en que, desde fuera, su familia me había parecido ideal, el marco, los caballos, esa imagen perfecta, ¿quién habría pensado que en realidad fuera tan disfuncional?

—¿Has estado con otras estos últimos años? —me preguntó una vez mientras se mordía la uña del pulgar, nerviosa.

—Hum, sí, unas pocas —contesté con toda sinceridad—. Pero nunca sentí con ellas lo que siento por ti.

Mi respuesta la decepcionó, eso estaba claro. Mantuvo la vista baja pese a que le repetí más de una vez que la amaba y que llevaba años siendo así.

—¿Debo entender que practicaste el sexo con algunas de esas mujeres más de una vez?

—Bueno, sí, pero...

Hubiera preferido que armara un escándalo en vez de quedarse callada de aquella manera. Era tan exasperante que no sabía por dónde comenzar.

—Estabas casada, ¿qué esperabas que hiciera yo?

Más tarde, mientras se enroscaba el pelo con fuerza en un dedo, me dijo:

—Sé que piensas que soy injusta, pero no puedo controlar lo que siento, las emociones vienen a mí, nunca les pido que lo hagan.

Era como una partida de ping-pong constante, en la que yo tenía

que reaccionar a cada ida y venida, correr hacia delante, correr hacia atrás, estirarme, saltar, agacharme, y, sin embargo, no podía ser de otra manera menos absoluta. Estábamos profundamente enamorados y nos estábamos volviendo un poco locos por la manera en que iban a ser las cosas hasta que algo cambiara, pero lo gracioso es que nunca hablamos de la muerte de Stuart. Él era algo con lo que sabíamos que teníamos que vivir durante el tiempo que tocara. Nunca verbalizamos un solo «y si...», pero un «y si...» inefable flotaba sobre nuestras cabezas en todo momento.

EL SUBMARINO NEGRO

Y así dejamos atrás el invierno de 1983, viéndonos de aquella manera. Hasta agosto, cuando Stuart se puso mal, tan mal que ella no podía dejarlo para venir a verme. Entonces, diez días después más o menos, cuando ya no podíamos soportar la separación, Amber se presentó una mañana en mi puerta. Había sido otra noche de insomnio para los dos, de echarnos de menos hasta el extremo de la locura, y caímos..., no, más bien nos derrumbamos en los brazos del otro y, con una oleada de pasión, nos corrimos a la vez de una manera que no hubiera sido «segura» de no haber tenido lugar justo antes de que le viniera la regla. Creo que los dos deseábamos sentirnos el uno al otro sin nada de por medio y, además, ninguno quiso estropear el momento poniéndose manazas con el condón. Lo cual en esencia había implicado, sin que ninguno de los dos tuviera que decirlo, que yo debía retirarme cuando llegara el momento correcto (y más difícil), pero fue algo tan abrumador que, en el último y crucial segundo, no nos permitimos separarnos. Después de estar al borde del desastre, cobramos consciencia de que debíamos ser más responsables, así que ella comenzó a tomar la píldora. Lo que sentíamos el uno por el otro era demasiado fuerte como para que no lo hiciera.

«La píldora», en realidad, era un montón de pastillas: una de color rosa cada día durante tres semanas, y luego una de color azul durante una semana. Por lo que nos había dicho el médico, las azules no hacían nada, pero estaban allí para que ella no perdiera la costumbre y se olvidara de tomarse las rosas. Pero, al primer mes de tomarlas, cuando le quedaban seis placebos de color azul, las tiró por el inodoro y me dijo que la dosis era demasiado fuerte, que le daban mareos, la hacían engordar, ya no cabía en los vaqueros..., y, además, le dolían tanto los pechos de tomar la pastilla que de todos modos no estaba de humor para que la tocara.

—Lo que pasó, pasó. —Se sentó en el suelo del cuarto de baño, abrazándose las rodillas—. Antes de que lo hiciéramos, cuando no

pudimos hacerlo de otro modo, cuando fue demasiado intenso como para contenerse… Tomar esto…, me parece demasiado planeado. Más, no sé, erróneo.

Así que dejó la pastilla… y la volvió a tomar, y la dejó, y volvió a tomarla, y la dejó. Lo hablábamos, yo le decía que era el método más seguro que había. Entonces llegamos a la conclusión de que el único método efectivo al cien por cien era no practicar el sexo, que eso solucionaría el problema de un embarazo no deseado por el momento y, de paso, acabaría con el peor efecto secundario: LA CULPA. Yo también tenía mi dosis de ella; a veces me sentía como un cabrón traicionero. Pero, pese a nuestras mejores intenciones, resultó que no hacer nada era casi imposible para nosotros; parecía ir contra las leyes mismas de la naturaleza. Aun así, después de cada fracaso lo intentábamos con más fuerza, intentábamos sortearlo de muy diversas maneras (a veces, de forma bastante literal). Incluso en los momentos de debilidad nos deteníamos deliberadamente para no ir demasiado lejos y yo tiraba de su ropa y me pegaba a ella, vestido del todo, y hacía los movimientos pero sin arriesgarme a dejarla preñada. Lo cual tenía sus inconvenientes: la irritación del roce y la escasa satisfacción, aunque a veces acabábamos partiéndonos de la risa («Me pone tanto ese suéter largo y esponjoso que tienes…» o «Esos pantalones pitillo con cintura elástica me encantan»). Sin embargo, aquello también podía hacer que nos sintiéramos mal, porque, a ver, ¿a quién demonios estábamos engañando? En definitiva, siendo sinceros, seguíamos practicando sexo, solo que de manera diferente.

A continuación prohibimos también los toqueteos: nada de acariciarnos; y durante un tiempo nos dimos a otras actividades cada vez que quedábamos, cualquier cosa que no estuviera mínimamente relacionada con el sexo. Hicimos la ronda entera de galerías de arte hasta marearnos, ojeamos los libros de paisajes y de viajes en la biblioteca, veíamos la televisión: *Un programa de perros* (donde unos granjeros enseñaban a sus perros a hacer pasar las ovejas por una verja), *Sobre ruedas* (dedicado a las melancolías del servicio público) o las *Noticias del mundo* (qué contraste entre los eventos globales y, pongamos, que le ladraran a una oveja o que un funcionario intentara dejar de fumar). Jugábamos a las damas. Y, de hecho, fueron ellas las que acabaron con nosotros. Estábamos en medio de una partida, bocabajo sobre la moqueta, y Amber acababa de matarme tres fichas

de una tirada cuando por casualidad nuestras miradas se cruzaron y, sin que ninguno de los dos lo viera venir, nuestros ojos se fundieron de aquella manera irresistible. Lo siguiente que supimos fue que nos lanzamos el uno sobre el otro y regresamos a la casilla de salida, por así decirlo. Después de habernos reprimido durante tanto tiempo, aquella vez la pasión fue increíble; fue como la euforia de volver a casa, un frenesí de besar caras y oír palabras dulces, sobre que nos amábamos más que a ninguna otra cosa en el mundo. Por suerte, su periodo nunca nos atormentó con un retraso superior a un día o dos.

En conjunto, aquellos momentos con ella, hubiera sexo o no lo hubiera o lo hubiera a trozos, representaron los meses más hermosos, vibrantes y angustiosos de mi vida. La manera en que nos anhelábamos, los encuentros en los que nos volvíamos uno eran parte integral de nuestros sentimientos; ese tipo de deseo no puede obtenerse en un amor juvenil, es indivisible, uno es el hecho viviente del otro, como el aire y el viento. En las madrugadas intentábamos decidir qué hacer, qué sería mejor y, si eso no era posible, la segunda mejor opción. Y la comprendía en muchos sentidos. Ni siquiera yo podía pedirle que abandonara a un moribundo, o que se divorciara para poder casarse conmigo. Lo mirara como lo mirase, sabía que sería algo imperdonable a juicio de cualquiera.

Irónicamente, si deseaba más que nunca que Stuart la diñara era por mor de las buenas costumbres. Oh, podría haberme mostrado más paciente en caso de necesitarlo; al fin y al cabo, ¿qué representaba otro año? Además, me decía a mí mismo que Amber ya no estaba con Stuart «de verdad», por mucho que ejerciera de enfermera, dedicada en exclusiva a él durante gran parte de la semana. Y tampoco es que él se quedara solo; cuando Amber estaba conmigo o salía a hacer otras cosas, la enfermera de verdad —señora Grant, se llamaba— se encargaba de cuidarlo.

9 DE NOVIEMBRE DE 1983

A las seis de la mañana, mientras yo dormía, Amber abrió la puerta con la llave que le había dado unas semanas antes; en el escándalo de su ir y venir, abrí un ojo para verla cargar con un montón de huevos, en varias cajas. Cualquier idea soñolienta de que pensaba traerme el

desayuno a la cama no podría haber estado más equivocada.

—¡Venga, dormilón, tenemos trabajo que hacer! —voceó—. ¡Tienes que superar las cinco fases del despertar: negación, rabia, negociación, depresión y aceptación! —Su entusiasmo solo consiguió que me cubriera la cara con las sábanas—. ¡Oh, no, ni se te ocurra! —protestó arrancándomelas, y yo tiré de ellas, y la cosa degeneró en un juego de la soga—. Hay gente que depende de mí. ¡Mueve el culo, holgazán!

Para entonces ya lo había recordado todo, lo que ella tenía en la cabeza. Un grupo de «navegantes» como Amber (y, a juicio de esta, como yo) iban a bloquear el paso del USS Phoenix. Pocos meses antes, treinta mil personas habían recibido al USS Texas con pancartas en alto: «NO A LOS MISILES EN NZ», «POR UN PAÍS LIBRE DE BOMBAS NUCLEARES». No obstante, mantener a los norteamericanos a raya aquel día no iba a resultar sencillo. Para nosotros, quiero decir, tanto a corto como a largo plazo, porque si la Unión Soviética o la China comunista o alguien nos atacara, en mi opinión personal habríamos estado más seguros con los yanquis de nuestro lado.

Subir al yate de Stuart me pareció aberrante, pero, llevado por la inercia de la entrada de los demás, mis reservas estaban condenadas a perder intensidad. Desde lo alto del puente volante vi una flota diversa como una colección de juguetes de bañera: yates, lanchas, catamaranes, trimaranes, barcos de pesca, veleros, una piragua tahitiana ¡e incluso un bote desvencijado! A decir verdad, la atmósfera no tenía la tensión de la crisis de los misiles cubanos, sino que en realidad era animada y divertida. Todo el mundo parecía conocerse; bueno, más allá de que a mí no me conocía nadie y yo solo conocía a Amber. No se podría haber dicho lo mismo de ella; recibió muchísimas atenciones y la gente la llamaba por su nombre. Eran muchos los que se saludaban a gritos, así que no todo tenía que ver con Amber, pero, para ser sincero, me sentí un poco amenazado por su popularidad.

Pasaban pocos minutos de las ocho de la mañana cuando las cosas se pusieron bastante más tensas. El Phoenix maniobró para rodear North Head y quedó por completo a la vista (bueno, todo a la vista que puede quedar un submarino). De un color negro amenazador y aerodinámico como un cruce letal entre un tiburón y un torpedo creado por un científico loco, lo escoltaba a lado y lado una armada de barcos de la policía y lanchas neumáticas de la marina. Nos

pusimos a avanzar en zigzag por el canal con el resto de la gente cuando de repente comenzaron a cargar contra todos (incluidos nosotros) por todos lados, ordenándonos (y a todos los demás) que circuláramos mientras nosotros (y muchos más) no dejábamos de cantar «Phoenix, vete a casa; Phoenix, vete a casa», lo cual no era tan cruel, ¡vamos, hombre! Entonces llegó el caos, todo sucedió muy rápido, las órdenes a gritos, las revoluciones de los motores fueraborda, todo aquel barullo que volvió el agua turbia como un té hecho con una bolsa ya usada y un miserable chorrito de leche. Pronto comenzamos a tener problemas para saber a quién pertenecía cada barco y de qué lado se encontraba, éramos una cantidad demasiado grande de peces en un estanque demasiado pequeño. El agua se estaba picando, espumeaba como si se acercara una tormenta, y supuse que más o menos era así: ¡una tormenta política! A continuación, de repente, el submarino estaba a unos cien metros de distancia, frente a nosotros. ¡Imagínatelo, un submarino nuclear mirándote a la cara! Fue paradójico, en realidad, porque nos pareció una cosa personal, como si solo nosotros fuéramos su objetivo, y a la vez impersonal, porque ni tenía rostro ni nosotros lo teníamos para él.

Recuerdo que, en aquel momento, el Vega, un pequeño queche, pasó peligrosamente cerca del submarino, quizá a unos cincuenta metros por delante de él. Yo sabía que si el Vega esto, el Vega lo otro, porque Amber me había contado que en 1973 intentó hacer frente con una tripulación de cuatro personas, a lo David y Goliat, a la marina francesa en la zona de pruebas de Mururoa, y los comandos golpearon al capitán canadiense hasta dejarlo inconsciente, para a continuación hacer lo mismo con el tipo que había pertenecido a la Royal Navy. Con la caballerosidad típica de los franceses, perdonaron a las dos mujeres neozelandesas que los acompañaban, una de ellas de solo diecinueve años. Las autoridades de Francia aseguraron que no les habían puesto la mano encima a los hombres (y algo de verdad había en su afirmación, pues usaron las porras y los pies), pero entonces la película que la mujer más joven había logrado ocultar a los franceses llegó a la prensa internacional y se lio la de Dios es Cristo. Pero volvamos a la jornada en que llegó el USS Phoenix. En aquel momento, nadie sabía si los norteamericanos iban a realizar una demostración de fuerza. Y, al ver a un par de guerreros verdes en el Vega, bronceados y musculosos, saludar a Amber con amplios gestos

de la mano —unos tipos que tenían estatus de estrellas del rock, no solo para ella, sino para muchas de su sexo—, mi admiración se tiñó con un dejo de celos.

En retrospectiva, lo que mejor recuerdo son algunos detalles aislados. Recuerdo los huevos que todo el mundo lanzó contra el submarino y que las cáscaras rotas se quedaron pegadas a él como percebes sobre el lomo de una ballena metálica. Hubo algo en esa imagen que me molestó también, algo relacionado con mi educación, cuando nunca se nos permitía tirar comida, mientras que allí todo el mundo se había dedicado a tirar huevos por docenas. Era consciente de que aquello no iba a alterar el presupuesto de los manifestantes, pero aun así había gente en el mundo que pasaba hambre, también en nuestra Tierra de Dios, e incluso allí, en Auckland. Malgastar comida de aquella manera parecía propio del tipo de protesta que solo se les ocurriría a los ricos.

Recuerdo a un carroza local en un barco de consola central que sacudió la cabeza mirándonos, y al viejo chocho que estaba con él preguntarnos si habíamos oído hablar del tratado ANZUS, para añadir con voz senil y temblorosa:

—Tienen todo el derecho a estar aquí, ¡así que piraos!

Más tarde, un norteamericano que pasaba en un *cuddy* nos gritó que no sabíamos quiénes eran nuestros amigos, que nos llevaríamos nuestro merecido cuando Kim Il-sung o algún maniaco parecido nos friera el culo, mientras su compañero de pesca nos dedicaba una peineta:

—¡No necesitamos esta islita vuestra! ¡Traidores! ¡Salvaos a vosotros mismos con una flotilla de *wakas*!

Luego recuerdo que alguien tiró un cubo de pintura de color amarillo contra el submarino, que ya tenía un tono yema, y se puso a cantar la letra del famoso éxito de los Beatles, y se le unió un montón de gente. En aquel momento, una lancha de la policía se acercó al Santa Kathrina por detrás sin que nos diéramos cuenta e intentó atar una cuerda a la baranda para poder sacarnos de allí a remolque, pero Amber se encontraba en su elemento y, con un grito de aviso y unas órdenes rápidas, nos escapamos antes de que pudieran hacer el nudo.

—¡Estáis en el lado equivocado de la historia! —les gritó ahuecando las manos sobre la boca.

Al tomar velocidad, el yate dejó una estela intensa a su espalda,

larga, blanca y persistente.

30 DE NOVIEMBRE DE 1983

Anoté la mala noticia de aquel día: «Les Deering, el padre de Amber, herido de muerte», fue todo lo que escribí.

«Papá está muerto», fue lo único que ella misma me había dicho cuando me llamó, seguido de algunos sollozos amortiguados en el silencio que se adueñó del teléfono. Estupefacto, le pregunté dónde estaba y contestó que con su madre, en Cambridge, y que tenía que «llamar a otra gente para informarles», y entonces colgó antes de que yo pudiera preguntarle nada más. Intenté llamarla un rato más tarde, pero la línea estaba ocupada, igual que a lo largo de las horas siguientes, y me pregunté si estaría aún llamando a otras personas o no habría colgado bien, o quizá hubieran separado el auricular del aparato para poder descansar un rato.

Más tarde me enteré de los detalles. Su padre había dejado algunas balas de heno de lado, para que fuera más sencillo moverlas luego, y se había dirigido a coger una de las de arriba cuando una de las de abajo rodó hacia delante y provocó un derrumbe general. El hombre cayó, seguido de algunas balas que le aplastaron el pecho. Una sola bala podía llegar a pesar quinientos kilos, me contó Amber.

—No estaba acostumbrado a las balas redondas —gimió la señora Deering más tarde—. ¿Por qué no se centró en las otras? ¡Son mucho más estables cuando se las apila!

Lo que nunca he sabido, y sigo preguntándome a veces por ello, es si fue la muerte de Les lo que llevó a Amber a sentir de repente que su vida tenía que cambiar. Su fallecimiento, ¿la liberó al fin de su figura y de lo que él pudiera pensar de ella? ¿O simplemente la volvió más temeraria?

13 DE DICIEMBRE DE 1983

Amber se lio la manta a la cabeza y me llamó desde la casa de Stuart, con otras personas en la misma habitación, para preguntarme abiertamente si podía recogerla en Mount Eden y llevarla a Fencourt.

Una yegua debía haber parido tres semanas atrás y, por lo que decía su madre sobre la posición del potrillo, podía haber complicaciones. Su padre había sido siempre el que ayudaba en ese tipo de situaciones, pero como ya no estaba…

Por supuesto, para mí era arriesgado e incómodo ir a buscarla a casa de Stuart —no quería tener que charlar con él, ni mirarlo a los ojos, como si no hubiera pasado nada entre su esposa y yo—, pero obviamente contesté que estaría encantado de hacer lo que estuviera en mi mano en esas circunstancias. Cuando aparqué el Land Rover nuevo (nuevo en cuanto recién comprado, en un concesionario de segunda mano), Amber me estaba esperando fuera y agradecí su discreción, sobre todo porque vi a la enfermera espiándome desde detrás de la cortina. Era clavada a la descripción que me había dado Amber de ella: una matrona severa y pechugona con una mancha blanca de mofeta en el cabello moreno.

Acabamos tardando más de dos horas en llegar a Cambridge a causa de un accidente de moto, la gente de la ambulancia del St John, la policía, los mirones… Mientras avanzábamos con dificultad, Amber dijo acariciándose la mejilla con las puntas del cabello:

—¿Sabes?, mi padre no era una mala persona. Fue un hombre con demasiadas responsabilidades, demasiada gente, caballos, cosas de las que encargarse. Los caballos eran como una familia para él, los alimentaba y ellos eran felices, fáciles… —De repente se pasó el pelo por detrás de la oreja y se restregó la boca con el reverso de la mano —. Pero no creas que no nos quería a Danny y a mí; nos quiso. Por eso no le gustaba la idea de que lo escupieran por «montárselo con tíos». A ver, que sobre el papel es un crimen. —Volvió la cabeza para mirar por la ventanilla y yo le cogí la mano—. No volvieron a hablar antes de su muerte.

»En lo que se refiere a mis sentimientos por papá, no lo sé. A veces lo odiaba y lo quería también…, no es algo que se pueda dejar de hacer así como así. —Hizo una pausa para ajustar los conductos del aire acondicionado, de manera que el frío le diera en la cara a la máxima potencia, y acto seguido se sinceró por primera vez acerca de la situación económica de su familia—. Todo aquello por lo que trabajaron durante tantos años les pertenecía a los dos, claro. Pero por entonces era mucho más sencillo ponerlo todo a nombre de papá. Estaban casados, por el amor de Dios, y ahora mamá tiene que pasar

por esta mierda para demostrar que tiene derecho a quedarse con su propia casa y con su propia cuenta bancaria. ¿Cómo se supone que ha de vivir mientras espera a que todo pase por estos juzgados y sistemas tan estúpidos? Tiene suerte de que esté aquí para ella: la estoy ayudando con un abogado y con lo que necesite para mantener The Stables en funcionamiento, pero, si los dos hijos mayores de Stuart se enteraran, tendrían un berrinche.

Aunque el aire acondicionado estaba al máximo, Amber bajó la ventanilla en un intento de que le llegara más aire.

Para cuando llegamos a la granja, la yegua estaba tumbada de lado y el parto parecía ya bastante avanzado. Tuve que admirar la manera en que Amber se dirigió directa hacia un caballo de ese tamaño, de color marrón oscuro y con la crin y la cola de color negro. Tenía pinta de pesar una tonelada. A saber cómo iba a reaccionar ante un desconocido como yo —un golpe de esas pezuñas bastaría para matar a un hombre—, pero me dejé llevar por el orgullo y avancé a grandes zancadas hacia el grupo, dispuesto a arremangarme la camisa si era necesario.

—No pasa nada, chica, no pasa nada —dijo la madre de Amber para tranquilizar al animal mientras le pasaba el copete por detrás de las orejas crispadas y le acariciaba el cuello, esbelto y marrón. Vi que ya le habían vendado la cola, presumiblemente para que no se interpusiera—. Venga, her-mo-sa.

Sin aviso, algo líquido salió a chorro de algún punto de la parte trasera del animal y me dejó sintiéndome algo indispuesto. En ese momento, el caballo bufó e hizo un esfuerzo por ponerse en pie, pero acabó bajando el morro hacia un trozo de suelo árido; no había en él una sola hoja de hierba, pero no dejaba de arrancar con los labios matas de nada en una inquietante imitación de sí misma. Mientras la señora Deering le dedicaba palabras de ánimo, la yegua dejó de moverse y, de repente, le cedieron las piernas. La pobre criatura parecía medio muerta, tumbada de lado.

Entonces, la señora Deering se puso en cuclillas junto a las ancas de la yegua y pareció dirigirse al potrillo que había en su interior:

—Déjate de holgazanear. Venga. ¡Sal! —le ordenó con firmeza, pero también con suavidad.

Cariñosa, Amber rodeó a su madre con el brazo.

De golpe, la yegua comenzó a proferir un sonido grave parecido al rumor lejano del trueno que se va acercando cada vez más. Después de lo que pareció una eternidad, comenzó a asomar un saco blanco con unas piernas desgarbadas.

—Tranquila, tranquila, chica... —la tranquilizó la señora Deering bajo la mirada de Amber, y a continuación añadió—: Oh, mira, será gris. ¿Quién lo iba a decir? Bueno, bueno. Vamos a rematar esto. Los dos están reventados y yo también —murmuró con expresión concentrada.

No obstante, pese a aquel inicio tan prometedor, tuve la sensación de que la cosa dejaba de progresar y, sinceramente, me costó incluso seguir observándola. Las patas del potrillo eran tan delgaduchas y blancas (por algún motivo, en el mundo de los caballos llaman al blanco «gris») que era como si unos huesos asomaran desde el interior de la yegua.

—¡Cuidado, mamá! —la advirtió Amber de repente, y no supe si con ello quería decir que su madre se arriesgaba a hacerse daño o si podía hacérselo al caballo.

Con la destreza que da la experiencia, la señora Deering se puso a tirar del potrillo, sabiendo por instinto cuándo debía tomárselo con calma y cuándo debía mostrarse más contundente. Era una verdadera profesional, vaya que sí; lo gestionó muy bien y el potro acabó por rezumar del interior de su madre, las orejas caídas, el pelaje empapado de manera uniforme y de un blanco deslucido. El vientre de la yegua se desplomó y la piel quedó suelta. Aunque, cuando se lo comenté, Amber se limitó a soltar una risita y dijo que tenía que ser así, que el tiempo ya se encargaría de devolverlo todo a su sitio.

—¿No es alucinante? ¿No te parece un milagro? —me preguntó Amber con entusiasmo casi infantil—. En menos de una hora se pondrá en pie y antes de dos ya estará trotando, preparado para la vida. ¡Mucho más rápido que nosotros!

Aquel día, durante el viaje de vuelta, no nos dijimos nada, pero nos dimos la mano y ella dejó descansar la cabeza sobre mi hombro durante todo el trayecto. El amor que nos unía era demasiado intenso, y ninguno de los dos podía hablar. A veces nos apretábamos la mano con fuerza, como si fuera nuestra manera de expresarnos, de contarnos el amor y hacernos unas promesas que estábamos decididos

a mantener. Decirlas en voz alta no hubiera sido lo mismo bajo ningún concepto.

Piedras robadas

Hoy nos hemos dirigido hacia el extremo occidental de la isla, donde uno deja atrás toda la blancura de la Antártida para entrar en un reino de negrura carbonizada. Las almohadas de lava se han ido apilando con el paso del tiempo en montículos inmensos que son como restos chamuscados; algunos están forjados con tan poca fortuna que te llevan a pensar en cuerpos quemados e irreconocibles. Los pingüinos de Adelia se esfuerzan por construir sus nidos allí con piedrecitas y guijarros, pero estos son escasos y se han convertido en objetos de deseo, igual que los diamantes para los seres humanos. Durante el cortejo, el macho propone matrimonio inclinándose ante la hembra de su elección con una de esas piedras preciosas en el pico y, si ella lo acepta, se emparejan de por vida. Se sabe que el pingüino macho de Adelia puede robar la piedra de otro nido a fin de ganarse el corazón de la pareja que ha elegido, cosa que Raoul ha captado esta tarde con la cámara. La naturaleza parece haber entendido hace mucho tiempo que solo tenemos una oportunidad de ser felices en esta vida. Quizá haya en ello un mensaje para mí, puesto que le robé esa oportunidad a otro hombre.

La pasión

Navidades de 1983

Amber y yo las celebramos cada uno con nuestras respectivas familias. En el caso de ella, eso implicó pasarlas con su madre (que no podía abandonar la granja de sementales un solo día, ya que los caballos necesitaban que los alimentaran y atendieran en todo momento) y con Danny, que había volado desde Londres. Los tres hijos de Stuart habían venido a pasar unos días con él, así que Amber sintió un gran alivio al poder escaparse a Cambridge y a la campiña. Por lo que a mí respecta, pasé las Navidades en Ponsonby con mi madre, mi padre, Vicky y su marido de gimnasio. Lo curioso fue que, de algún modo, no me preguntes cómo, mi madre se dio cuenta de que yo iba en serio con alguien y me acorraló a la primera oportunidad que tuvo:

—¡Es amor, lo veo!

Incluso llegó al extremo de regañarme por no haber traído «a esa persona especial» a casa para que pasara la Navidad con la familia, por ser egoísta y poner «el arte» por delante de «la vida», por no comprometerme y tal. Si lo hubiera sabido...

2 de enero de 1984

Tampoco pudimos pasar juntos la Nochevieja, ni el día de Año Nuevo, pero el día 2 sí, al fin. Nos encontramos en la ciudad para tomar algo en la taberna Shakespeare y estuvimos hablando mucho rato sobre nuestras resoluciones y la manera en que podríamos vernos de manera más habitual. También saqué a colación algunos planes de futuro que tenía para nosotros. Coincidimos en que las cosas eran difíciles, pero los dos apuntábamos en la misma dirección. Todo ello sin mencionar a Stuart, aunque intuí que el hecho de que todos sus hijos hubieran venido recientemente implicaba que el fin estaba cerca. Acto seguido,

como si esa corazonada fuera cierta, Amber me preguntó, por primera vez desde que habíamos pasado a ser algo más que amigos, si no me importaría pasar a verlo, casi como si fuera a presentarle mis respetos por última vez. Aquello era mucho pedir e intenté escabullirme, pero al parecer él había preguntado específicamente por mí en los últimos tiempos, y más de una vez. Amber dijo que ya no podía seguir dándole excusas. Era cierto que llevaba siglos sin verlo y quizá ella tuviera razón; cuanto más tiempo pasara sin ir, más sospechosa parecería mi actitud.

Era media tarde y yo pretendía que fuera un visto y no visto. Ya había estado allí antes, montones de veces, pero las cosas habían cambiado desde entonces, claro. Me di cuenta de que Amber estaba en tensión mientras me guiaba; ante la puerta del dormitorio, me acompañó con el brazo para que avanzara solo, sin ella. Aún no había acabado de entrar en la habitación cuando noté un olor inconfundible a orina, que daba un dejo agresivo a aquel aire estancado. Creo que no tenía ni idea de lo cerca de la muerte que estaba Stuart en realidad, o de lo que implicaba estar cerca de la muerte, porque al verlo sentí que me quedaba sin aliento y no pude articular palabra durante unos instantes. La cantidad de peso que había perdido era impactante, había quedado reducido a una especie de esqueleto con piel, y tenía unas ojeras tan oscuras que era como si le hubieran pegado una señora paliza. Quizá te cueste creerlo, pero verlo de aquella manera no me procuró el menor placer. Una cosa era que deseara que se diera prisa en abandonar el escenario cuando estaba lejos de mi vista, y otra muy diferente verlo sufrir con mis propios ojos.

Me quedé en la puerta con un peso en el pecho, cambiando el pie de apoyo, y la señora Grant, la enfermera, acabó por reparar en mí. Me dirigió una mirada recelosa y decidió ignorarme descaradamente. Tardó muchísimo rato en tomarle el pulso, los ojos puestos en su reloj, contando para sí misma, y luego se tomó su tiempo en anotar el registro.

—¿Stuart? —acabé por decir, lo bastante alto como para que me oyera.

—Señor Reeds. Creo que tiene un... —La mujer hizo una pausa y me dirigió un ligero asentimiento de cabeza—. Un invitado.

Al verme, Stuart intentó incorporarse; se puso a golpear a derecha e izquierda con los codos hasta que tiró por accidente unos

frascos de medicinas que había sobre la mesita de noche. A decir verdad, me alegré de poder agacharme y desaparecer de la vista para recoger lo que se había caído; así, durante un momento, pude esconder la cara, que debía de estar llena de culpa.

—Cuánto tiempo… sin verte… —dijo él con voz débil, mientras intentaba aclararse la garganta una y otra vez.

—Demasiado —dije devolviendo los frascos de pastillas a su sitio —. Hacía tiempo que quería venir, pero he estado tan hasta arriba de trabajo…

Durante los minutos siguientes, Stuart tuvo que hacer esfuerzos por respirar mientras me preguntaba qué tal iban mis películas y si lograba llegar a final de mes en aquellos momentos. Casi el tipo de cosas que un futuro suegro preguntaría para averiguar si el posible pretendiente de su hija será capaz de mantenerla como es debido. Le contesté que hacer anuncios de televisión me permitía rodar documentales y me enrollé hablando del proyecto que tenía apalabrado a continuación, pese a que él no me había pedido tantos detalles. Mientras tanto, la señora Grant le había levantado las perneras del pijama a rayas y se había puesto a amasar los músculos marchitos de sus piernas. Unos lunares oscuros moteaban los brazos rollizos de la mujer y, aunque tenía la vista fija en lo que estaba haciendo, yo era consciente de que esta escuchaba con atención cada una de mis palabras. Entonces, Stuart hizo que me diera un vuelco el corazón cuando le preguntó si «no le importaría dejarnos solos». Ella levantó la barbilla, orgullosa, como si no le gustara la idea, pero le bajó la pierna de todos modos, le dio unos golpecitos cariñosos en la rodilla y salió con un solícito:

—Como desee, señor Reeds.

¿Estaba a punto de pedirme que cuidara de Amber por él cuando ya no estuviera? ¿O iba a ponerme una pistola en la sien con sangre fría y decirme que no volviera a acercarme a ella porque de otro modo…? Había fruncido el ceño en gesto de concentración y parecía tener algo concreto en la cabeza, pero existía la posibilidad de que solo estuviera haciendo acopio de fuerzas para hablar.

—Ya es bastante malo —dijo al fin con voz ronca— que mi esposa tenga que estar casada con un moribundo, como para que mi estado tan poco atractivo se prolongue durante tanto tiempo. Huelga decir que esta no ha sido vida para ella.

Fue como si esperara que yo dijera algo y, sintiendo que tenía que llenar ese hueco, intenté tranquilizarlo todo lo posible diciéndole:

—También habéis pasado muy buenos momentos.

Él se pasó algunos segundos asintiendo con la cabeza gravemente.

—Sí, muy buenos momentos, en efecto; momentos maravillosos, exquisitos. Pero lo cierto es que el último capítulo puede cambiar la manera en que un hombre concibe el libro entero. Puede alterar por completo el sentido de ese libro. La manera en que ve a los diferentes personajes, al revisitar después las escenas en su cabeza.

Dijo aquello mirándome a los ojos, con expresión inteligente y firme, como si comprendiera más de lo que pretendía revelar, y sus palabras, algo relacionado con su facundia y generalidad, me dejaron preguntándome si él no se estaría preguntando si... Me lo pregunté y me preocupé, pero me esforcé al máximo por no demostrarlo. Incluso se me pasó por la cabeza que Amber pudiera habérselo confesado todo antes de mi llegada.

—Vive como una esclava para mimar y satisfacer a un hombre que tiene un pie en la tumba. Sin duda eso es pedirle mucho a una mujer tan joven, hermosa y brillante.

Respiré hondo y le dije:

—El matrimonio implica «para bien y para mal, en la salud y en la enfermedad». —Sonó un poco recitado y cantarín, y temí que también poco sincero.

—Hasta que la muerte nos separe —acabó él la frase, para mi bochorno, que yo había dejado a medias.

Me rasqué la nuca y dije con un tartamudeo:

—Vamos, no he dicho nada sobre la muerte. Ya sabes que no me refería a eso.

—Pues claro que no —coincidió él con tono bastante agradable —. Pero nos devuelve a la cuestión de que lo que define a un hombre es su capítulo final. Dime, ¿cómo piensas que va a acabar este?

—¿Este qué?

—Este libro, esta historia. —Sinceramente, me había quedado sin palabras, así que él me ayudó, impaciente, casi con brusquedad—: ¿Qué será de Amber? Como sabes, la dejaré convertida en una viuda muy joven. Solo tiene veintidós años. En la actualidad, hay muchas mujeres de esa edad que ni siquiera están pensando en el matrimonio.

¿Cómo la afectará esta aflicción inconsolable? Sin su padre y en un momento en que, por mucho que no te atrevas a pronunciar la palabra *muerte*, yo tampoco estaré. No quedará ningún hombre en su vida. —Me observó con detenimiento mientras decía esas últimas palabras poco a poco, casi regodeándose en ellas.

—Perdóname por decir esto, pero no creo que Amber sea una de esas mujeres que necesitan tener a un hombre en su vida a cualquier precio.

—Ah, pareces conocerla a la perfección. Igual que yo. —Sonrió y dejó de hacerlo (debería haber un verbo para esa acción) con rapidez; nuestras miradas volvieron a encontrarse con expresión tensa—. La voy a dejar en una situación muy vulnerable, en cualquier caso. Joven, hermosa, afligida. Y, no lo olvidemos, pudiente. —En ese momento se puso a escudriñar unas llagas que tenía en el antebrazo, tocándoselas como si acabara de reparar en ellas por primera vez, antes de levantar la vista de nuevo y dirigirme una mirada penetrante, como si hubiera tenido la intención de hacer que yo me sintiera incómodo—. Hombres sin escrúpulos podrían aprovecharse de ella. Engañarla para que piense que la aman, cuando lo único que amen será su belleza. Su chispa. Sus ganas de vivir. Querrán ponerle la mano encima a ella y a su fortuna.

—Amber no es idiota —dije repugnado ante lo que pensé que estaba insinuando, y dejando que mi voz lo revelara.

—Desde luego, desde luego. Eso no tiene discusión. Pero también tiene unas emociones intensas; de hecho, es una persona que se rige completamente por sus emociones. Si no va con mucho cuidado, estas pueden llevarla de aquí para allá como el viento, sin el menor control, y dejarla quién sabe dónde. Amber puede ser impulsiva, imprudente, impredecible. Sin duda tú mismo habrás detectado esos rasgos en ella… —sugirió ladeando la cabeza con esa misma sonrisa breve. Me costó tragar saliva; tenía la sensación de que la suya era la mano ganadora, pero él prosiguió sin molestarse en esperar mi respuesta—. Y, sin embargo, eso es lo que la convierte en la mujer más hermosa de todas, ¿verdad, Ethan? Como un caballo salvaje que nadie puede domar… Y quien piense que puede hacerlo será un idiota. Hay que ser un idiota para pensar que se puede poseer a Amber.

Daba la sensación de que los dos, tanto él como yo, estábamos bordeando un precipicio; y yo tenía que estirar los brazos a ratos o

levantar una pierna para no despeñarme. En aquel momento tan embarazoso y cargado de adrenalina, Amber entró en la habitación y fue como si de inmediato se hubiera dado cuenta de que las cosas no me estaban yendo bien. Stuart le clavó la mirada unos instantes, se recostó y dijo con escasa energía:

—Quizá yo mismo haya sido un idiota.

Amber lo miró como si no tuviera muy claro lo que había querido decir con eso, pero supiera de manera instintiva que tenía que ver con ella. Intercambiamos una mirada ansiosa. ¿Había hecho lo correcto al presentarme allí? ¿Había hecho lo correcto ella al pedírmelo? Fue como si, en el breve instante en que nuestros ojos se encontraron, los dos hubiéramos expresado nuestras dudas solo a través de ellos, sin tener que decir una sola palabra. Noté que Stuart nos observaba. Con detenimiento. No le había pasado desapercibido.

Amber se había dado cuenta de que él se había dado cuenta, me percaté de ello, y a modo de distracción se obligó a preguntar con un pequeño exceso de alegría si queríamos que nos trajera una tetera caliente. ¿Verde con jazmín, oolong, a la menta, el correoso de toda la vida? Lo último que recuerdo de mi visita de aquel día fue que Stuart se quedó dormido con la improbable rapidez de un actor pésimo. Fue casi como si ya hubiera visto lo que necesitaba ver y hubiera llegado el momento de que yo me largara. A la vez, fui plenamente consciente, y sigo siéndolo ahora, de que las circunstancias bien podían haberme empujado a sentirme paranoico.

La señora Grant llegaba todos los días a las siete de la mañana y se quedaba en la casa hasta las ocho y media de la tarde; era una jornada larga por la que, según me había contado Amber, recibía una buena compensación económica. Y, antes de marcharse cada noche, se aseguraba de que Stuart hubiera vaciado la vejiga y de que se hubiera tomado la pastilla para dormir. Era una mujer responsable, de confianza, a la que le habían encomendado un juego de llaves, e iba y venía con la regularidad mecánica del cuco que entra y sale de un reloj suizo. Durante los ratos en que no estaba en la casa, Stuart permanecía en un sueño profundo, parecía casi inconsciente, y Amber a veces temía que pudiera haberse muerto e iba a tomarle el pulso. Que le tocara la muñeca, incluso que le moviera el brazo, no era

suficiente como para despertarlo, aunque, para su alivio, aquellas falsas alarmas siempre terminaban cuando le encontraba un pulso débil. Yo no dejaba de repetirme que aquello no iba a durar mucho ya, pero a veces me preocupaba que Stuart pudiera seguir así para siempre, en un estado vegetativo en el que permanecería vivo en términos legales, pero como muerto a todos los efectos prácticos. Durante las largas horas de oscuridad, bajo el tictac nocturno, cuando la muerte podía llamar a la puerta en cualquier momento, a veces a Amber le entraba el miedo y no quería que la dejaran sola. Yo siempre hacía todo lo posible por apaciguar sus temores antes de irme a casa. No te voy a mentir, el momento de la separación también era difícil para mí y, después de pasarme unos cinco minutos abrazándola, me obligaba a cruzar el umbral y acometer el peldaño más difícil.

Entonces, una noche pasó. Amber y yo nos abrazamos como de costumbre y ella cerró la puerta con fuerza, tal y como solía hacer por si se daba el improbable caso de que Stuart estuviera prestando atención y llevando la cuenta de mis salidas. Solo que esa vez yo seguía dentro, pues no había encontrado los arrestos necesarios para irme y ella tampoco deseaba que lo hiciera.

En un primer momento, Amber quiso que me quedara para proporcionarle consuelo, tal y como un niño no se puede ir a dormir sin su osito de peluche, pero me avergüenza admitir que volví a quedarme otra noche, y otra, hasta que aquello se convirtió en algo recurrente. Para ser sincero, solo me iba una hora antes de que la señora Grant iniciara su turno de la mañana, pero muy pronto pasó a ser media hora. A medida que la situación se iba normalizando para nosotros, comencé a insistirle en que hiciera cosas que ella jamás hubiera llevado a cabo de otro modo. Era casi como si yo estuviera marcando mi territorio, haciendo que la casa nos perteneciera cada vez más a los dos. Dormíamos (al principio era solo dormir dormir) muy por encima de Stuart, en la habitación de invitados del segundo piso; el dormitorio de él se encontraba en la planta baja y eso interponía dos tramos de escaleras entre nosotros. Puesto que Stuart no podía ni siquiera llegar solo al baño, que estaba a pocos pasos, en su misma habitación, y la casa tenía un tamaño impensable, nos sentíamos completamente seguros. La señora Grant tampoco abandonaba la planta baja, no tenía motivos para ir a ninguna otra parte. Ella jamás habría subido y a él le resultaba imposible. Y, de

todos modos, ¿por qué podría haber querido hacerlo? Lo único que necesitaba era apretar el botón de color rojo de su llamador, el que la propia señora Grant había atornillado a la mesa de noche, justo a su lado, que sonaba con la fuerza suficiente como para despertar hasta a los muertos. Con que lo pulsara una sola vez, Amber ya acudía a la carrera.

Nos sentíamos tan seguros que algo relacionado con la situación, con su dolor y frustración enormes, nos llevó, o llevó a nuestro amor, que de manera indiscutible había crecido hasta convertirse en dominante, a intentar experimentar lo que sentiríamos en caso de estar los dos solos en la casa. Soy consciente de que suena a algo terrible, pero la intensidad de nuestro amor y la pena constante por no poder estar juntos debidamente a causa del anciano agonizante que se había convertido en su marido por culpa de un error chiflado y juvenil, algo que la ley no debería haber permitido, bueno, eso nos dejó ciegos. Ciegos ante lo que estaba bien y lo que no, ciegos ante la aguja demasiado fina y vacilante de nuestra brújula moral. Los dos éramos jóvenes, los dos estábamos terriblemente enamorados y, en consecuencia, nos habíamos trastornado y vivíamos demasiado en el momento presente.

19 DE ENERO DE 1984

Subíamos camino de la habitación de invitados con la intención de interponer aquellos dos pisos con Stuart, de alejarnos todo lo posible y a la mayor rapidez de su piso para adentrarnos en un espacio íntimo y propio. En broma, comencé a quitarle algunas prendas de ropa; dejé su blusa en el escalón superior de la primera escalera flotante y su sujetador en la parte inferior del pilar de la barandilla de la segunda. Mientras subíamos ese último tramo, tiré de la cintura elástica de su falda y, mientras ella intentaba resistirse como si se tratara de una buena sesión de cosquillas, le quité las bragas. Con la misma facilidad, le saqué las sandalias planas, una tras otra. A continuación, ella desnuda del todo y yo del todo vestido, la recosté amorosamente sobre la alfombra blanca y peluda que recorría el pasillo para besarla en la boca, sostenerla contra mi pecho y besar otras partes de su cuerpo. Cuando no pudo soportarlo más, dejé que me apurara para llevar a

cabo lo que necesitábamos hacer con urgencia. Cumplí con mi cometido como si estuviera haciendo una flexión, con los brazos rectos y sus piernas en torno a mí, apretándome, igual que sus brazos. Se mostró muy receptiva, y tuve que taparle la boca con una mano para que no hiciera ruido.

Después de terminar, en la tranquilidad de los momentos posteriores, en esa calma maravillosa que se iba asentando, de repente oí con claridad un crujido a nuestra espalda. Sobresaltado, volví la cabeza con tanta rapidez que fue casi un acto reflejo. Ella no tuvo que hacerlo porque, al estar tumbada sobre la espalda, solo necesitó levantar el cuello algunos grados para ver por encima de mi hombro lo que yo estaba mirando.

Horrorizado como nunca antes, vi que había alguien de pie, a unos metros. No se trataba de la señora Grant, como yo había temido en un principio, sino del mismísimo Stuart, que cargaba todo el peso sobre el bastón de caminar que había clavado al frente, y al que se aferraba con ambas manos y con tanta fuerza que tenía los huesudos nudillos muy blancos. Llevaba puesto el pijama de rayas, tenía un aspecto enfermizo y moribundo, y su rostro lucía una expresión de dolor y horror absolutos ante la constatación plena de nuestra traición. Fue una mueca que no olvidaré nunca; el silbido agudo y frenético que la acompañó mientras su pecho se desinflaba y un hilo de baba le caía por la comisura de la boca. En sus ojos hundidos, el espanto iba más allá de lo terrible. La burbuja mágica en la que estábamos Amber y yo estalló de golpe y, en un instante, nos encontramos en una realidad severa y asfixiante que nos enfrentó a la enormidad de lo que habíamos hecho, y la vergüenza..., la vergüenza fue inimaginable.

Stuart temblaba de forma perceptible, su cuerpo entero no tardó en comenzar a convulsionar, como si estuviera a punto de sufrir un ataque. Después de usar sus últimas reservas de energía para subir y ver por sí mismo lo que estaba pasando, fue como si diese los últimos coletazos, y el bastón se le desplazaba de aquí para allá con violencia. Debían de haberle atraído las diversas prendas de ropa de Amber que habían quedado sobre las escaleras; jadeando y sin aliento, se había esforzado por subir escalón a escalón. La posición en la que nos encontrábamos nos había dejado paralizados. En caso de moverme, ella habría quedado expuesta. Éramos como un signo de exclamación:

Amber y yo, la línea; Stuart, el punto. Entonces, en un súbito estallido de furia, esgrimió el bastón contra nosotros y me dio algunos golpes en la espalda con él. Yo me volví para desviar con el brazo los intentos siguientes, así el bastón y tiré de él con la intención de desarmarlo; me sorprendió la forma en que se aferraba al mango. Necesité una fuerza mayor de lo esperado para arrebatárselo y —sin intención por mi parte— eso hizo que Stuart perdiera el equilibrio y se inclinara treinta grados hacia mí. Mientras el bastón aterrizaba con estruendo en algún punto por detrás de nosotros, vi, en un estado de aturdimiento, e incapaz por tanto de evitarlo, que la delgada figura de Stuart continuaba inclinándose a cámara lenta y de forma cada vez más peligrosa, como si fuera a tirarse a una piscina de cabeza.

Recuerdo el silencio que siguió después de que su cabeza golpeara con fuerza contra el parqué, evitando la alfombra del pasillo por muy poco. Fue tan impactante que Amber salió huyendo, desnuda como estaba, para llamar a emergencias. Más allá de la constatación nebulosa de que nos habíamos metido en un buen lío, me costaba pensar con normalidad; tenía el corazón desbocado, el pecho henchido de miedo, el cuerpo como paralizado, pero, aun así, me acerqué a Stuart. Había quedado bocabajo pero su cabeza estaba vuelta ligeramente hacia un lado, sobre un charco cada vez más grande de sangre, y en un primer momento pensé de verdad que estaba muerto. Era horrible, aquello parecía la escena de un asesinato televisivo y yo era quien lo había matado. No pensé en las consecuencias de darle la vuelta, en la posibilidad de que tuviera una lesión vertebral o de cubrirme de sangre yo mismo, sangre en las manos, sangre en la camisa, en los pantalones, una sangre que era de lo más sangrienta. No dejaba de pensar que las cosas no deberían haber sucedido de aquella manera mientras intentaba combatir la premonición confusa que se cernía sobre mí como una bruma..., la premonición de que no había salida, de que mis padres y el resto de la gente iban a enterarse, de la cárcel. La sangre brotaba de una herida abierta en la frente y le manaba de la nariz, pero aún se oía una respiración irregular, como si Stuart estuviera intentando respirar bocabajo en la bañera, sobre una última pulgada de agua.

Grité su nombre para reanimarlo y le sacudí el hombro, pero él no contestó y yo no supe decir si había permanecido inconsciente en todo momento o solo parte del tiempo, y había fingido estarlo durante

el resto para no tener que vernos ni a mí ni a ella en lo que le quedara de vida. Los servicios de emergencias del St John tardaron once minutos en llegar, lo que me pareció una eternidad, y se lo llevaron corriendo al hospital mientras Amber y yo nos quedamos en casa; en su casa, quiero decir. En circunstancias normales, ella se habría subido a la ambulancia para acompañarlo, y los paramédicos medio esperaban que lo hiciera, pero ¿qué elección tenía?

Mientras la sirena se desvanecía a lo lejos, Amber se quedó con la mirada fija en el parqué, en las largas líneas de sangre que corrían por las grietas, a lo largo de los tablones. La alfombra ya estaba empapada, y ella se sumió en un estado de pánico absoluto.

—Oh, Dios mío… ¡¿Qué he hecho?! ¡¿Qué vamos a hacer?!

—¡Tenemos que limpiarlo! —grité, porque yo también había caído presa del pánico—. Eso es lo primero.

—¡No, si lo hacemos parecerá que tenemos algo que ocultar, como si hubiéramos limpiado la escena de un crimen!

—¡No podemos dejar la sangre así, por todas partes! ¿Qué impresión va a dar… si se muere?

—¡Déjala! —gritó ella al ver que intentaba enrollar la alfombra —. Le pediré a la señora Grant que se encargue cuando venga mañana. Así no parecerá que estamos intentando esconder algo.

—Ella no debería enterarse. Deberíamos fregar nosotros la peor parte.

—Tiene que oír nuestra versión primero, en caso de que Stuart le cuente algo —intentó razonar ella.

—No se acordará. No lo hará —insistí—. Ha sufrido un traumatismo craneoencefálico. Parecerá igual de raro que no limpiemos nada.

—No lo sé. —Amber se tapó la cara con las manos y acto seguido comenzó a tirarse del pelo, desesperada.

—Hagamos jirones la alfombra y quemémosla —sugerí—. Así no parecerá que haya sangrado tanto.

—No. Lo meteremos en una bolsa de plástico y la dejaremos aquí mismo, en el vestíbulo. Los paramédicos ya la han visto.

—Pero ellos no saben nada de nosotros. La señora Grant… asumirá lo peor.

Amber miró a su alrededor, temerosa pero indecisa.

—Es culpa mía —me apresuré a decir—. No quería…, ¡joder!

—Yo soy su esposa —dijo ella medio para sí misma, apretando los labios—. Soy yo la que debería haberse negado.

Lo siguiente que supe fue que los dos estábamos a cuatro patas, el uno al lado del otro, limpiando la sangre. Por momentos teníamos que cerrar los ojos, porque era repugnante; aquel olor débil a metal, el ruido que hacían las esponjas empapadas cuando las escurríamos en el cubo. Entonces ella dijo:

—Tenemos que contar la misma historia. Tú y yo. En caso de que la policía nos interrogue por separado.

Dejé lo que estaba haciendo de inmediato para intentar pensar, apenas lograba hacerlo, y acto seguido elaboré una «explicación oficial» con toda la confianza que pude reunir.

—Los dos estábamos en el piso de arriba. Yo había venido de visita. Stuart subió las escaleras y se cayó. Eso es todo. Debe ser sencillo.

—¿Y qué estábamos haciendo? —preguntó ella con voz temblorosa por el miedo.

—Hablando. ¡Estábamos hablando!

—¿De qué?

—¡De lo que sea! ¡Eso no nos lo preguntarán!

—¡Quizá sí! ¿Cómo sabes que no lo harán?

Me puse en pie y comencé a pasearme de un lado al otro, frenético.

—Estábamos hablando de él. De Stuart. Tú no querías quedarte sola. Tenías un miedo mortal a que pudiera morirse. Por eso me quedé a hacerte compañía. Y entonces Stuart subió y lo vimos caerse. Los dos lo vimos caerse. Desmayarse. Caerse.

—¿Cómo acabaste cubierto de sangre? —Se me acercó, señalando todas las partes que me había manchado, las manos, la parte frontal de la camisa, la rodilla de los pantalones, el reborde de goma de los zapatos de verano, hasta pringar la tela.

—Intenté ayudarlo. Tú llamaste a emergencias. No digas nada más.

—Si se muere y vas a la cárcel..., ¡no sé qué voy a hacer! —Se puso a correr de aquí para allá. Yo no sabía qué pretendía lograr con eso, y no tengo muy claro que ella lo supiera, así que la sujeté con un abrazo de oso. Necesitaba tranquilizarse, enfrentarse a lo que pudiera llegar, fuera lo que fuese—. ¿Y si lo recuerda? Entonces ¿qué? ¿Eh? —

Intentó liberarse de mi abrazo.

—Lo negaremos. —La estreché con más fuerza y solo reduje la presión cuando ella dejó de resistirse—. Lo negaremos de plano. Le diremos que no fue más que una pesadilla. Nos reiremos ante la mera idea. ¡Diremos que la medicación lo hizo alucinar! —No me atreví a añadir que quizá no pasaría del amanecer.

Stuart se quedó ingresado en el hospital y nosotros pasamos toda la noche despiertos en aquel pasillo siniestro, repasando una y otra vez lo que íbamos a decirle. O lo que íbamos a decir y hacer para contrarrestar cualquier posibilidad. La de que se lo contara a la señora Grant. La de que se lo contara a Tanya. La de que se lo contara a sus otros dos hijos.

A primera hora de la mañana dejé a Amber en el hospital y, cuando pasé a ver cómo estaba a última hora de la tarde, me enteré de que, llegada aquella fase, la unidad de cuidados intensivos había recomendado cuidados paliativos. «Ayudarlo a morir», fue la fórmula que utilizaron. Y, puesto que ella no iba a permitir de ninguna manera que Stuart muriera en un centro médico, se lo llevó de vuelta a casa. De hecho, quizá eso sucediera al día siguiente, tanto da. El caso es que Amber me informó de que a partir de entonces Stuart iba a beneficiarse durante las veinticuatro horas del día de los cuidados de la señora Grant, que, por tanto, se quedaría a vivir con ellos día y noche, y de que no era buena idea que yo siguiera yendo a la casa, era mejor que ella se encargara de todo hasta el final, para no comprometerme más.

Pensé que las cosas no podían empeorar, pero me equivoqué. A partir de aquel momento, Stuart no habló, no comió, tampoco abrió los ojos. Siento la tentación de decir que se negó a hablar, se negó a comer, se negó a abrir los ojos, pero no puedo estar seguro al cien por cien de que contara con la capacidad de hacer esas cosas; tengo el pálpito de que por un momento podría haberlas llevado a cabo en cierta medida, pero decidió no hacerlas. Por tanto, la señora Grant le administró un suero, lo que al parecer fue suficiente para mantenerlo hidratado y alimentado. No volvió a ponerse en pie, a comer, a beber por sí mismo, tampoco con la ayuda de nadie. La señora Grant optó por usar una bacinilla y pañales para adultos, pero, puesto que Stuart no consumía nada que no fuera por vía intravenosa, bueno, en realidad poco había que hacer en ese aspecto. Ella se encargaba de

asearlo con una toallita, sin dejarse un solo espacio, y Amber lo secaba y acicalaba. En aquellos momentos, los silencios santurrones de la señora Grant eran a menudo tan malvados como sus comentarios sobre que «la buena gente bajo mi cuidado debe morir de manera digna» y que «en caso de que uno de ellos abandone este mundo un día antes de lo debido, por culpa de una irresponsabilidad o por cualquier otra razón, en mi cabeza eso equivaldría a un asesinato». Todos los hijos de Stuart fueron a verlo en su «lecho de muerte», pero no obtuvieron más respuestas que Amber, y créeme, hubo momentos en que ella se dejó los ojos llorando, suplicándole que por favor le hablara, que la perdonara antes de morir. Sé todo esto porque, cuando llamaba para ver cómo estaba Stuart, ella me lo contaba.

En cierto sentido, eso me procuraba un alivio inefable: no nos había denunciado, ni a ella, ni a mí. Por otro lado, haberle hecho un daño tan grande como para que ni siquiera se despidiera de sus propios hijos, que no les contara la verdad para protegerla, nos provocaba un sufrimiento terrible. Que dejara de luchar para que ella pudiera seguir con su vida era un acto de generosidad, de la bondad altruista de un caballero de verdad. Con aquel acto final, que quizá fuera una estrategia, Stuart había ganado, pensaba yo a veces con amargura, en la larga y dura batalla por Amber.

4 DE FEBRERO DE 1984

Stuart falleció el sábado del fin de semana del Waitangi. Sus tres hijos y Amber se ocuparon de organizar el funeral. Durante esos días fui a dejar alguna tarjeta de condolencia a la puerta de la casa, cosas que no nos delataran en caso de caer en las manos equivocadas. «Mi más sentido pésame, comparto vuestro dolor en estos momentos difíciles», una paloma, una flor de lavanda, una concha en espiral. Estuve esperando casi quince días a que Amber volviera a mí, solo para que me dijera:

—Necesito más tiempo. Por favor, compréndelo. —Para ella no había pasado el tiempo suficiente y para mí ya era demasiado.

—¿Cuánto?

—No..., no lo sé, la verdad.

Necesitaba tiempo. Lo entendí. Y el hecho de que lo pidiera me

llevó a dárselo, pero no mucho después me puse ansioso y comencé a importunarla de nuevo.

—No sé si puedo seguir como antes —murmuró ella—. Después de Stuart.

—Pero él no está aquí, con nosotros, juzgándonos. Estamos solos. ¡Tienes que olvidarte de él! —le imploré.

Amber me habló de su propio sentimiento de culpa y de lo que había hecho mal antes de pasar a comentar el mío. Los dos acabamos perdiendo la cabeza.

—¿Qué son unas pocas semanas, unos pocos meses como máximo, en la vida de un moribundo? ¡De todos modos estaba sufriendo mucho! —Me esforcé al máximo por convencerla—. ¡Quizá ni siquiera se enterara, no más de medio segundo!

Ella evitó mirarme a los ojos.

—Los dos sabemos que no murió por causas naturales.

—¡Fue en defensa propia! No hubo mala voluntad, lo juro. Además, ya se estaba muriendo. ¡Se podría decir que fue una eutanasia! Tú harías que un caballo dejara de sufrir, ¿verdad?

—¡No...! —Me miró horrorizada—. No hables de esa manera de mi difunto marido...

—Por favor, no puedes dejar que se interponga entre los dos. Eso es exactamente lo que intentó hacer.

—¿Te estás oyendo a ti mismo?

Pero Amber tenía sus razones para querer hacer lo correcto de manera póstuma. Stuart se había negado a abrir los ojos cuando ella intentaba persuadirlo de que lo hiciera, pero luego ella tenía la seguridad de que los abría, aunque de manera breve, cuando ella apagaba todas las luces. Como si estuviera recordando lo que había visto y reuniendo el coraje y la fuerza para dejarse morir de hambre durante un día más. A veces yo pensaba que ella se estaba mostrando melodramática y egoísta en su aflicción, que transformaba unos hechos discutibles dejando volar la fantasía. Otras veces, no obstante, pensaba que era muy posible que tuviera razón. Al fin y al cabo, él había pasado por la experiencia del hambre y la tortura durante la guerra, y quizá la hubiera puesto en práctica. Y más de una vez pensé que el cabrón había dado forma a su último capítulo de manera consciente, calculadora y revanchista, para aparecer como el ganador, tal y como había buscado desde el principio.

HUMO

22 DE MARZO DE 1984

Vi la casa en una de esas publicaciones semanales que anunciaban propiedades a la venta. No fue ninguna casualidad que me la encontrara, ya que había estado haciéndome con ellas de manera activa para ver si aparecía. Y aquel día estaba allí. Decidí que era el momento adecuado para ir a verla, al menos como amigo, y dar descanso a Stuart y a todas las cosas malas que habían pasado. Lo primero que me saludó fue la expresión engreída del agente inmobiliario desde el cartel de SE VENDE que habían clavado en el patio delantero, como si aquel territorio ya le perteneciera. Me habría encantado borrarle de la cara esa sonrisa de superioridad. Parecía estar restregándome personalmente el hecho de que Amber estuviera siguiendo adelante con su vida y de que el papel que yo había desempeñado en ella, fuera el que fuese, hubiera quedado vacante.

Entonces hice sonar el timbre una vez, llamé a la puerta sin esperar, acabé aporreándola. Amber tardó mucho rato en bajar, mucho. Había comenzado el otoño, los días se estaban volviendo más cortos; las noches, más frías. Pero, cuando lucía el sol, seguía haciendo un tiempo bastante templado, aunque no fuera el caso de aquel día. Cuando Amber abrió al fin me pareció que estaba tranquila y serena, quizá incluso un poco soñolienta. A su espalda había cajas apiladas contra las paredes, como si todo lo referente a su vida anterior estuviera ya empaquetado y preparado para salir de allí. Supongo que no pensaba quedarse esperando a que cayera el martillo (debería comentar que la casa se iba a vender por subasta). Con solo verle la cara supe que había perdido peso, era evidente, y llevaba puesto un abrigo largo de color rojo frambuesa con el que no la había visto nunca, como si se hubiera arreglado para ir a algún sitio bonito.

—Hola —dijo con voz débil, y no me invitó a entrar.

En su lugar, cerró la puerta con cuidado tras de sí, atravesó la

mitad del camino de acceso y fue a sentarse sobre el capó de su pequeño Toyota. Y entonces lo entendí. Estaba con alguien. Sí, de golpe se volvió algo de lo más evidente, sus mejillas tenían aquel rubor que yo conocía tan bien. Me di cuenta de que no se sentía cómoda, allí fuera, conmigo, y eso se debía a que había alguien dentro de la casa esperando a que ella me despidiera. Por eso se había levantado el cuello del abrigo y lo mantenía cerrado con ambas manos, para ocultar las señales de color rojo. Era casi como si lo llevara puesto; el aroma de aquel hombre la abrazaba con fuerza, envolvía su intimidad. No me lo pude creer. ¿Cómo podía estar saliendo con alguien cuando había pasado tan poco tiempo desde la muerte de Stuart, tan poco tiempo desde MÍ? Bueno, para serte sincero, lo cierto es que SÍ que me lo creí. Después de que se enamorara de Stuart, ¿cómo podía haber esperado otra cosa de una cazafortunas como ella?

—¿Cómo estás? —me preguntó bajando la mirada para rascarse la manga.

—Fatal. —No hice ningún esfuerzo por esconder el dolor profundo que sentía. Ella no dijo nada—. ¿No es un buen momento para ti? —le pregunté dejando salir el sarcasmo.

—No, no lo es. —Su voz sonó bastante sincera—. Han pasado muchas cosas.

—Me ha parecido notarlo —dije con tono cortante, y ella ni siquiera intentó negarlo.

Entonces, sin mirarme, dijo:

—Primero, me estoy peleando con los herederos de Stuart, esta vez incluyendo a Tanya.

—¿Se van a quedar con la casa?

—Se está poniendo feo, pleitean por todo. La casa, las inversiones, el barco, las carteras de alquileres, las cuentas bancarias, los bonos, los enseres... Han congelado sus activos. No quiero hablar de eso. Y mi pobre madre necesita dinero. Tengo que ayudarla como pueda. Si el dinero por mi lado está retenido, si no hay flujo de efectivo..., por eso tengo que hacer lo que tengo que hacer.

En aquel momento sumé dos y dos, y comencé a temer que estuviera con aquel tipo nuevo, fuera quien fuese, por dinero. Yo ya había sospechado que no estaría dispuesta a abandonar aquel nivel de vida si se daba el caso. Y, si en aquel momento tenía que lidiar con su

madre, era algo evidente, que caía por su propio peso.

—Eso no es lo peor. Antes de morir papá, entre mamá y él..., pasó algo malo de verdad. —Llegado ese punto apenas podía reprimir las emociones y tardó unos instantes en proseguir. Yo ya no estaba para hacerle carantoñas, me limité a esperar que fuera al grano y anunciara que me había dado calabazas por Ricachón Número 2—. La dejó embarazada..., fue un accidente, pero ella tiene cuarenta y ocho años. Su vida corre peligro.

—Oh. Vaya. —Me rasqué la cabeza—. ¿Ha considerado la posibilidad de...? Ya sabes. Estoy seguro de que las personas que deciden esas cosas... lo aprobarían.

—Dios, no. Antes preferiría morirse. —Me miró como si yo fuera un monstruo—. Ya corre peligro de perderlo..., tiene que permanecer tumbada gran parte del tiempo, un tiempo del que no dispone, o podría sufrir una hemorragia. —Se quedó con la mirada perdida en algún punto a mi espalda y dijo impasible—: No quiero perder a mamá.

Creo que fue entonces cuando me dispuse a abrazarla, pero ella estiró el brazo para detenerme con firmeza, como si fuera una señal de «Se ha acabado, colega». Aquello me demostró sin lugar a dudas que mantenía una relación íntima con el otro tipo, y que este había pasado a ser el encargado de consolarla.

Cuando volví a llamar, un tiempo después, el teléfono ya estaba desconectado. ¡Lo sabía! Debía de haberse mudado con Ricachón Número 2. Tenía la percepción de que se lo había agenciado a causa de lo desesperado de su situación. ¿O me engañaba a mí mismo? La muerte de Stuart... ¿había sido el momento de la verdad para mí? Durante todo el tiempo que había pasado a su lado siempre asumí que, cuando Stuart muriera, yo sería el siguiente en la cola. Pero, ahora que el puesto había quedado vacante, la historia estaba siendo muy diferente. Quizá ella había sabido en todo momento que yo solo era una fase de transición y que, en cuanto Stuart quedara oficialmente fuera de su camino, iría a por otro rico, con un estatus social parecido.

El dolor se convirtió en indignación, volvió a asentarse como dolor y a continuación se destiló en forma de rabia silenciosa. Necesitaba escucharlo de su propia boca, tendría que mirarme a los ojos y decirme que ya no me amaba ni me quería. El problema era que

no tenía ni idea de dónde vivía junto a su nuevo proveedor de lujos. Tenía el pálpito de que sería en uno de aquellos barrios residenciales que llevaban a los agentes inmobiliarios a cantar: «¡Ubicación! ¡Ubicación! ¡Ubicación!». Quizá se había ligado al exsocio de Stuart… ¿O a algún vecino rico de su misma calle? ¡No me extrañaría nada! No tardé en comenzar a fijarme en todas las casas ricas junto a las que pasaba, imaginándome lo que haría si la veía pasar tras alguna de sus ventanas.

Al final no pude aguantar ni un minuto más y llamé a su madre para pedirle por favor el nuevo número de Amber. Ella, la señora Deering, vaciló hasta extremos irritantes, pensando quizá que, si me lo daba, yo causaría problemas. Desesperado, balbucí algo como que ya lo tenía en alguna parte, pero no lograba recordar dónde.

Hubo otra pausa, esa vez más corta.

—Su número es el que acabas de marcar. Ha vuelto a casa por un tiempo, tengo un pequeño problema de salud. —Al parecer, no sabía que yo sabía lo de su embarazo. ¿Estaba Amber de verdad allí? ¿O la señora Deering lo decía solo para despistarme?

—¿Puedo hablar con ella, por favor?

Mi corazón se llenó de duda y recelo, hasta que en efecto oí que Amber decía algo al fondo. Siguieron treinta segundos amortiguados, durante los que la señora Deering mantuvo la mano sobre el auricular, pero Amber no había acudido hacia el teléfono por propia voluntad, no se había peleado para arrancárselo a su madre de la mano, debía de estar haciéndole señas de que no quería hablar conmigo. El sonido se aclaró y regresó la voz de la señora Deering.

—Por favor, Ethan. Una viuda de luto necesita tiempo. Por el amor de Dios, que Stuart falleció el 4 de febrero. Amber ha perdido diez kilos desde entonces. Lo apropiado es que un joven… espere, la decencia dicta que un año. Así es como se hacen las cosas por aquí. —Era evidente que estaba molesta por mi llamada, la voz le temblaba de rabia. Después de una despedida brusca, si se la puede llamar así, colgamos los dos.

Golpeé el teléfono público con tanta fuerza que este escupió las monedas. Que esperara hasta el 4 de febrero de 1985… ¡Tenía que estar de broma!

Consideré la posibilidad de ir a The Stables de todos modos para defenderme ante Amber, sin que me importara lo que pudiera decir nadie, pero, cuanto más lo pensaba, menos quería que ella acabara estallando delante de mis ojos. En cierto modo también me iba bien, eso de dejarla en paz durante un tiempo, para que sintiera una menor animosidad hacia mí, para que me culpara menos por Stuart y por todo lo que había salido mal. Dejaría que se tranquilizara mientras me centraba en mi carrera, de modo que, cuando encontrara el momento de visitarla, me hallara en una situación profesional mucho más sólida. Mientras tanto le daría la oportunidad de echarme de menos de la misma manera en que yo la echaba de menos a ella. Por supuesto, seguí pensando en ella, preguntándome cómo le iría la vida de nuevo con su madre. Preguntándome cuándo daría a luz la señora Deering y, al cabo de unos meses, si ya lo habría hecho. ¿Y qué había tenido Amber, un hermano o una hermana? El hecho de sostenerlo entre los brazos, ¿haría que Amber sintiera deseos de ser madre también? ¿O el bebé de su madre satisfacía de manera poco natural cualquier necesidad que hubiera podido sentir de tener su propia familia? Me preguntaba una cosa y me preguntaba la otra, y por ello me zambullía en el trabajo cada vez que me pedían que rodara un anuncio, lo que me otorgaba varias semanas de alivio entre la pre y la posproducción.

Durante todo ese tiempo, no salí ni tonteé con nadie, estuve demasiado absorto en mi trabajo como para darme cuenta siquiera de que había otras mujeres sobre la faz de la tierra. Y era consciente de que, en caso de que Amber y yo volviéramos a estar juntos, ella me lo preguntaría y yo quedaría como un cabrón en caso de haberlo hecho. La cuestión era la siguiente: ¿sabía acaso cómo llamar o pensar en lo que era… aquello? ¿Una separación? ¿Una ruptura? ¿Un periodo de luto oficial? ¿Un tiempo muerto? ¿O se trataba de un plan elaborado por parte de Amber con la esperanza de que, al cabo de un año, yo estuviera menos inclinado a ir y matar al otro tipo?

Pero no lo negaré. Hubo momentos en que con toda sinceridad hubiera preferido aguantar veinticuatro horas tumbado en una cama de 1.111 clavos que seguir esperando a que pasara ese «plazo tradicional de un año». A veces dudaba seriamente de Amber y pensaba que estaba tratando de confundirme. ¿Qué había dejado de

hacer yo por ella, en nombre del amor? Alguna vez hasta le pedí a Dios no haberle puesto nunca los ojos encima para comenzar. Pero, incluso cuando sentía esos deseos, al caminar por la ciudad entreveía a alguien con su mismo color y textura de pelo, o con un cuerpo tan esbelto como el suyo, bueno, o que se le acercara lo suficiente, y la recreaba por partes en mi mente como una especie de doctor Frankenstein en un intento desenfrenado por devolverla a la vida.

4 DE ENERO DE 1985

Era la época de las rebajas posnavideñas y de todos los restos que nadie había querido, un bosque exhausto de árboles artificiales de hoja perenne, de multitud de adornos que no habían inspirado a nadie. Casi todo estaba rebajado y, por primera vez en mi vida, pensé que estaba ahorrando dinero al gastarlo, incluso con productos que no eran realmente baratos. Aquel primer almacén se parecía más a un hangar aeronáutico que a una tienda; las cosas se apilaban a gran altura sobre las estanterías o las habían tirado en cubos de saldo para que el comprador hiciera todo el trabajo, pero a cambio no sentías la presión del «¿En qué puedo ayudarle?». Desde que se permitía la importación se había producido una avalancha de productos inauditos. Tumbonas con forma de plátano, persianas de mimbre, cojines decorados con zanahorias, radios que eran pelotas de fútbol, vasos de whisky con bigote..., básicamente era algo de lo más entretenido para la vista y, mientras no compraras aquellos artículos tan extravagantes, te llevabas el placer adicional de pensar que eran los demás quienes tenían mal gusto.

Estaba echándole un vistazo a unas maletas, de aquellas con las que te dejabas la espalda en los tiempos previos a las ruedecitas, de camino hacia la sección infantil, ya que unos meses antes (el 22 de octubre de 1984, para ser más exactos) mi hermana había dado a luz a un saludable bebé de cuatro kilos y cien gramos llamado Iosif Maksim Zimnyakov («Joey», para acortar, y no pienso escribirlo con «I» porque «Ioey» me parece una patochada). Nik, mi cuñado, estaba como unas pascuas y había comenzado a ejercer de entrenador en la maternidad, metiéndole cucharillas en los puños diminutos y apretados para que el bebé fuera haciéndose al remo. No, no es broma.

Había pasillos suficientes como para que costara muy poco perderse, pero acabé encontrándome frente al de bebés... y ante el inconveniente del exceso de oferta. ¿Qué demonios podía comprarle al pequeñín? El greñudo oso de peluche de un metro de altura no me pareció mal, y tomé nota mental de aquella posibilidad cuando, por primera vez en siglos, me di cuenta de que mis ojos no se estaban fijando en un trozo de Amber, sino que se trataba de la versión al completo. ¡De verdad que sí! De la cabeza a los pies, a una plancha de distancia, vestida con un chándal de color rosa y doble raya en los laterales, revolviendo los objetos de una estantería inferior.

Me acerqué un poco más y medio dije, medio pregunté incrédulo, como para tranquilizarme a mí mismo de que no estaba perdiendo la cabeza:

—¿Amber?

Al levantar la vista y mirarme, en un primer momento se sobresaltó, y acto seguido se sonrojó.

—Oh, vaya. Hola.

—Hola —repetí como en un eco.

Sin creerme aún la suerte que había tenido, le expliqué de inmediato, y es probable que durante demasiado rato, lo que estaba haciendo en la sección infantil.

Ella suspiró y me contó que su madre la había mandado a pillar algunas cosas para el bebé, ya que darle el pecho la estaba drenando «al máximo». Me dijo que no salía de la casa, que había mañanas en las que ni siquiera salía de la cama. Y así, inesperadamente, como por arte de magia, los dos encontramos un punto en común, pues estábamos haciendo casi lo mismo: compras para un bebé que no era nuestro. Irónica y romántica, eso fue; embarazosa pero sentimental, la posibilidad entre un millón de que nos encontráramos allí, como unos futuros padres. El mensaje estaba escrito en mayúsculas sobre nuestras cabezas, ella también lo vio, tendría que haber estado ciega para que no fuera así, y, aunque hizo todo lo posible por mostrarse despreocupada, no me engañó. Sintió lo mismo que yo, estaba convencido de ello. Puesto que el bebé de la señora Deering había nacido un par de meses antes que el de Vicky, Amber consiguió que la conversación siguiera un rumbo seguro: el desarrollo temprano del cerebro, una buena capacidad motriz y así hasta que cogí un juguete para distribuir formas.

—¿Por qué es tan pedagógico enseñarle a una mente joven que no se puede cuadrar el círculo? ¿U ovalar el pentágono? —pregunté.

Ella puso los brazos en jarras.

—Primero hay que conocer las formas; de otro modo, ¿cómo sabrías que has trascendido los bordes? Además, la naturaleza pretende que haya formas, que las naranjas sean esféricas, que las estrellas de mar dibujen un pentágono, que las abejas formen hexágonos. —Miró a su alrededor, cogió un caballo de palo y lo hizo girar en el aire—. Siempre pensé que esto era una barbaridad, como una cabeza clavada en una lanza. —Se rio y, tras pensárselo un poco, escogió en su lugar un caballo de balancín y dijo con seguridad—: ¡Nunca se es demasiado joven para cabalgar!

—Deja que te lo lleve.

—No hace falta.

—Pesa mucho.

—Soy fuerte.

De camino a las cajas nos topamos con unas sillas y mesas de exterior, sombrillas desplegadas y un montón de barbacoas que habían acorralado a un pequeño grupo de tumbonas. Por darse el gusto, Amber fue a probar una de estas, se recostó haciendo fuerza con las piernas, los brazos recogidos detrás de la cabeza como si estuviera tomando el sol. Seguí su ejemplo, me tumbé en la tumbona contigua, cuyo reposabrazos tocaba el de ella. Fue como un sueño, los dos juntos en la versión de prueba de un hogar, un fragmento acogedor del ámbito doméstico oculto y a salvo en el interior del espacio colosal de la tienda, como la escena que se vería en un teatro después de que se abrieran las cortinas de terciopelo. Y pude saborear una pequeña muestra de lo que sería estar los dos juntos en algún lugar que nos perteneciera. Gracias a la cocina y los cuidados de su madre, Amber tenía un aspecto mucho más saludable que la última vez que la había visto. Había recuperado algo de peso y se la veía bien. También se mostró animada al contarme el parto de su madre. Y aunque asentí un montón con la cabeza, me temo que no entendí todas aquellas cosas sobre contracciones, segundos y centímetros. Se me escapaba el significado de aquella correlación numérica, pero entendí el meollo del asunto: cuando el bebé sale, a la madre le duele.

—Mamá ha sido tan... valiente. El bebé es precioso. Pero a veces es difícil. Mamá es consciente de que nunca conocerá a papá. —Se

detuvo por un instante para morderse el labio, pero acto seguido se sacudió aquella emoción con un movimiento de la mano—. Estoy bien. —Se rio de sí misma—. De verdad. Y me siento muy feliz por mi madre. La ha llamado Gracie, Gracie Aimée Deering. El segundo nombre significa «amada» en francés, para que nunca dude que lo es, pese a la situación en la que vino al mundo…, con mamá viuda y todo eso.

Aquella emoción tenía que ver con el fallecimiento de su padre, pero mis entrañas me dijeron que una pequeña parte también estaba relacionada conmigo…, que sus sentimientos hacia mí distaban mucho de estar muertos.

Debí de acertar con el pálpito, porque dos días después, un domingo, me llamó por sorpresa para invitarme a cenar a The Stables. Eran como las tres de la tarde y me preguntó si podría estar allí a las seis. ¿Debía atreverme a esperar que quizá, solo quizá, estuviera preparada para volver a salir conmigo? Fue como recibir la libertad condicional por buen comportamiento cuando ignoraba que podía solicitarla. Pero cuando llegué, con una botella de vino tinto en la mano, se me ocurrió por primera vez que Amber había sido el funcionario de esa libertad condicional, no su madre, desde luego. La señora Deering interceptó el vino y lo dejó en una mesa lateral, donde nadie volvió a tocarlo. Había ganado unos seis kilos por culpa del bebé y parecía cansada y malhumorada, con toda probabilidad también por culpa del bebé. Pero, por encima de todo, parecía disgustada por verme cerca de su hija. Ay, señor, me di cuenta de que, en su opinión, aquella visita era prematura. Es más: el hecho de que hubiera tenido un bebé tan tardío hacía que la señora Deering se comportara como una doña angustias ante cualquier cosa. «Ten cuidado al cerrar la puerta, que el bebé duerme»; «No dejes que entre el gato, que podría asfixiar al bebé» y «¡Chis!», decía ante cualquier palabra que no hubiéramos susurrado o cualquier paso que no hubiéramos dado de puntillas. En aquel silencio tan anormal, ¡hasta la caída de un alfiler habría sonado como la explosión de una bomba!

Pese a todas aquellas precauciones, el bebé no tardó en despertarse de todos modos y se puso a llorar al otro lado de la casa (yo me alegré, porque al menos podríamos respirar). Entonces, como si confrontara a su madre, Amber me tomó del brazo y dijo que «ya era hora» de que yo conociera al nuevo miembro de la familia. Creo

que quiso tratarme como a un buen amigo, posiblemente su futuro novio, tanto si le gustaba a su madre como si no. Así que me condujo a algún lugar fuera de la vista de su madre, y ese lugar resultó ser el dormitorio de la señora Deering, donde la cuna del bebé estaba pegada a una cama enorme de armazón de madera. Pero la mujer debió de pensar que necesitábamos una carabina, porque nos siguió furtivamente.

—Oh, no. No, no, puede haber traído gérmenes de Auckland... ¡Gracie podría pillar algo!

Eso hizo que Amber pusiera los ojos en blanco y replicara algo sobre los peligros de mantenerla dentro de una burbuja estéril durante toda su vida. De verdad que yo no quería provocar ningún problema. Ver a un bebé necesitado de que le cambiaran el pañal (tal y como me indicaba mi nariz enfáticamente) no era tan excitante. Y lo siento, pero, con sinceridad, igual que a la mayoría de los hombres, ni siquiera un bebé que no necesitara de un cambio de pañal me parecía tan excitante.

Regresé al salón de estilo rústico y ofrecí mis respetos a la sociedad estática de fotos enmarcadas mientras intentaba bloquear los chillidos penetrantes del bebé, con toda posibilidad el sonido más insoportable que haya llegado a un oído humano. Gracias al cielo se detuvo en algún momento, pero entonces pude identificar la voz de la señora Deering, amortiguada porque la puerta estaba cerrada, pero aun así reparé en su tono de reprimenda, no había posibilidad de error al respecto. Tuve la sensación de que Amber no le había contado a su madre que yo iría a cenar, o quizá solo se lo había dicho cuando yo ya estaba de camino. Cogí un marco pesado de peltre con un retrato de familia de los señores Deering cuando eran más jóvenes. Estaban sentados en la escalera de entrada a la casa con el traje de gala de los jinetes; un mini-Danny delgaducho sostenía una fusta, y Amber, un bebé angelical, parecía a punto de echarse a berrear por culpa del flash. Al examinar el rostro severo y resuelto del señor Deering descubrí que proyectaba el pecho casi como un gallo, como si se tomara a sí mismo y sus deberes familiares con demasiada seriedad. Era triste que nunca tuviera la menor idea de que iba a ser padre otra vez, de un bebé que solo se presentaría cuando él ya se hubiera ido.

Al cabo de un rato, oí un ruido de pasos que se acercaban y Amber y la señora Deering hicieron como que no había nada fuera de

lugar y yo hice como que me las creía y ellas hicieron como que se creían que yo me las había creído, cuando ninguno de los tres se había creído nada. Había visto que, al entrar, Amber tenía la mirada baja y la señora Deering había evitado la mía. La verdad es que tuve que preguntarme —y no por primera vez— qué le había hecho para que estuviera tan empecinada en mi contra. La cena —que consistió en pan con mantequilla y un huevo duro que tuve que romper yo mismo, sentados a la mesa de la cocina— fue corta porque la señora Deering y Amber aún tenían mucho trabajo que hacer aquella noche. Si quería postre, podía servirme yo mismo de un árbol de manzanas silvestres que había al salir. Una manzana silvestre, pequeña y agria, muchas gracias.

Antes de poder darme cuenta, Amber me estaba acompañando de vuelta al todoterreno. Creo que se sentía avergonzada por su madre, pero parecía estar dispuesta a pagar aquel precio para poder verme de algún modo. El aire del atardecer tenía un frescor agradable, sobre todo después de la atmósfera cargada del interior de la casa, y me llené los pulmones con él de manera ostentosa, como comentario acerca de su madre.

—No te preocupes por ella —intentó tranquilizarme Amber—. Lo superará.

Yo no estaba tan seguro.

Acto seguido, con un estallido de energía, dio un salto y tiró de una de las ramas de un árbol tupido.

—Para mantener la tradición instaurada por Adán y Eva, aquí tienes... —Me ofreció humildemente una manzana diminuta.

—Hum, no sé si debería aceptarla —dije simulando que el miedo me llevaba a apartarme con rapidez de ella.

Entre risas, Amber me la pasó y yo se la devolví, y seguimos lanzándonosla cada vez más alta el uno al otro, de modo que en su vuelo dibujara arcos amplios contra el cielo, hasta que a punto estuve de caerme de lo mucho que tuve que doblar el cuerpo hacia atrás para capturar su (mal) lanzamiento. Sobre nuestras cabezas, el cielo adoptaba el azul de transición de los instantes previos a que el día se pierda en la noche; una primera estrella había aparecido tempranamente y la luna no era más que un filo fino y frágil, como un último fragmento que alguien hubiera dejado atrás. Ella levantó la mirada y su rostro volvió a parecer radiante y despreocupado, y yo

recordé cómo habían sido las cosas entre nosotros con una pequeña punzada de dolor. En cualquier caso tenía esperanzas y me sentía agradecido por todo lo que pudiera obtener. Incluida una manzana silvestre.

Después de aquello, me fui presentando de vez en cuando en la granja para echar una mano, pese a que ninguna de las dos me lo había pedido. Me di cuenta de que aquello representaba una verdadera ayuda para la señora Deering, sobre todo cuando acarreaba cosas pesadas de aquí para allá, a veces con la ayuda de una carretilla. En promedio, un caballo produce unos dieciocho kilos de estiércol al día, así que multiplicado por todo un año... ¡suma un total de siete toneladas! Ahora multiplícalo por el número de caballos que tenían y te harás una idea general. ¡Estoy hablando de trabajos forzados! Pero, por mucho que mi ayuda ayudara a la señora Deering (no, las ayudas no siempre ayudan), me daba cuenta también de que le molestaba que yo, o quizá cualquier hombre, estuviera allí. ¿Qué estaban intentando probarse a sí mismas esas dos? ¿Que no necesitaban a ningún hombre? Como si dos mujeres pudieran dirigirlo todo, apañárselas con todo y no temer nada por su cuenta. ¡Menuda gilipollez! Había algo completamente disfuncional en ellas, la mujer que había sido madre cuando ya era mayor y se había quedado viuda, y su joven hija, soltera y libre de nuevo, intentando arreglárselas por su cuenta con un bebé. Cualquier persona que no conociera la situación habría asumido que la madre era la más joven de las dos, y la otra, mucho mayor, la abuela. ¡Eso o que eran una pareja de lesbianas! La gente debía de estar metiendo la pata constantemente. Claro que no había nadie por allí. Aparte de mí.

También ayudaba a alimentar a los caballos, que siempre se ponían frenéticos a la hora de comer; relinchaban, corcoveaban, golpeaban su establo para que el servicio se apurara... A veces daba un poco de miedo entrar en los establos de los sementales más agresivos. Y también daba de comer a la bandada de gallinas, que no dejaban de cloquear (estas apenas daban miedo; un beso por un huevo), y a veces incluso ayudaba a alimentar a la hermana de Amber, un bebé de ojos azul claro con una pelusilla rubia en vez de pelo (era más bien calvorota, a decir verdad) y que se parecía a la señora Deering (daba

miedo por derecho propio). Pero sin duda tenía también algo del señor Deering: la cabeza calva, los labios apretados y la expresión seria que anunciaba un ataque de obstinación. Cada vez que le metía una cucharada de puré de plátano en la boca, ella usaba la lengua para volver a sacarlo en dos tiradas y yo tenía que recogérselo de la barbilla babeada e introducirlo de nuevo. Se me estaba acabando la paciencia (allí estaba yo, intentando que Amber me viera como un «padre en potencia», solo para que la mocosa de su hermanita me dejara en ridículo), pero tuve que quedarme todo sonriente:

—Brum-brum, el avión va a aterrizar, abre la boca..., esta es por tu hermana mayor... ¡y esta es por el tío Ethie!

Amber sonrió como si entendiera a la perfección lo que yo intentaba conseguir, aunque técnicamente ella era su hermana, no su tía, así que mis palabras no tenían sentido. El momento podría haber conducido a algo, pero entonces la señora Deering irrumpió en la habitación y comenzó a mirarme como diciendo que más me valía no pensar en hacer bebés ni nada parecido con su hija. ¡Dios, qué aguafiestas!

Una vez, mientras ponía grano en los comederos de las esquinas de los establos, en medio del frenesí de unos caballos que no dejaban de sobreactuar, le pregunté a Amber si su madre sabía algo de lo nuestro. Siguió una pausa pesada y contestó que no, que no sabía nada, y de inmediato pasó a admitir, comenzando e interrumpiéndose continuamente de forma incómoda, que su madre pensaba que yo me había pasado todos aquellos años detrás de ella y que, con el fallecimiento de Stuart, quizá yo creía que ella volvía a estar «disponible». Me dijo que su madre no dejaba de recordarle que las viudas debían mantener el decoro durante bastante tiempo, porque la gente de los pueblos pequeños se dedicaba a hablar. Me costaba saber lo que Amber pensaba con sinceridad, porque al principio había actuado como si viera con buenos ojos mis visitas, para a continuación echarse atrás como si su madre pudiera tener una parte de razón. A mí me hirvió la sangre e, incapaz de morderme la lengua, le espeté que ya era una adulta, por el amor de Dios, no otro bebé de su madre.

Con el tiempo se me ocurrió que, si me ganaba a la señora Deering, o si al menos obtenía su aprobación, las cosas serían más fáciles para mí. Así que un día, en un intento por hacerle la pelota, le hice un comentario sobre su bebé; concretamente:

—Es casi clavada a usted, señora Deering; creo que solo la forma de la cabeza y algo de la boca son del señor Deering.

No solo no obtuve la aprobación satisfecha que había anticipado, sino que me dedicó un silencio resentido. Supongo que por haber hecho que se acordara de él, quizá por haberle devuelto el recuerdo no deseado de lo brutal que podía ser. A saber... En cualquier caso, me salió el tiro por la culata.

Un domingo, al llegar me encontré a Amber sola en el granero. Estaba sentada encima de una bala de heno en una posición extraña, con una pierna doblada de manera curiosa y el pie flexionado, el cuerpo en tensión, sin moverse, casi como si hubiera estado a punto de saltar y se hubiera detenido en ese instante, para quedarse paralizada con sus ideas. No reaccionó cuando entré en su campo periférico de visión, donde cualquier otra persona hubiera reparado en mí, y tuve la clara impresión de que aquello tenía algo que ver con el accidente de su padre. Había ocurrido allí, donde estaba; las balas de heno habían caído desde esa especie de entresuelo-altillo. ¿Lamentaba haberse consagrado tanto a Stuart, en detrimento de su padre y del resto de su familia? ¿O el hecho de que ni ella ni Danny hubieran llegado a hacer las paces con él? Entonces, de repente vi en un fogonazo a la señora Deering empujando a su marido desde el altillo. ¿Y si él la había forzado y ella se había vengado de aquella manera? ¿Y si ella lo había engañado con otro granjero y se había quedado embarazada, así que se había librado de Les antes de que este lo descubriera y les pegara un tiro? No. Aquello era cosa de mi imaginación loca, del cineasta que llevaba dentro.

En torno a febrero de 1985

Amber y su madre comenzaron a tener calentones, a veces tremendos, que parecían salir de la nada y pasaron a ser cada vez más frecuentes. No es que yo llevara un registro de ellos, pero me pude hacer una buena idea de lo que sucedía por la asiduidad con la que Amber volcaba sus frustraciones conmigo. Según ella, explotaban «la verdad es que por nada», solo «por cositas estúpidas», pero al husmear me encontraba con que esas «cositas estúpidas» siempre tenían que ver con asuntos de mayor tamaño e importancia, como la jerarquía

relacionada con la alimentación. Por ejemplo, una vez, Amber le dio al bebé una cucharada de mantequilla de cacahuete, porque era «rica en proteínas», pero la señora Deering se puso como una moto y dijo que podría haber tenido «una reacción alérgica a los frutos secos». Amber se sintió atacada, no tanto por lo que dijo, sino por cómo lo dijo. Se estaba cansando de que la tratara como a una niñera que no hacía su trabajo debidamente. Supongo que, en circunstancias normales, no habría habido dos mujeres adultas viviendo bajo un mismo techo, sino unos padres, y el hombre habría dejado que la mujer se dedicara a sus asuntos, sin meter las narices en su terreno. ¡Que dos mujeres se ocuparan del mismo bebé estaba condenado al desastre!

Pero ¿qué esperaba Amber? ¿Que volver a vivir en casa estuviera chupado? Era evidente que, a su edad, el instinto maternal estaba saliendo a la luz, en aquel momento tenía veinticuatro años o estaba cerca de cumplirlos, y su madre se estaba aprovechando con claridad de ello. Desde luego, yo comprendía que la señora Deering necesitara ayuda, pero la verdad es que no era justo que hiciera cargar a su hija con ello más allá de un arreglo temporal. Al fin y al cabo, podía vender The Stables, ¿no? O salir a buscarse un hombre en vez de asociarse con su hija. En la vida hay episodios de mierda, pero así son las cosas. Lo que debería haberle preocupado más en aquel momento era que Amber no acabara viviendo sola, rodeada de gatos. Quiero decir que ¿acaso no se suponía que la señora Deering debía preocuparse también de lo que sucediera con su hija mayor? Una vez, al sacarme todo eso de encima, volví a Amber contra su madre hasta un extremo peor de lo que había anticipado. Al día siguiente, las dos ya se lo habían perdonado todo, pero yo era consciente de que la señora Deering estaría resentida conmigo hasta el fin de los tiempos.

A veces, cuando las cosas se salían mucho de madre, Amber pegaba un portazo tras de sí y se «escapaba» a Auckland, donde pasaba la noche en el yate de Stuart, amarrado en el puerto. Lo llamaba «un periodo de descompresión». Pero no solo la reconcomían los problemas con su madre, sino que había otras cosas. Como el hecho de que quisiera zarpar con sus amigos hacia Mururoa para armar la gorda con las pruebas nucleares, que no se habían detenido, pero no pudo hacerlo porque su madre la necesitaba, lo cual la volvió más sensible ante cualquier crítica. A decir verdad, el viaje habría

representado un calvario para Amber de todos modos, ya que los hijos de Stuart se estaban peleando con ella (y entre sí) en los tribunales para conseguir el yate; habían congelado los bienes y las cuentas de Stuart, lo que significaba que nadie podía venderlos ni tocarlos hasta que un juez no decidiera qué era qué, y quién era quién para quién, y qué debía ir para quién y qué no. Aquel enredo legal era otra enorme fuente de ansiedad para Amber, sobre todo porque ya venía durando siglos. Bueno, desde el fallecimiento de Stuart, un año antes.

Una vez, mientras caminábamos arriba y abajo por las pasarelas flotantes del puerto deportivo, Amber me abrió su corazón y me dijo que el Santa Kathrina se iba a desaprovechar si llegaba a manos de cualquiera de ellos, ya que lo querían para fardar, mientras que ella solo pensaba utilizarlo para «salvar el planeta» (Amber no evitaba las hipérboles porque creía con sinceridad en lo que decía). De momento le permitían que se subiera al yate, pero no que se fuera a ninguna parte con él, aunque tampoco había guardias ni nadie que fuera a detenerla si le daba por zarpar. Era posible que esa idea no se le hubiera pasado por la cabeza, pero sin duda a mí sí, el impulso potencial de escapar a todos sus problemas y comenzar una nueva vida en algún lugar muy lejano.

Ella debía de tener la sensación de que las paredes se le echaban encima por todos lados. Y por eso se iba algunas noches al puerto deportivo a ahogar sus penas con una botella, o a dejar que se evaporaran junto con el humo de un porro. Aquello, debo añadir, lo hacía por lo general en compañía de sus amigos artistas y verdes, por no hablar de los que se colaban. A medianoche, estando yo en el apartamento profundamente dormido, el teléfono comenzaba a sonar en la mesita de noche, a centímetros de mi cara. Siempre era Amber, llorando, diciendo que me echaba de menos, que por favor fuera. Así que, una o dos veces por semana, sacaba la chaqueta del armario de puertas correderas e iba a verla. Llegaba al lugar un cuarto de hora después, solo para encontrarme con un grupo de fiesteros hechos una braga a bordo del navío en disputa, adormilados, apoyados contra la barandilla, algunos con aspecto de estar medio muertos en torno a la base del puente. Había otros que parecían completamente muertos, tumbados sobre la cubierta en un número suficiente de posiciones como para representar la mitad del alfabeto. Se me caía el alma a los pies de manera inevitable cuando identificaba a aquella por quien

había acudido mimetizándose en el anonimato de aquella colectividad jodida y descerebrada, bebiendo una cantidad exagerada de alcohol directamente de la botella, mientras las puntas incandescentes de los porros de maría, trenzados con firmeza, flotaban a su alrededor como luciérnagas en la oscuridad y a saber qué más se estaban pasando, ¿quizá algo de polvo blanco para esnifar?

Recuerdo bien una de aquellas ocasiones. Era una noche clara de otoño, las luces de la ciudad dejaban virutas luminosas sobre el agua rizada, el barco se alejaba perezoso del atracadero, regresaba a él; las cuerdas de amarre se tensaban, se relajaban, se tensaban de nuevo. No tardé en cerrar los ojos, arrullado por las diferentes voces que sonaban a mi alrededor. Alguien decía algo sobre que en los últimos diez años se habían detonado más de cien bombas nucleares, o quizá habían sido ciento veinte las bombas nucleares detonadas en veinte años, o ciento cincuenta en quince años, quizá me equivoque con los números, pero ya te haces una idea. Y entonces otros dijeron que el Pacífico llevaba décadas convertido en una zona de pruebas y vertedero nuclear, y que Bravo había sido el artefacto más potente jamás detonado por Estados Unidos. La explosión fue inmensa. Los isleños hablaron de una columna blanca colosal que se disparó hacia el cielo, una cabeza de seta gigante se elevó sobre ella, como si una extraña criatura primigenia hubiera sido decapitada, pero, nada más suceder eso, hubiera comenzado a crecerle una nueva cabeza, de menor tamaño. Dijeron que les había golpeado una ola tremendamente poderosa pero invisible, de un calor tan extremo que les chamuscó la piel como si se la hubiera quemado el sol, lo cual era extraño porque en aquel momento había comenzado a nevar. No conocían la nieve, pero habían oído hablar de ella y se quedaron mirando con fijeza los copos ligeros que caían flotando desde el cielo. Aquella nieve no fue motivo de preocupación para ellos, incluso los niños se lanzaron a jugar con ella en un primer momento, era divertidísima. Se rieron y corrieron bajo la nevada, todos intentaban hacerse con su parte; algunos abrieron la boca para sentir los copos en la lengua y en las pestañas. La ceniza seguía cayendo como en las bolas de cristal que vendían en las tiendas de regalos de las islas vecinas. Las sacudías una vez y los copos de nieve caían como en un truco de magia, revoloteaban para dejar atrás los cocoteros y se posaban con la mayor suavidad sobre la arena.

A media tarde les llegaba casi por los tobillos; aquella extraña nieve en polvo había cubierto la isla de un color blanco ceniciento y todos los que la habían tocado comenzaron a sentir un picor doloroso en las quemaduras que les había hecho el sol. Los niños habían pasado a gemir, a sacudirse y revolcarse, a gritar; se clavaban las uñas con un dolor agónico, pero nadie pudo hacer nada por ayudarlos. Hablaron de las víctimas de la Guerra Fría, dijeron que los líderes mundiales eran unos monstruos, que Henry Kissinger había afirmado sobre la región del Pacífico: «Allí solo viven noventa mil personas. A nadie le importan una mierda». Hablaron de los bebés medusa que habían nacido a partir de entonces, sin ojos, sin caras, sin huesos; a veces lograban respirar durante algunas horas, pero era inevitable que eso se acabara. En un primer momento pensé que, al decir «bebés medusa», se referían a eso: a las medusas bebé, pero entonces me di cuenta de que hablaban de bebés humanos. El barco se mecía y la gente conversaba, y con la primera pálida luz del amanecer vi que Amber se había ido. De verdad que tengo que reconocérselo: daba igual la intensidad de la riña que hubieran tenido el día anterior, nunca dejó colgada a su madre; siempre llegaba a tiempo de dar de comer a los caballos a la mañana siguiente (por lo que me contó ella misma, los caballos se angustian cuando no les sirven la comida en el mismo minuto exacto de la misma hora de cada día, y apenas unos minutos de retraso pueden provocarles un cólico severo). Siempre volvía a tiempo, aunque yo tenía mis dudas sobre si estaba en condiciones de conducir.

Acudí a muchas otras fiestas como aquella, en el barco, solo para poder vigilar a Amber mientras se iba cada vez más al carajo. A medida que pasaba el tiempo, comenzó a parecer una drogadicta; estaba demasiado delgada, enfermiza, con manchas de rímel debajo de los ojos, sentada con la mirada perdida y desesperanzada, clavada en el vacío. A veces yo tenía un rodaje y no podía ir, y en aquellos momentos me asaltaba el pálpito de que alguno de los tipos le iba a entrar cuando ella estuviera roque y no me tuviera a mí para protegerla, pero a Amber eso no parecía importarle, como si se tratara de una de esas cosas que pasan y que en cualquier caso tampoco recordaría, como con toda probabilidad sucedería también con ellos.

Una vez me la encontré inconsciente por el alcohol o lo que fuera, despatarrada bocabajo, y por la manera en que el idiota de

Flynn comenzó a comportarse al verme, el gesto nervioso con que evitó mi mirada, me di cuenta de que había pasado algo, y en lo más profundo de mi ser tuve la mala sensación de que no era el primer tío a bordo que se había aprovechado de ella. Mientras le dirigía una mirada rápida a la cremallera de la bragueta y levantaba la vista, yo le encajé uno en el estómago, otro en la mandíbula y un tercero en la barbilla, lo que lo tiró hacia atrás; desde allí, escapó. Acto seguido le di unas palmaditas y le tiré agua a Amber por la cara para reanimarla, y la obligué a caminar para que la sangre circulara por su cuerpo pese a que lo único que ella quería hacer era dormir. Me quedé a su lado el resto de la noche; era la única persona que de verdad se preocupaba por ella y, básicamente, también el único que estaba lo bastante sobrio como para poder hacerlo. El problema era que estaba tan obcecada en su caos familiar, en su caos legal, en el hecho de que el mundo era un gran caos, que no se daba cuenta del caos en que se había convertido ella misma.

A la mañana siguiente tuve que ponerme firme para que no se fuera en coche a la granja, ya que se encontraba demasiado ida para que yo considerara la posibilidad de dejar que corriera aquel riesgo. Me puse al volante, la llevé con los caballos a primerísima hora e hice su trabajo mientras ella dormía la mona. No, su madre no dio gracias al cielo, ni me las dio a mí en ningún momento. Por el contrario, me atravesó con una mirada candente, como si yo fuera la influencia maligna que había detrás de todo aquello.

En la última de aquellas fiestas a la que fui, una niebla baja se había asentado indolente sobre el agua, y un montón de personas de gesto lánguido estaban bastante adelantadas en el camino hacia quedarse hechas mierda. Después de que una ronda de preguntas no me reportara más que una avalancha de «ni idea», encontré a Amber dándole caladas a un porro de marihuana posiblemente mezclado con algo más. Llegado ese punto, yo sospechaba que Amber no ofrecía —o toleraba— esas fiestas por la compañía de la gente, sino que más bien era por las drogas. Permanecimos un buen rato en silencio, y entonces le pregunté con toda la tranquilidad y con tono práctico por qué estaba tirando su vida de aquella manera. Sin contestar, me cogió de la mano y, pasando con cuidado entre extremidades y botellas, me condujo a una escalera inclinada con peldaños antideslizamiento y bajamos hasta la cocina, donde supuse que me iba a enseñar una carta

o documento judicial relacionado con la herencia.

En su lugar, me guio por un comedor tan señorial que podría haberme llevado a olvidar el lugar en el que estábamos, de no ser por ese olor tan particular a moho propio de los barcos. Supongo que los barcos siempre huelen a barco, por muchos adornos elegantes que les pongas. Allí abajo entreví una cocina futurista y un dormitorio de cinco estrellas, con una cama de matrimonio extragrande y armarios con pomos de bronce, pero ella decidió arrastrarme hacia un camarote más pequeño. Después de entrar, de cerrar y asegurar la puerta, se sentó en el borde de la cama, un triángulo cortado para que encajara a la perfección en la proa. Tenía un cubrecama de jacquard dorado y una plétora de cojines a juego, brillantes y redondos; tantos que bien podría haberlos puesto una enorme oca dorada. El caso es que, supongo que al ver la estúpida devoción que le seguía dedicando, al fin se ablandó. Aquella noche practicamos el sexo en el camarote, pero la culpa seguía allí, y la verdad es que Amber no permitió que la tocara (con las manos) más allá de las piernas y los brazos. Básicamente, todo lo demás quedó vetado y yo tuve que ceñirme a las reglas. Por irónico que pueda parecer, fue como un nivel de sexo menos íntimo de lo habitual.

Al acabar puse la cabeza sobre su pecho para escuchar su corazón. Supongo que lo hice para intentar acercarme mucho más a ella, que la inmediatez no fuera solo física. Quizá se tratara de un gesto demasiado forzado o prematuro, porque cuando comenté algo sobre lo fuerte y rápido que sonaba su corazón y le pregunté si estaba bien, aquello quizá la llevó a reparar en que no lo estaba. En retrospectiva, debería haber dejado las cosas como estaban, porque había obtenido el efecto opuesto al que buscaba. Ella se incorporó, cogió un chaleco salvavidas de color naranja y se ocultó tras él, cosa que no tuvo sentido porque de todos modos seguía con el sujetador puesto.

—Esto ha sido un error —dijo en voz baja—. Lo siento, no debería haberlo hecho. Por favor, Ethie, aléjate de mí. Por favor. Deja. De. Amarme. Solo haces que esto sea más difícil.

Fueron palabras duras, es innegable, pero no así su tono, como si las hubiera dicho por mi propio bien y le hubieran hecho más daño. Pude ver con claridad que no estaba jugando conmigo, que no me estaba mostrando la luz verde y a continuación la roja

deliberadamente, sino que ella misma estaba de lo más confundida.

Entonces bajó la mirada y se puso a llorar, a llorar de manera excesiva, la verdad. La nariz le moqueaba mucho, había un montón de mocos y ni siquiera se molestó en limpiárselos. Creo que se debía a las drogas, que la llevaban a olvidarse de las cosas. Lo más probable era que ella misma no supiera la mitad de lo que estaba diciendo, como que no podía seguir adelante con aquella vida que no era la suya. Que se había convertido en una mentira enorme. Acercarse a mí la llevaría a petar, y todo saldría disparado con una gran explosión y le haría daño a la gente que quería. Muchas de las cosas que dijo no tuvieron el menor sentido para mí, como era de esperar en una persona bajo el influjo de las drogas, pero de todos modos me dolió tener que escucharlo. Le limpié la cara con un cojín dorado, ya que no tenía pañuelos a mano, y le pasé las mallas para que pudiera vestirse, pero ella se dejó caer de nuevo sobre la cama y, tapándose la cara mientras las aferraba entre las manos, medio gritó:

—¡No puedo! ¡Esa es la razón! ¡Es imposible!

A esas alturas, yo ya había dejado de preguntarle por el porqué de nada.

—No puedo seguir contigo, Ethan. ¡Tengo que dejar de cometer errores estúpidos!

Después de aquello, no me quedé por allí. Para las drogas podía dormir la mona, pero el origen más profundo de sus sentimientos seguiría presente. Cuando me llamó, yo ya iba por la mitad de la escalera antideslizante para salir del barco. La verdad era que, llegado ese punto, ya había tenido suficiente y estaba más que dispuesto a dejarla ir.

Lava y hielo

Ha sido una extraña sensación, entre el calor y el frío, la que he tenido hoy en las pendientes bajas del monte Erebus mientras el sol, a media asta, bañaba la nieve con un tono rojizo y el calor volcánico irradiaba desde abajo a través de las suelas de mis botas. Los alientos vaporosos del cráter se elevan con regularidad, pero solo para solidificarse en pilas alargadas de hielo que se desploman y se estrellan, una tras otra, como huesos enormes y pesados, de modo que la zona parece un cementerio de titanes caídos. En ese embrollo caótico y confuso se abren entradas secretas, bordeadas con estalagmitas y estalactitas de hielo, que conducen a un submundo oculto de corredores congelados y cuevas de hielo. En su interior hay formaciones únicas que cuelgan desde lo alto como bosques encantados de color hueso o jardines florales puestos del revés y esmaltados en blanco. Extraños espejos de hielo cuelgan anárquicos de las paredes gélidas; son rastros de deshielos parciales que dejaron atrás zonas bien definidas, lisas, reflectantes pero engañosas, pues distorsionan la realidad. Unos candelabros incompletos, a menudo torcidos, permanecen suspendidos por cables de agua helada precarios y trenzados, cada uno misterioso en su belleza pero problemático. En los juegos de luz, sus bombillas de cristal y sus lágrimas actúan como prismas, proyectan ecos débiles del arcoíris sobre las fachadas resplandecientes; sin embargo, en aquel palacio inmaculado de cristal blanco, el color mismo parece no ser nada más que un espejismo o algún truco de la naturaleza. Nada en aquel interior ilusorio parecía ser lo que era en realidad.

No estaba de humor para una fiesta de cumpleaños cuando regresamos medio congelados del rodaje —para ser sincero, ni siquiera me había dado cuenta de que era 20 de febrero—, pero todo el mundo andaba necesitado de un poco de diversión y alegría, y sobre todo de una buena excusa para profundizar más en el barril de cerveza casera. Los chicos insistieron en que treinta y tres era *l'âge du Christ*, una edad especial, de mayor sabiduría o, cuando menos, más

razonable, así que Bertrand me cocinó un pastel de vainilla con un glaseado blanco que venía en lata. Aquí fuera ha sido como la cosa más deliciosa que haya probado en mi vida. Para hacerse el gracioso, le ha añadido algunos témpanos que arrancó del exterior, y ha dicho que acababa de llevar la decoración de pasteles a un nuevo nivel. Témpanos y velas, fuego y hielo, ¡qué pastel tan raro! Pero ¿qué cabía esperar de un lugar tan extraño como este?

The Rainbow

Mayo de 1985

Conocí a una mujer, asistente dental, «Janet Knapp» según la credencial que tenía delante de los morros mientras el viejo dentista sádico me taladraba la boca desde el otro lado. Janet se encargaba de succionar la licuación, una hemorragia de sangre y coágulos, a juzgar por el sonido siniestro que producía, como el de cuando te acabas un batido. Janet era menuda, se recogía el cabello castaño claro en una cola de caballo corta y tenía una nariz, pómulos y barbilla prominentes, lo que le otorgaba un semblante casi medieval. La suya era una actitud nerviosa, cargada de energía, en parte porque tenía que controlar de manera periódica a su hijo pequeño, que estaba al fondo de aquella cámara de tortura, manteniendo el aburrimiento a raya con una dentadura de escayola que hacía chasquear abriéndola y cerrándola una y otra vez.

—Ve con cuidado. Podrías mellar un diente —le advirtió.

—O perder un dedo —intenté bromear entre el aclarado y el escupitajo.

Tuve el pálpito de que sería una madre soltera que no podía permitirse pagar para que cuidaran a su hijo al acabar el horario escolar. Había una caja de libros infantiles y ella le dijo que debería estar leyéndolos, pero, tal como sucede siempre con los libros en la consulta del dentista, lo más probable era que ya hubieran arrancado los que estaban mejor troquelados. Los juguetes que había por el suelo también tenían pinta de haber recibido una tunda: figuras coleccionables desmembradas, muñecas desnudas y sin ojos, juguetes adecuados para un futuro psicópata. Al haberse portado tan bien, el chaval se ganó apretar la palanca que hacía que el sillón dental se elevara de nuevo con un zumbido. Pero no me miró cuando me puse en pie, sino que mantuvo la vista en las zapatillas muy raspadas de la misma marca que llevaba yo de pequeño: POBRE.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

Su madre contestó por él.

—Se llama Liam.

—¿Y cuántos años tienes? ¿Unos ocho?

—Nueve el jueves que viene —contestó ella de nuevo en su lugar.

Y eso acabó conduciendo a una cita en la forma semidisfrazada de:

—Oh, sí, a Liam le encantaría ir al zoo. —Sonriéndole a él, por supuesto, no a mí.

Había olvidado lo mal que olía el zoo, incluso los reptiles apestaban a mil demonios. ¿Por qué de pequeño nunca me había molestado? Ver a los animales de aquella manera, encarcelados de por vida, me afectó ahora que tenía la edad suficiente para comprender la verdad. Mientras Liam intentaba llamar la atención de un par de orangutanes viejos, de pecho flácido y melancólicos, Janet y yo nos retrasamos para conocernos un poco mejor. Descubrí que había mantenido una relación con un constructor que, al averiguar que estaba embarazada, salió pitando hacia Sídney. No le conté tanto sobre mí, solo que había tenido una relación larga que no nos había llevado a comer perdices. No indagó más y eso me gustó en ella.

Después de haberme sentido como un cabrón y un adúltero durante la mayor parte del tiempo que pasé con Amber, al final supongo que ser agradable con Janet y su hijo hizo que me sintiera bien conmigo mismo, por mucho que tuviera las manos manchadas de sangre. Antes de que pudiera darme cuenta, mi vida sufrió varios grandes cambios menores. Cortar naranjas a cuartos para los partidos de los sábados por la mañana, o más concretamente de los sábados por la mañana muy temprano; conducir por toda la zona externa de Auckland, desafiando los aguaceros y llegando a celebrar las trayectorias que siguiera la pelota, esperar tres horas en la sala de urgencias al estar cerrados los consultorios médicos por un esguince de tobillo o una trompa de Eustaquio obstruida, trabajar todo el fin de semana en un póster que debía representar «de forma creativa pero fiel» el ciclo vital de la rana o el ciclo reproductivo de una conífera, tener que pasarme las semanas previas y posteriores a la feria científica saltando por encima del volcán de bicarbonato de soda cuando entraba en el baño, salir corriendo para llevar la fiambrera olvidada al colegio, consignarla al estilo de un agente secreto… Fue

una curva de aprendizaje pronunciada para mí, la de ser un padrastro necesario pero no siempre aceptado.

Me viene a la cabeza la vez en que Liam me destrozó el teléfono con nada más y nada menos que un sacacorazones para manzanas. Se trataba de un modelo de color negro brillante que tenía desde hacía tiempo, aunque supongo que técnicamente por entonces nos pertenecía a Janet y a mí, ya que yo había renunciado a mi apartamento de Bellevue para mudarme con ellos y me lo había llevado conmigo. Lo curioso es que no intentó hacer más agujeros redondos en el dial, sino que quiso utilizarlo como plataforma de lanzamiento (¿de verdad el sacacorazones de manzanas tenía aspecto de cohete?) y los agujeros del número uno y dos perdieron el plástico que los separaba. Fue increíble porque, aunque él había sido el autor del daño, fue a mí a quien Janet le hubiera arrancado la cabeza de un mordisco en caso de que no me hubiera mantenido firme. Al parecer, tendría que haber estado más atento, ya que Liam podría haberse sacado un ojo si se le hubiera caído el sacacorazones, y mi teléfono era una porquería de todos modos, así que no tenía sentido «llorar por él». Yo no había llorado por él, solo me había opuesto a que nos echara toda la culpa a mí y a mi teléfono, que estaba perfectamente bien antes de que el niño le pusiera las manos encima. «¡Así que piénsalo dos veces antes de acusarme!»

Vivíamos de alquiler en Parnell (una caja de estuco con dos habitaciones que a ella le gustaba llamar *art déco*) y, chico, me salía humo de las orejas mientras caminaba hacia la oficina de correos, solo para que la mujer me dijera que primero tenía que probar que mi teléfono estaba roto sin remedio antes de poder reemplazarlo. Y adivina qué... Para «probarlo», tuve que volver caminando a casa, recoger el teléfono en cuestión (no habían aceptado mi palabra) e ir de nuevo a mostrárselo. Pero, cuando lo hice, al dejarlo, quizá con un exceso de confianza, en el pequeño saliente ante ella, la mujer se bajó las gafas de media luna por el puente de la nariz, ladeó la cabeza para echarle un vistazo y dijo que se podía reparar, así que no me «estaba permitido» recibir uno nuevo. Bien, en aquel estadio tan avanzado de mi vida, no hubiera dejado que ni mi propia madre me dijera lo que me estaba permitido y lo que no, así que tampoco pensaba dejar que la mujer de la oficina de correos me mangoneara.

¡Se acabó! Me marché a casa y yo mismo le di algunos toques

más con el descorazonador. La verdad era que no estaba atacando al teléfono, sino la actitud de Janet, que en cierto modo se había mezclado con el comportamiento exasperante de la funcionaria. Para mi perplejidad, cuando al día siguiente me presenté para mostrarle los daños a la mujer de correos (culpando, por supuesto, a mi travieso hijastro, «Ah, cosas de críos»), ella siguió considerando que el daño no era «irreparable». Y no hubo manera de ganar aquella discusión porque, al igual que Janet, la mujer tenía una respuesta para todo. Las «partes reemplazables» tardaron siglos en reemplazarse y, durante aquel periodo, una vez tuve que llamar a Janet al trabajo con urgencia para contarle que la escuela había mandado a Liam a casa con varicela. Dada mi habitual fortuna, la cabina telefónica estaba estropeada, habían encajado una moneda equivocada en la ranura derecha. Fui corriendo a otra, encantado de salir al viento, a la humedad y al frío, pero no tardé en desear no haberlo hecho porque alguien la había utilizado para cagar a cubierto y había dejado atrás unas páginas de la guía que ya no eran lo que uno llamaría «blancas». En aquel momento decidí que la llamada no era tan urgente y, durante las siguientes cinco horas, tuve que dedicar todo mi poder de persuasión a evitar que Liam se rascara la picazón de sus cientos de miles de costras. Fue como obligarlo a comer judías verdes: una enormidad de energía para conseguir que se comiera UNA judía verde con CERO agradecimiento. El peor tipo de cambio que uno puede recibir en la vida.

Un día de julio estábamos preparando a Liam para que se fuera al colegio. La radio de la cocina estaba tan alta que podíamos oír lo que pasaba en el mundo por encima del crepitar del beicon, de los golpes de los cajones de la cubertería, de los gritos de «Se te va a enfriar el desayuno» que atravesaban la casa. De repente, Janet se acercó veloz al aparato y me urgió a que apagara el gas, «¡Rápido!». Me detuve a su lado y ninguno de los dos pudimos creer lo que oíamos. ¿Cómo? ¿Que le habían puesto una bomba al Rainbow Warrior? ¿Que se había hundido allí mismo, en la bahía de Auckland, la noche anterior? ¿Un muerto? Fernando Pereira, el fotógrafo de Greenpeace. Atónitos e indignados, intercambiamos una mirada que nos unió contra el enemigo común. Pero la pregunta era: exactamente, ¿qué «enemigo común»? Lo primero que se me pasó por la cabeza fue… los norteamericanos, que nos habían castigado por no querer sus buques

de guerra a propulsión nuclear. Lo más probable era que hubieran sido la CIA y sus agentes secretos, que habían esperado un poco para evitar las sospechas, pero ¿a quién creían que podían engañar?

Y entonces comenzó a parecerme demasiado evidente, y me pregunté si no habrían sido los soviéticos. ¿Quizá para incriminar a Estados Unidos? ¿Había sido obra de la KGB y sus agentes secretos? Durante la carrera armamentística nuclear de la Guerra Fría, todo era posible. La primera bomba había abierto un boquete en el casco lo bastante grande como para que una ballena gris pudiera pasar por él; a continuación, unos minutos más tarde, se produjo otra explosión en la popa. Al parecer, en el barco se había celebrado la fiesta de cumpleaños de alguien. Era exactamente el tipo de fiesta al que habría acudido Amber si la hubieran invitado.

Puesto que no entraba a trabajar hasta la una de la tarde, Janet se empeñó en que fuéramos al puerto. Dijo que ese tipo de cosas no pasaban cada día. Yo, personalmente, pensé que era una mala idea. No quería sentirme como uno de esos mirones que disfrutan observando ese tipo de cosas; sin embargo, ella insistió en que se trataba de ofrecer nuestro apoyo. Me atrevería a decir que, para mí, el punto fundamental era no ver a Amber en caso de que estuviera allí, y era posible que así fuera. No quería reabrir viejas heridas.

Incluso desde lejos pude ver la muchedumbre de gente y policía. A medida que nos acercábamos al embarcadero Marsden, fue imposible no reparar en el gesto conmocionado de los rostros de la gente, en aquel sentimiento colectivo de inocencia perdida: alguien que nos quería mal se había infiltrado en nuestro paraíso idílico. Sin perder el tiempo, Janet me condujo hacia la orilla del agua para ver el barco, que estaba sumergido en sus cuatro quintas partes y cuyo mástil apuntaba hacia abajo de manera deprimente. Era un espectáculo triste; el navío antaño orgulloso y atrevido, tan parecido a un leviatán, flotaba de lado, hinchado y muerto en unas aguas repletas de restos del naufragio y manchadas de gasoil. Lo curioso fue que, a la luz del sol, el derrame había dejado dibujos grasientos de color sobre la superficie, como si un arcoíris se hubiera proyectado sobre el puerto. Fue una visión impresionista y en cierto sentido cargada de significado, pero, a juzgar por la expresión perpleja en la cara de Janet, no creo que entendiera lo que quise decir.

En la escalera de la comisaría había gente envuelta en mantas,

como si se hubieran pasado allí toda la noche —supuse que formarían parte de la tripulación—, y me di cuenta de que el Rainbow Warrior había sido su hogar, el lugar donde de hecho vivían. A media mañana, el puerto estaba a reventar de gente bienintencionada que había traído platos de comida, pasteles, termos de sopa y de café; monedas y billetes llenaban con rapidez las latas y se donaba ropa de manera espontánea, a veces la misma con la que habíamos ido hasta allí. Resuelta, Janet añadió su abrigo de lana a la colección y, puesto que yo no llevaba una segunda capa que pudiera prestarle, la pegué con el brazo a mi cuerpo para que no cogiera frío. Si Amber estuvo allí, en alguna parte, no la vi, pero desde entonces me he preguntado a menudo si estuvo y, en tal caso, si nos vio a Janet y a mí de aquella manera. Mi instinto tiende a decir que sí en ambos casos.

Un día laborable de principios de noviembre, estaba tumbado en el sofá de casa viendo la retransmisión en directo de la vista preliminar contra los dos agentes franceses que habían atrapado, de entre trece o más. No es que estuviera haciendo el vago mirando la tele. Bueno, técnicamente sí, pero solo porque me acababan de operar de una hernia después de ayudar en la mudanza de una amiga de Janet, así que estaba delicado y «recuperándome activamente». No habían permitido la entrada de las cámaras al juzgado, pero eso no les impidió filmar la fachada del Tribunal Supremo y a la multitud que se había congregado ante él. Si Amber hubiera estado allí me habría costado dejar de verla porque, por mucho que la cámara hiciera un barrido sobre miles de fans en un estadio de rugby, ella sería la única persona que resaltaría. Alta, delgada, con su cabello inconfundible..., solo por la manera de moverse ya era un auténtico imán para la mirada.

Una furgoneta de policía sin ventanas, escoltada por coches patrulla con las sirenas atronando entre destellos, se dirigió hacia una piña de periodistas internacionales entre el chasquido de las cámaras fotográficas. Los acusados salieron con el cuerpo encogido y mantas sobre la cabeza, hasta que las pesadas puertas del edificio se cerraron a su espalda. En el interior, los dos agentes se declararon culpables de un cargo menor, tal y como habían acordado previamente, y la cosa se acabó en pocos minutos. Menuda sorpresa, había planeado pasarme días viendo aquello. Mientras asumía la decepción, tuve la sensación de que Amber también estaría viendo esas imágenes, sintiéndose igual

que yo allí donde estuviera, y entonces comencé a preguntarme si por casualidad no estaría también pensando en mí. Decidí que estar postrado en casa de aquella manera, con una larga cicatriz en forma de ciempiés atravesándome el abdomen, no me estaba haciendo ningún bien.

Una vez, después de toda aquella saga internacional, Janet y yo estábamos en un café. Liam se disponía a pedir una porción de quiche cuando ella se puso a aleccionarlo diciendo que no debía hacerlo porque era un plato francés y los franceses habían hecho estallar el Rainbow Warrior. No me malinterpretes, a mí también me había enfurecido el atentado, pero el sentimiento antifrancés que se estaba adueñando del país en aquel momento, y que ella estuviera encantada de volcar su rabia sobre el pobre niño... A ver, ¿qué tenían que ver Liam o el pobre dueño del café con todo aquello? El caso es que le dije, para que quedara constancia, que había franceses que habían condenado el ataque, comenzando por la prensa y por todos los que la leían con los ojos desorbitados, y franceses famosos, conservacionistas como Jacques Cousteau, ¿y qué había de aquel famoso general francés y su lucha contra las bombas nucleares?

—Así que, por favor, no pongas a todo el mundo en el mismo barco —le pedí.

—¡Sobre todo si los franceses están cerca! —contestó con una expresión victoriosa en la cara.

Liam se repantigó aún más en la silla y, cuando al fin le trajeron la quiche, apenas la tocó. Yo me comí el resto haciendo como que la disfrutaba más de lo que se merecía.

7 DE FEBRERO DE 1986

Era un día de verano de calor abrasador y yo conducía junto al mar con Janet en el asiento del copiloto y Liam revolcándose en la parte de atrás. Era uno de nuestros típicos trayectos dominicales, camino de nuestro típico paseo dominical. Que por lo general comenzaba allí donde encontráramos un buen sitio para detenernos. Avanzaba poco a poco, con una mano en el volante y la otra colgando por la ventanilla. En algún punto más allá del muelle Wynyard, una clase de vela estaba en su apogeo, los Optimist atravesaban las olitas perezosas y azules de

la bahía de St Mary. En aquel momento me dio un vuelco el corazón al ver a Amber sentada en la playa de cemento. Como ya he dicho, costaba no reparar en ella. Estaba despatarrada, un cigarrillo colgando de la mano, con unos pantalones vaqueros que se había cortado ella, una camiseta y nada más al margen de un gran moratón de color verde en el tobillo, que ahora sé que era un tatuaje del símbolo del Pikorua en medio de un giro. La señora Deering y Gracie, su pequeña, estaban a unos treinta metros de distancia; la mujer alardeaba de maternidad mientras avanzaba pavoneándose hacia Amber con la niña unos metros por delante. El tamaño del pañal hacía que esta tuviera culo de pato, pero lo equilibraba con una barriga regordeta. En cada manita rolliza sostenía un cono de helado, las servilletas blancas de papel habían salido volando a su espalda sin que se diera cuenta porque estaba demasiado excitada ante la idea de darle uno a su hermana mayor (y quedarse con el otro). Respecto a la señora D., me pareció un vejestorio emperifollado; se había hecho una permanente rizada para encajar en el rol de «madre joven» por tener una hija tan pequeña. Dos hermanas separadas por una generación; la una, entusiasmada con la vida; la otra, abrumada y quemada, como si ya estuviera más allá de poder soñar con algo. Claro que es posible que solo estuviera proyectando mis ideas, y quizá fuera culpa del calor.

No obstante, sentí una punzada en el corazón. Qué broma tan cruel por parte de la vida, que aquella cría regordeta hubiera venido al mundo como un querubín travieso para complicarles las cosas a todos. ¡Deberíamos haber sido Amber y yo quienes tuviéramos un hijo, no su madre, que por entonces se acercaba a la cincuentena! Ver a Amber tuvo un efecto no deseado en mí, porque en el siguiente semáforo en rojo tuve que pisar el freno de golpe para no embestir el enorme trasero de una autocaravana blanca. Aquel recuerdo de Amber y la hermana que le llegaba por las rodillas, con las servilletas de papel volando como una bandada de palomas al salir de la chistera de un mago, continúa atascado en uno de los surcos de mi mente e, igual que la aguja sobre un disco rayado, no hace más que girar y girar sin llegar a moverse.

La inundación

Mayo de 1987

Al cabo de dos años, la relación con Janet se había ido consumiendo poco a poco. Ni siquiera puedo decir cuándo se acabó con exactitud, porque lo que salió mal al final se pareció más a una putrefacción seca que a una explosión de laboratorio. Las mujeres menudas con hombreras deberían venir con una etiqueta de advertencia (supongo que debería haberlo formulado de otro modo).

Al sentir que había cometido algunos errores capitales en la vida, Janet solía estresarse al incurrir en el más diminuto fallo adicional. Con ella, incluso en cuestiones tan menores como la de comprar algo para la fiambrera de Liam, no había margen para la equivocación. El pan tenía que ser blanco, cortado a máquina, fino y no grueso (que el niño abriera la boca un poco más era pedir demasiado, pero mandarme de vuelta a la tienda a por «el pan correcto»..., ¿eso estaba bien?). Los plátanos tenían que ser amarillos, no verdes, y sin manchas de color marrón (me refiero a la parte exterior, la que Liam no iba a probar exactamente), porque de otro modo jamás saldrían de su fiambrera del Inspector Gadget. Más de una vez comencé a hacerle una prueba a ciegas, pero Janet siempre me detuvo. ¡Intentar satisfacer las exigencias de esos dos sí que era un camino plagado de pieles de plátano! Que ella creyera de verdad que había una manera correcta de poner el papel higiénico en el portarrollos, porque de otro modo no se veía el dibujo... Como si esos garabatos plateados fueran una obra de arte. La manera en que colocaba el rollo, de modo que colgara sin tocar la pared, facilitaba que Liam tirara de él y acabáramos con un diorama del Danubio serpenteando por el lavabo. ¡Esa era la razón por la que yo giraba el dispensador, de modo que el rollo rodara en vertical! Yo era sabio como Salomón, pero no. Cada vez que teníamos alguna diferencia, aquella era su casa, aquel era su hijo, aquella era su manera de hacer las cosas. Y las gotas acabaron

colmando el vaso.

Puesto que Janet y Liam habían vivido en la calle Bradford algunos años antes de que yo me mudara con ellos, fui yo el que se marchó. Era lo lógico. Pero quizá no lo fuera tanto que me pasara de caballeroso y les dejara buena parte de lo que había comprado mientras vivía con ellos. La mesa para cuatro. El juego de sofá de esquina. El nuevo televisor Sony, una caja de treinta y cuatro pulgadas, casi tan alto como ancho, que ocupaba un lugar destacado en el salón. No es que estuviera con una mano delante y la otra detrás, pero aun así me sentí como si estuviera comenzando de cero una vez más. Supongo que me sentí mal por el crío, y no quise que se quedara sin nada. Después de la separación, Janet y yo mantuvimos una buena relación, y ella me permitió llevarlo al cine una vez por semana, pero al cabo de un tiempo esa rutina también se fue consumiendo poco a poco. Era como si Liam supiera que yo ya no estaba con su madre, que no era su «padre de verdad», y, de todos modos, antes de que pudiera darme cuenta, el siguiente hombre en la vida de Janet hizo que me volviera superfluo.

Conseguir un lugar medianamente decente sin un salario fijo (había abandonado el trabajo en el museo un año antes porque por entonces me encargaban la cantidad suficiente de rodajes) me obligó a humillarme un poco durante la negociación, ¡en plan imagínate que tus padres tengan que avalarte a los veintinueve años para que puedas alquilar tu propio piso! Y, cuando al fin conseguí un apartamento muy básico en la calle Crummer de Grey Lynn, tuve que volver a pagar todo yo solo: el teléfono, los servicios, esas cosas. La verdad, era una mierda que, cuanto más dinero cobraba en la vida, más costara esa vida por culpa de la inflación o de esas fluctuaciones de la economía mundial que yo no acababa de entender, de modo que siempre fuera difícil ganarse el pan debidamente. Me dije a mí mismo que, si estuviera viviendo en cualquier otra parte de Nueva Zelanda, lejos del humo de las grandes ciudades, pongamos que en Taihape, «la capital mundial de las botas de goma», cuya principal obra artística es una escultura en exteriores de una bota gigante hecha de hierro corrugado, cuyo principal parque de atracciones es esa misma bota porque los niños se pueden subir a ella, que es escenario todos los años del Día de la Bota de Goma, con una competición deportiva en la que la gente intenta arrojar sus botas de goma lo más lejos posible…, con toda

probabilidad me sentiría rico de la hostia e incluso tendría mi propia casa. Por otro lado, no pensé que en Taihape fueran a darme mucho trabajo en anuncios y películas, así que, en realidad, era muy probable que allí las cosas tampoco lucieran de color de rosa para mí.

En aquel momento decidí probar suerte con la Lotto, que no llevaba demasiado tiempo en funcionamiento. Mi madre estaba en contra, pensaba que el juego era un vicio, pero en cierto sentido, mientras seguía con mi vida, siempre había tenido presente una existencia más ambiciosa y paralela a la realidad en la que vivía. En algún punto de lo más profundo de mi mente me alegraba de que no hubiera demasiadas posibilidades de toparme con Amber en aquel barrio, pues no quería que supiera que volvía a estar en otro lugar del montón, conduciendo otro coche del montón, comiendo platos claramente etiquetados con la palabra OFERTA, esperando una vez más a que las cosas cambiaran a mejor. Supongo que el mero hecho de que aquel cambio en potencia se hallara en mis manos me garantizaba lo único que no había tenido antes: ¡ESPERANZA! No intenté comprar la suerte, sino más bien esa esperanza, y quizá lo hice en exceso, porque el vendedor me miró como si veinte billetes fueran algo codicioso, descabellado, o implicaran incluso hacer trampa.

Pero, ay, Amber nunca me encontraría allí. Me ahorré aquella «visita embarazosa», que la hubiera llevado a verme en un escenario tan imperfecto, un apartamento de estuco con manchas en las paredes, un par de quemaduras de cigarrillo en la moqueta, muebles poco adecuados y la vajilla astillada, con un coche imperfecto aparcado fuera…, porque el 26 de agosto de 1987, algunos días antes del importantísimo sorteo de los números ganadores, yo estaba en casa, buscando en el periódico algún dato sobre mi potencial antecesor, esto es, el cabronazo afortunado, tal y como me lo imaginaba, que había ganado el último bote de la Lotto, cuando vi la foto de Amber en el *Herald*. Era uno de esos retratos de estudio, posados, de iluminación deslumbrante, tomado en el momento en que llevó el pelo más largo, con la cabeza ligeramente inclinada, como obedeciendo al fotógrafo; los ojos translúcidos y llenos de fe, con una sonrisa eterna hacia el aura de la luz y un futuro que no llegaría nunca, al menos no tal y como ella parecía estar soñándolo. Amber, la Amber sublime, hermosa, espontánea, juguetona y dicharachera, el amor de mi vida, ya no estaba en este mundo. Había muerto.

Su foto aparecía en la página cinco. En blanco y negro. La viuda del fallecido Stuart Reeds. Una reconocida activista. Había muerto, decía, el lunes. Eso había sido cuarenta y ocho horas atrás, solo dos días antes, mientras yo, sin saberlo, me dedicaba a mis asuntos con normalidad. La conmoción me dejó casi congelado, sentado allí, incapaz de moverme, de sacudirme ni de parpadear siquiera. Mis ojos no lograban pasar de las palabras «sobredosis accidental». De repente, todo lo que me rodeaba en el mundo había cambiado y, con ello, todos mis valores y creencias y suposiciones, como si las placas tectónicas de la Tierra se hubieran desplazado en una catástrofe masiva y ya no hubiera más Sol, ya no hubiera un mañana.

Aquello estaba acabando conmigo, quería llamarla a gritos, pero no se me abría la boca, era como si me hubieran amordazado y no me entrara el aire necesario. De repente no me importaba una mierda si me veía viviendo en una chabola. En la calle. Entre la chatarra de un coche accidentado o debajo de un puente, joder. En un primer momento me quedé allí congelado, ante la mesa de caballete; las palabras del artículo se habían vuelto borrosas, así que ya no podía leerlas. Entonces debí de derramar una lágrima, porque de repente fue como si esta hubiera salido de su propio ojo, y le dio un aspecto muy triste al arrugar el papel frágil y fino de su mejilla. Tuve la sensación de que era lo único que me quedaba de ella, así que me apresuré a secarla antes de hacerle más daño, como si estuviera cuidando de Amber cuando en realidad solo era una foto cedida a un jodido periódico. La realidad era, y tenía consciencia de ello, que ya nunca más podría cuidar de la Amber de verdad.

Acto seguido, la rabia llegó de golpe y con rapidez. Me puse en pie de un salto y comencé a patear y volcar todo lo que encontré en mi camino, sillas, cestas, maletas, contenedores de almacenaje. Odiaba todos los objetos que en algún momento habían significado algo para mí porque de repente no significaban nada para mí, no sin ella en el mundo. No los quería, lo único que deseaba era recuperarla. Me volví loco durante algunos minutos, los libros que tanto quería, las cintas de música, los vídeos volaron por los aires, se rompieron o estropearon a la vez que rompían o estropeaban otras cosas. Entonces, aquella rabia candente y cegadora desapareció de una manera igual de impredecible y me sentí exangüe y me quedé en cuclillas en un rincón, apretándome la cara con fuerza, intentando aceptar la constatación

creciente de su muerte, por ella, por mí. Su muerte lo alteraba todo. El futuro, el pasado, todo lo que iba a pensar en adelante, todo lo que había pensado hasta entonces.

¿Por qué, por qué no me había puesto en contacto con ella después de mudarme por mi cuenta otra vez? ¿Cómo era posible que no la hubiera llamado para ver cómo le iba? Quizá una sola llamada podría haberlo evitado. Una simple llamada. ¡Quizá no hubiera hecho falta nada más! La decisión de no llamarla había tenido más que ver conmigo, con la manera en que ella me hubiera visto o con la que me hubiera visto yo, supuestamente, a través de sus ojos. ¿Quién era yo para intentar dilucidar siquiera lo que sus ojos habrían visto? Quizá solo habría visto que había alguien en el mundo que se preocupaba por ella. Así de simple. Si me hubieran dado una nueva oportunidad, habría vivido de nuevo cada puto minuto de mi vida solo para llegar a ese punto, al instante en el tiempo en que había dejado de llamarla, para así poder levantar el auricular, marcar su número y volver a oír su voz.

Siguieron varios minutos de un dolor agónico, quizá fuera mucho más tiempo, horas por lo que sé. El hecho de que no tuviéramos ninguna foto juntos me producía una tristeza sin fin, no me parecía correcto que no hubiera quedado nada del tiempo que habíamos pasado juntos, ningún rastro, ninguna prueba de nuestra relación. Tampoco es que yo necesitara pruebas de nada. Lo que quiero decir es que no me quedaba nada de nuestra etapa como pareja que fuera a perdurar, algo que mirar muchos años después. Lo único que tenía eran las imágenes y grabaciones de mi memoria.

Me pasé horas, días, semanas sin dejar de hablarle dentro de la cabeza. A veces imaginaba que ella me contestaba, con calma. Otras veces me daba la sensación de que me castigaba con su silencio. Lo que más me dolía era no haber podido despedirme con un abrazo largo e intenso. En aquel momento me parecía lo más importante del mundo, junto con las cosas que le hubiera dicho de saber que iba a marcharse. Tampoco había llegado a decirle que los momentos más felices de mi vida, y supongo que los más tristes también, pues a su manera habían sido igual de importantes..., en cualquier caso, los momentos más significativos de mi vida habían sido los que pasé a su lado. Todos los superlativos de mi existencia. Me moría por tener su cara entre las manos y mirarla a los ojos y decirle por última vez que

la había amado desde el principio, y que aún la amaba, una verdad que sigue siendo válida en este mundo frío y helado.

Poco a poco volví a ser consciente de las paredes y del techo, que me encajonaban en una quietud tan ensordecedora y asfixiante que los pensamientos resonaban dentro de mi cabeza. Contaba y volvía a contar. ¡Solo tenía veintiséis años, Dios mío, solo veintiséis! ¿De verdad se había tratado de una sobredosis accidental? ¿O había sido un suicidio? ¿Había tenido yo algún tipo de culpa, por lo que habíamos hecho cuando estaba casada con Stuart o, más concretamente, por lo que yo le había hecho al propio Stuart? Aquella era una idea insoportable, que me provocaba los peores sufrimientos. Ni siquiera fui consciente del momento en que el día dejó paso a la noche, fue el peor dolor que he experimentado en mi vida y la verdad es que no deseo recordarlo.

Sigue doliendo igual revivir esto, así que será mejor que pase a cuando me desperté con las primeras luces del amanecer, en el suelo, al lado de la cama. No había tenido valor para meterme en una cama suave y cálida cuando ella no disponía de tal cosa. Esa fue la manera en la que intenté estar a su lado, aunque soy consciente de que no tiene ningún sentido para una mente racional. Debí de dormir solo dos horas y el despertar fue una sacudida abrupta y desagradable, el presentimiento en todas las partes de mi cuerpo de que había sucedido algo malo, lo cual me indicó que había pasado algo malo, muy malo, y entonces lo recordé y la pesada sensación de pavor regresó a mí. Aquello era demasiado terrible para ser verdad; sin embargo, al entrar de nuevo en el salón, ansioso, casi contra mi propia voluntad, las sillas volcadas, el caos general de lo que había tirado por el suelo me lo dijeron todo. Sí, había sido real, no se había tratado de ninguna pesadilla que pudiera quitarme de encima con un café, una canción en la radio y una ducha. Aquella vez no. La mesa de caballete estaba tumbada de lado y el periódico se había caído al suelo, pero seguía abierto por la misma página. Me acerqué a él arrastrando los pies, paso a paso, hasta verla allí, aún sonriente, aún esperanzada, pero ya no viva, no más que antes.

La constatación de que no había marcha atrás, de que aquello no tenía remedio, de que nada me la iba a devolver me dejó caminando en círculos durante quién sabe cuánto tiempo, con los talones de las manos pegados a los ojos.

Entonces, al fin, sin saber cuánto había pasado porque mi sentido del tiempo ya no volvió nunca a ser el mismo, me puse en cuclillas al lado del teléfono para llamar a la madre de Amber, aún me sabía su número de memoria. Pero no conseguí marcarlo, por mucho que una parte de mi ser me ordenara que lo hiciera, no logré obligarme a actuar con formalidad, como si fuera solo un viejo amigo o un conocido de su hija, cuando Amber y yo habíamos sido en algún momento lo que fuimos. El periódico anunciaba el día del funeral. ¿Cómo lo habían formulado? «Una celebración de su vida» que tendría lugar en la casa de su madre. Lo mejor sería acudir, llegar temprano y quedarme tranquilamente al final de la sala. Me pareció poco probable que a su madre o incluso a su hermano, si es que ya había vuelto de Londres, se les ocurriera informarme. De todos modos, ninguno de los dos tenía mi número nuevo. Por otro lado, aunque lo hubieran tenido, ¿se habría puesto alguno de los dos en contacto conmigo? ¿A quién quería engañar?

Si mi memoria es como un mar vasto y revuelto, hay un poste indicador clavado en las profundidades del lecho marino que señala aquel momento concreto, y no hago más que regresar a él en los días solitarios, cuando doy vueltas en mi pequeño bote de remos, observando la densa acumulación de percebes en su base, la vara agrietada y maltratada por los elementos, pero también puedo confiar en él y en nada más para quedarme quieto y que me guíe de regreso al mismo punto exacto. Intento observarlo desde varios ángulos diferentes, cuando los manotazos y la espuma del cambio no hacen más que zarandear el resto de mi vida. ¿Y si hubiera reaccionado en un momento dado antes de llegar a aquel punto en particular? ¿Y si hubiera hecho un aparte con ella, incluso cuando parecía embarazoso, o equivocado, o una locura absoluta? No puedo dejar de volver e imaginar las numerosas rutas marinas que parten de allí.

29 DE AGOSTO DE 1987

No logré llegar tan pronto como había planeado porque el maldito coche se me averió en la autopista. Por suerte, había salido muy temprano, fruto de la impaciencia, y eso tuvo su recompensa, pues dio tiempo a que me remolcaran hasta una estación de servicio y

encontrar un vehículo de repuesto. Así, subí la calleja larga y polvorienta que llevaba a la mansión a bordo de una vieja ranchera con unos ignominiosos paneles de madera falsa por fuera, y que por dentro apestaba a cigarrillo rancio. Pero, con la muerte de Amber, la preocupación por las cuestiones materiales o por lo que pudieran pensar los demás se habían acabado para mí. Nada me importaba una mierda. Sin pensármelo dos veces, me detuve en la zona de gravilla y puse el freno de mano. No dejaron de llegar coches de todo tipo, camionetas e incluso plataformas para el transporte de caballos; la gente fue aparcando donde pudo, algunos justo al lado del granero o en la parte de atrás de la casa, al lado de los establos. En menos de una hora había unas cien personas allí paradas, conversando sobre el césped del amplio jardín delantero. Sentí que había llegado el momento de ir a presentar mis respetos.

Al acercarme, reconocí a Daniel, el hermano de Amber, que parecía haber llegado directamente desde el Soho: unos pantalones de vinilo negros y ajustados, el cabello teñido de un blanco intenso y tieso como la crema batida a mano. La verdad es que llamaba la atención entre aquella multitud de gente de campo tan conservadora. Me pareció que intentaba transmitir un mensaje del tipo «soy lo que soy», después de haber ganado confianza entre los que eran como él en Londres. Digo eso, pero también es posible que para llegar a tiempo hubiera tenido que subirse al primer avión, sin tiempo de cambiarse ni de hacer la maleta. A saber. Y, en realidad, ¿a quién le importaba? Cual mariposa social, Daniel revoloteaba de aquí para allá, le daba un golpecito en la espalda a alguien y, cuando esa persona se giraba, abría los brazos de par en par. Mientras realizaba aquel recorrido, un tipo desgarbado con un traje de terciopelo de color azul y un clavel en la solapa se mantuvo fielmente a su espalda. Asumí que sería su novio por la manera en que..., bueno, uno se da cuenta de esas cosas.

Me mantuve algunos minutos en un extremo de la concentración, y poco a poco logré integrarme lo suficiente como para intercambiar unas palabras con un granjero cuya esposa me contó que Amber solía visitarlos con su bonita potrilla de Palomino cuando era solo así de alta. Un poco más tarde vi a la renacuaja, la hermana pequeña de Amber, que por entonces tendría tres años y era demasiado pequeña como para comprender el motivo por el que toda aquella gente había invadido su casa. La señora Deering se aferraba a ella como si fuera su

última esperanza en la vida. Quizá para ella era como abrazar a Amber de nuevo, cuando era igual de pequeña. Estaba hablando con una pareja, así que tuve que esperar el momento adecuado para ofrecerle mis condolencias. Mientras les agradecía que hubieran acudido y abrazaba a la mujer con el brazo que tenía libre, me vio por casualidad y aquello pareció tomarla por sorpresa, como si lo primero que se le hubiera pasado por la cabeza fuera «¡Oh, ese viejo pretendiente no!» o «¿Qué pinta aquí, si nadie lo ha invitado?». Le siguió un gesto de los labios que supuse pretendía ser una sonrisa para agradecer mi presencia. Me abrí paso hasta ella y le dije algo como que lo sentía mucho..., pero la manera en que se llevó una mano a la garganta me impidió decir una sola palabra más; pasamos algunos segundos mirándonos en un silencio doloroso y acto seguido dio media vuelta de golpe y se escabulló.

Me dije que aquello había tenido que ver con la situación, no conmigo personalmente, pero de todos modos me preocupó la posibilidad de haberla importunado sin querer. Incómodo, devolví la atención al resto de la gente, que departía como si aquello fuera una melancólica fiesta al aire libre. Allí estaba el antiguo socio de Stuart, el Anderson de Reeds & Anderson, a quien me pareció reconocer de las vallas publicitarias que solía haber por toda Auckland. Y la chica con la que Amber intentó liarme una vez durante una cita doble... ¿Candice, se llamaba? Pero no creo que se acordara de mí, porque miró en mi dirección una o dos veces sin reconocerme. Quizá simplemente hizo como que no se acordaba, porque las chicas a las que uno rechaza a menudo tienen comportamientos curiosos. Lo que más me sorprendió fue que ninguno de los hijos de Stuart estuviera allí, ni siquiera Tanya, a la que sí esperaba ver. Era una demostración de lo mal que se debían de haber puesto las cosas entre ellos a causa de los pleitos por la herencia. De repente noté un golpecito en el hombro..., había llegado mi turno de recibir un gran abrazo de oso por parte de Danny.

A continuación llegaron los homenajes. Candice compartió algunas anécdotas sobre las chicas exploradoras, el campamento y una balsa hecha con botellas vacías. Luego habló Danny, quien remarcó que la suya no había sido una forma de vida sencilla. Pasó a decir que el matrimonio de Amber no podría haber sido más diferente, que ella había florecido por completo. Que estaba «tan enamorada» de Stuart y

que él estaba «tan colado» por ella que su muerte la había dejado exangüe. Todo podría haber sido diferente si no se hubiera quedado viuda tan pronto. Contó que se había dedicado a ayudar a su madre, que de manera altruista había regresado a la dura vida de la granja, y que se había pasado el último año entrando y saliendo de rehabilitación. Algunas de sus palabras me dolieron en serio, pues tras ellas se escondía la cruda verdad, pero me limité a apretar los dientes y guardar silencio.

La última en hablar fue la madre de Amber, con su hija contra la cadera. Su tributo fue sencillo y directo al grano: «Amber fue una buena hija, una buena hermana para su hermano mayor y su hermana pequeña, se le daban bien los caballos, que para ella también eran de la familia...» (hasta los caballos tuvieron su mención, y yo no). Sin embargo, no llegó al final de lo que quería decir porque Gracie se impacientó, comenzó a retorcer el cuerpo, echando la cabeza hacia atrás; quería bajarse y quería bajarse YA.

Entonces, Danny le llevó a la señora Deering lo que asumí que sería un florero, con el tosco relieve de un girasol, y tuve el pálpito de que lo habría hecho uno de los amigos artistas de Amber. Hubo algo ceremonioso en la manera en que la señora Deering lo cogió con ambas manos, levantándolo algunos centímetros más de lo que sería natural, y solo en aquel momento me di cuenta de que se trataba de una urna. Se oyó un chillido estridente, porque Gracie quería que la cogieran en brazos de nuevo. Parecía estar malcriada, y la señora Deering la consintió otra vez, la levantó dificultosamente con un brazo y dejó todo en suspenso para decirle algo al oído. Siguió un silencio general, como si estuviera por llegar una nimiedad entretenida, y la gente no se vio decepcionada cuando Gracie espetó con su vocecita infantil:

—¡Te quiero, Amber, te *esharé* de menos!

Y el coro de «oooh» la llevó a volver la cabeza con violencia.

No sé bien cómo decir lo siguiente, pero lo que de verdad esperaba era ver la cara de Amber por última vez, sostener su mano en la mía y, antes de marcharme, darle un beso de despedida en la frente. Supongo que mi formación católica me había llevado a dar por sentado que le darían sepultura para su «descanso eterno». Que esparcieran sus restos me dejó con una sensación de desamparo. Me quedé discretamente apartado mientras solo la familia inmediata, la

señora Deering y Danny, inclinaban la cabeza para pasar por debajo de las ramas del pōhutukawa y se turnaban para liberar las cenizas. Aquello duró un rato, fueron cubriendo el suelo poco a poco y haciendo que cambiara así la estación, hasta que la escena pareció propia de finales de invierno en algún lugar muy lejano, entre los restos de una nieve persistente.

A cierta distancia había aproximadamente un centenar de globos de helio de color blanco, atados en un grupo del tamaño de una nube, y Danny y su novio comenzaron a pasearse para repartirlos entre los presentes. Los soltamos más o menos a la vez y aquella bandada formidable se elevó hacia el cielo; algunos globos se mantuvieron pegados entre sí, otros se fueron separando cada vez más, algunos ya se habían desprendido desde el principio y siguieron su propio camino, como llevados por su capricho. Al cabo de un minuto o dos ya no pude identificar cuál era el mío. Siguieron pasando los minutos, y los globos, cada vez más y más pequeños, llegaron a las colinas de color verde claro. Algunos se escondieron detrás de las crestas de pendiente suave, ocultos ya para siempre a nuestra vista. Yo seguí observando los que quedaban durante mucho rato, incluso cuando ya no eran más que puntos blancos y diminutos contra el color azul del cielo; a continuación se volvieron todavía más minúsculos y en un momento indeterminado simplemente desaparecieron; por mucho que me quedara mirando, ya no volvería a verlos nunca.

Nos llamaron con gestos para que fuéramos a por los refrescos que nos esperaban en las mesas plegables; bandejas de rollitos de espárrago, ternera y pepinillos, bollos de queso, rulos de salmón, pero no tuve estómago para ello y me fui tal y como había llegado: en silencio. Durante las semanas que siguieron adopté la costumbre de ir a visitar a mi viejo colega Ben, que comprendía lo que yo estaba viviendo sin que tuviera que decirle gran cosa, mientras nos pasábamos la botella de lo que hubiera a mano, y eso le proporcionaba al menos un poco de calidez artificial a mi interior. A menudo me quedé a dormir en la habitación de invitados de su casa (y la de su esposa), que incluía a un gato himalayo hecho una bola sobre la cama, de modo que tenía que meterme bajo las sábanas con cuidado para que no me arrancara los ojos con sus garras. A veces también me quedaba a dormir en el estudio de montaje, en un futón muy conveniente. Alguna vez incluso dormí en el coche, justo delante

del apartamento. Fuera todo estaba bien, pero dentro de casa no, no de noche. Con el paso de los meses comencé a dar la sensación de estar bastante bien, digamos que era funcional, pero la herida era profunda y tenía la sensación de que no iba a cerrarse, cicatrizar y desaparecer nunca. Dicen que el tiempo lo cura todo, pero no fue así; el tiempo no hizo la magia por la que se le conoce.

10 DE DICIEMBRE DE 1987

Me fui de viaje, un retiro al norte sin inviernos, pues había algo que tenía que hacer. Llegué a la bahía Espíritus tan temprano que la fina niebla nocturna seguía colgando como una humareda blanca sobre el lugar y, soñolienta, solo se fue levantando de las aguas translúcidas cuando el sol se elevó y floreció en todo su brillo. Me fue fácil comprender por qué los maoríes pensaban que aquel era un lugar sagrado, donde se reunían los espíritus de los muertos, y por qué uno de sus nombres en maorí, Kapowairua, significaba algo así como «atrapa el espíritu». Me pasé un rato en la orilla, con las manos cogidas a la espalda, preguntándome si el espíritu de Amber podría verme allí de pie, solo, junto al agua. Aunque en mi cabeza sí sonara como algo demasiado probable, en lo más profundo de mi corazón me parecía imposible que no volviéramos a vernos o a hablar nunca más.

La tarde siguiente me fui al cabo Reinga, el punto más septentrional de la zona continental de Aotearoa. A la izquierda tenía el mar de Tasmania; a la derecha, el océano Pacífico, y los dos se abrían hasta allí donde llegaba la vista. La península, una joroba de color verde gracias a la hierba, sobresalía en una última cúspide de aridez rocosa allí donde los dos mares se fundían entre aguas revueltas, picadas y siempre discordantes. Allí fuera no había nada más que un faro solitario al que le hacía compañía un único pōhutukawa de porte gigantesco, del que se decía que tenía ochocientos años y que nunca había florecido. Pensé en aquel otro pōhutukawa bajo cuyas ramas habían esparcido las cenizas de Amber solo tres meses antes. Según la mitología maorí, Te Rerenga Wairua significaba «el lugar desde el que saltan los espíritus», y era desde allí que daban el salto en su trayecto hacia el más allá. El viento parecía llegar de varias direcciones a la vez y por algún motivo me descubrí

conteniendo el aliento, como si hubiera suficiente aire a mi alrededor como para respirar por mí.

La bahía de Matauri fue mi último destino, y llegué hacia el final de la mañana, con menos de una hora de antelación. Era lo que había ido a ver por Amber. Aquella jornada, sobre el mediodía, iban a hundir el Rainbow Warrior (después de apañarlo, reflotarlo y remolcarlo hasta aquellas aguas). Sabía que Amber no se lo hubiera perdido por nada en el mundo, y ese era el motivo por el que había acudido, para sentir que de algún modo rendía homenaje a su espíritu. En la bahía había como un centenar de barcos, a motor, a vela, a pala, a remo, además del nuevo barco de Greenpeace, cuya tripulación sin duda estaría muy emocionada. Unos cinco helicópteros nos sobrevolaban, iban de aquí para allá disparados como libélulas sobre un estanque en un día de verano, mientras que yo, como tantos otros, lo observaba todo desde la costa. En principio, el hundimiento debería haber tenido lugar en el primer aniversario del atentado, pero habían surgido complicaciones legales. Amber estaba viva por aquel entonces..., pero, a la vez, yo seguía con Janet. ¿Habría venido? No lo sé, dependía de otras cosas. ¿De qué? En aquel instante, en retrospectiva, tuve la certeza absoluta de que no debería haber vacilado.

Mientras remolcaban al Rainbow Warrior camino de su lugar de reposo definitivo, cualquiera pudo darse cuenta de que se encontraba más allá de toda esperanza. Buena parte de su casco estaba sumergido y apenas se podía ver un trozo del arcoíris pintado en la proa; la paloma blanca a duras penas sobresalía del agua como un pez volador. Parecía viejo y castigado, la madera de la cubierta delantera estaba podrida y los agujeros de la proa lloraban herrumbre. La proa, reparada de manera tosca, fue lo primero en hundirse; la popa se elevó, obligada, y a continuación la siguió hacia el fondo. Cuando solo quedaron a la vista un par de agujeros oxidados y marrones en la popa, fue como si una criatura enorme intentara mantener el hocico por encima del agua y respirar a la desesperada. Entonces, al poco, la última parte del barco se hundió también. El aire que había quedado atrapado en su interior subió a la superficie en un borboteo, irradió un patrón de orificios blancos y no tardó en desvanecerse.

Algo tremendo se fue con el Rainbow Warrior, algo mucho más grande que el barco mismo. Era como si el tiempo hubiera seguido

corriendo sin nosotros, sin nuestra generación entera, y no era solo Amber la que había desaparecido, sino nuestra era, junto con todo aquello que habíamos amado, aquello a lo que habíamos aspirado, aquello que nos había importado en algún momento; nuestros sentimientos más radicales, las rarezas en el habla y en el vestir de los años setenta, la música, nuestras ideologías habían quedado atrás. Era como la muerte de una época entera, de mi juventud, de mis estupideces y de mis errores, de mis locuras y también de mis sueños. El mundo había seguido avanzando, una generación más afín a lo empresarial, más dotada para los negocios, se estaba haciendo con el mando. Lo constaté en las líneas del nuevo barco, más afiladas y modernas. Había llegado una nueva era, y yo formaba parte del pasado. Estuvo bien que me hubiera apartado del resto de la gente y llevara puestas las gafas de sol, porque al fin me solté, sin trabas. Había tardado todo ese tiempo porque temía que, al hacerlo, una parte de Amber pudiera soltarse también y había querido mantener la mayor cantidad de ella conmigo durante todo el tiempo que fuera posible.

Marzo de 1988

El ciclón Bola golpeó con la fuerza desenfrenada de la locura; el aullido del viento, sus gritos en ocasiones histéricos, los temporales torrenciales, la lluvia que no dejó de taladrarnos los oídos durante días. No lograba comprender de dónde había salido aquella cantidad increíble de agua. A ver, ¿cómo era posible que el cielo hubiera contenido tamaño caudal en las alturas? Fue como si buena parte del océano se hubiera evaporado y estuviera cayendo a la vez sobre nuestros edificios, nuestras casas, nuestras cabezas. Fue algo tan extremo que me llevó a pensar en Moisés y el diluvio. Aquello arrasó con todo lo que conocía y me resultaba familiar, y, cuando las aguas comenzaron a retirarse, tuve la sensación de que ya nada volvería a ser igual.

Esculturas de hielo

Hoy nos hemos pasado el día en una balsa neumática, filmando las masas de icebergs que flotan en libertad, y ha sido como si nos aventuráramos de manera inconsciente en una necrópolis de gigantes inundada hace mucho tiempo. Había centenares de bloques inmensos de trabajo inacabado, cada uno de ellos con aspecto de haberse grabado a medias en mármol blanco y puro, muchos de forma tabular, tumbas lisas, titánicas, con lápidas hercúleas y desconocidas, sin leyenda. Había icebergs que se elevaban cincuenta metros por encima de la superficie del agua, cenotafios de eras enteras, testimonios de tiempos en los que aún no existía el ser humano. Había bloques planos y los había con formas excéntricas, un arco del triunfo que se hundía desalentadoramente por uno de sus lados, un último segmento de acueducto que el tiempo se llevaba consigo. En medio de todos ellos, algo en su carácter, en su antigüedad y su majestuosidad imponente, actuaba como insinuación de nuestra propia insignificancia en el esquema cósmico de las cosas; sin embargo, a partir de ese conocimiento se podía obtener también una sensación de serenidad, quizá el derecho a ser olvidado. Desde lejos, todos parecían haber sido cercenados de un mismo bloque original, pero de cerca algunos eran brillantes y resplandecientes, mientras que otros presentaban un acabado opaco y mate, y unos terceros eran toscos y granulados, como si con solo tocarlos fueran a venirse abajo y quedarse en nada. Encontramos varios sorprendentemente planos y redondos, agrupados en paz como nenúfares blancos gigantes. Sin embargo, lo que me ha parecido más sublime ha sido su apariencia, tan cristalina; clara, lustrosa e inquietante por arcana, como si les hubiera dado vida el soplo de los vientos primeros. Si tuviera que elegir una lápida para Amber en este escenario de belleza atemporal, optaría por uno de ellos.

El horizonte

6 de abril de 1988

Era una noche importante para mí: una ceremonia de entrega de premios en el Civic, donde estaba nominado al mejor cortometraje, o debería decir que mi corto *Horizonte* lo estaba. Ante cuatro competidores. Trataba sobre una novia joven y hermosa que, a las dos horas de iniciarse el banquete de bodas, se da cuenta del error que ha cometido (no destripo nada porque no he contado cómo ni por qué). Cierto es que contenía un elemento autobiográfico, pero este siempre existe, por mucho que a los artistas les guste fingir que no es así. *Horizonte* había aparecido en *The Dominion Post*, junto con una foto que me habían sacado en el puerto, sobre un fondo de grúas que rompían la línea del cielo.

Las primeras filas estaban reservadas para las personas nominadas a varios premios, pero aún era temprano y no había llegado demasiada gente. Me estaba paseando por el pasillo central, perdido en mis pensamientos, cuando de repente entreví, o eso me pareció, a la madre de Amber. Fue raro, porque se había detenido bajo la luminosidad artificial de la señal de salida y fue casi como ver al fantasma de Amber, una visión impactante de ella envejecida.

No pude creer lo que veía. En efecto se trataba de la señora Deering, que sujetaba una cartera pasada de moda entre sus grandes manos y tenía un aspecto evidente de sentirse incómoda. Todo era tan extraño, el lenguaje corporal que capté cuando ella vio que la había visto, y que me llevó a preguntarme si estaría allí por mí. Pero en realidad no fue una pregunta, sino más bien una sensación de «¿cómo?» relacionada con la manera en que se había maquillado, como si hubiera pensado que aquello sería igual que pisar la alfombra roja del festival de Cannes. Aún recuerdo su vestido de color azul claro, bastante largo, favorecedor para sus ojos, pero no tanto para su figura, fornida y corpulenta. Además, era demasiado mayor para

llevar algo tan ceñido, aunque en realidad quizá fuera solo que había ganado peso desde la última vez que se lo puso, a saber cuántas décadas atrás.

Después de aquel titubeo inicial y embarazoso me dirigí con pasos largos y decididos hacia ella. Debí de parecer atónito porque, a medida que me acercaba, ella se fue poniendo rígida mientras no dejaba de retorcer el bolso de mano. Tenía las uñas pintadas, cosa poco propia de ella, con un color rojo coral intenso que, si acaso, destacaba la rugosidad de aquellas manos que tanto habían trabajado.

—¿Señora Deering? —Habían pasado casi ocho años desde que la conocí, yo ya era un adulto, pero llamarla Milly no me hubiera parecido correcto.

—Esperaba encontrarte aquí. ¿Podemos hablar? —No fue tanto una pregunta como una exigencia educada.

Me olí un problema de manera instintiva, y me pregunté si no necesitaría dinero para los caballos. Quizá, después de ver el artículo que me había dedicado el periódico, pensaba que yo tenía millones de sobra.

—No es el mejor momento —contesté al ver entrar a gente con el programa en las manos, lo cual me recordó que no había cogido uno.

—He venido hasta aquí solo para hablar contigo —dijo, y tragó saliva con dificultad—. Es sobre Amber.

¿Amber? El corazón me dio un vuelco ante la mención de su nombre y de repente se me ocurrió por primera vez que quizá Amber había dejado algo, posiblemente un diario o una nota en la que había escrito sobre mí. ¿Era posible que lo hubiera confesado todo, hasta llegar a aquella desafortunada noche con Stuart? Pero, antes de que pudiera contestar, la mujer se apresuró a preguntarme:

—¿Puedes reunirte conmigo mañana por la mañana en el café Pointers? ¿A las nueve en punto?

—Claro —acepté. Para entonces, el director de fotografía del corto había llegado acompañado del iluminador, y los dos esperaban de manera evidente para hablar conmigo.

—Lo siento, no puedo. No voy a... quedarme —dijo ella tartamudeando—. Te veré mañana a primera hora. No te retrases. No hay nada más importante que esto. —Dicho lo cual, subió pavoneándose por la escalera enmoquetada hacia la puerta principal, con sus amplias caderas oscilando de un lado al otro cada vez que

superaba trabajosamente un peldaño.

No me preguntes cómo logré superar las largas horas que siguieron sin la capacidad para pensar con claridad. Lo único que ocupaba mi cabeza era la señora Deering y qué demonios podría querer de mí. Verla allí me había estropeado la ceremonia hasta tal punto que no me importó lo más mínimo que no me dieran el premio. Durante cada pase, me quedé con la mirada fija en las imágenes cambiantes sin llegar a ver nada de verdad, como si todo hubiera sido una gran mancha borrosa. Lo único que veía ante mis ojos eran los últimos meses que Amber y yo habíamos pasado juntos. Como aquella vez en que nos dimos un baño en mi apartamento, siendo yo el que tenía el grifo clavado en la espalda. Hice una broma sobre la identidad de la persona que de manera automática se quedaba con el lado más cómodo y liso, la que daba aquellas cosas por sentadas, y, antes de que pudiera darme cuenta, ella me había puesto los pies sobre los hombros y me había tirado el guante de baño húmedo a la cara, donde se quedó pegado, amoldándose a mis rasgos. En broma. Así que yo se lo tiré también a ella. En broma. A continuación subimos la apuesta, intentamos horrorizarnos el uno al otro usando el guante para frotarnos primero las orejas, las axilas, la entrepierna o el culo, para a continuación darnos un cachete en la oreja, la mandíbula, el ojo, la boca, cada golpe mejor que el anterior, sin parar de reírnos hasta que el baño entero quedó empapado. Aquellos momentos con ella eran casi tangibles y a veces no podía evitar recordarlos por mucho que pensar en ellos me sirviera de poco.

7 DE ABRIL DE 1988

Me alegra poder decir que, a la mañana siguiente, cuando entré en el café concurrido y la vi sentada a una mesa junto a la pared, la señora Deering volvía a ser la de siempre: un Swanndri, pantalones y botas de montaña. Solo las uñas, que llevaba cortas, mostraban aún algún vestigio de la noche anterior, pues alrededor de las cutículas quedaban rastros débiles de color rojo coral. Vi que ya había pedido y que debía de estar hambrienta; comía como un hombre, pegándole grandes bocados a la tostada con huevos escalfados y doblando las tiras de beicon rizado para metérselas enteras en la boca. Cuando levantó la

mirada de la comida el tiempo suficiente para asentir con la cabeza, pues tenía la boca demasiado llena para decir nada, me senté, pero ella siguió comiendo. Pasaron uno o dos minutos así, mientras yo me movía nervioso y miraba a mi alrededor en busca de alguien que me tomara nota. Cuando ella dejó el plato limpio, y no es que tardara demasiado en hacerlo, se bebió la taza de café de un trago, como para bajarlo todo. Entonces se pasó la servilleta de papel por la boca y la mantuvo allí un instante, mientras hurgaba con la lengua por si había quedado algún resto.

—Lo siento si ayer no estaba en mi elemento —dijo al fin, y cogió una miga de la mesa y la aplastó entre los incisivos.

—No es que esperara verla precisamente. ¿Sabe?, me ha picado la curiosidad, con eso de lo que quiere hablar... —Pensé que bien podía ir al grano.

—Aquí no. En algún sitio íntimo. Creo que no sería inteligente hablar aquí.

¿De qué iba todo aquello? ¿Por qué aquel secretismo? ¿Podía ser algo tan malo? La verdad es que no supe qué decir mientras la mujer toleraba que pidiera un café, expectante, con los brazos cruzados, y que me lo bebiera tan rápido como pude pese a que me escaldó el paladar. Entonces, a paso ligero, me condujo hasta su viejo y polvoriento cinco puertas. Me senté en el lado del copiloto y, acto seguido, sin decirme adónde nos dirigíamos (más allá de una promesa cantarina: «Ya lo verás, ya lo verás...»), se puso a conducir hacia algún sitio que parecía tener muy claro. Cambiaba de marcha con brusquedad y, después de muchas curvas cerradas, aumentando la velocidad y reduciéndola, todo lo cual noté con intensidad en el estómago a aquella hora tan temprana, llegamos a San Esteban, la pequeña iglesia de listones blancos donde Amber y Stuart se habían casado siete años y medio antes. Para entonces, el corazón me martilleaba en el pecho y también en los oídos, casi como si me hubieran secuestrado y a mí me pareciera bien.

La mujer salió antes que yo y, por algún motivo, se puso a hablar sobre las cualidades de la iglesia de manera ligera e informal, como si estuviéramos, no sé, en una especie de visita guiada, y añadió un montón de pequeños detalles sobre el día de la boda, ya tan lejano. Como que Les, el padre de Amber, la había llevado hasta aquel punto exacto en la furgoneta con la que transportaba a los caballos —le

había limpiado el barro a manguerazos y se había puesto el único traje que tenía, su rostro más sonrojado de lo habitual por culpa del calor —, pero se había negado a entrar porque Danny estaba en la iglesia. Que, por una vez, Amber había permanecido callada, se había pasado todo el trayecto sin decir una sola palabra, y que, al llegar, Candice, su dama de honor, se había apresurado a ayudarla a bajar del vehículo, en apariencia para evitar que se le enganchara el vestido en algún sitio, pero no solo por eso, según había intuido la señora Deering. Fue un viaje lento y lleno de baches por los territorios de la memoria, como si se estuviera preparando para abocarme al sentimiento de culpa.

La puerta de la iglesia estaba cerrada pero sin llave, y dentro había como tres grados menos que fuera. El interior no estaba mal, era todo de madera, fue un poco como meterse en un arca vacía. Una alfombra roja amortiguaba nuestras pisadas y su dibujo de flores de lis señalaba hacia el altar como una corriente que la señora Deering no pudo resistirse a seguir, un paso solemne tras otro, como si ella misma hubiera sido la novia de aquella jornada lamentable.

—Y aquí fue donde Amber tomó sus votos sagrados —remarcó las sílabas y se encargó de aguantarme la mirada hasta que resultó incómodo—. «Para amarte y respetarte durante todos los días de mi vida, en la alegría y en la tristeza, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe.»

Yo ya había decidido que mantendría la calma pasara lo que pasase, así que no me dejé provocar con tanta facilidad. Era evidente que se había enterado de lo nuestro, y fui consciente de que aquello iba a conducir con toda probabilidad a un sermón sobre la moral y mi papel a la hora de llevar a su hija por el mal camino.

—Una de las nietas de Stuart estaba sentada aquí —señaló el primer banco—, y no dejó de tirar al suelo las llaves de su madre. Al final tuve que ir y quitárselas, a la pequeña revoltosa, porque su madre estaba ahí mismo, dejándola hacer. En aquel momento supe lo que le esperaba a mi hija con esa gente, la familia malcriada y malévola de su marido.

Por un instante, la señora Deering dejó que su mirada barriera el lugar, como si estuviera recordando a toda la gente presente aquel día; acto seguido inspiró de forma breve y abrupta, y de repente pareció ansiosa por marcharse de allí. Ya fuera, al aire libre, ninguno de los

dos estábamos lo que se dice relajados, pero hicimos como que dábamos un paseo despreocupado hacia la bahía en lo que tuve la seguridad de que era un estado mutuo de aprensión para quitarnos aquello —fuera lo que fuese— de encima. Se trataba, por supuesto, de la misma bahía en la que me había quedado esperando a que Amber y Stuart se casaran. Al llegar allí comenzó a levantarse viento, amplias zonas del cielo gris sobre nuestras cabezas comenzaron a ennegrecerse, y de vez en cuando algunos rayos de sol se escapaban de manera espectacular antes de verse sometidos de nuevo.

Al fin, la señora Deering encontró un lugar que le pareció apropiado, donde la arena estaba casi seca y no había demasiadas conchas. Me senté a su derecha de manera que los dos nos quedamos mirando el mar en ese temible momento en que el silencio antecede a una conversación seria.

—Esto no va a ser sencillo para mí. —Usó las manos para ayudarse a estirar una pierna, luego la otra, y en el proceso se soltó sin querer los cordones de una de las botas de montaña—. De verdad que no sé por dónde empezar.

—El principio suele ser la mejor opción. —Soné más cortante de lo que pretendía, probablemente porque me estaba preparando para lo que iba a venir y me sentía bastante en tensión.

—Sé que te gustaba mi hija —dijo ella al fin dirigiéndome una mirada larga y severa.

Yo se la devolví de frente, sin pestañear. No iba a lograr que me avergonzara. Había amado a Amber, aún la amaba. Lo nuestro no había sido una aventura extramatrimonial pasajera. La amé durante ocho años, la amé, no es que me gustara. Estuve a punto de decírselo, pero ella habló primero.

—Sé que tuvisteis una aventura. Mientras Stuart se estaba muriendo.

Dicho lo cual, volvió a mirar hacia el mar. No muy lejos, una gaviota planeaba de aquí para allá como una cometa tensa en medio de un vendaval fuerte.

—Pero ¿sabe que nos amábamos? —le solté a bocajarro.

Ahí me sorprendió al volverse para mirarme de nuevo y decir, no sin cierta calidez:

—Sí, eso también lo sé. —Acto seguido juntó las manos, las encajó entre las rodillas y, con voz cargada de emoción, hasta tal

punto que sonó diferente, me dijo—: Mi hija es tuya.

—¿Cómo? —En un primer momento no entendí exactamente lo que quería decir con eso. ¿Cómo podía Amber ser mía? ¿Se refería a su espíritu? ¿Qué tipo de premio de consolación era ese?

—La pequeña, Gracie..., es tuya. —Me quedé allí, perplejo, sin estar convencido al cien por cien de que la hubiera entendido, y, sin embargo, demasiado avergonzado para pedirle que repitiera lo que había dicho—. Es tuya. —La señora Deering levantó la voz, como si no quisiera dejar espacio para la duda en mi cabeza—. Gracie es la hija que tuviste con Amber.

Esa vez supe que la había oído bien. Dios mío, sentí tantas cosas diferentes a la vez... Por un lado no podía creerlo y, no obstante, por el otro deseaba hacerlo, pero incluso en la incredulidad se me pasaron un montón de cosas por la cabeza, aquella ocasión en que me encontré a Amber comprando cosas para bebés, la visita a la granja de un par de días después, cuando ella dijo que ya era hora de que conociera al nuevo miembro de la familia. Recordé también que la señora Deering no había querido que viera a la niña, que nunca le había gustado que yo estuviera por allí.

Aún la oía hablar, pero de repente era como si su voz me llegara desde muy lejos.

—Cuando Amber se vino a vivir conmigo..., cuando no pudiste verla durante el periodo de luto, ¿de verdad no sospechaste nada?

Varios momentos de mi pasado parecían haberse atascado en mi mente, pero negué con la cabeza como un autómata.

—Estaba embarazada de cuatro meses cuando le hiciste aquella visita sorpresa en la calle Wynyard. Estuvo a punto de no abrir la puerta al ver que eras tú. ¿No te pareció raro que saliera de una casa moderna con un abrigo de invierno?

Sí, ya que lo mencionaba, me había parecido raro. Pero lo único que pensé en aquel momento, por la manera tan extraña en que se comportó, fue que Amber debía de estar con alguien, que tenía marcas amorosas que quería esconderme. Dios santo, ¡¿por qué no me lo dijo?! ¡Si yo era el padre, era mi derecho saberlo! Por otro lado, ¿cómo podía tener la seguridad de que la señora Deering no se lo estaba inventando todo? Quizá Amber se había quedado embarazada de otro tipo aquel día, o cualquiera de las noches en el barco. Quizá ni ella misma supiera quién era el padre. Y, en aquel momento, su madre

estaba… ¿intentando endosarme la responsabilidad de un hijo ilegítimo? ¿Ahora que creía que yo había triunfado? Me sentí indignado, insultado porque no me lo hubieran dicho en su momento, y, sin embargo, seguía manteniendo la esperanza de que…

—¿Por qué no me lo contó? Yo habría hecho lo correcto si el hijo hubiera sido mío.

—Al principio, ni ella mismo lo supo. La habías obligado a tomar la píldora y pensó que el estómago revuelto, la sensibilidad de los senos y el vientre hinchado eran síntomas normales. Por más cosas que fuera identificando entre un ciclo y otro, nunca se le ocurrió que pudiera estar embarazada. Al fin y al cabo, estaba tomando la píldora, que suponía completamente segura. No fue hasta que dejó de tomarla, después de la muerte de Stuart y cuando no le volvió el periodo, que al fin se enteró de la verdad. —La mujer se mordió los labios y sacudió la cabeza en señal de desaprobación—. Debes entender que la había concebido mientras seguía casada con él, así que habría surgido la cuestión de si legalmente era su hija. Nadie se lo habría creído, ningún médico habría testificado que era así.

»Al estar casada con alguien tan importante, a Amber la habrían arrastrado por el barro como a una puta, todo el mundo se habría enterado de que había engañado a su pobre marido moribundo. Nos habría avergonzado, a su familia; habría desgraciado nuestro buen nombre. No somos gente importante, desde luego, pero sí personas buenas y honestas con una reputación que mantener dentro de la comunidad. Ella se habría enfrentado a todas esas cosas desagradables por ti. Pero eso habría tenido implicaciones. —La señora Deering separó por sílabas esa última palabra, *im-pli-ca-cio-nes*, mientras cogía rabiosa un puñado de arena y comenzaba a tirarla de aquí para allá, como si fuera pienso—. La propia Amber era consciente de ello, pero tuve que refrescarle la memoria: la cosa tenía pinta de asesinato, de asesinato premeditado. Homicidio involuntario en el mejor de los casos. Vuestra historia no se habría sostenido. Cualquier jurado te habría juzgado con dureza, ¡incluso yo, de haber formado parte de ese jurado! Había un motivo: tenías que librarte de él porque ella estaba embarazada de tu hijo, así que le aplastaste la cabeza. No había testigos que pudieran decir que las cosas habían sido tal y como tú manifestabas, ¿verdad? Y no hubieran tenido que escarbar demasiado para enterarse de que Amber me estaba ayudando con mis problemas

económicos, así que el dinero habría sido otro motivo. Los dos estabais desesperados: la única salida era matarlo o, quizá, según pensasteis, ayudarlo a que muriera un poco más deprisa.

»Incluso a mí, su propia madre, me costó creerla al principio, lo siento, pero eso es lo que parecía si lo mirabas fríamente. Había pruebas sólidas contra ti. La cabeza aplastada, la sangre en la alfombra, en tu ropa. Los paramédicos habrían testificado que fue así. Intentaste limpiar las manchas, y la cuidadora, la señora Grant, habría testificado que fue así. E, incluso si un jurado te hubiera absuelto, las habladurías habrían afectado a la niña para siempre, pues la gente la habría tachado de «fruto de un adulterio», «bastarda», «hija de asesinos».

Yo estaba completamente conmocionado. Dios mío, ¿por qué Amber no había acudido a mí? Habría encontrado una solución, la habría apoyado. Todo comenzaba a cobrar forma, como el perímetro frágil e inicial de un puzle de mil piezas. Aun así, habría que hacerle un análisis de sangre a la niña. No quería que nadie me engañara, sobre todo si aquello había sido obra de algún cabrón que se había salido con la suya mientras ella estaba borracha. Pero, incluso mientras pensaba eso, en mi interior ya estaba convencido.

—Si metieron en la cárcel a un inocente como Arthur Allan Thomas cuando no había ninguna prueba contra él, ¡imagínate a alguien como tú! Amber me contó que la señora Grant siempre estaba soltando insinuaciones sarcásticas, pidiendo que le subieran el sueldo de manera significativa por sus «esfuerzos de más». Para colmo, los tres hijos de Stuart detestaban a Amber y se hubieran encargado de que los dos recibierais vuestro merecido. Y de que ella no viera un solo céntimo de la herencia. ¿Es que no ves que mi hija te estaba protegiendo? Tanto a ti como a la niña.

—¿Por qué me cuenta todo esto ahora? ¿Por qué ha tardado tanto? —pregunté a la defensiva.

La señora Deering se dio unos toques en los ojos con el pañuelo, como si quisiera metérselos hacia dentro por haberse atrevido a demostrar alguna debilidad.

—Quiero que sepas algo, nunca nos arrepentimos de que viniera al mundo, la queríamos antes incluso de que naciera. Yo sabía que iba a ser niña, lo vi en la forma de la barriga de Amber, porque la llevaba a lo ancho. Se lo dije y acerté. —Entrelazó el pañuelo en los dedos y

acto seguido, como si de repente se hubiera cansado de él, se lo guardó en el bolsillo—. En el momento nos pareció un plan perfecto. Las tres seríamos felices y fuertes juntas. Pero nos había unido una mentira, y una mentira fue lo que acabó por separarnos. Lo habíamos planeado todo, hasta el último detalle. Pero no habíamos pensado que Amber fuera incapaz de sobrellevarlo. Ni que yo no podría cuidar a Gracie hasta el final. —La miré con fijeza, pero bien mirada, para ver si aquello podía ser verdad. Y, al ver un miedo feroz en sus ojos, no me quedó ninguna duda de que fuera así—. No me quedan más de dos años. Está en el útero. No me negarás que el castigo es bastante adecuado.

—Señora Deering, por favor, no haga eso. Son cosas que pasan. —Por torpe y raro que quedara, la rodeé con el brazo y dejé que recostara su peso sobre mí.

—Comenzó a crecer como una semilla diminuta que acompañaba a esa mentira malvada. Pensé que ya había recibido castigo suficiente al perder a mi hija. Era mi cielo, y ahora esto..., ¡ni siquiera viviré lo suficiente para cumplir con mi deber hacia ella! —Entonces se tapó la cara con las manos y, durante los minutos que siguieron, por momentos le froté la espalda y por momentos me retiré, dejándola en paz.

Cuando pareció haberse calmado salvo por algún sollozo ocasional, le hice una pregunta:

—¿Cuándo, qué día nació el bebé?

—El 4 de septiembre de 1984. Por lo que recuerdo, se adelantó una semana, aunque es imposible saberlo con seguridad. Si de verdad hubiera sido mío con Les, es probable que se hubiera retrasado una semana. Nada que diera motivos a la gente para pensar dos veces en ello. Estoy convencida de que, si Amber dio a luz antes de tiempo, fue por el estrés.

—Pero no es posible que se salieran con la suya. La gente tuvo que enterarse. El médico lo habría sabido. El hospital.

—No lo entiendes. Tuvo al bebé en la granja. Fui yo quien la ayudó a tenerlo, no hubo nadie más.

Expulsé el aire.

—Aun así, no se puede ocultar algo tan grande. Dice que Amber estaba embarazada. Usted no lo estaba. La gente no está ciega.

—Si supieras lo sencillo que fue... No venía mucha gente a la

granja. Era invierno, ella se ponía el viejo abrigo de Les. Por culpa del estrés no había ganado mucho peso y, de todos modos, nunca se alejaba más allá de los establos. Y te equivocas, porque yo sí que tuve barriga, una barriga grande de verdad. Verás, saqué varios puñados de paja del relleno del espantapájaros y los metí en la funda de una almohada. Con Amber le cosimos unos cordeles en las esquinas y ella me la ataba cada mañana. ¡Y vaya si mi vientre creció! Me puse a comer como una cerda, un pudin extra cada noche, y además le metía más relleno cada dos semanas; el pobre espantapájaros se adelgazaba y yo estaba cada vez más embarazada. Al final, ni siquiera me quitaba la funda por la noche, porque me ayudaba a creer mejor que aquello estaba pasando de verdad.

—¿Qué hay del médico que la examinó? Él tuvo que saber la verdad.

—No hubo ningún médico. No fue a ver a nadie.

Negué con la cabeza, incrédulo.

—¿Y si le hubiera pasado algo?

—Todo fue exactamente como pretendía la naturaleza, el bebé se movía y crecía bien, en buena posición.

—Un bebé humano no es un caballo. ¿Cómo pudo correr ese riesgo con su propia hija?

—Durante miles de años no existieron los obstetras... Escuchándote, parece mentira que la especie humana haya logrado sobrevivir. La naturaleza sabe lo que debe hacer, mejor que el propio hombre, pese a la arrogancia de la raza humana de pensar que no es así.

Todo aquello me sonaba a locura, había sido muy arriesgado y abrumadoramente subdesarrollado. Era casi como cuando María dio a luz a Jesús en el establo, sin más público que José y un puñado de animales de granja. No podía creerlo. ¡Mi hija!

—Me mantuve apartada de la gente y sus miradas, pero esta siempre habla. A veces venía alguien de visita e intentaba asegurarme de que el bebé estaba sano por lo mucho que se me notaba, pero eran conscientes de que algo no iba bien..., creo que dieron por sentado que era porque ya no tenía a Les. Hacia el final, mientras yo seguía creciendo, la gente se presentaba y, sin decir palabra, se ponía a ayudar con las tareas más pesadas. En aquellos momentos, Amber y yo teníamos que ser extremadamente cautas. —Suspiró—. Cuanto más

me acercaba yo a término, o ella, menor era el margen de error.

»La suerte estuvo de nuestro lado. Justo antes de la una de la mañana, Amber rompió aguas y se puso de parto, con contracciones regulares, cada vez más dilatada. Fue un buen momento. Si algo hubiera salido mal, la habría llevado a toda prisa al hospital, y habría sido nuestra perdición. Pero fue como tenía que ser. El bebé nació a las 6:11 con el peso suficiente, pensé, aunque no tuve tiempo para comprobarlo. Le di un cachete en el culo, vi que lloraba bien y con fuerza, y la puse sobre una toalla. La única dificultad fue retirar el resto de la placenta. Aquello a Amber le dolió. "¡Mira al bebé!", no dejaba de repetirle. "¡Mira qué bebé tan hermoso!" Tuve que asegurarme de que no quedara nada dentro de ella. No podíamos arriesgarnos a que sufriera una infección. Eso no habría tenido explicación.

»Entonces llegó el momento del cambiazo. Amber se limpió, se vistió deprisa, se cepilló el cabello. Y yo me arranqué el vientre, la ropa, me metí en la cama, entre las sábanas sanguinolentas, entre la placenta, como si hubiera sido yo la parturienta y mío todo aquello, mi bebé. Intentamos hacer que yo me lo creyera. Lloré del dolor mientras ella me apretaba con fuerza el abdomen, para sentirme como si acabara de dar a luz. Pero eso no fue suficiente. Necesitaba tener un recuerdo muscular de la experiencia, tenía que sentir los dolores del parto, dijo Amber mientras clavaba los dedos con más fuerza en mí, mientras los hundía profundamente hasta que grité, grité a lo bestia. Quizá estuviera resentida conmigo porque iba a quedarme con su bebé, el fruto de vuestro amor, pero también la prueba de vuestro pecado. Quizá odiara el hecho mismo de haber nacido, por tener que hacer lo que estaba haciendo. Pero no hubo tiempo para pensar. A las 6:42, Amber llamó a los vecinos mientras yo gritaba de dolor al fondo, y les preguntó si podían venir rápido, que no iba a llegar al hospital, que el bebé estaba de camino. Aparecieron en su furgoneta a toda velocidad a las 6:56. A las 6:57 irrumpieron en la casa y me encontraron con el bebé, aún desnudo y con manchas de sangre, entre los brazos. —La señora Deering comenzó a reírse para sí misma—. Lo más gracioso es que nos olvidamos por completo de mi vientre, que se quedó ahí tirado, en el suelo, pero nadie le prestó atención, pues todas las miradas estaban en el bebé. ¡Estuvimos a punto de incendiar la casa después de que se fueran, cuando tiramos mi pobre barriga de

gorda embarazada al hogar! —La alegría llegó a su fin con rapidez, la misma con la que regresó la melancolía—. Más tarde, aquel mismo día, a medida que lo asimilábamos todo, las dos sufrimos algo más que una depresión posparto.

»Yo me llevé las felicitaciones, los ramos, y ella no recibió ni una sola flor. La gente le decía lo feliz que debería sentirse al tener "una hermosa hermana pequeña", le decían que tenía que ser buena y ayudar a su madre. Fueron los demás, su manera de comportarse con nosotras, lo que nos llevó a darnos cuenta cada vez más de la enormidad de lo que habíamos hecho, y sentimos que estaba mal. Pero ¿qué otra elección teníamos? Lo habíamos hecho por el bebé..., y yo también lo había hecho por ella, igual que ella lo había hecho por ti. Todos éramos eslabones unidos por una especie de cadena de culpas.

»Aquella noche tuvimos la primera pelea. Habíamos acordado de antemano que Amber no le daría el pecho. Habíamos preparado fórmula infantil y habíamos planeado turnarnos para darle de comer. Entonces, Gracie se despertó llorando y, mientras yo calentaba el biberón, el llanto se detuvo. Cuando fui a mirar allí estaba Amber, ¡amamantándola! Intentó decirme que tenía los pechos hinchados, que le dolían, pero le contesté que con eso solo iba a lograr que le saliera más leche. Yo sabía que, en realidad, el dolor físico solo era una pequeña parte del asunto, que estaba el otro dolor de no amamantar al bebé, pero no podíamos confundirlo haciendo que se prendiera a la persona equivocada, a su supuesta hermana, y tampoco podíamos confundirnos a nosotras mismas. ¡Tenía que parar! ¡Tenía que extraerse la leche ella por su cuenta!

»Supongo que Amber había pensado que iba a sacarla del problema en el que se había metido y que a continuación mi papel se acabaría ahí. Pero ¿cómo podría haberlo hecho? Las dos nos habíamos comprometido de por vida. Lo hicimos lo mejor que pudimos, pero la cuestión de quién era la madre se fue volviendo cada vez más borrosa con el tiempo, hasta que yo misma comencé a olvidar a ratos que en realidad Gracie no era mi hija.

»Sin embargo, legalmente lo era, porque había un certificado de nacimiento (la madre, yo, Millicent Anne Deering; el padre, Lester Rayburn Deering), un certificado de bautizo de la iglesia de San Andrés con el sello parroquial... Sí, mentimos en la iglesia al hacer los juramentos, con mis viejos y queridos vecinos como padrinos

inconscientes. Fui yo quien la sostuvo mientras el pastor le volcaba el agua sobre la cabeza y Amber permanecía sentada en el banco vacío, observándome con una mirada fría y vacua. —La señora Deering se quedó callada durante un rato, como si estuviera reviviendo más detalles de aquel día en la cabeza. Luego acabó diciendo—: Hacia el final, cuando Amber se pasaba toda la noche fuera, medio ida por culpa de las sustancias ilegales, me di cuenta de que no tener a su hija la estaba devorando por dentro. Necesitaba aquella mierda porque le impedía pensar. A veces yo tenía la sensación de que, si la hubiera dejado ir a la cárcel y pagar por lo que había hecho, quizá se habría sentido menos culpable.

»Una vez me reprochó que hubiera permitido que su padre impusiera su ley en casa, que eso era lo que la había llevado a querer marcharse tan pronto. Yo debería haberle puesto freno cuando se emborrachaba y se enfrentaba a nosotros, cuando le pegaba puñetazos a su hermano y a ella la abofeteaba y zarandeaba. Pero ¡intenté detenerlo! ¡De la misma manera que ayudé a Amber cuando se estropeó la vida! —Para entonces ya estaba casi gritando. De repente pareció darse cuenta de ello, se detuvo en mitad de una frase, se apartó con cuidado el pelo de la cara y se alisó la camisa antes de seguir hablando—: Y pensar que se fue de la casa de Stuart casi igual que como había llegado. Ni siquiera se llevó los anillos de boda, solo 88.000 dólares, el mínimo indispensable para sacarme del aprieto. ¡Se pasó años cuidando de él, tiró su juventud a la basura por un anciano recluido en su casa! ¿Qué tipo de marido es ese para una mujer joven y saludable? ¿Pensó que podría estar con una chica joven y guapa, y beber así de la fuente de la eterna juventud? ¡El padrillo es una buena pareja para la yegua, no un caballo capón con los cuartos traseros hundidos, listo para que lo jubilen en un prado!

»Fui yo quien la presionó para que cogiera lo poco que se llevó. Mi hija podría haber tenido la vida solucionada. En cambio, hubo momentos en los que tuvo que conseguir otros trabajos, gateando a cuatro patas en busca de nueces, las manos manchadas de rojo por recoger bayas… ¡Una temporera, cuando podría haberse pasado la vida viviendo como una reina! —Quizá tuvo la sensación de que estaba hablando con demasiada libertad, porque se mordió el labio y, a partir de ese momento, pareció escoger las palabras con más cuidado—. Fue el sentimiento de culpa. Creo que hubo momentos en

los que estuvo cerca de contarte nuestro secreto, en los que quiso deshacer lo que habíamos hecho. Yo me había gastado el dinero de Stuart pagando las deudas de la renovación de The Stables, cuidando de los caballos. Había quebrantado la ley para ayudarla, no podía arriesgarse a que una mujer de mi edad acabara en la cárcel. —Tragándose las emociones, miró hacia el horizonte—. Luego había veces en que se pasaba semanas sin salir, ni siquiera asomaba la nariz por la ventana. Sostenía a Gracie durante horas, observándola mientras dormía, a veces durante toda la noche, sin llegar a cerrar los ojos. Yo le decía: «Amber, deja de hacerte esto a ti misma». Me temo que esas noches le hacían más daño que cuando salía con esas malas compañías. —De pronto, las arrugas de ansiedad de la señora Deering parecieron marcarse más y, aunque se mantuvo inexpresiva, reparé en la lágrima que corría poco a poco por su rostro mientras murmuraba entre dientes—: Debería haber estado preparada para perder la granja, debería haber renunciado a todo...

Paisajes cambiantes

Cuando la señora Deering me devolvió al lugar donde nos habíamos encontrado aquella mañana, no pude recordar dónde había aparcado el coche. Tenía la cabeza tan llena con todo lo que me acababa de contar que debimos de pasar junto a él varias veces sin que me diera cuenta de ello. Me alivió bastante verlo —al coche y la multa de aparcamiento debajo del limpiaparabrisas—, pero aquello no fue nada en comparación con lo que tenía que digerir en aquel momento. Ella iba a recoger a Gracie en la casa de su madrina, la esposa de un veterinario jubilado que la había estado cuidando desde la noche anterior, y yo la seguí, tal y como habíamos planeado. Salimos de la autopista y yo seguía pegado a ella. A ciegas. Que ella ponía el intermitente, yo ponía el mío; que ella giraba, yo hacía lo mismo.

Al fin aparcamos junto a una casa familiar en medio del campo y a mí se me encogió el corazón. Claro que ya conocía a Gracie, la había tenido en brazos cuando era un bebé, pero en aquel momento iba a conocerla como algo mío, carne de mi carne, mi propia hija. Algo mío y de Amber. Y puedo decir que eso era completamente diferente. Además, ella ya podía hablar, y pensar las cosas. Jamás olvidaré la primera vez que volví a verla. Había un neumático colgado de un roble inmenso y Gracie se había ensartado en él; su cabellera caía inerte por un lado, sus piernas delgaduchas por el otro. No obstante, la visión del coche de la señora Deering bastó para devolverle la vida y se acercó a él saltando despreocupadamente, haciendo girar por encima de la cabeza un ratón de peluche que sujetaba por su cola extralarga. Sospeché que dentro no habría juguetes y que se lo habría chorizado al gato. Una mujer de pelo blanco salió tambaleándose por una doble puerta de cristal; tenía un bichón frisé en los brazos y no dejaba de darle besos. Parecía estar un poco chiflada, pero por suerte la señora Deering no se quedó mucho rato, y mis ojos no tardaron en pegarse de nuevo al mismo guardabarros polvoriento.

Llegamos a The Stables en menos de quince minutos. Ellas

salieron del coche mientras yo me bajaba del mío sin tener aún la menor idea de lo que iba a decir. Recuerdo con claridad que intenté echarle un buen vistazo a Gracie, pero sin que fuera demasiado evidente, por supuesto. De acuerdo, era de complexión delgada, igual que yo, pero por otro lado Amber también lo había sido. Su cabello no era tan rubio como recordaba, tenía un tono más oscuro que el de Amber. ¿Quizá había algo de mí en el labio superior, en el hecho de que apuntara hacia abajo? Por lo demás, ¿qué? La manera en que se le juntaban las rodillas..., no es que fuera exactamente patizamba, yo tampoco, solo lo suficiente como para que, si teníamos que ponernos firmes, nuestras piernas se acercaran más por arriba que por abajo. No había nada que destacara, que me hubiera dado en los morros de no haber estado buscando algo activamente. Bueno, en realidad no tanto. De hecho, hice todo lo posible para limitarme a sonreír, decirle hola y hacer que se relajara. Una parte de mí se moría por acercarse a darle un abrazo, sobre todo porque sí había encontrado mucho de Amber en sus ojos claros y alegres, y en su boca traviesa. Pero me contuve por miedo a alarmarla.

—Gracie, este es Ethan. Ethan Grieg. Fue un amigo muy querido de Amber... —le explicó la señora Deering quién era yo y los nervios se le notaron en la voz; en realidad, en toda su actitud, probablemente igual que a mí.

La niña me contempló unos segundos, con escasa curiosidad, y pareció evaluar que yo no representaba una gran amenaza para su existencia. Acto seguido se volvió hacia la señora Deering y le suplicó con voz de pito:

—Mami..., ¿puedo montar a Salsa?

¿Qué había esperado? No se acordaba de mí, nunca me había oído nombrar, y tampoco es que la señora Deering pudiera ir y decirle: «Gracie, este es tu padre de verdad», ¿o sí? Su reacción fue de lo más normal. De todos modos, la mujer me dirigió una mirada ansiosa, como si temiera que la falta de interés de la niña pudiera herir mis sentimientos. Pero, sinceramente, yo estaba bien y me limité a decir:

—Me encantaría ver a Salsa.

Has de saber que Salsa era un shetland regordete que el veterinario y su esposa les habían regalado un año antes, y que ya entonces consideraban viejo. Tenía un pelaje negro y enmarañado que le hacía parecer más rechoncho y, además, estaba asqueroso, sin

acicalar. Tampoco es que a Gracie le importara. Debo decir que montaba de manera impresionante. Antes de cumplir los cuatro años ya podía cabalgar sin silla y hacer que el caballo superara obstáculos de troncos, y, chico, vaya si tenía ganas de demostrarle sus habilidades a cualquier persona que quisiera observarlas. Al cabo de veinte minutos, la señora Deering le sugirió que me presentara al «resto de sus amigos». A continuación tuve el honor de conocer a las gallinas en residencia, y me disculpo por no recordar sus nombres. Y al cabritillo blanco. ¿Matty, se llamaba? Y a Pirata, el gato atigrado con un solo ojo. Mientras nos paseábamos por la propiedad reparé en la cantidad de caballos que habían desaparecido, los establos vacíos y limpios, las puertas inferiores abiertas.

Tirando de mí con la manita, Gracie me condujo hasta un cercado donde una puerca con manchas parecidas a las de un dálmata yacía de lado sobre el fango.

—Y ahora deja que te presente a Zarina. —Gracie soltó una risita tapándose la boca con las manos—. Tienes que hacerle una reverencia.

Y, a modo de demostración, dobló el tronco con rigidez hacia delante.

Al imitarla, la peste se volvió por sorpresa tan intensa que tuve una arcada, lo que hizo que la niña se partiera la caja, para mi enfado. Una bromista descarada, igual que su madre. Entonces, la pequeña chivata fue a hablarle de mi reflejo al olor nauseabundo a la señora Deering y quedé como una nenaza, antes de intentar arrastrarme de nuevo hasta Zarina para revivir el momento. Presentí que, si no me andaba con cuidado, esa niña acabaría toreándome.

Ya dentro de la casa, la señora Deering nos sirvió unas tazas de chocolate caliente y galletas secas, y nos ceñimos a hablar de temas seguros como las heladas matutinas, el hecho de que los hogares no calentaran tan bien como las estufas de leña, que en aquel momento estábamos perdiendo cerca de un minuto de luz solar al día…, todo ello mientras Gracie dibujaba flores intricadas con su Spirograph: era papel pintado para la casa de su muñeca, me contó. Entonces me puse en pie y me dirigí solo a la mujer:

—¿Le parece bien si vengo a visitarlas este fin de semana? ¿Y las ayudo a hacer fajina con la leña?

La señora Deering y yo nos entendimos, ambos fuimos conscientes de lo que en realidad le estaba preguntando. Hacer

algunas tareas en aquella casa no era el precio que debía pagar por tener derecho de visita, ni nada parecido; era tan solo la manera de demostrarles mi devoción. A mi hija y a la abuela que había intentado hasta el límite ser una madre para la pequeña.

—Sí, te lo agradeceríamos mucho —aceptó la oferta con gentileza.

Si miro hacia atrás, no puedo más que intuir lo vulnerable y asustada que debió de sentirse la señora Deering, sola con una cría llena de energía mientras ella estaba cada vez más enferma. Pero pertenecía a ese tipo de mujeres que solo muestran sus heridas una vez y que, acto seguido, las cubren para siempre, tal y como el mar se alisa y parece haberse curado por completo, sin importarle el número de piedras que le hayas lanzado.

Aquel día, al volver a casa, ya nada era lo mismo. «¡Yuju! ¡Tengo una hija! ¡Con Amber!» Me sentía eufórico y deseaba gritarlo a los cuatro vientos, a todos los transeúntes, a todas las personas que me conocían y a las que no. Pero la cuestión era que no podía contárselo a nadie. No podía contárselo a mi madre, ni a mi padre, ni a mi hermana, ni a mis amigos, ni a mis compañeros de trabajo. La única persona viva que lo sabía, además de mí, era la señora Deering. No había nadie más. Ni siquiera la propia Gracie era consciente de ello. Si la señora Deering se hubiera muerto aquel día, yo habría sido el único en saberlo. ¿Y quién me hubiera creído? En cuanto a las autoridades... Todo parecía una locura total y absoluta. Nada resultaba sencillo, nunca lo había sido y, a partir de aquel momento, pude tener la seguridad de que ya nunca lo sería.

Era como un milagro que nuestra historia hubiera proseguido sin mí, como un arroyo secreto que se abre camino y se aleja muchísimo de las cumbres montañosas que son su fuente de nieve. Había algo hermoso en ello y, sin embargo, estaba inextricablemente ligado a Amber, al dolor y a la pérdida, a las peores sensaciones que había experimentado en toda mi vida. Un poco como el bebé cuya madre muere durante el parto. El padre lo querrá con toda su alma, resultará mucho más precioso para él porque será lo único que le quede de la mujer a la que amaba, pero nunca podrá mirarlo sin pensar en ella, sin verla y recordarla. Me temo que eran situaciones muy parecidas.

Al fin comprendía por qué Amber no había querido que siguiéramos estando cerca, por qué no había querido que le pusiera las

manos encima, no fuera que reparara en los cambios de su cuerpo. Me dolió de verdad, pero de una manera por completo diferente, porque en aquel momento había asumido que ya no me amaba, cuando en realidad hizo lo que hizo por miedo y por amor, cuando yo estaba convencido de que lo hacía por dinero. En retrospectiva, saltaba a la vista que había estado embarazada, ¿cómo pude no darme cuenta? Por mucho que me amara, es evidente que Amber no confió en que guardara silencio, y lo más probable es que acertara en ese apartado. Me hubiera gustado hacer una declaración por escrito, contando la historia de principio a fin, hasta el último detalle, sin dejarme nada. El juez podría leerla y decidir por sí mismo —o por sí misma, supongo que debería decir en la actualidad—, que yo prestaría juramento sobre cada una de mis palabras.

Saqué un calendario. Si Amber estuvo embarazada durante algo más de ocho meses, debió de quedarse en ese estado en algún momento entre principios y mediados de diciembre de 1983. No tengo ni idea de lo que estuve haciendo el 4 de septiembre de 1984. A esas horas de la madrugada, lo más probable es que estuviera durmiendo. Las mentiras, ¿se volvieron más difíciles a medida que Gracie iba creciendo? ¿Cómo habían sido las cosas cada vez que la niña se ponía a llorar? ¿Amber y su madre intercambiaban una mirada antes de que la señora Deering fuera a verla, o iba la propia Amber? ¿Cómo debieron de sentirse al hacer como que el señor Deering era el padre de la criatura? ¿Al mantener vivo el mito del padre que fallece antes del nacimiento de su hijo? Eran preguntas que no podía formular, al menos no abiertamente. Ya había bastante dolor.

No logré quitarme de la cabeza la escena que me había descrito la señora Deering, la de Amber dando a luz e intercambiando su lugar con su madre; era como algo salido de una película de terror, la abuela ensangrentada, la madre ensangrentada, la sangre sobre el bebé. La sangre sobre Stuart. ¡Todo parecía confluir en un gran caos! No me extrañó que la señora Deering pensara que Amber estaba jugando con fuego al retomar el contacto conmigo. Me fui hasta la ventana del salón y la abrí para mirar el cielo nocturno largo y tendido. Faltaban pocos días para la luna llena, así que esta lucía una forma redondeada sin llegar a ser redonda del todo. ¿Cuánto pensó Amber en mí cuando perdimos el contacto? Cuando se pasaba horas sentada, mirando la cara de nuestra pequeña, ¿lo hacía? Es una

imagen de ella que me ha quedado grabada, que ha llegado a parecerse a la de la Virgen con su Hijo, como algo hermoso e inalterable surgido del pincel de Rafael o de Ferruzzi. Es una de las maneras en que me gusta recordarla. Respecto a mí, supongo que fui como una especie de José, aquel que forma parte de la imagen en la misma medida en que se queda siempre al margen de ella.

Cielos abiertos

Vuelvo a estar aquí, esta noche, después de haberme pasado el día tumbado de espalda filmando los cielos antárticos. Y uso el plural porque cada cielo sucesivo puede ser tan radicalmente diferente al anterior que cuesta creer que no te hayas movido de sitio. La parte más ardua ha sido cuando hemos usado cámaras de mano, al menos aquellos que podíamos hacerlo sin temblar. De esa manera hemos seguido un único cumulonimbo oscuro que ocupaba la mitad del cielo, como una ola gigante a punto de romper contra nosotros; o una nube lenticular cuya forma recordaba a la del tornado en toda su furia, salvo que ha permanecido tranquila y congelada en su sitio. No ha habido más catástrofes. A veces hemos dejado una cámara en su trípode para hacer un *time lapse*, apuntándola hacia arriba como si fuera un telescopio durante un máximo de veinte minutos. El objetivo principal era hacer justicia a las nubes nacaradas que llenaban la bóveda celeste con sus pinceladas artísticas, más impresionantes que cualquier techo que puedas encontrar en una capilla ahí fuera. Como ángeles espectrales, los cirros atravesaban el cielo volando sincronizados; sus tonalidades y sus patrones diversos no dejaban de evolucionar o involucionar hacia algo igual de deslumbrante, que a su vez se veía superado una vez más al poco tiempo, como puede suceder a veces —lo sé bien— incluso con las memorias vitales de uno.

EL ANZUELO

Me pasé los meses siguientes yendo y viniendo entre Auckland y Cambridge, hasta que comencé a sentirme como que pertenecía a dos mundos separados. Por un lado estaba el mundo estético y aséptico del cine, un apartado del intelecto elegante e inodoro que cortaba las imperfecciones en la sala de montaje como parte de una huida abstracta hacia el arte. Y por el otro estaba el mundo de la granja, un lugar más tangible que obedecía las leyes de la gravedad y presentaba texturas y olores, el del suelo después de la lluvia o el del heno secándose al sol, allí donde me ensuciaba las manos y sentía el orgullo de desempeñar un trabajo físico. Pero, sin importar el mundo en el que me encontrara, mi niña era lo más precioso para mí. Tampoco tardamos demasiado en convertirnos en auténticos camaradas. A los pocos días de estar con ella ya me estaba suplicando que me subiera a un caballo y montara a su lado. Y, aunque con sinceridad aquello me sacó de mi elemento, lo intenté por ella; de hecho, lo intenté tres veces, porque el caballo me tiró en dos ocasiones antes de que lograra mantenerme encima de su grupa. Sin embargo, también solía pasar a menudo que me la pusiera sobre los hombros y la llevara a la carrera por el potrero, tal y como hacía Salsa. ¡Y yo también sabía saltar! Troncos, el cercado del potrero, una carretilla llena de hojas muertas... Supongo que también ayudó que le ofreciera algo de diversión, como su primera cometa. Al principio la estrellaba una y otra vez, pero, con algunas indicaciones, no tardó en ser capaz de hacer que cayera en picado para, a treinta centímetros del suelo, en el último y crítico instante, elevarla y mandarla volando de nuevo hacia las alturas.

Gracie también tenía mucho que enseñarme. Me quedé sin ideas sobre lo que podía ser aquella bola viscosa de color marrón, y ella, divertida, la abrió poco a poco hasta revelar una nuez de nogal entera dentro de su cáscara. También me mostró la oruga de su planta de cisne, que, al alcanzar el tamaño máximo, se colgó bocabajo y curvó la cabeza como un anzuelo de pescar para a continuación convertirse en

una gema de color verde hasta que, con paciencia, acabamos por verla desplegar sus alas de color naranja, como el pañuelo que el mago guarda en el bolsillo, y salir volando. Una vez salimos a dar un paseo en bicicleta, concretamente una sola, conmigo pedaleando como loco en la vieja bici femenina de Amber, con cintas en el manillar y una cesta. Llevé esa cosa con las rodillas golpeándome casi en la barbilla y Gracie haciendo equilibrio sobre el manillar mientras, a lo lejos, la señora Deering nos observaba delante de la casa, vestida con un delantal a cuadros, y, aunque negaba con la cabeza, percibí su aprobación.

Al final, nunca le pedí a la señora Deering que le hiciera un análisis de sangre a Gracie. Por encima de todo, no habría tenido los arrestos para verla gritar y llorar. Segundo, no lo necesité para estar seguro. Su edad misma me indicaba que solo podía ser mía. Quiero decir que no es que fuera concebida después de que Amber y yo dejáramos de vernos; todo lo contrario, fue en nuestro momento de mayor intimidad, cuando no había nadie más. Es decir, nadie más al margen de Stuart. Tercero, sin necesitar que se lo pidiera, la señora Deering me dio una copia de su certificado de nacimiento, ya que la había inscrito en el registro al día siguiente de nacer. Sus vecinos habían sido testigos, por si surgía la necesidad de que testificaran sobre algo, pero no fue así. Lo único que le solicitaron fue la hora, el lugar, el sexo, la madre, el padre, la profesión de este y demás información «factual». Un pediatra había revisado al bebé el mismo día y, tal y como había supuesto la señora Deering, todo estaba en orden.

Sabía desde hacía mucho tiempo que el tipo sanguíneo de Amber era 0- porque en su momento se había jactado de ello en broma diciendo que era «donante universal», mientras que yo no era más que un B- (no tan generoso como ella, según le gustaba recordarme). Con el tiempo, unos dos años más tarde, Gracie acabó necesitando un análisis de sangre antes de que le extirparan las amígdalas, y resultó que era B-, igual que yo. Había un setenta y cinco por ciento de probabilidades de que fuera B, pero, para ser mía, tenía que ser negativa, o bien B- o 0-, de otro modo era imposible que yo fuera su padre. Pero lo era, tal y como sabía bien, por más que el resultado me hubiera tenido un poquitín ansioso. En cualquier caso, para entonces la quería tanto que el mero hecho de que fuera de Amber habría

bastado para que la cuidara de todos modos, dadas las circunstancias.

La habíamos cagado, Amber y yo. Sobre todo yo, la había cagado bien cagada, pero, con la ayuda de la señora Deering, tenía una última oportunidad de hacer algo bien. No bien del todo, en realidad, pero quizá menos mal. Para ello tenía —o teníamos— que ser pragmáticos. No es que se desplegaran ante mí un centenar de opciones, y de veras teníamos que pensar primero en Gracie porque, de otro modo, el día en que la señora Deering se muriera yo no sería nadie para la niña en términos legales. Como mucho, un amigo de la familia. Su pariente más cercano sería Danny, que había «salido del armario» en Londres. Ser homosexual podía estar aceptado en el Reino Unido…, bueno, no aceptado por todos, pero al menos se había descriminalizado más o menos (dependiendo de si los dos hombres hacían «más» o «menos»; tenían que ser dos hombres, no más) mucho antes que aquí. Como tantas otras personas en aquella época, la señora Deering no lo había aprobado; pensaba que su hijo se había descarriado y, para colmo, se estaba exponiendo al riesgo del sida, una sentencia de muerte irrevocable. Sobre todo porque, según lo que ella misma me contó, basándose en lo que le había contado él, después de romper con el tipo del clavel, Danny cambiaba de novio cada semana. Así que, como comprenderás, su situación difícilmente habría sido lo bastante estable para cuidar de una niña. Y yo no iba a permitir que quedara bajo la custodia de los servicios sociales, ni tampoco que la adoptaran unos desconocidos. Por encima de mi cadáver. Además, tenía que enfrentarme a los hechos: como hombre soltero desde hacía mucho tiempo y «cineasta», a mí mismo me considerarían un candidato inadecuado.

5 DE AGOSTO DE 1988

El matrimonio se celebró en los juzgados de Auckland. No era el lugar más romántico para casarse, pero debo insistir en que fue algo completamente voluntario. La señora Deering y yo habíamos solicitado la licencia matrimonial unos días antes, así que la boda fue real, legal y «vinculante», que se dice. A la vez, ni ella ni yo teníamos la menor intención de «consumarla», así que, vista de ese modo, fue más falsa que un diamante de cartón. Pero sí fue legal, y el acto me

convirtió en el padrastro de Gracie. Lo que hiciéramos —o más bien lo que dejáramos de hacer— de puertas hacia dentro era asunto nuestro y de nadie más.

Pasar por el juzgado fue mucho más duro de lo que transmiten mis palabras porque, para que funcionara, no pudimos decirle a nadie que aquella NO había sido una decisión debida a motivos románticos. Por mucho que mis padres siempre me hubieran presionado para que me casara, diciendo que «ya iba siendo hora» de que sentara la cabeza, armaron un buen escándalo cuando se lo anuncié. De repente, aquello estaba sucediendo «demasiado deprisa» y yo tenía «toda la vida por delante».

—Entiendo que es una viuda, libre de casarse de nuevo, incluso bajo los parámetros del catolicismo —dijo mi madre—, pero ¿no quieres tener un hijo propio en vez de la hija de otra persona?

Y mi padre, aunque no dijo gran cosa, en esencia la apoyó. Era absurdo, sencillamente absurdo. ¡Yo ya tenía «un hijo propio»! Gracie era mía. ¡Era mi hija, no la hija de la señora Deering! Y tuve que escuchar toda aquella basura sobre que la señora Deering era una «anciana» calculadora que se había aprovechado de mi «inexperiencia» y de mi «ingenuidad». A la luz de lo que yo había hecho, y de lo que la señora Deering había tenido que hacer para salvarle la piel a su hija y, de paso, a mí, más de una vez sentí la tentación de darles alguna pista para que supieran que el bueno e inmaculado de su hijo podría haber estado pudriéndose en la cárcel con una condena por asesinato.

El «gran día» tuvimos dos testigos. Por mi parte, mi fiel aunque escéptico amigo Ben, y, por el de la señora Deering, la madrina de Gracie, la esposa del veterinario jubilado, que estuvo lanzándome miradas de recelo como si yo hubiera querido hacerme con el título de su propiedad o quizá fuera un Humbert Humbert, y que en realidad anduviera detrás de la hermosa niña rubia. Además de ellos, solo vinieron mi familia más cercana y otro amigo de ella, el veterinario, pero es que los necesitábamos allí si queríamos que todo pareciera genuino. La señora Deering ejecutó bien su papel con un vestido blanco que le llegaba por los hoyuelos de las rodillas, el cuello en uve y unas mangas abullonadas que parecieron darle un pequeño toque isabelino a la cosa.

Los votos fueron cortos y sencillos, directos al grano. El oficiante me pidió que colocara los anillos encima del libro que sostenía plano

ante mí. Me los saqué del bolsillo; eran del modelo más sencillo en oro blanco, representativos en mi mente de nuestra mentira blanca. Ten en cuenta que tuvimos que montar el espectáculo de mirarnos mientras hablábamos y yo estaba casándome con la persona que a todos los efectos debería haber sido mi suegra. Nadie podrá imaginarse nunca la angustia que sentí. De no haber sido por Gracie, que estaba allí junto a nosotros, sonriente y expectante, con su cestita de flores, jamás habría sido capaz de pasar por aquello.

Después de la boda me fui a vivir a Fencourt, tal y como habíamos planeado. Y, tal y como habíamos planeado, comenzamos a dormir en la misma cama de matrimonio, ya que no podíamos permitirnos cometer el mismo error que los dos agentes del caso del Rainbow Warrior, quienes habían dormido en camas separadas durante su supuesta luna de miel, como informó el personal del hotel después del atentado, y habían sido precisamente ese tipo de «detalles» los que habían arruinado su coartada. Aquella era una parte importante de la segunda fase del plan. La cosa tenía que acercarse peligrosamente a la realidad tanto como nos fuera posible, para engañar a los demás sin engañarnos a nosotros mismos. Yo me mantenía en mi lado del colchón, igual que ella en el suyo, con una hilera de cojines entre los dos para que ni siquiera nuestros pies se tocaran, lo cual dejaba aún un montón de espacio para que Gracie se subiera a la cama con las primeras luces del día e incordiara a uno de los dos para que le preparara unas tortitas; por lo general, su víctima era la señora Deering, es decir, Milly. Tuve que acostumbrarme a llamarla así: Milly. Sobre todo porque ya no se llamaba «señora Deering», sino que había pasado a ser la «señora Grieg», igual que mi madre. Que Dios me ayude. Al principio fue embarazoso, pero nos fuimos acostumbrando y, de hecho, así pude ayudar a Milly cuando necesitaba sus medicamentos contra el dolor o cuando sufría ataques de ansiedad en medio de la noche. Con el tiempo llegué a darme cuenta de que, con solo hablarle de manera reconfortante, lograba que se quedara dormida de nuevo. Estábamos juntos en aquello y teníamos que ayudarnos el uno al otro, como si fuéramos nuestros propios entrenadores vitales, hasta el final.

Pese a los muchos inconvenientes de vivir en el campo, estar al lado de Gracie era una auténtica alegría. Verla cada día me llevaba a sentir que estaba en el lugar más correcto posible, dadas las

circunstancias. Claro que tenía que levantarme pronto, antes de que saliera el sol casi los siete días de la semana. Había muchísimo trabajo y además tenía que desplazarme con frecuencia, porque mi empleo en publicidad nos reportaba una buena suma, que ayudaba a que la cuenta conjunta que teníamos Milly y yo fuera engordando. También jugamos a la fusión completa en otros apartados; cocinábamos juntos y, después de comer, ella lavaba los platos y yo, las baldosas. Con los pies sobre un trapo hacía un bailecito que a Gracie le provocaba un ataque de risa. Yo sacaba fotos de aquellas «situaciones cotidianas», a veces con el temporizador puesto, y los tres nos apretábamos para aparecer en el encuadre de algún modo. También me aseguré de que saliéramos mucho por ahí juntos, en familia. En el supermercado, empujaba el carrito a la carrera por los pasillos y Gracie chillaba de alegría. Además, hacíamos excursiones hasta el mar, y vaya si podía lanzar a Gracie por los aires y salvarla de las olas. No eran exactamente unas vacaciones, pero en el álbum fotográfico lo parecían. Gorros para protegerse del sol, narices quemadas, un castillo de arena.

Mi nuevo hogar me parecía un cruce confuso entre una casa de verdad y un estudio de rodaje en el que nosotros, como actores bajo contrato, improvisábamos para superar un día tras otro. Solo había un lugar que me diera la sensación de ser un refugio o un santuario, en el que nadie procedente del mundo exterior podría observarme, y ese lugar era la vieja habitación de Amber. Milly la mantenía cerrada y en paz, con las cortinas echadas, todo seguía tal y como ella lo había dejado. A veces entraba en ella, entreabría las cortinas y me sentaba en la cama; le hablaba y le preguntaba cosas. Evidentemente, no esperaba ninguna respuesta por su parte, pero sí que me ayudaba escuchar lo que pensaba que ella habría pensado. Seguía oyendo su voz en la cabeza con la misma claridad de siempre. El hecho de que hubiera tenido que casarme con su madre nunca hizo que me sintiera infiel; por el contrario, no hacía más que demostrar mi dedicación hacia ella y nuestra hija.

Hubiera jurado que en aquella habitación podía oler el ligerísimo aroma de su esencia. En un atril doble de mimbre blanco, allí donde la había dejado la última vez, yacía su guitarra acústica, que ella rasgueaba de vez en cuando, aunque nunca durante demasiado rato ni demasiado en serio. El cubrecamas fruncido de color marfil seguía

arrugado a causa de su último contacto. La puerta doble de su armario había quedado abierta de par en par y en su interior apenas había ropa, nada procedente de su época con Stuart, ¿o debería decir solo su época buena? Algunos tejanos rasgados, unas camisetas, un par de zapatillas. Una chaqueta de ante con flecos pero demasiado pequeña, que debía de ponerse cuando era niña. Una falda de paja, un vestido largo de color azul con lentejuelas cuyo escote se proyectaba hasta el ombligo, en un esfuerzo pervertido por revelar más de lo que ocultaba. Me sentí conmocionado ante, bueno, lo sórdido que era, y sentí la picazón de los celos mientras intentaba imaginar en qué ocasión se lo habría puesto…, hasta que me di cuenta, con cierta vergüenza, de que no era más que un disfraz de sirena, y de que el bikini a juego se encontraba en la percha contigua. Debajo de la cama había algunos viejos juegos de mesa guardados: el Trivial Pursuit, el Cluedo y una güija, una de esas tablas para hablar con los espíritus que a Vicky no le habían dejado tener nunca. También había algunos elepés cogiendo polvo; entre ellos, el *Rumours* de Fleetwood Mac y el *Double Fantasy* de John Lennon y Yoko Ono, que se editó el año en que él fue asesinado, con lo que su portada de los dos besándose en la boca siempre me había parecido un beso de despedida y hasta siempre.

Después de tres visitas parecidas a su habitación, acabé cediendo al mordisco de la curiosidad y, sintiéndome culpable, abrí el cajón superior de su escritorio. Debo decir que todo allí estaba desordenado. Había una plétora de lápices, uno de ellos con una gran goma de borrar en forma de guante de boxeo. Una flauta de bambú partida por la mitad a lo largo, pero que seguía sonando. «Fu, fu.» Un abridor de cartas que podría haber sido una daga. Un viejo cronómetro, detenido para siempre. Saqué su tarjeta de la biblioteca, su carné de conducir, su pasaporte, e incluso aquellas fotos tan pequeñas le hacían justicia. Algunas monedas que ya no estaban en circulación, incluida una de diez céntimos del año 1967 con la leyenda *shilling*, para ayudar a los supuestos zoquetes en la transición hacia el sistema decimal. La medalla de su bautizo, insignias escolares de lacrosse y hockey, otra de ornitología. Entonces, al fondo del cajón, me encontré todas las cartas que le había escrito, algunas de ellas con matasellos francés, aún en sus sobres originales. Me las quedé mirando, incapaz de moverme. Las había conservado, las había conservado de verdad

durante todos aquellos años. Incluso las misivas cortas y graciosas que le había escrito, las notas ridículas. Por tanto, habían significado algo para ella. De otro modo no les habría puesto un lazo alrededor. Me quedé sentado allí un buen rato, asimilando todo aquello.

Lo último que encontré, traqueteando al fondo, fue el «anillo de humor» que se había comprado muchos años antes, la primera vez que la vi. Se había quedado de un color gris opaco y se mantuvo así incluso cuando abrí más las cortinas y lo sostuve a la luz. Lo encerré en el puño durante un minuto, cambié de mano y lo aguanté un rato más. No tenía prisa, Milly se había llevado a Gracie a un mercadillo de segunda mano. Cuando volví a mirarlo, tenía un color gris azulado, con un débil tono anaranjado alrededor del borde, como un primer resplandor sumiso. En aquel momento, el amor que sentía por Amber era mucho más maduro, adulto, comprensivo, indulgente, y me guardé el anillo en el bolsillo de la camisa. Por cierto, aún lo llevo conmigo, por debajo de todas estas capas de lana. No me atrevo a mirarlo, para que mis dedos helados no le devuelvan el tono gris opaco. Prefiero que siga siendo cálido y brillante.

Finales de agosto de 1988

Antes de que se cumpliera el mes de nuestra «boda», la señora Deering y yo disponíamos ya de fotos suficientes para que pareciera que nuestra relación había durado mucho más tiempo, e iniciamos el proceso de adopción de Gracie. Este podía prolongarse hasta doce meses, y éramos conscientes de que el tiempo iba en nuestra contra. Bien, quizá suene extraño, pero tanto Milly como yo teníamos que adoptar a Gracie en lo que se denominaba una «adopción conjunta», por mucho que ella fuera ya la madre legal de la niña (y se suponía que biológica). Digo yo que no podían limitarse a borrar a Lester Deering de la partida de nacimiento original para poner mi nombre en su lugar. Y, pese a que Gracie ya vivía con nosotros (no es que fueran a endosársela a unos desconocidos), tuvimos que pasar por un escrutinio.

De ahí todas las fotos que nos habíamos sacado. Como en los anuncios, cuando realzan algo, yo había realzado nuestra pequeña vida familiar. Pero también había ido más allá; había viajado en el

tiempo para alterar el pasado. Por ejemplo, en el viejo álbum que Milly tenía de 1985, había una foto de Gracie con un año y toda la cara manchada de puré de manzana. Así que le pedí a Milly que me sacara una foto sonriente, con una cuchara llena de puré de manzana, y, al colocarla sencillamente antes que la anterior, dio la sensación de que había sido yo quien le había estado dando de comer aquel día. Esa reorganización del pasado también tenía un objetivo emocional, el de insertarme a mí mismo en la vida de Gracie durante todos esos años en que debería haber estado allí y en los que, de hecho, habría estado allí si hubiera sabido que era mi hija. Se trataba antes de una mentira piadosa que de una mentira grosera, ya que había ido a la granja y le había dado de comer cuando tenía más o menos esa edad, aunque no tuviera nada más para demostrarlo que las fotografías de mi memoria, a las que nadie más que yo podía acceder.

El principal desafío era que Milly viviera lo suficiente, porque seguía vigente la ley de adopciones de 1955, y esta decía que un hombre solo no podía adoptar a una niña pequeña. De modo que, si a Milly le pasaba algo antes de tiempo, habría significado el final para mí. Por supuesto, no dijimos nada sobre el deterioro de su salud. Para intentar tener mejor aspecto, se teñía el pelo de color rubio caramelo cada cuatro semanas y, por si algún asistente social se pasaba algún día a hacer una visita inesperada, se reavivaba las mejillas a diario con unos polvos de color rosa grisáceo. Así afrontaba el problema por fuera, pero créeme, también lo afrontaba por dentro. Casi sin fallar un solo día, a la hora del té de la mañana metía en la batidora un trozo pequeño de hígado crudo, un huevo fresco, una zanahoria, jengibre, ajo y remolacha, y se lo bebía de golpe. Por desgracia no era ningún remedio milagroso, pero a veces hacía que sus niveles de energía mejoraran. Tenía una fuerza de la hostia, Milly, y una voluntad (y un estómago) de hierro.

Bien, la gente de los servicios sociales vino de «visita» (aunque tuviera más de «inspección» que de otra cosa) en forma de una pareja de mujeres; una se encargó de decirlo todo, y la otra, de mirarlo todo. La que habló en nuestro caso era una joven llamada Addison que me recordaba al boceto estándar del cuerpo femenino que aparecía en los manuales de salud. Era de altura media, peso medio, aspecto medio y cordialidad media, y tenía el cabello castaño oscuro y opaco, igual que los ojos, cortado por encima de los hombros, con la nuca afeitada. No

es que su actitud fuera fría, pero, tras tantas horas de visitas a su espalda, el hecho de que no llegara a mostrarse cálida llevaba a que no lo pareciera. Su compañera, una mujer maorí llamada Marama, era mayor; supuse que tendría más o menos la edad de Milly, unos cincuenta y pocos. Ella era la que permaneció en silencio, observando, lo que transmitió una impresión de sabiduría. Se sonrió (más con los ojos que con la boca) ante pequeños detalles en los que yo había dejado de reparar, como el burlete en forma de perro salchicha o la casa de cartas que Gracie había dejado en un rincón de la habitación.

—La gente tiene a menudo una idea romántica de lo que significa tener hijos —dijo Addison mirándome a los ojos, solo a mí, mientras Milly seguía sentada a mi lado en el sofá—. No entienden la realidad de la paternidad, que es un compromiso largo y difícil.

—Entiendo que criar a un hijo implica trabajo, tiempo, dinero y ansiedad —contesté tamborileando con los dedos sobre las rodillas.

—¿Por qué ansiedad?

—*Ansiedad* quizá no sea la palabra correcta. Como cualquier otro padre, solo quiero lo mejor para ella...

Oí que se abría la puerta de casa y que Gracie entraba corriendo.

—Espera, Gracie —dije en voz alta—. No entres aún, estamos ocupados.

—En realidad, es importante que les veamos interactuar —dijo Addison mientras me observaba en busca de alguna reacción negativa. Escribió algo y lo subrayó varias veces.

Nada más ver a las visitas, Gracie bajó la cabeza, comenzó a arrastrar los pies y acabó por detenerse en mitad de la sala, con gesto mudo y miserable.

—Por lo general no es así, le ha entrado la timidez al verlas —les expliqué.

Addison parecía estar al borde del recelo, pero Marama no dejó de sonreír a la niña hasta que a esta comenzó a escapársele una sonrisa. Al percibir que se le abría una oportunidad, Gracie se arriesgó a levantar la vista y mirarme.

—¿Puedo jugar con tu cámara?

—Sí, cielo, pero es una cámara profesional, así que no dejes que se te caiga —le advertí mientras intentaba esbozar una sonrisa.

Sin creerse la suerte que había tenido, Gracie huyó con su botín antes de que yo cambiara de opinión.

—¡Solo haz como que la usas! —le gritó Milly.

El estallido de risas sirvió para liberar algo de tensión, pero enseguida volvimos al trabajo.

—¿Qué miembros de su familia extendida tendrán contacto íntimo con Gracie?

—Mis padres la verán por Navidades, pero nosotros también estaremos allí —me vi obligado a añadir por algún motivo.

—¿Qué oportunidades le están dando a Gracie para que se rodee de otros niños?

—Cuando vamos al parque o a la playa hace amigos con facilidad.

Ninguna reacción, Addison se limitó a escribir. No tuve la seguridad de haber aprobado esa pregunta.

—¿La ha visto algún psiquiatra infantil?

—No.

—¿Tiene algún miedo?

—Le, hum, le gusta tener una lamparita encendida en la habitación durante la noche.

De nuevo sin comentarios; la mujer anotó algo.

—¿Tiene alguna preocupación específica acerca de su familia?

Milly y yo evitamos mirarnos y contesté:

—Ninguna en absoluto.

Siguió un silencio embarazoso, mientras Addison entrelazaba los dedos y centraba su atención en nosotros, como si estuviera a punto de decir algo desagradable.

—Si no les importa que se lo diga, son ustedes una pareja poco convencional. —No fue ninguna pregunta, tan solo había manifestado lo que era evidente, lo que hubiera pensado cualquier persona.

Milly comenzó a tartamudear:

—Bueno, hum, sí..., yo, ejem, supongo...

Yo intervine:

—El tema con Milly no es su edad, sino su fuerza y su espíritu.

Seguí alabándola, pero ella me apretó la mano para que me detuviera. Por encima de todo lo demás, aquello pareció hacer que Addison se avergonzara y bajó la vista hacia los álbumes de fotos sobre la mesa de café, los que ya les habíamos mostrado. Quizá porque Marama misma era algo mayor, parecía menos propensa a juzgar, y me di cuenta de que se le humedecían los ojos. Aún no había

hablado, y en aquel momento hizo un único comentario. Dijo que, nada más ver a Gracie, pensó que había algo de mí en ella.

Contuve el aliento, fue una decisión fugaz.

—Milly y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Supongo que…, estas cosas, ejem, estos manierismos se pegan desde el principio.

Ya estaba. Había plantado la semilla de la duda en su mente. Quizá, al fin y al cabo, la niña fuera mía. En ese punto, la asistente de menor edad pareció desear que aquello llegara a su fin.

—Por supuesto —se apresuró a decir Addison—, la edad no es ningún problema.

Lo que me dio más esperanzas fue el hecho de que Marama continuara asintiendo con la cabeza pese a que nadie añadió nada más.

Algún tiempo después recibimos la orden judicial y Milly y yo adoptamos a Gracie, pero —y esto es muy importante— decidimos no utilizar el término «adoptivos» en el nuevo certificado de nacimiento. Podríamos haberlo hecho, pero decidimos no hacerlo. Eso implicó que, sobre el papel, Gracie se convirtiera en mi hija «de verdad», y yo en su padre «de verdad», ¡con lo que se corrigió un gran error! A partir de aquel momento, la partida antigua quedaría sellada y se la tragaría la historia para siempre. La nueva decía: «Millicent Anne Grieg, con el apellido de soltera Hall» y «Ethan Mathew Grieg», madre y padre de «Gracie Aimée Grieg». De acuerdo, aún me costaba asumir la idea de que Milly fuera la madre de Gracie, como si los dos hubiéramos estado juntos de esa manera, Dios mío, y me molestaba que la niña creciera pensando eso. Pero lo único que sabía era que tendría que preocuparme de eso más adelante. Al menos ya era mía de verdad, y eso era algo que nadie podría arrebatarnos de nuevo.

Un ángel

11 de septiembre de 1989

Gracie comenzó la escuela. Por suerte para ella, no tuvo que hacerlo el día de su cumpleaños, como otros niños (la norma se le debía de haber ocurrido a un auténtico aguafiestas del Ministerio de Educación), porque había cumplido los cinco años durante las vacaciones. Goodwood, una pequeña escuela rural de primaria, fue el inicio de lo que yo en broma denominé *La Renaissance* porque, cada día, cuando Milly o yo la esperábamos a la salida de la Clase 1 para recogerla, ella aparecía cargada con una obra de arte. Sus manualidades no tardaron en sobrepasar el espacio disponible en la nevera y emprendieron una migración continua hacia otras partes de la casa. Estaba su mano impresa en pintura sobre un plato de papel, luego las impresiones multicolor de esa misma mano a lo largo de una cartulina como un corral de gallinas sin cabeza. Más tarde, su mano en escayola (debo confesar que todas esas reproducciones de su mano comenzaban a resultar un poco macabras) y, al final del año, con dos de esas manos de escayola coronadas por un halo hecho de alambre, crearon un ángel para el árbol de Navidad.

Los demás padres habían comenzado a lanzarme miraditas muy pronto, era la misma historia de siempre. Miraban en mi dirección, decían algo que tenía que ver conmigo, yo era consciente de ello, y acto seguido la persona o personas a las que se lo habían dicho se volvían como por casualidad y llegaba el momento del «ajá», cuando sus ojos se clavaban en mí durante un instante demasiado largo y con demasiada dureza. A lo que seguía, como era de esperar, la risa de todos los involucrados. De acuerdo, nadie me señalaba con el dedo de manera abierta, se trataba más bien de una cuestión de sensibilización general. Lo gracioso era que, pensaran lo que pensasen sobre Milly y sobre mí, no sería nada comparado con la verdad acerca de nosotros.

Aproveché el tiempo que Gracie pasaba en clase para llevar a

Milly a tratarse a Auckland. Hasta donde podía ver, las sesiones solo conseguían que enfermara más, hasta el extremo de que no podía aguantar la comida dentro del cuerpo y su mero olor era suficiente para que tuviera ganas de vomitar. Yo no era médico, pero no le encontraba el sentido, no comer solo hacía que estuviera más débil. Luego llegó a un punto en el que dejó de tener ganas de ir a la escuela de Gracie, ni siquiera para esperar en el coche cuando la dejaba o iba a recogerla, no fuera que los demás chicos se burlaran de la niña por su culpa. De todos modos, Milly no se sentía bien entre aquella gente, todas aquellas madres de la generación de Amber que insistían en guardar las distancias. No quería su compasión, como tampoco necesitaba su aprobación.

19 DE DICIEMBRE DE 1989

Milly pisó el freno. No más quimio, no más radio; afrontó el hecho de que iba a morir con o sin ellas. Puedo decir sinceramente que disfrutó de las últimas once semanas de su vida en la compañía de su pequeña y remendada familia; la hija de su hija, a la que quería con locura, y supongo que a mí también, pues fui un buen yerno para ella, un compañero impreciso e indefinible, que la cuidó hasta el final. A veces era como si estuviera expiando mis pecados de algún modo al atender las necesidades de la madre de Amber, como si me hubieran dado otra oportunidad de demostrar que era un ser humano decente. Ah, pero también lo hice por Milly. La veía por sí misma y cuidé de ella como si se hubiera tratado de mi tía favorita y de una cómplice criminal en la que podía confiar. Sí, Milly era valiente y, hasta las últimas semanas, llevó una «vida normal», descapullando rosas de rodillas en el jardín, con la cabeza a veces igual de baja y cansada, pero aguantando aún.

Después de su muerte, ya nadie se rio de mí. De repente, la gente comenzó a presentarse en casa, ofreciéndose a cuidar de Gracie «cuando lo necesites», trayéndome comida casera y cestas llenas de productos agrícolas, «puedes quedarte la cesta, en serio». Algunos se pasaban y dejaban las cosas junto a la puerta, sin identificarse siquiera. El cambio de actitud fue difícil de creer. De repente pasaron a verme como a un santo, un hombre que se había casado con una mujer mayor que se estaba muriendo, cosa que ya sabía todo el

mundo porque se había corrido la voz. Un hombre que había pasado a encargarse de una niña pequeña por su cuenta. Varias mujeres se me acercaron en la escuela de Gracie (no a la vez) para ofrecerme consejos sobre los conceptos básicos de la crianza infantil. En aquel momento, las mujeres afirmaban que tenían derecho a entrar en combate, se veían perfectamente capacitadas para disparar un arma, pero esas mismas mujeres pensaban que yo, como hombre, no sería capaz de cargar una tostadora con dos rebanadas de pan y esperar a que estas saltaran.

Fue una época silenciosa en una casa mucho más vacía, estábamos solos Gracie y yo, pero nos las arreglamos. Más tarde, después de pasar unos meses así, surgieron algunas oportunidades en Queenstown, adonde los productores internacionales comenzaban a llegar para rodar sus anuncios televisivos gracias al «gran telón de fondo» de las montañas de picos nevados y los lagos brillantes. Supongo que estos hacían maravillas de cara a vender pastillas de menta, pasta de dientes, azúcar glas y bolitas de algodón en diferentes partes del mundo. ¿Por qué no? Durante mis ausencias contraté a una niñera a tiempo completo llamada Doris, una mujer competente con actitud de abuela. Luego decidí hacer este documental en la Antártida y venir a esta tierra de blanco infinito donde todo el ruido del mundo, todas las cosas estúpidas y mezquinas se quedan en silencio y solo permanece lo que importa de verdad.

Mi niña querida, mi hija única y amada, voy a dejar el relato aquí, ahora que lo has visto todo a través de mis ojos y ya has comprendido la manera en que mi historia está relacionada contigo y lo que sin duda representa. Sé que esto será un gran golpe para ti cuando llegue el momento de que lo leas. No, Gracie, el «matrimonio» con la señora Deering nunca fue más que un acuerdo ficticio que hicimos pasar por real. Pese a lo que os hicimos creer, a ti y a todos los demás, no estuvimos «juntos», no de esa manera. No me malinterpretes, fuimos grandes compañeros, nos guiamos por un sentido de la familia y del compromiso que nacían de nuestro interés común en ti. Nuestro «matrimonio» fue un acto de desesperación, pero también de sensatez. Fue el mejor engaño que se nos ocurrió para acercarnos un poco más a la verdad. Al casarnos nos convertimos en familia, una familia compuesta por sus últimas piezas, rotas y discordantes, unidas de manera artificial y grotesca, contigo como

verdadero pegamento.

«Mami», aquella a la que siempre has considerado tu madre, fue en realidad tu abuela. Tu padre biológico no fue Les Deering, sino que este fue tu abuelo. Y sin duda te habría querido como tal, pero por desgracia no sabía nada de ti en el momento en que falleció. Amber, tu hermosa «hermana mayor», tampoco fue tal. Fue tu madre de verdad. Te llevó en su vientre, te alumbró. Para estar contigo escogió quedarse bajo tu mismo techo y, por desgracia, eso no le sentó bien, ya que no pudo lidiar con el hecho de fingir que no eras suya. Tu madre y yo no pudimos amarnos más. En otras circunstancias, creo que habríamos sido felices juntos. Y lo siento, pero no tienes ningún hermano: Danny no lo es, eres hija única. Pero, aunque él no lo sepa, es tu tío. Respecto a mí..., bueno, los romanos tenían dos términos para el padre: el primero, *genitor*, el padre biológico, y el segundo, *pater*, el padre legal, el que te criaba. Yo soy ambos.

Ni tu madre ni yo cometimos ningún asesinato, es algo que nunca se nos pasó por la cabeza. ¿Deseé a veces que Stuart se diera prisa en morir? Diablos, sí. Pero ¿hice alguna vez algo de manera intencionada para provocarle la muerte? No. Nunca. Aunque pienso que nuestros descuidos, nuestra temeridad, sobre todo por mi parte, nuestras acciones irresponsables en aquella noche fatal, el hecho de que yo actuara sin pensar, todo ello condujo de manera involuntaria a la muerte de Stuart, así que en cierto modo podría haber sido culpable de homicidio. Al fin y al cabo, fui el inductor, el instigador, el camorrero. Mi «brújula moral», si es que alguna vez hubo en mi interior un instrumento tan bien afinado, pareció romperse en el frenesí loco de nuestro amor, no hay otra manera de explicarlo. Que Stuart se estuviera muriendo de todos modos no le presta validez bajo ningún concepto.

Sé que no es justo que te suelte todas estas verdades; en realidad, es un caos absoluto. ¿Cómo podríamos tú o yo llegar a contarles a mis padres que son tus «abuelos de verdad»? Cuanta más gente lo sepa, más inestable será tu situación. Tus documentos oficiales, tu partida de nacimiento, no coincidirían con lo que sabría todo el mundo, y luego estaría el tema de la ley. Quizá podrías pensar en este gran lío como uno de aquellos diseños de Spirograph, ¿recuerdas que de pequeña solías jugar durante horas con él? Primero hacías un patrón bien chulo en color azul, con todos esos bucles simétricos que giraban

y giraban, y a continuación cogías un bolígrafo de color rojo y añadías otro patrón por encima del primero. El de abajo no sufría, la manera en que has concebido tu vida hasta ahora; el segundo le sumaba algo, lo volvía más complejo con cada nuevo giro de esa línea salvaje y extravagante. Piénsalo de ese modo. Los dos te pertenecen, los dos conforman la persona que eres.

No te negaré que siento remordimientos, me arrepiento de cosas; ojalá hubiera una pista de prácticas para la vida, de modo que pudiera haber hecho mejor las cosas que cuentan de verdad. Tengo miedo de que, al haberme centrado en mis errores en vez de presentarme bajo una buena luz, puedas verme o juzgarme con dureza excesiva. Quizá no apruebes que esté siendo tan franco y abierto contigo, que haya decidido no ocultarte nada respecto a lo que sucede cuando un papá quiere mucho a una mamá, etcétera. Tu madre y yo no fuimos unos Barbie y Ken de superficies lisas y pulidas, con partes de nuestra anatomía anuladas por el bien de la mojigatería. Fuimos personas reales, completas, y como tales quiero que nos conozcas y nos comprendas. No quiero separar el sexo del amor, están tan unidos como el corazón y la sangre, lo uno no tiene sentido sin lo otro y no es una maravilla menor que, a través de ese mismo acto de amor, nuestra sangre haya confluido en ti y siga circulando gracias a los latidos de tu propio corazón.

Los padres intentan evitar a menudo que sus hijos cometan errores. El mejor consejo que te puedo dar como padre es que SÍ los cometas…, no pasa nada por tomar el camino equivocado. De esa manera sabrás de una vez y para siempre lo que está mal. Pero, cuando te devore el dolor, no te tomes una pastilla, ni fumes ni esnifes nada para calmarlo, tal y como hizo tu madre. Por favor, nada de polvos blancos, ni de cristales, nunca; no hay amistades más falsas. El dolor, cariño, no debería considerarse un enemigo, sino un amigo. Si pones la mano en el fuego, el dolor te protege de dejarla allí. El dolor es lo que te lleva a cambiar lo que está mal, a lidiar con ello. Es muy probable que te lleves bastantes heridas a lo largo del camino, pero eso sin duda será menos aburrido que una existencia plagada de aciertos a la primera, tan lisa y sencilla, y que por eso se acabaría con tanta rapidez. Verás, lo más extraño de la vida es que son sus partes más difíciles las que recordamos con mayor vivacidad; las partes facilonas dejan poco a su espalda.

Cariño, si cuando llegues a mi edad no hay nada que te avergüence o que desees no haber hecho, algo que hubieras realizado de otra manera, algo que te deje doblada de arrepentimiento, algo que matarías por olvidar, sonrojada de vergüenza, significará que nunca corriste riesgos en tu juventud. Y, hagas lo que hagas, no pienses, tal y como hice yo una vez, que el mundo en el que vives será siempre el mismo. Sus paisajes cambian constantemente, la arena se desplaza, la nieve se renueva, y ambas esconden cosas y descubren otras; tal y como el agua da paso a la tierra y la tierra al agua, y continentes enteros chocan hombro contra hombro, lo mismo sucede con la sociedad humana. Nada dura para siempre, ni las cosas buenas ni las malas.

Solo a lo largo de mi vida, el mundo ha cambiado de maneras que no hubiera considerado posibles ni en un siglo. Como hace un año, cuando cayó el Muro de Berlín, se acabó la Guerra Fría y los bloques del Este y del Oeste se tambalearon y, de facto, el comunismo pasó a ser considerado tácitamente como un error del pasado. Los vítores, la música, el júbilo..., fue otro momento mágico, como Nambassa diez años antes. No pretendo aburrirte, la verdad es que solo estoy intentando que te hagas una idea de cómo han sido las cosas para mí, porque no solo estamos conectados entre nosotros, sino con todos aquellos con los que compartimos el momento en que vivimos.

El tiempo jugará contigo. Lo que en un momento dado te parezca apropiado no tendrá por qué parecértelo más adelante, pero, cuando te arrepientas del pasado, intenta salir de ti y ponerte en esa piel pretérita. Lo único que debe preocuparte es que en un primer momento aquello fuera correcto. A cada época, lo suyo. No estamos hechos para vivir como viajeros del tiempo. Cariño, no te voy a decir que no dejes que te hagan daño, porque es algo que te pasará a veces, así es la vida, pero sí voy a decirte que no dejes que ese dolor te haga daño, mantén intacto aquello que te hace única, diferente a todos los demás. Aquí fuera he encontrado nieve hasta donde me llega la vista, y hay más nieve cayendo, a veces durante días sin parar. Cuesta creer que no haya dos copos iguales, pero es así, cada uno presenta su propia interacción entre aguja, placa y escarcha; su fragilidad abarca su propio y único fragmento de espacio vacío y silencio.

Aún recuerdo bien a Amber, tu madre. Ella fue la única persona

que pudo leerme como un libro abierto; nadie me ha hecho reír como ella, su sola risa ya me hacía reír. Nadie podrá hacer que me sienta tan vivo como ella; tan vivo que, en compañía de cualquier otra persona, me daba la sensación de que la vida era más sosa, como si se tratara del reverso de un cuadro que nadie debería haber visto. Eso fue así, por supuesto, hasta que supe de tu existencia, y a partir de ese momento los colores, las tonalidades y los matices rezumaron a través del lienzo de manera impresionista. Lograste que recuperara las ganas de vivir, Gracie, y me has enseñado que el cielo siempre está cambiando, que mientras sigamos vivos siempre cabrá esperar algo diferente. Eres el regalo más hermoso que me dio Amber, y con él llegó un amor que no había comprendido hasta entonces: la felicidad sencilla y serena de convertirse en padre. Nunca debes olvidar, Gracie, lo mucho que tu abuela, tu yaya, te quiso también. Ni dudar de lo mucho que te quiso tu madre, pese a que no pudiera hacerlo abiertamente como tal. Fueran cuales fuesen sus defectos o fragilidades, no podría haberla amado más y quiero ser justo con ella aunque sea lo último que haga.

Toda esta escenificación ridícula, todo este disimulo, fueron solo para que tuvieras lo mejor, para mantenerte a salvo, y, dicho esto, cuanto más lo pienso más dudas tengo. Estoy comenzando a pensar que quizá la mejor manera de darte lo mejor sea cerrando esta bocaza mía. A veces, la verdad está sobrevalorada. Tengo que considerar el daño psicológico que pueda causarte, la posibilidad de meterme en problemas, de que me encierren, de que no esté allí para cuidar de ti. No, seguir con esta locura implica un riesgo demasiado grande. No voy a provocarte dolor…, es una verdad demasiado terrible para contarla, sobre todo después de tanto tiempo. En cuanto salte la liebre ya estará, habrá saltado. Ya me he quitado todo esto de encima, lo cual al menos me ayudará a sobrellevarlo y seguir adelante. Ahora que lo pienso, está bien que cometas algunos errores pequeños en la vida, pero no hagas como yo y evita los grandes. En su lugar, vive de acuerdo con todo lo que tu abuela y yo te hemos enseñado. No te pases de la raya. Yo me encargaré de que no lo hagas.

Debo hacer pedazos este diario e, igual que tantas neviscas, arrojar un puñado tras otro de sus jirones a los vientos catabáticos para que estos los lleven de un lado al otro, danzando con los copos de cada nueva nevada. Quién sabe cuántos fragmentos seguirán siendo

desconocidos para todos y, sin embargo, a la vez se conservarán para siempre.

Supongo que eso es todo, pues; el final del camino en un lugar donde no los hay, la nieve lo cubre todo y yo cierro la transmisión. Adiós. Fin.

27 de febrero de 1991

4:00 de la mañana

Aquí Bertrand, escribiendo esto. No firmaste el registro antes de salir de la base, tal y como debías, y tampoco anotaste cuándo cabía esperar tu regreso, lo cual no fue una buena señal. Así que, a la hora inhumana que aparece arriba, salí al exterior y me congelé el culo siguiendo los pasos que habías dejado en la nieve, grandes y profundos como los de un yeti, con lo que fue coser y cantar. Eres un cabronazo con suerte por tenerme cubriéndote la espalda. Un mal paso y podrías haberte hundido de cabeza, que ahí fuera nunca se sabe. Al fin, sintiéndome como un polo de zumo, llegué al final de tus huellas, antes de la nueva cresta, y al cabo de un rato me las había arreglado para recoger la mayor parte de lo que rompiste. Lo sospechaba, joder, sospechaba que planeabas hacer eso, aunque también me temí lo peor cuando, al entrar ayer en la base, vi que habías tirado esa bestia todo en uno para escribir e imprimir que llamas «procesador de textos» al cubo del reciclaje, y por cierto que tuve que encargarme de devolverlo a su lugar, debajo de tu litera. Anoche quizá pensaste que yo estaba roncando la misma melodía que el resto de nuestros compañeros de habitación, pero la verdad es que estaba pendiente de ti mientras jugueteabas en tu taquilla y te escabullías por la puerta trasera, intentando ser tan silencioso como un ratoncillo. Chico, vaya si me alegré de haber tomado precauciones cuando tuve la oportunidad, que, si has de saberlo, fue mientras te pasabas una hora cagando, para variar.

Lo que te voy a entregar en breve será una fotocopia del original y el papel no será de la mejor calidad, pero, eh, al menos he mantenido el contenido a salvo. Y, si se te mete en la cabeza que este también lo tienes que hacer trizas, no te preocupes, que hay otra copia guardada en un lugar seguro. Lo siento, yo también tengo algo que confesar. Durante el tiempo que llevamos aquí he sentido tanta curiosidad por tu culpa, hostia, sobre lo que escribías cada vez que tenías la oportunidad, que tenía que averiguarlo, fue más fuerte que yo, como cuando escalas una montaña solo porque está ahí. Espero que lo comprendas. En el pasado siempre me contaste lo que sucedía en tu vida, y, de repente, al llegar aquí, comenzaste a no soltar prenda, no tuve ninguna manera de saber lo que te pasaba por el cocamen. Así que una vez te vi meter el diario en la taquilla y, bueno, eso lo desencadenó todo. Comencé echando una ojeada a algunos pasajes para ver si había algo sobre nosotros, y luego ya

fue tu culpa que no pudiera dejarlo de lado. Seguí leyendo otras partes cada vez que te largabas en busca de rocas espaciales o te lavabas o dormías. Eh, tampoco es que estuviera allanándote la taquilla, porque no tienes cerrojo ni combinación. Aun así, sí, sabía a la perfección que no debería estar haciendo eso, pero necesitaba saber cómo acababa todo.

Lo siento, supongo que yo también soy humano. Si me perdonas, yo te perdonaré a ti lo de «subcontratista de Papá Noel» y «psicópata en el bosque» que pusiste al describirme. Resulta que Aurélie me escoge la ropa, ya que no tengo demasiado tiempo para dedicarlo a esa ocupación tan poco interesante, y, a fin de mantener una relación decente con tu esposa desde hace treinta y cuatro años, está bien apreciar cualquier esfuerzo cargado de buena voluntad por su parte, me guste o no lo que acaba aterrizando sobre mi espalda o mi cabeza. Y resulta que el hermano de mi esposa trabaja en un restaurante, así que esa es la historia de la gorra promocional. Respecto a mi «cuerpo fofo», allí donde vivo hay que tener algo de carne para protegerte del frío. Y sucede que de vez en cuando necesito un trago para avivar adecuadamente ese matrimonio de treinta y cuatro años de duración, ¡así que, si Aurélie puede convivir con una «nariz enrojecida por la bebida», pues yo también! No obstante, debo insistir en que le hagas justicia a mi «barba poblada», que describes como «un estropajo metálico». Resulta que vivo en una parte del mundo famosa por la dureza de su clima invernal, así que no es que quiera que se me congele la cara. Personalmente, prefiero pensar que me parezco más a Sócrates. Si pudieras escribir algo sobre él y añadir algunas palabras acerca de mi sabiduría, de modo que tu hija sepa lo que debe pensar sobre mí cuando tengas las agallas para darle esto, te lo agradecería mucho.

Bien, aquí es donde dejaste el texto, pensando que era el fin. No suelo ponerme serio, pero esta vez voy a hacerlo. Este ha dejado de ser tu PRS, tu punto de retorno seguro, para convertirse en tu PSR: tu punto sin retorno. Solo pienso decirlo una vez. Tienes que acabar lo que has comenzado e ir allí donde necesites ir, no hay vuelta atrás. Le debes a tu hija la verdad, tiene todo el derecho a saber quién es. Cuando te sinceres, saber lo mucho que puede confiar en ti solo hará que te quiera más, y esa será la única manera en que podrás llegar a saber hasta qué punto puedes confiar en ella. Lo que estoy intentando decirte es que solo si le muestras tu verdadero yo podrás llegar a ver su verdadero yo. Ella te querrá por lo que eres, no por lo que finges ser, y eso hará que te sientas mucho mejor. No te preocupes, que todo irá bien.

Quizá en su momento fuera un mentor para ti, pero ahora has de considerarme como un viejo amigo, un amigo de verdad, en quien puedes confiar para lo bueno y para lo malo,

Bertrand

P. D.: No hace falta que me des las gracias por esto, ni siquiera hace falta que lo menciones. Digamos que acabo de pagar una vieja deuda. Por lo del alce.

El alce

27 DE FEBRERO DE 1991, DÍA DE LA PARTIDA

10:45 DE LA MAÑANA

Vuelvo a ser yo, tu padre. Fue inimaginable, la sensación de salir yo solo, sin que lo supiera el resto del grupo, a las volutas alargadas y a la deriva, y a la tenue luminosidad de la noche polar que no era tal. Estaba tan protegido el silencio que incluso los sonidos que producía yo mismo comenzaron a ponerme nervioso; el de mi propia respiración, el de mis propios pasos mientras me apuraba a subir por la colina sin ningún destino concreto en la cabeza, solo una idea poco clara del lugar discreto que buscaba. Me mantuve fuera de las líneas de banderas rojas y verdes que marcaban el camino, también de las negras, que señalaban algún peligro; fui forjando mi propio sendero hasta que en algún momento tuve la sensación de estar en el sitio adecuado, en un lugar que parecía haber estado esperándome, sereno. Tuvo algo que ver con la manera en que se juntaron algunas pendientes nevadas; justo a su espalda, la cordillera de presión ofrecía un ligero alivio ante el temporal, de modo que el viento solo levantaba con gentileza una fina capa de nieve de la superficie mientras colocaba sin descanso otra nueva.

Entonces, al pensar en lo que estaba a punto de hacer, destruir el registro de tantos aspectos de mi vida, los más preciosos para mí, tuve que ahuyentar las dudas. Me quité los mitones y usé ambas manos para romper el diario, aunque me costó más esfuerzo de lo esperado rasgar las tiras en trozos menos llamativos. Había que hacer lo que había que hacer. Pese a las vacilaciones y el dolor que sentí, era consciente de que era la mejor opción. El confeti se mezcló bien con la nieve, dispuesto a quedar oculto al ojo en cuanto el viento se llevara la mayor parte consigo; por mucho que quedara fragmentado y esparcido en aquel continente helado, iba a mantener para siempre nuestra esencia secreta.

Al regresar a los edificios de color verde claro de la base, la nieve había dejado un toque ligero sobre todas las cosas, delicado como el vilano. Me quedé unos instantes medio congelado delante de la pasarela que conducía a la puerta, intentando quitarme la nieve de las botas golpeándolas contra el suelo. Había dejado de sentirme las piernas y los pies, solo notaba dolor en todos los huesos del cuerpo y en los dientes hasta las raíces. Entré con el cuerpo rígido, recorrí el túnel que unía el edificio a la barraca quonset, regresé a la habitación de las literas y a su olor a hombre reconcentrado en un espacio tan pequeño. Intentando no tropezar, me puse el pijama y, al apoyar el pie en la litera inferior para llegar a la de arriba, me di cuenta de que Bertrand no estaba allí; lo más probable era que ya se hubiera levantado y estuviera preparando las cosas para aquella jornada. Eso no me impidió taparme hasta las orejas con las mantas pesadas y, en aquella posición tan estrecha y claustrofóbica, disfrutar del sueño más profundo y reparador en muchos años.

Me levanté hambriento y me complació ver a Bertrand en la cocina, vestido con su mono de esquiar de color rojo, preparando un desayuno copioso para aquellos hombres que, al igual que yo, habían dormido de más y se habían perdido la hora del desayuno caliente. Había un ambiente de excitación general porque era el día de la partida; quienes se habían levantado temprano ya habían empaquetado el equipo y tenían preparados los petates y las cajas. Las sillas estaban apiladas contra la pared. Bien, Bertrand no pensaba comer ligero antes del viaje; le gustan los desayunos abundantes y puede disfrutarlos libre de culpa, sin preocuparse por su panza, cuando consigue que otros coman la misma cantidad. Sin embargo, para su decepción, todo el mundo se había limitado a coger un cuenco de arroz inflado. Su negativa a «llenar el tanque» (tal y como a Bertrand le gusta llamar al acto de alimentarse) estaba relacionada con la comida y la bebida excesivas que habían ingerido la noche anterior para celebrar el final del rodaje. En cambio, yo no tuve problema en dejar que Bertrand me sirviera un plato copioso de huevos (remojados en aceite de oliva antes de viajar hasta aquí, para que duraran más) y salchichas heladas a las que había logrado dar sabor en una sartén. Café, azúcar, leche condensada.

Llevé la taza y el plato al fregadero, quería lavarlos yo, pero Bertrand puede marcar su territorio en cualquier cocina, incluso en

una en la que no hubiera tenido derecho a estar de no haberse congraciado con el cocinero, así que insistió en que los dejara allí (quizá para así poder zamparse las salchichas que yo había abandonado a medio comer). Se me estaba haciendo tarde y pensé que más me valía ir a empaquetar mis cosas mientras aún tuviera tiempo. Me apresuré a salir y en aquel momento Bertrand pegó un acelerón para pillarme, su mano enorme cayó sobre mi hombro. Acto seguido, la otra mano salió de detrás de su espalda y me entregó una pila de papel, con un grueso de centenares de páginas. Parecía avergonzado, y a la vez insistió con decisión en dármelo. ¿Era algún guion que quería que leyera? ¿Un proyecto cinematográfico que esperaba que acometiéramos juntos? Se lo pregunté, pero él reaccionó de manera peculiar, sin contestarme, mostrando una expresión del tipo «el tiempo lo dirá». Y entonces supuse que debía de ser algo que había escrito él mismo. Le devolví una sonrisa que significaba «sé lo que estás tramando» y le eché un vistazo a una página al azar. Fue como si me hubiera quedado dormido: de repente, mi cuerpo se estaba cayendo, el suelo se había abierto bajo mis pies al reconocer mis propias palabras. Yo había destruido todo aquello, hasta la última página. Las piezas no podían haberse unido otra vez por arte de magia.

En todo momento, Bertrand mantuvo su mano clavada en mi hombro, no dejó de mirarme con esos rasgos faciales suyos, que parecían rugir de manera gentil, y una expresión que transmitía el más sincero de los propósitos y que decía: «Venga. Sé valiente. Haz lo que tengas que hacer». Sin palabras, sin nada más, solo esa expresión resuelta.

Tragué saliva con dificultad y me quedé callado, fue lo único que pude hacer bajo aquella auténtica conmoción mientras pensaba para mí mismo que tenía que encontrar un lugar a solas, para poder mirar aquello con detenimiento y decidir lo que debía hacer. Llegado a aquel punto había entendido ya, por supuesto, que tenía que tratarse de una copia de mi diario.

Bertrand se aclaró la garganta.

—Hum, me he permitido escribir, a mano, una pequeña... ¡Ejem! Algo al, hum, final. —Y se puso a toser con tanta violencia que tuvo que doblar el cuerpo hacia delante y darse algunos golpes en el pecho —. Por si acaso —se atragantó entre dos ataques de tos—, no sea que te entren otra vez los temblores, cosa que puede suceder con mucha

facilidad en la Antártida.

Mientras su tos se volvía más corta y seca, regresó al fregadero, a rebosar de espuma, y se puso a limpiar mi plato y mi taza.

Debo decir que le debo a Bertrand un agradecimiento verdadero. Ha demostrado una gran sabiduría, hay que reconocérselo. Me retracto en lo de la barba, Sócrates, mi mentor y mi más sincero amigo.

GREENLANE

28 DE FEBRERO DE 1991

He vuelto a Auckland y estoy en la Notaría Pública de Greenlane, depositando este documento antes de volver a casa para estar contigo. Lo siento, no lo he releído a propósito para no correr el riesgo de cambiar de idea. Cariño, cuando cumplas la edad para leer esto, intenta ver las cosas a través de mis ojos, a través de los de tu madre, a través de los de tu abuela, además de los tuyos propios. Ten siempre presente que la verdad nunca es una sola.

No debe abrirse antes del 4 de septiembre de 2002, cuando Gracie Aimée Grieg haya cumplido al menos los dieciocho años.

Depósito de la NP N.º 00359T
Depositado por: Ethan Mathew Grieg
Fecha: 28/2/1991
Firmado:
Ethan Grieg

Malcolm Gully, funcionario de la Notaría Pública
Fecha: 28/2/1991
Firmado:
Malcolm Gully

Depósito de la NP N.º 00359T: Gracie Aimée Grieg ha abierto el sobre.
5 de septiembre de 2002
Firmado:
Gracie Aimée Grieg

Gracie Aimée Grieg ha desprecintado el documento y se lo ha llevado.
5 de septiembre de 2002
William Sutherland, oficina de la Notaría Pública
Firmado:
William Sutherland

Depósito de la NP N.º 00359T
Depositado de nuevo por: Gracie Aimée Grieg
Se adjunta documento A

Fecha: 21 de octubre de 2005
Firmado:
Gracie Aimée Grieg

William Sutherland, oficina de la Notaría Pública
Fecha: 21 de octubre de 2005
Firmado:
William Sutherland

Documento A

A fin de proteger a aquellas personas cuya identidad se podría inferir a partir del diario de mi padre, por la presente lo deposito en un sobre sellado que no deberá ser abierto por ningún hijo o hijos míos, aún nonatos, hasta que alcancen la mayoría de edad o dos años antes en el caso de que su abuelo, Ethan Mathew Grieg, haya fallecido ya. Hago esto para proteger a las personas afectadas, vivas y muertas. Este documento os contará más cosas sobre quién soy, y quién es mi padre, y quién fue mi madre, y quién fue su hermano (mi tío), y el arriesgado trayecto que acometió cada uno de ellos y los motivos que tuvieron para hacerlo. Os revelará que vuestro abuelo, vuestra abuela y vuestra bisabuela fueron un grupo de personas imperfectas pero valientes, y que su historia sigue viva por el mero hecho de nuestra existencia. Por mi parte, os dejo estas enmarañadas líneas llenas de verdad para que las desenredéis con discreción y delicadeza, y se las paséis a las siguientes generaciones hasta que haya transcurrido el tiempo suficiente y nada de lo que se cuenta aquí importe ya, porque sus vidas y las nuestras se habrán asentado en la gran llanura ventosa y blanca de todo lo que fue alguna vez pero no puede, o no debe, ser recordado.

Agradecimientos

En cuanto a los materiales de mi investigación, tengo una deuda de agradecimiento con *Death of the Rainbow Warrior,* de Michael King, que incluye los testimonios del profesor de rongelapés Billiet Edmond y del magistrado John Anjain, que han inspirado con todo detalle algunos párrafos de este libro. Lo mismo debo decir de *Making Waves: The Greenpeace New Zealand Story,* de Michael Szabo; *Auckland, Their Auckland,* de K. S. Clark, y la *Te Ara Encyclopedia of New Zealand.* También agradezco el recuento del bombardeo atómico de Nagasaki que realizó el miembro de la tripulación William L. Laurence, en el que me he inspirado, y la célebre letra de la canción *Mon pays*, del poeta, cantante y compositor Gilles Vigneault, que se me ha permitido citar con gran amabilidad. Un cálido agradecimiento a Jonathan Banks por su maravilloso pase de diapositivas sobre la Antártida y por haber contestado a mis numerosas preguntas, y a Jock Phillips por encaminarme en la dirección correcta durante la búsqueda de ese tesoro que son los detalles históricos, y más tarde por haber leído el manuscrito definitivo para comprobar si todos los fragmentos históricos sonaban verdaderos; a la vez, debo enfatizar que cualquier inexactitud que haya escrito aquí se debe por completo a mi propio hacer. Muchas gracias también a Bunny McDiarmid y Annabel Chaston, de Greenpeace Nueva Zelanda; a Lee Harris-Royal, del Ministerio de Desarrollo Social/Te Manatu Whakahiato Ora; a Eileen Preston, asesora ejecutiva de adopciones infantiles, juveniles y familiares; a Blair Wotton y Matthew Sinclair, del Departamento del Interior/Te Tari Taiwhenua; a Emilia Mazur y Jessica O'Sullivan, de la Lotto de Nueva Zelanda; a Vaibhav Bhatnagar, del Servicio de Aguas del Ayuntamiento de Auckland; a Ian Letham y Greg Coyne, de la Notaría Pública; a Kathryn Parsons, del Museo Cambridge; a Michael Wynd, del Museo Nacional de la Real Fuerza Naval de Nueva Zelanda; y a la iglesia anglicana de San Andrés en Cambridge, pues todos ellos me proporcionaron con generosidad detalles y documentos

relacionados con la década de 1980. Un gran agradecimiento también a la doctora Nicole Munro por los detalles sobre las enfermedades degenerativas; a la doctora en obstetricia Monique Findley; a Carol Stewart, por sus valiosos recuerdos sobre la flotilla de protesta del 9 de noviembre de 1983, y a Anna Horne por los suyos sobre la oposición a las pruebas nucleares de 1973; a Clace Schwabe, Jenny Moleta, Marilyn Murray, Moira y John Camilleri, Adrienne McDowell, Pete Rainey y Paul Dibble por rebuscar en sus memorias para mí; a Jacquetta Bell, Fran Dibble, Marian Evans, Desirée Gezentsvey y Margot Hannigan, por sus provechosos comentarios y sus conocimientos sobre las costumbres del pasado. Me faltan las palabras para agradecerles a Paul Bateman y a toda la gente de Bateman Books su trabajo y dedicación estelares; en especial a Louise Russell, editora extraordinaria, por contagiar su pasión, perspicacia y delicadeza al proceso editorial. Mi gratitud alcanza también a Keely O'Shannessy, por su impactante diseño de portada. Un agradecimiento muy especial a Carthew Neal por su apoyo a esta historia y a Mimi Polk Gitlin por haber acometido de todo corazón la aventura de llevarla al cine y hacer que trabajar juntas fuera una verdadera delicia. Como siempre, gracias a Laura Susijn, mi agente literaria desde hace tanto tiempo, por los muchos años de fe y trabajo duro que me ha dedicado, y al maravilloso equipo de WME por cuidarme tan bien. Por último, un sentido agradecimiento a Axel de Maupeou, mi marido y lector cero, y a nuestros tres hijos por su apoyo durante los años que he tardado en acabar esta novela. Mientras me arrastraba a través de tantas páginas en blanco, tanteando el camino a ciegas en busca de un resultado final desconocido, que es el riesgo que corren siempre los escritores, ellos siempre estuvieron ahí para recordarme que no hay más camino que el que conduce hacia delante.

Los mejores años de nuestra vida
Christine Leunens

Título original: *In Amber's Wake*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

Espasa, un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2024

ISBN: 978-84-670-7236-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


UNA
MISMA
SANGRE
Tres mujeres. Tres generaciones.
Un destino que las une.
DENENE MILLNER
ESPASA

Una misma sangre

Millner, Denene
9788467072884
592 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una poderosa saga sobre la vida de tres generaciones de mujeres unidas por el amor, la esperanza, la ambición... y los secretos familiares. Una obra maestra —Tara M. Stringfellow Una saga arrolladora—Kirkus Una poderosa novela sobre la feminidad, la maternidad y el trauma generacional—The Washington Post

Grace, 1965: Es apenas una adolescente cuando pierde a su madre y debe mudarse a Brooklyn con su tía, una mujer ambiciosa. Su único refugio será Dale, hijo de una de las familias más ricas de Nueva York, hasta que descubra que está embarazada y todo se desmorone.

Delores, 1967: Delores debe olvidar sus sueños para sobrevivir: su única opción es casarse y formar una familia. Pero, para ello, debe recurrir a la adopción. Cuando los secretos salen a la luz, lo hará todo por mantener a su familia unida.

Rae, 1999: Cuando Rae, la obstinada hija de Delores, descubre que es adoptada, es solo un secreto más que guarda su familia. Pero cuando ella misma va a ser madre, debe afrontar su pasado.

Cómpralo y empieza a leer


Juan Ruiz
de Alarcón
La verdad
sospechosa
Real
Academia
Española

La verdad sospechosa

Ruiz de Alarcón, Juan

9788467067767
304 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Biblioteca Clásica de la Real Academia Española

La verdad sospechosa, obra capital de Juan Ruiz de Alarcón, que, por su métrica, personajes, argumentos y estilo, se encuadra dentro del lopesco Arte nuevo de hacer comedias, entrelaza moral y política de forma entretenida, con enredos hábilmente construidos.

El dominio de los recursos teatrales y temáticos renovó toda la dramaturgia de su tiempo, a la vez que reestructuró el lopesco Arte nuevo de hacer comedias que le han dado a la obra dimensión de mayor alcance trascendiendo a su tiempo. El tema de la mentira, como vicio universal, se trata con gracia, personajes atractivos y un enredo bien desarrollado.

Cómpralo y empieza a leer


Pedro Calderón
de la Barca
La dama duende
Real
Academia
Española

La dama duende

Calderón de la Barca, Pedro

9788467072969

304 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Edición de Fausta Antonucci

A los veintinueve años, y tras haber compuesto un buen número de obras para los corrales de comedia, **Pedro Calderón de la Barca** logró una pieza de capa y espada modélica: ***La dama duende***, amenísimo **juego de amores**, **dudas**, **osadías** y **desplantes**, cifrados en la tramposa alacena que preside y engrana una acción dramática magistral en su progresión y que se alimenta sobre todo de la confusión y el engaño.

En la presente edición de la **Biblioteca Clásica de la Real Academia Española**, Fausta Antonucci ofrece una anotación exhaustiva de la pieza y un estudio minucioso de su recepción e interpretaciones, presididos por un **texto depurado** hasta el menor detalle, para el que ha considerado todos los **testimonios impresos y manuscritos** del siglo XVII, que dan cuenta de la enorme fortuna de la obra tanto sobre las tablas como en las prensas.

Ese éxito resiste al paso del tiempo y todavía hoy *La dama duende* es uno de los títulos más conocidos, estudiados y representados de la **obra cómica de Calderón**.

Cómpralo y empieza a leer

MARIAN ROJAS ESTAPÉ

CÓMO HACER QUE TE PASEN COSAS BUENAS



Cómo hacer que te pasen cosas buenas

Rojas Estapé, Marian

9788467053982
232 Páginas

Disfruta el presente, supera el pasado y mira con ilusión el futuro

¿Eres consciente de que tu manera de gestionar los conflictos te puede predisponer a sufrir ansiedad o depresión, las enfermedades más frecuentes del siglo XXI?
Para la doctora **Marian Rojas Estapé** la felicidad consiste en vivir instalado de forma sana en el presente, habiendo superado las heridas del pasado y mirando con ilusión al futuro. Muchos de los trastornos que padecemos provienen de la incapacidad para gestionar nuestro presente. La felicidad no es lo que nos pasa, sino cómo interpretamos lo que nos pasa.
En *Cómo hacer que te pasen cosas buenas* entenderás la importancia de aprender a enfocar tu atención y descubrirás pautas para combatir los miedos, las angustias y cómo canalizar las emociones negativas que te llegan a bloquear física y mentalmente.

Cómpralo y empieza a leer


JAVIER HOLGADO Y SUSANA LÓPEZ RUBIO
EL ASESINO DE LOS CARAMELOS DE VIOLETA
UN CASO DE
LUCIO GARZA
ESPASA

El asesino de los caramelos de violeta

Holgado, Javier

9788467072952

400 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La nostalgia y el suspense se darán la mano en las páginas de este adictivo misterio.

En los años finales de la dictadura de Franco, Madrid está viviendo una ola de muertes que han sido catalogadas como suicidios y accidentes. Todas ellas son mujeres jóvenes, y salvo Lucio Garza, un sagaz médico forense, nadie ha encontrado una relación clara entre sus muertes. Todo cambiará cuando Lucio descubra el terrible modus operandi del asesino, **una muerte realmente cruel endulzada con caramelos de violeta.**

Pero el inesperado asesino no será el único enemigo que Lucio encontrará en sus investigaciones. También deberá enfrentarse a la **estrechez de miras de la época**, **los recelos de sus superiores** y a **una asfixiante autoridad** que todavía no concebía el concepto de un asesino en serie. Sin embargo, no estará solo: contará con la ayuda de Teresa, su inteligente esposa, y de sus siete hijos, tan deseosos como sus padres de participar en la investigación. A ellos se les unirá un atípico compañero, Félix, un policía de la brigada de investigación criminal, que ayudará a Lucio Garza en sus pesquisas. Unas pesquisas que sacarán a la luz un **oscuro secreto familiar que hunde sus raíces en la guerra civil**.

Inspirado en sucesos y personajes reales, *El asesino de los caramelos de violeta* es una ficción que, al igual que el género de *cozy mistery* tan en tendencia**, tiene un tono pop y de lectura agradable y desenfadada**, salpicada de personajes reales que aparecen como

secundarios de lujo en las aventuras de Lucio.

Cómpralo y empieza a leer